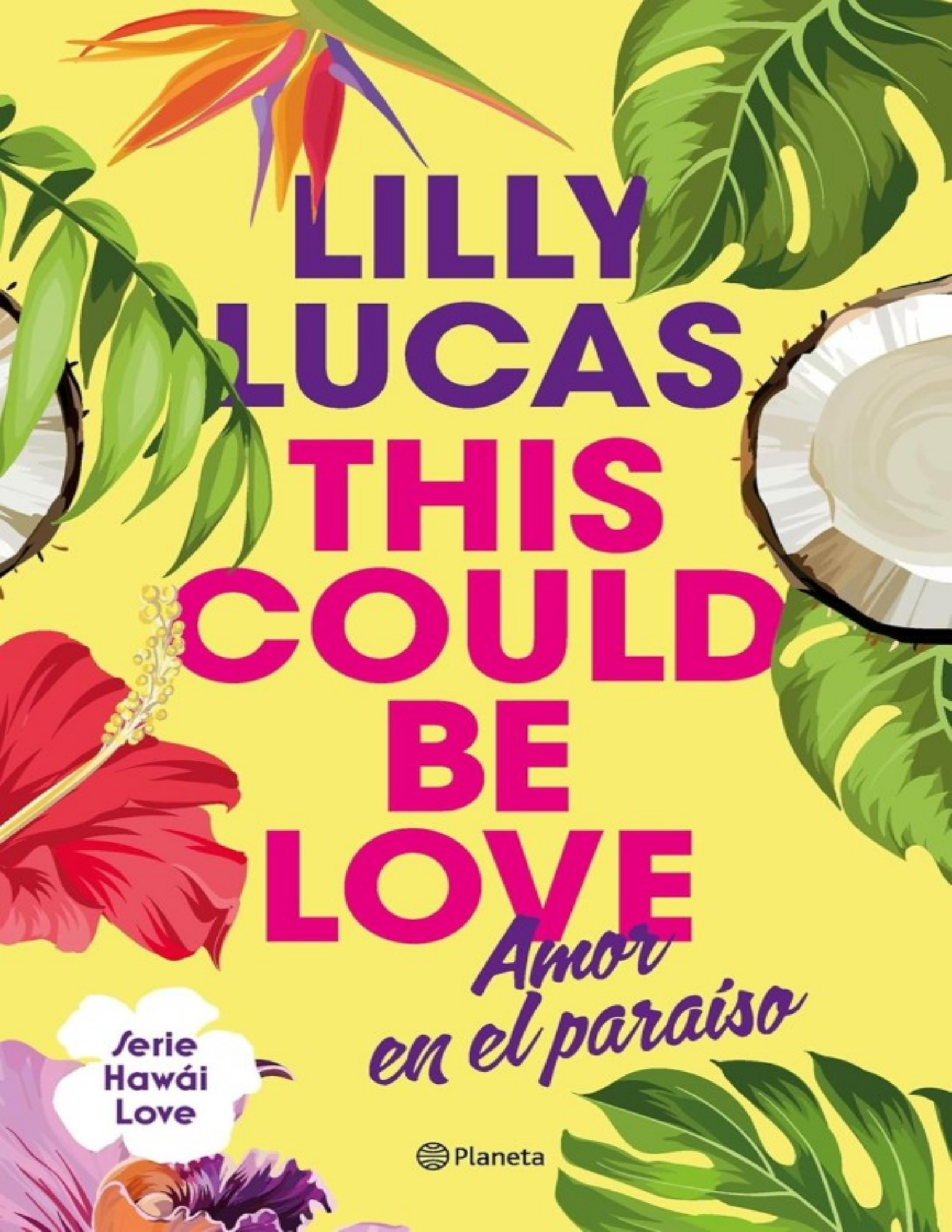

LILLY LUCAS
THIS COULD BE LOVE
Amor en el paraíso
Serie Hawái Love
Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lista de reproducción

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

Agradecimientos

Créditos

This Could Be Love

Lilly Lucas

Traducción de María José Díez Pérez

Planeta

Para Levi, mi pequeño compañero de viaje.
Estoy muy agradecida por poder enseñarte el mundo.

Lista de reproducción

Love I, The Green
Let's Do It Again, J Boog
Wade In Your Water, Common Kings
Loss For Words, Landon McNamara
Breakdown, Jack Johnson
Only The Wild Ones, Dispatch
Home, Edward Sharpe & The Magnetic Zeros
Follow The Sun, Xavier Rudd
Do You Remember, Jack Johnson
Hold My Girl, George Ezra
Dreams (2004), Fleetwood Mac
Over the Rainbow, Israel Kamakawiwo'ole
He Mele No Lilo, Mark Keali'I Ho'omalu
Good Life, Good Life (con la colaboración de Elderbrook)

NIÑA PRODIGIO ALEMANA CONQUISTA WIMBLEDON

Londres: A sus 16 años, Louisa Herzog-Riggs está causando furor en Wimbledon. Como segunda clasificada más joven de todos los tiempos, la hija de las leyendas del tenis Timothy Riggs y Sabine Herzog venció a la dos veces ganadora del Grand Slam Paola Ventura en tres sets y pasa a octavos de final del histórico torneo de tenis.

HERZOG-RIGGS SIGUE SUMANDO VICTORIAS

Nueva York: Tras su sensacional victoria contra la número ocho en el *ranking* mundial, Milena Havlíčková, de la República Checa, Louisa Herzog-Riggs (16) pasa a la segunda ronda en su debut en el US Open.

¿SERÁ LOUISA HERZOG-RIGGS LA NUEVA NÚMERO UNO DEL MUNDO?

Nueva York: Blanca Díaz no participará este año en el US Open. La número uno del mundo no jugará en el torneo debido a una infección causada por el coronavirus. A Louisa Herzog-Riggs, que llega como segunda cabeza de serie, se le presenta la gran oportunidad de desbancar a la española como del primer puesto del *ranking* mundial y tomar finalmente el relevo de su madre, Sabine Herzog.

POR PRIMERA VEZ EN EL TOP DIEZ

París: Louisa Herzog-Riggs sigue los pasos de su madre, Sabine Herzog. Pese a ser derrotada en cuartos de final por la china Li Jiayu, a partir del lunes la joven de 19 años se encuentra por primera vez entre las diez mejores jugadoras del mundo.

«LO HABRÍA LOGRADO AUNQUE NO SE APELLIDARA ASÍ»

Múnich: Timothy Riggs habla del tenis masculino estadounidense, de su amor por la comida alemana y de la carrera sin precedentes de su hija, Louisa (20).

UNA AMARGA LESIÓN OBLIGA A ABANDONAR A HERZOG-RIGGS

Nueva York: Louisa Herzog-Riggs abandona el torneo. La joven de 21 años pierde el pase a la final del US Open de un modo dramático. La tenista se vio obligada a renunciar ante la número cuatro del *ranking*, la suiza Lara Gisin, con un marcador de 7-6 (10-8) y 5-2 debido a una lesión.

OBLIGADA A ABANDONAR DURANTE LA SEMIFINAL:

A HERZOG-RIGGS LE ESPERA UNA LARGA PAUSA

Berlín: Este viernes, durante el emocionante partido que estaba disputando contra la suiza Lara Gisin, Louisa Herzog-Riggs (21) sufrió una grave torcedura de tobillo y no pudo continuar en la semifinal del US Open. Ahora a la alemana le espera un largo periodo de descanso, con lo que el sueño de llegar a lo más alto se aleja.

1

Sentí un tirón en la nuca cuando cogí de la cinta de equipajes mi bolsa de tenis roja. Todavía estaba resentida por la última sesión de entrenamiento. O estaba pagando el precio por haberme dejado en casa la almohada de viaje y haber dormido con la cabeza apoyada en el brazo durante el vuelo de San Francisco a Honolulú. Me eché la bolsa al hombro, cogí la maleta y abandoné la sala de recogida de equipajes para ir hacia el vestíbulo de llegadas. Kay y yo habíamos quedado en que vendría a buscarme. Recorrí el gentío con la vista, pero no había ni rastro de mi madrina. Era raro. Con su casi metro noventa, desde luego era difícil no ver a Kay Diamond. Además, era la puntualidad en persona. Después de escudriñar de nuevo el vestíbulo, dejé la bolsa en el suelo y saqué el móvil de la mochila. No tenía ningún mensaje nuevo, ninguna llamada perdida. Eso era más raro aún. Justo cuando me iba a guardar el móvil, caí en la cuenta de que no había activado la tarjeta SIM virtual y no tenía datos. Me registré sin vacilar en el wifi del aeropuerto y en cuestión de segundos me empezaron a entrar mensajes. En el chat familiar, mis padres me deseaban buen viaje en ese segundo vuelo; mi entrenador, Milan, me había enviado una fotografía de sus gemelos, que habían nacido hacía escasos días; y Helena, la responsable de comunicación de mi familia, me reenviaba una solicitud de entrevista de la revista *Stern*. Y también tenía un mensaje de Kay:

Lo siento, Lou, pero no voy a poder llegar a tiempo al aeropuerto. Te recogerá Gabe. Busca a un hombre alto. 😉

Fruncí el ceño y leí el mensaje por encima una segunda vez. No era nada propio de Kay calcular mal los tiempos. Y ¿quién era el tal Gabe? ¿Un empleado suyo? Nunca había oído ese nombre.

—¿Louisa?

Levanté la vista del teléfono y vi a un hombre espigado. Debía de tener la edad de Kay, cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años. Aunque su pelo era más corto y su barba no tan desgreñada, me recordó a Jason Momoa. Su mirada era más dulce que penetrante, y llevaba una camiseta amarilla con unas letras descoloridas, pantalones cortos y chanclas.

—Hola, soy Gabe. —Levantó la mano con la sonrisa jovial de una persona madrugadora—. Kay me ha pedido que te venga a buscar.

—¿Se encuentra bien? —pregunté, y me di cuenta de que mi voz se había teñido de cierta inquietud.

—De maravilla. Es solo que le ha surgido un imprevisto. —Sonrió con aire relajado y cogió mi maleta. Al hacerlo, reparé en el tatuaje que cubría gran parte de su antebrazo—. Ya habrá vuelto cuando lleguemos a Pūpūkea.

«Pūpūkea». La localidad que sería mi hogar durante las próximas seis semanas. Que pronunciada por Gabe sonaba mucho más melódica que dicha por mí. Había sido idea de mi madre que preparase mi regreso en la escuela de tenis de Kay en lugar de en casa, en Múnich.

«Necesitas un cambio de aires», aseguró cuando volví a llegar a casa frustrada después del entrenamiento porque no lograba recuperar mi forma. La lesión que había sufrido el año anterior me había afectado no solo físicamente. Mi ego también había salido

herido. Seguía lidiando con el hecho de haber perdido la oportunidad de convertirme en la número uno del mundo, de poder seguir por fin los pasos de mi madre, Sabine Herzog, «la Duquesa», título que le concedió en su día la prensa deportiva internacional. Lideró la clasificación mundial femenina durante 175 semanas seguidas.

«Ahora no puedo permitirme unas vacaciones, mamá. El US Open es dentro de dos meses y mi nivel de juego es el de un chimpancé al que hubiesen puesto una raqueta en la mano».

«Eso no es verdad —replicó, medio sonriendo, medio reprendiéndome—. Además, no tenía en mente unas vacaciones. O por lo menos no las típicas vacaciones».

Dos semanas más tarde iba por el vestíbulo de llegadas del Aeropuerto Internacional de Honolulú detrás de un tipo que silbaba tan contento, dejando atrás a turistas a los que recibían con un *aloha* y coloridos collares de flores. Sentí una bofetada de calor húmedo cuando salimos del edificio. Una leve brisa lo volvió más soportable y trajo hasta mi nariz el olor del océano. El aeropuerto se hallaba muy cerca del mar, algo que probablemente se pudiera decir de casi todo en una isla tan pequeña como O'ahu. Gabe fue hacia un todoterreno Wrangler rojo cubierto por una fina capa de polvo. En la capota negra se acumulaban no solo el aire marino en forma de cristales de sal, sino también los excrementos de alguna que otra gaviota. Logré ver la matrícula, en la que ponía EL ESTADO DEL ALOHA, antes de que Gabe abriera el maletero para meter mi equipaje. Mientras despejaba el asiento del acompañante para que me pudiera sentar, me fijé en el colgante de madera suspendido del espejo retrovisor y atado con una desgastada tira de cuero. Una especie de mano con el pulgar y el meñique extendidos.

—Perdona —musitó al tiempo que lanzaba al asiento trasero una botella de plástico vacía—. No contaba con que fuese a subir alguien

al coche.

Kay debía de haberle pedido en el último minuto que me fuese a buscar, lo que hizo que volviera a preguntarme cuál sería ese imprevisto tan importante que le había surgido.

—No pasa nada —le aseguré, y me subí y me abroché el cinturón.

La canción que sonaba en la radio se estaba terminando y la presentadora deseó a todo el mundo un feliz comienzo de semana. Mientras que aquí, en Hawái, el lunes acababa de empezar, en casa, en Alemania, ya llegaba a su fin. «Doce horas de diferencia», recordé, y pensé en mi madre, que posiblemente estaría tirada en el sofá en pijama, tragándose por enésima vez *Un lugar para soñar* con una copa de vino. Cuando su carrera terminó, se retiró de la vida pública en gran medida. A diferencia de mi padre, que trabajaba para el canal de deportes ESPN y viajaba por medio mundo como comentarista de los grandes torneos de tenis. Se quedaría en Wimbledon hasta principios de la siguiente semana. Si no me hubiera lesionado, yo también estaría allí ahora y habría jugado en el «césped sagrado» para intentar ganar uno de los trofeos más codiciados del tenis. Me arrolló la melancolía con una pizca de FOMO y agradecí mucho que Gabe empezara a hablar conmigo en ese preciso instante.

—¿Qué tal el vuelo?

—Muy bien. Me he pasado la mayor parte durmiendo.

Como si estuviese esperando a que le diesen la entrada, me dio un tirón en la nuca. La masajeé con movimientos circulares y oí que me crujía una vértebra.

—Hiciste escala en San Francisco, ¿no? —preguntó, y se puso unas Ray-Ban Clubmaster.

Por un segundo me sorprendió que estuviese tan bien informado.

—Lo mencionó Kay —aclaró mientras salíamos del aparcamiento del aeropuerto.

—¿Trabajas para ella?

—Pues... no. —Sonrió como si lo que yo había dicho fuese lo más desacertado del mundo—. Somos amigos. Pero tú y yo nos veremos a menudo en los próximos días. Me ha pedido que sea tu fisio.

—¿Eres fisioterapeuta?

No pude disimular mi sorpresa. Quizá porque Gabe tenía más pinta de ocuparse de las hamacas de la playa que de una camilla.

Asintió.

—Tengo una clínica en Hale'iwa. —Al parecer se dio cuenta de que el nombre no me decía nada—. Está a unos diez minutos de Pūpūkea. Hay unas olas brutales, por si haces surf.

Negué con la cabeza.

—¿Y tú? —le pregunté, a riesgo de ponerme en ridículo. Posiblemente los hawaianos fuesen directos del vientre de su madre a una tabla de surf.

—Ya no, no —musitó, y durante una décima de segundo fue como si su voz perdiese de golpe su desenfado. Pero quizá solo fuesen imaginaciones mías, porque acto seguido me preguntó si tenía hambre—. Podemos parar por el camino para que desayunes.

—Un café sería genial.

—Eso está hecho —respondió con otra de sus relajadas sonrisas.

Durante el siguiente cuarto de hora no hablamos mucho, porque el tráfico en las inmediaciones del aeropuerto era denso y Gabe tuvo que concentrarse en conducir. Poco a poco fue desapareciendo en el espejo retrovisor el perfil urbano de Honolulú y el paisaje se abrió como un libro ilustrado. Como de la nada surgieron enormes montañas que se alzaban hacia el cielo, con tanta vegetación que era como si estuviesen tapizadas de terciopelo verde. Por las

paredes rocosas se precipitaban cascadas en hilos plateados y a ambos lados de la carretera se extendía una exuberante selva tropical que humeaba con la luz matutina. Pegué la nariz a la ventanilla, fascinada.

—¿Es la primera vez que vienes a O'ahu?

Hice un gesto afirmativo y él esbozó una sonrisa cómplice.

—Yo nací aquí y sigo sin acostumbrarme a lo bonito que es.

Tras seguir conduciendo hacia el interior durante un rato, Gabe se detuvo junto a un *food truck* pintado con los colores del arcoíris que, estacionado en el arcén, ofrecía café y dónuts. Intercambió unas palabras con su propietaria, se despidió con un movimiento de mano que me resultó desconocido y volvió con dos vasos desechables y una bolsa de papel. Un delicioso olor a chocolate inundó el jeep.

—Sírvete. —Me ofreció la bolsa.

—Gracias, pero de momento me basta con el café —respondí con una sonrisa cordial.

Mi estómago no habría tenido nada que objetar a una dosis de grasa y azúcar, pero mi régimen de comidas no contemplaba que empezara a hacer trampas el primer día. Me conformé con un buen sorbo de café. Estaba caliente y era fuerte, justo como me gustaba.

—¿Qué tal están tus padres? —se interesó Gabe cuando reanudamos la marcha—. Los conocí cuando vinieron de visita. —Vio mi mirada de sorpresa—. Julie... Mi mujer era una gran fan de tu madre. Hasta tenía esas zapatillas suyas, las de la corona.

A la cabeza me vinieron las Adidas Duquesa, unas zapatillas de tenis blancas con tres franjas doradas y una corona reluciente que Adidas, inspirándose en el apodo de mi madre, sacó al mercado después de que ella ganara por segunda vez en Wimbledon. Fui consciente, con cierto retraso, de que Gabe había hablado en

pasado y su voz se había teñido de melancolía. El estómago se me encogió.

—Siento lo de tu mujer —farfullé.

—No, Julie no ha... Solo se... fue.

Las últimas palabras apenas resultaron audibles, pero el dolor que rezumaban era más que patente. Intenté recordar hacía cuánto habían estado mis padres de vacaciones en Hawái. Cuándo habían venido a ver a Kay a su patria adoptiva. ¿Hacía dos años? Con lo que era imposible que Gabe llevara mucho tiempo separado, a lo que también apuntaba el hecho de que siguiera llamándola «su mujer».

—Mis padres están bien —contesté a la pregunta que me había formulado en un principio, con la esperanza de llevar la conversación de nuevo a un terreno no comprometedor—. Mi madre disfruta de su vida al margen del jaleo del tenis y mi padre, como trabaja para el ESPN, viaja mucho. —Caí en la cuenta de algo—. Debería mandarles un mensaje para decirles que he llegado bien.

Saqué rápidamente el móvil y activé de una vez la tarjeta virtual. Poco después de escribir el mensaje, un nostálgico letrero de madera en el que se veía a un surfista en la cresta de una ola indicaba que habíamos llegado a la localidad de Hale'iwa. Pasamos por la calle principal, en la que se sucedían casas de madera en colores pastel. Un suave viento soplaba entre las palmeras que bordeaban la carretera. Turistas cargados con bolsas salían de tiendas de recuerdos, hacían cola para comprar un helado o desayunaban en las terrazas de las cafeterías. Surfistas bronceados sacaban sus tablas de remolques y algunas personas pasaban patinando o en bicicleta, dejando que el pelo mojado se les secara al aire. Era como si todos los clichés de Hawái estuviesen reunidos en unos pocos metros cuadrados.

—Por la noche siempre hay marcha, por si alguna vez te aburres en casa de Kay.

Sonreí, aunque con todo lo que tenía que entrenar no me veía haciendo otra cosa que no fuese caer rendida en la cama.

Entre Hale'iwa y Pūpūkea pasamos por playas de una arena tan blanca que cegaba los ojos. El mar era de un luminoso azul turquesa e incluso a esta hora ya estaba lleno de surfistas que, subidos a sus tablas, esperaban la ola perfecta. A mi izquierda se erguían a intervalos regulares lujosas villas en la playa tras portones que se abrían a jardines; a la derecha de la carretera de la costa se extendía un denso bosque que daba paso a escabrosas cordilleras de un verde oscuro.

Finalmente, Gabe puso el intermitente y se detuvo delante de un portón en el que se distinguía un motivo floral tropical. Bajó la ventanilla y se estiró para introducir un código. Se oyó un pitido y el portón se abrió y dejó a la vista un camino de entrada bien cuidado. Palmeras, arbustos en flor y un césped que habría sido la alegría de cualquier jardinero inglés bordeaban el sendero que llevaba hasta la casa, una construcción de dos plantas de madera pintada de azul grisáceo. Las puertas y los marcos de las ventanas eran blancos; y el tejado, plano, de un material semejante a las hojas de palmera. A un lado se veía un garaje que parecía una versión en miniatura de la casa. Sabía que había una terraza con piscina con vistas al mar y una escalera por la que se bajaba directamente a la playa. Mi madre me había enseñado fotos cuando yo no terminaba de estar satisfecha con lo que me había propuesto. Como si su presentación de «Tu casa. Tu piscina. Tu mar» fuera a convencerme de una vez por todas de que era buena idea entrenar las seis semanas anteriores a mi regreso en la escuela de tenis que Kay tenía en O'ahu, Hawái.

—Bueno, pues ya hemos llegado —anunció Gabe, según aparcaba justo delante de la escalera.

Mientras yo veía por el espejo retrovisor cómo se cerraba el portón, él ya se había bajado para coger mi equipaje.

—No hace falta que me lo lleves —rehusé, en vano, mientras se echaba al hombro mi bolsa de tenis y subía la escalera con mi maleta. Me fijé por primera vez en que también tenía prácticamente toda la pantorrilla tatuada con motivos negros que recordaban a olas. Dejó la maleta delante de la puerta e introdujo otro código. Durante un instante me pregunté cómo de estrecha sería la amistad entre Kay y él. Que yo supiera, en la vida de mi madrina no había ningún hombre, pero tal vez no estuviese al día. En cualquier caso, la naturalidad con la que Gabe introducía los códigos numéricos aquí y el hecho de que los recordara todos apuntaban a que acudía con regularidad.

Se subió las gafas de sol a la cabeza.

—Kay no debería tardar en volver, pero, si quieres, entro contigo y te enseño la casa.

Mis sospechas se confirmaron.

—No hace falta —contesté, ya que estaba segura de que Gabe tenía cosas mejores que hacer que ser mi canguro—. Me pondré a deshacer el equipaje.

—¿Sabes dónde está la habitación de invitados?

Una sonrisa cohibida asomó a mi rostro.

—No.

—En la primera planta, la última habitación a mano derecha.

La pequeña detective que había en mí tuvo la sensación de que esa era la confirmación definitiva.

—Vale.

—Bueno, pues bienvenida. —Me guiñó un ojo—. Nos vemos mañana en la camilla.

Asentí.

—Gracias por ir a buscarme.

Al irse, volvió a extender el pulgar y el meñique con los tres dedos centrales encogidos y movió la mano. Antes de que pudiera preguntarle qué gesto era ese ya había desaparecido en su jeep. Esperé a que llegara al portón antes de entrar en casa de Kay. Un agradable aire acondicionado me acarició las mejillas. Olía bien, a flores o a ambientador. Me quité las zapatillas de deporte y los calcetines y disfruté de la sensación que me produjo el suelo frío en la planta de los pies. Era de madera noble oscura y formaba un bonito contraste con el interior de la zona abierta del salón-comedor, con los muebles blancos, las pantallas de lino de las lámparas y las alfombras de fibras naturales. No había mucha decoración. Una moderna escultura de madera, un montón de libros de gran formato y junto a ellos algunas fotografías enmarcadas. A diferencia de las que había en nuestra casa, no eran de una pareja de novios, ni del primer día de clase, ni de vacaciones en familia, sino de una joven afroamericana en su primera victoria en Wimbledon, una mujer que enseñaba a la cámara con orgullo su plata olímpica y a quien Michelle Obama recibía en el Despacho Oval. A diferencia de mi madre, tras finalizar su carrera de tenista, Kay no fundó una familia; en su lugar, trabajó para la WTA, la Women's Tennis Association, creó una fundación para promocionar a los jóvenes talentos del tenis y fue la directora del Open de San Diego. Había entrenado a una jugadora que estaba entre las veinte mejores del mundo y su autobiografía, *En tenis «love» significa cero*, había entrado a formar parte de la lista de los más vendidos del *New York Times* e inspirado un documental de Netflix. Por último, hacía unos años se había

comprado la villa en la playa en O'ahu y había abierto justo al lado la Diamond School of Tennis, la escuela donde a lo largo de las seis semanas siguientes yo prepararía mi regreso.

Continué con mi visita de la casa y vi la cocina. Los frentes lacados competían en brillo con el acero inoxidable de la nevera, y en la encimera había un frutero con unos plátanos perfectos. A mi derecha, una escalera subía a la primera planta. Una alfombra de macramé color crema cubría los oscuros escalones y amortiguaba mis pasos. Fui hasta el final del pasillo y abrí la puerta. En un primer momento pensé que Gabe se había equivocado: la habitación era enorme, por lo menos el doble de la que tenía en Múnich. Seguía el mismo estilo que el resto de la casa, estaba pintada de azul grisáceo y blanco y decorada con materiales naturales y madera. Una puerta corredera que se encontraba abierta daba paso a un vestidor; otra, a un amplio cuarto de baño con una bañera en la que habría podido hacer surf. Lo mejor, sin embargo, era el balcón con vistas al mar. Justo cuando iba a abrir la puerta, oí un ruido en la planta baja.

—¿Lou?

Bajé corriendo y Kay me recibió con una ancha sonrisa.

—¡Lou! —Me dio un cariñoso abrazo antes de separarse para mirarme—. Tienes buen aspecto.

—Tú también.

Aunque sonaba a fórmula de cortesía, lo decía en serio. Con su metro noventa y su complexión atlética, Kay siempre había llamado la atención. Sin embargo, su afición a la moda solo la había descubierto al término de su carrera. Hoy llevaba un pantalón corto amarillo y una blusa blanca. Su media melena lucía sus rizos naturales, no como antes, en la pista de tenis, donde solo se la veía con trenzas africanas.

—Siento mucho no haber podido ir a buscarte al aeropuerto. —Lanzó un suspiro—. Esta mañana ha sido un auténtico caos.

—¿Qué ha pasado?

—Bah, no importa. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Te lo cuento luego con calma. Ahora instálate, deshaz las maletas y... —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde están tus cosas?

—Arriba, en la habitación de invitados. Gabe me dijo cuál era.

Kay se encogió de hombros.

—Mira qué bien. ¿Te gusta?

Le di a entender con una mirada que no era posible que me estuviese preguntando eso en serio.

—Es una pasada. ¡Sobre todo las vistas!

—¿Ya has estado en la terraza? —Señaló con el pulgar hacia la izquierda mientras me guiñaba un ojo—. Las vistas tampoco están nada mal.

2

Una brisa tibia me acarició el rostro cuando salí a la terraza y contemplé el Pacífico. Era de un azul aguamarina, algo más oscuro en las partes más profundas. Me llegó el sonido de las olas, mezclado con el gorjeo de los pájaros y el zumbido de los insectos. Desde donde estaba no se veía bien la playa, solo de vez en cuando asomaba entre las hojas de las palmeras y las densas ramas de las plumerias en flor que delimitaban la terraza de Kay y daban algo de sombra. Caminé descalza por el suelo de piedra, que el sol había calentado, y me senté junto a la piscina, que era de mosaico azul, lo que daba una intensidad especial al color del agua. Metí los pies y esperé a Kay, que salió de la casa poco después con dos vasos en los que tintineaban cubitos de hielo. Me ofreció uno y se sentó conmigo en el borde de la piscina. Permanecimos un rato moviendo las piernas y charlando un poco de todo: mi viaje, el trayecto con Gabe, mis padres, Múnich, mi lesión, la rehabilitación, el US Open.

—Por cierto, Gabe y tú... —empecé mientras miraba las dos tumbonas que había junto a la piscina—. ¿Sois...?

—Qué va, no. —Profirió una risa demasiado aguda—. Solo es un amigo.

—Un amigo guapo.

Arrugó la nariz, pero acto seguido preguntó:

—¿Te lo parece?

—Para su edad —precisé, encogiéndome de hombros, y las dos nos echamos a reír—. Se da un aire a Jason Momoa. —Cuando su

mirada me dijo que no sabía quién era, aclaré—: ¿El actor? ¿Aquaman?

Se encogió de hombros.

—Da lo mismo. En cualquier caso, Gabe parece muy majo. Y —le guiñé un ojo— dio a entender que está separado de su mujer.

—Julie, sí. —La mirada de Kay se volvió pensativa—. Regresó al continente después de lo de Keiko. —Titubeó—. El hijo de Gabe y Julie murió hace unos años, en un accidente de surf.

La miré con cara de sorpresa y estupor.

—Fue una tragedia espantosa.

Afligida, bajé la vista. Una gravedad que se negaba a encajar con el entorno se extendió en la terraza.

—Vaya forma de cargarme el momento, ¿no? —se lamentó Kay—. Hablemos de otra cosa. Tus planes para hoy, por ejemplo. ¿Qué te apetece hacer? ¿Una excursión? ¿Bajar a la playa? ¿O prefieres relajarte en la piscina?

—Pues... pensaba que podíamos empezar con una sesión de entrenamiento.

—¿Hoy?

—Bueno, ya he perdido un día con el vuelo, así que...

Negó con la cabeza, indecisa.

—Llevas en pie más de veinte horas. Es mejor que vayas despacio y empieces mañana a tope.

Aunque sabía que Kay tenía razón, me inquietó la idea de pasarme el resto del día sin hacer nada. El US Open comenzaría dentro de poco más de seis semanas y aún tenía mucho que hacer. La coordinación y la sincronización de mis golpes no eran buenas. Mi juego de piernas era directamente malo y cometía muchos errores no forzados. Ahora mismo con mi saque no llegaría a ningún sitio y

me faltaban partidos de entrenamiento. Si quería competir con la élite, debía pisar el acelerador a fondo los siete días de la semana.

Al parecer, Kay intuyó mi dilema.

—A ver qué te parece esto: ¿por qué no empiezas corriendo un poco por la playa, sin forzar mucho? Te activará el metabolismo y te ayudará con el *jet lag*. Después de comer te enseño la escuela de tenis para que te familiarices con el lugar. Y mañana nos ponemos ya en serio. ¿Te parece?

La opresión que sentía en el pecho se aflojó. Sonreí y afirmé con la cabeza.

De vuelta en la habitación de invitados, me quité la ropa que llevaba en el avión y me puse un pantalón corto de deporte verde menta y una camiseta de tejido técnico blanca que en el espejo me hacía parecer muy morena. El mes de junio en Alemania había sido soleado y caluroso, y me había pasado la mayor parte de él en la pista de tierra batida. Ese era también el motivo de que mi pelo ahora fuese más color miel que rubio oscuro. Después de hacerme una trenza, me puse una gorra y me apliqué una generosa capa de protector solar.

Cuando volví a bajar, Kay estaba hablando por teléfono. Capté palabras como «demasiado ruido» e «inaceptable» antes de despedirme de ella con un gesto y salir por la terraza. Me di cuenta de que no le había vuelto a preguntar cuál era el importante imprevisto que había tenido y dudé si guardaría relación con esa llamada de teléfono.

Por una puerta del jardín llegué a una escalera estrecha, esculpida en la piedra, por la que se bajaba a la playa. La arena era blanca y fina. Fui hacia el agua, pasando por delante de una familia que

estaba colocando sillas plegables y una sombrilla amarillo chillón en la arena. Por el momento no había mucha gente. Las olas rompían con fuerza cuando se aproximaban a la orilla. Un agua que me resultó sorprendentemente caliente me bañó los tobillos y dejé vagar la mirada por el océano, hasta un surfista solitario que esperaba la siguiente ola. Cuando vio que llegaba, empezó a remar, apoyó las manos en la tabla y se puso de pie de un salto. Con una postura relajada, se deslizó a toda velocidad hacia la orilla y no pude evitar envidiarlo. Era precisamente esa facilidad la que me faltaba a mí ahora en la pista. Me encontraba demasiado tensa, demasiado agarrotada, demasiado atemorizada. Lo sentía en lo más hondo de mi ser y me lo veía en la cara cuando Milan y yo analizábamos los vídeos de los entrenamientos. Se me hacía raro estar aquí sin él. Me entrenaba desde hacía muchos años, pero tras el nacimiento de sus gemelos había solicitado el permiso de paternidad y estaría de baja unos meses. Ese había sido otro de los motivos para venir a Hawái a entrenar con Kay.

Dejé de mirar al surfista, respiré hondo y me puse a correr. Por la orilla la arena era firme, pese a lo cual no tardé en notar que a mis músculos les costaba lo suyo hacerme avanzar en este suelo. Tras los primeros doscientos metros comencé a sentir un pequeño tirón en los gemelos. Además, el aire era sofocante y el sol tropical hacía que la cabeza me ardiera. Me costaba respirar, y un vistazo a mi reloj inteligente me dijo que mis pulsaciones eran demasiado elevadas. Por costumbre, fui a coger mi botella de agua, pero en ese momento me di cuenta de que no la tenía. «¡Mierda!». ¿Por qué no se me había ocurrido ponerme el cinturón de hidratación? Pasé por delante de una torre de vigilancia y pensé en pedirle un poco de agua al socorrista, pero en ese preciso instante estaba tendido en la arena, haciendo abdominales. «Vaya, genial». Descansé un poco y

seguí corriendo. Unos minutos después tuve la certeza de que estaba a punto de forzar demasiado la máquina. Tenía agujetas, la garganta seca y la visión se me estaba nublando peligrosamente. Sin perder de vista mi pulso, me di la vuelta y me dispuse a regresar. Dejé atrás al socorrista, que ya volvía a estar en su torre y oteaba con atención el océano con unos prismáticos. «Ya falta poco, puedes de sobra», me dije para tranquilizarme, y volví a acelerar. Desde donde estaba hasta la casa de Kay quedaría un kilómetro como mucho. Dejé atrás a unos niños que se lanzaban a las olas gritando de alegría y me sentí tentada de hacer lo mismo, de meterme sin más en el agua y sumergir la cabeza para refrescarme. Sin embargo, lo que hice fue secarme el sudor de la frente y continuar. No muy lejos de donde me encontraba volví a ver al surfista, al que una última ola llevaba hasta la orilla. Con la tabla debajo del brazo, salió del agua y sacudió la cabeza para apartarse el pelo mojado de la cara. Llevaba un bañador de surf rojo coral que le caía por las caderas, e incluso desde lejos vi lo atlético que era su cuerpo. La escena parecía sacada de un anuncio de bañadores. Proferí un suspiro entre risueño y burlón. Cuando pasé corriendo por delante de él, nuestras miradas se cruzaron. Fue solo un segundo, pero bastó para darme cuenta de que era la persona ideal para ese anuncio. Y de que mi cabeza ya sobrecalentada haría mejor en mirarme los pies. Mis pies, que con cada paso que daba se hundían más en la arena. Como si estuviesen lastrados con pesos. ¿Cuánto faltaba? ¿No era esa de ahí delante de la sombrilla amarillo flúor? Entrecerré los ojos, porque el sol me molestaba, e intenté combatir la sensación de mareo que me sobrevino. Unos puntitos negros me ofuscaron la vista. «Oh, no». Paré en seco, apoyé las manos en los muslos y bajé la cabeza mientras respiraba pesadamente. Solo un momento... solo un... momentito. Solo...

3

Cuando abrí los ojos, vi una mesa hecha con palés. Un brasero con ceniza fría. Una silla de lona. En un primer momento solo me sentí desconcertada, después el pulso se me aceleró. Esa no era la terraza de Kay. Sentí un dolor punzante en las sienes cuando me incorporé.

—¡Pero date prisa! Me tengo que ir en diez minutos y no la puedo dejar aquí.

Al escuchar la voz de un desconocido, dejé de notar el dolor de cabeza y me espabilé de golpe. A menos de dos metros de mí había un chico con un móvil pegado a la oreja. Le eché unos veinticinco años por lo menos. Iba descalzo, llevaba un pantalón corto de color caqui y una camiseta blanca que acentuaba lo moreno que estaba. Su pelo, rubio oscuro, aún estaba húmedo y un poco alborotado, como si después de ducharse se hubiera peinado con los dedos y listo.

—¡Qué va! Seguro que no ha bebido suficiente agua y ha tenido una bajada de tensión.

«No ha bebido suficiente agua». Con sus palabras recuperé la memoria. Estaba corriendo. Por la playa. No tenía agua. Como si hubiese recibido una orden, fui consciente de que tenía la garganta seca y carraspeé. Su cabeza giró rápidamente hacia mí y nuestras miradas coincidieron. Me quedé sorprendida. Pero no por lo guapo que era; ni tampoco porque sus ojos eran de un atractivo azul, sino porque me sonaba de algo. Casi era como si lo hubiese visto alguna vez. Pero ¿dónde?

—Te tengo que dejar —susurró sin apartar la mirada—. Se ha despertado.

Puso fin a la llamada y se metió el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¡Hey! —exclamó con una sonrisa que no permitía deducir si él pensaba lo mismo que yo. Si nos conocíamos de algo.

—Hey —contesté.

Fue más bien un graznido, porque tenía la garganta completamente seca.

—Espera, que voy a por un vaso de agua.

Desapareció dentro y no me quedó más remedio que seguirlo con la vista. ¿Quién era ese chico? Y ¿dónde estaba yo? Bajé las piernas del sofá de palés en el que estaba tendida. Al apoyar los pies cayó un poco de arena en el suelo de madera. Era viejo y estaba castigado por los elementos; los clavos, oxidados. Miré a mi alrededor y escudriñé la terraza en busca de algún punto de referencia que me revelase dónde me encontraba. Muy cerca del mar, eso seguro: no solo lo oía, sino que también lo olía. Las vistas eran casi las mismas que desde la casa de Kay, tan solo interrumpidas por un árbol alrededor de cuyo tronco se había construido la terraza. Había una tabla de *bodyboard* apoyada en la barandilla de madera y de una cuerda de tender aleteaban prendas de ropa como banderines al viento. Iba a desviar la mirada cuando me llamó la atención una de ellas: un bañador. De color rojo coral. Y de pronto supe por qué me sonaba el chico. Por qué tenía la sensación de haberlo visto en alguna parte. Era el surfista con el que me había tropezado en la playa. «Míster Bañador», se burló una voz en mi cabeza. Nos habíamos mirado como mucho un segundo, pero me acordaba de él. De ese bañador... y del cuerpo que lo llevaba. Un

cosquilleo absurdo se hizo notar en mi estómago. En ese preciso instante percibí un movimiento. El chico volvía con un vaso de agua.

—Toma.

Cuando me lo dio, le vi de refilón un tatuaje que llevaba en la cara interna de la muñeca. Era del tamaño de una moneda de dos euros y desapareció de mi campo visual demasiado deprisa, antes de que pudiera saber lo que era.

—Gracias. —Sentí sus ojos clavados en mí cuando bebí un sorbo de agua y disfruté de lo mucho que me aliviaba—. ¿Qué ha pasado? —pregunté con una voz que se volvía a parecer a la mía.

Enarcó las cejas.

—¿No te acuerdas?

—Sí, estaba corriendo y después... como que me mareé.

Hizo un gesto afirmativo.

—Te desmayaste. Yo lo vi por casualidad.

Rebusqué en mis recuerdos, pero allí no había gran cosa.

—¿Y después?

—Primero te aparté del sol. —Al ver mi expresión de desconcierto, añadió—: Estabas prácticamente delante de mi casa.

—Oh. —Recorrí de nuevo la terraza con la vista. Conque el chico vivía aquí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Llamo a un médico?

Hice un gesto con la mano para restarle importancia.

—Tenías razón. Es solo que no bebí bastante agua.

Frunció la frente.

—Te oí hablar por teléfono —expliqué con una sonrisilla.

—Ah. —Sonrió y me llamó la atención por segunda vez lo increíblemente azules que eran sus ojos—. Hablaba con Laurie, mi hermana. Le he pedido que venga porque...

—Tienes algo importante que hacer y no me puedes dejar aquí.

—Exacto. —Sonrió y consultó el reloj—. Debe de estar al caer. Así que... ¿te importaría hacerte la dormida o algo así? De lo contrario me tocará oír que le he fastidiado la cita en la peluquería para nada.

Al ver mi cara de perplejidad, empezó a sonreír.

—Era coña.

—Ah. Ya. Claro. —Sacudí la cabeza, abochornada, y me bebí toda el agua.

—Probablemente hasta me lo agradezca, porque no es que estuviese muy convencida de lo del flequillo. —Miró mi vaso—. ¿Quieres un poco más?

Negué con la cabeza.

—Debería irme.

Hizo un gesto afirmativo apenas perceptible.

—Siento las molestias. —Me levanté del sofá. De mi ropa cayó más arena al suelo y lo miré, cortada—. Y esto también.

Se rio.

—No pasa nada. De todas formas aquí siempre hay que estar barriendo.

Me di cuenta de que casi éramos igual de altos, con lo que podíamos mirarnos a los ojos.

—Por cierto, soy Vince.

Su boca se curvó en una sonrisa que hizo que apareciesen como por arte de magia dos perfectos hoyuelos en sus mejillas. El corazón me dio un vuelco. No me había pasado nunca. Sobre todo no con un chico al que conocía desde hacía tres minutos.

—Louisa —musité—. O Lou, como prefieras.

—Lou —repitió despacio, como si quisiera probar a ver cómo sonaba mi nombre.

—Anda, si estáis con las presentaciones. —Una voz interrumpió el silencio que se hizo después—. Llego en el momento justo.

Una chica de mi edad vino hacia nosotros sonriendo; estaba claro que era la hermana de Vince porque tenía los mismos ojos azules. Por lo demás, no podrían ser más distintos. Ella era al menos una cabeza más baja y menuda. Llevaba una camiseta *oversize* amarillo pastel anudada a la altura del ombligo y unos shorts vaqueros deshilachados. Se había recogido el pelo castaño en una coleta alta de la que ya se habían salido algunos mechones y tenía la nariz quemada, algo que, a juzgar por su piel clara, posiblemente sucediera deprisa. Para mi sorpresa, no parecía nada estresada o mosqueada, sino que me saludó de buen humor con un:

—Soy Laurie.

Y no me habría extrañado que hubiese añadido: «Y me encanta dar abrazos».

—Hola, yo soy Louisa. —Apreté los ojos, abochornada—. Siento lo de la peluquería.

Se encogió de hombros sin inmutarse.

—Puede que hasta me hayas hecho un favor, porque tampoco es que estuviese muy segura de que me fuera a quedar bien. —Arrugó la nariz, que me pareció igual que la de Vince: estrecha, recta. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Durante un instante me extrañó que fuese capaz de ver en otro rostro la nariz de un chico al que acababa de conocer—. La verdad es que es uno de esos cortes de pelo con el que hay que pasarse dos horas delante del espejo para que no parezca que te acabas de levantar de la cama. —Miró a Vince y entornó los ojos—. Por cierto, ¿tú por qué sigues aquí? ¿No deberías haberte ido hace un buen rato para acudir a esa cita superimportante por la que yo he tenido que faltar a la mía?

—Vaya... a ella —Vince me señaló con el pulgar— le acabas de dar las gracias.

—Solo he dicho que no estaba segura de lo de dejarme flequillo.

Me llamó la atención por primera vez el pequeño espacio que Laurie tenía entre los dos incisivos de arriba. Le daba un aire muy mono a su sonrisa.

—Que ahora tendrías si no te hubiera pedido que vinieses lo antes posible —replicó él.

—Te refieres a si no te las hubieses dado de duque de Hastings.

Su hermano frunció el ceño.

—Podrías haber llamado perfectamente a un médico, pero no, tenías que traer a casa en brazos a la damisela en apuros.

Tardé un momento en entender el significado de sus palabras. Cuando lo hice, abrí los ojos como platos y lo miré estupefacta.

—¿Me trajiste en brazos?

Él ladeó la cabeza.

—¿Cómo pensabas que te había traído hasta aquí?

Me puse roja.

—No sé, creía que me habías... agarrado o algo por el estilo.

—¿Agarrado? —Arqueó una ceja, risueño—. Estabas inconsciente.

Y sudorosa. Y rebozada en arena. Y pesaba. Por favor, qué incómodo.

—No estaba lejos —precisó, restándole importancia.

Dándose unos golpecitos en un reloj inexistente, Laurie le recordó la hora que era.

—Es verdad, me tengo que ir, lo siento —musitó, y creí percibir cierto pesar en su voz—. ¿Le enseñas cómo se va a la playa? —preguntó a su hermana, que asintió y lo espantó con un gesto—. Vale. Pues —dijo levantando la mano—, adiós.

De nuevo reparé en el pequeño tatuaje, de nuevo fui demasiado lenta.

—Adiós.

«Vince», añadí para mis adentros. El nombre le pegaba. Con el pelo, los ojos, la sonrisa.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de la terraza.

—Que te diviertas, Simon —canturreó Laurie.

Él se detuvo y volvió la cabeza para mirarnos.

—¿Quién es Simon?

—El duque de Hastings —respondimos al unísono.

Su cara de perplejidad hizo que rompiéramos a reír. Se fue sacudiendo la cabeza.

—Hemos sido un poco malas —le dije a Laurie.

—Tú no tienes hermanos, ¿no? —me preguntó con una sonrisa de complicidad.

Negué con la cabeza.

—Soy hija única.

Antes esta respuesta iba unida a una pizca de nostalgia. Siempre había querido tener una hermana. Alguien con quien poder cambiarme la ropa e inventar un idioma secreto, jugar al tenis por el día y leer bajo la sábana por la noche. Ahora ya no me importaba que solo fuésemos nosotros tres. En parte porque ahora sabía que el embarazo de mi madre había sido un pequeño milagro. Después de estar más de veinte años en el deporte de élite, su regla era irregular, con frecuencia no la tenía durante varios meses, algo que compartían muchas deportistas profesionales. Y de lo que quizá tampoco me librase yo.

—Lo superará —Laurie me arrancó de mis pensamientos.

Me miré el reloj. Tenía que ir volviendo si no quería que Kay se preocupase.

—Por cierto: ¿tú crees que me quedaría bien?

La miré sin entender a qué se refería.

—El flequillo. —Se cogió el pelo con las dos manos y se lo puso en la frente como para que pareciese un flequillo.

Me pareció que estaba muy mona.

—Creo que te quedaría genial.

Esbozó una sonrisa radiante.

—¿En serio?

Asentí.

—Pues pediré cita otra vez. ¿Cuándo piensas volver a correr así?

Tardé un momento en darme cuenta de que me estaba tomando el pelo. Hice una mueca.

—No me imaginaba que mi primer día aquí fuera a ser así, créeme.

—¿Es tu primer día?

Hice un gesto afirmativo.

—¿Has venido de vacaciones?

—De visita —fue mi evasiva respuesta. Ni Vince ni Laurie me habían reconocido, y prefería que continuara así. Podía pasar perfectamente sin titulares como: «¿Peligra el regreso? Herzog-Riggs sufre un colapso en la playa».

—Yo también estoy de visita. ¿De dónde eres?

—De Múnich. —Por si acaso, añadí—: Alemania.

Me miró con cara de sorpresa.

—No tienes nada de acento.

—Mi padre es estadounidense. Soy bilingüe.

—¡Hala! —No sonó falso, sino más bien como si Laurie se interesara de verdad—. ¿Significa eso que tenéis familia aquí, en O'ahu?

—Ah, no. Mi padre es de Minnesota. He venido... a ver a mi madrina, pero no somos familia.

—Ah. Y ¿no quieres llamarla? ¿Para que venga a buscarte? —Miró mi ceñido short—. No te has traído el móvil, ¿no?

—No hace falta. Vivo solo unas casas más allá. —Mentalmente añadí: «Creo». Mis recuerdos eran un tanto borrosos, pero me acordaba de haber visto la sombrilla amarilla antes de marearme.

—Anda, así que somos más o menos vecinas. —Su rostro se iluminó—. ¿Cómo se llama tu madrina? Puede que mi hermano incluso la conozca.

—Pues... Kay.

Si se percató de mi titubeo, no se le notó.

—Y ¿cuánto vas a quedarte en O'ahu?

—Algo más de seis semanas.

—Qué guay. Yo también pasaré aquí todas las vacaciones. Para ayudar un poco a mi hermano con la reforma. Podríamos hacer algo algún día, si te apetece. —Me miró esperanzada—. Aparte de Vince, aquí casi no conozco a nadie.

—Pues... sí, claro —respondí, más bien por necesidad, porque no tuve el valor de decirle que a lo largo de las siguientes semanas no tendría nada de tiempo libre. Que entrenaría ocho horas todos los días y posiblemente estuviese en la cama a las nueve.

—Si me das tu número, te mando un mensaje. —Metió la mano en su bolso y sacó el móvil—. Y así tienes el mío.

—Vale —balbucí, al verme cogida por sorpresa, y por un instante pensé en darle un número falso. Pero sería incómodo si nos volvíamos a ver. Y en realidad, no pasaba nada por dárselo, así que eso hice.

—Guay —dijo, más para ella que a mí, y volvió a meter el teléfono en el bolso.

Después me enseñó cómo se iba a la playa. Como en casa de Kay, había una escalera, pero esta era bastante más empinada y estaba

cubierta en parte por vegetación. No quise ni imaginarme lo mucho que le habría costado a Vince subirme hasta allí arriba. Abochornada, torcí el gesto antes de darme la vuelta de nuevo para mirar la casa. Era más o menos igual de grande que la de Kay y tenía el mismo tejado plano, pero ahí acababan los parecidos. El tiempo había clavado sus garras en la pintura de la fachada, en la que se mezclaban el amarillo y el verde oscuro, y los marcos de las puertas y las ventanas también necesitaban una nueva mano. Pese a ello, tenía encanto. Y me asaltó la extraña sensación de que, si pudiera hablar, tendría mucho que contar.

4

—¿Quieres un poco más de ensalada? —me preguntó Kay.

Estábamos cenando en la terraza. El sol se estaba poniendo y bañaba el horizonte en una luz entre naranja y dorada. Del mar nos llegaba un airecillo que se mezclaba con el calor del día que quedaba atrás.

—Gracias, pero no puedo más.

Me llevé la mano al estómago como si tuviera que subrayar lo que había dicho, y eso que Kay había visto que me había zampado dos grandes platos de espaguetis con gambas y tomate. Estaba muerta de hambre cuando volvimos de la escuela de tenis y eso que ni siquiera había cogido una raqueta. Quizá arrastrase aún lo del fiasco de salir a correr. No le había contado a Kay lo que me había pasado en la playa. Aparte de por orgullo, porque no quería que al día siguiente fuese indulgente conmigo en el entrenamiento. Al contrario, quería darlo todo. Aprovechar todas las posibilidades que me ofrecía la Diamond School of Tennis.

Después de comer, Kay me había llevado a ver las enormes instalaciones, a las que se podía ir a pie desde su casa. Las doce pistas duras y de tierra batida, el gimnasio, y la sala de tratamientos y el spa. Les había estrechado la mano a los entrenadores, había firmado autógrafos para los empleados, había firmado pelotas de tenis y me había hecho selfis con algunas alumnas de la escuela. Lo que Kay había creado aquí esos últimos años era impresionante, la

verdad, y no me sorprendió que quisiera expandirse y tuviera en mente un internado para deportistas.

—¿Y? —Ladeó la cabeza—. ¿Qué me dices?

—¿De las gambas? —Reprimí un bostezo—. ¡Pues que estaban superricas!

Me había contado que la zona de la Costa Norte era famosa por las gambas. Para respetar mi régimen de comidas, Kay las había hecho a la plancha con solo un poco de aceite de oliva y las había condimentado con sal marina.

—Yo también estoy cansada —admitió mientras se frotaba los párpados con los dedos índice—. Ha sido una noche corta. —Sacudió la mano—. No es lo que estás pensando otra vez. —Esbozó una leve sonrisa antes de que su rostro recuperase la seriedad—. Se produjo un pequeño... incidente y tuve que llamar a la policía.

Abrí mucho los ojos.

—¿A la policía?

Levantó la mano como para restarle importancia.

—Por ruido. No te preocupes, esta es una zona muy segura. Y en realidad también tranquila. —Chasqueó la lengua—. Por eso no te pude ir a buscar hoy. Tuve que acercarme a la comisaría para poner la denuncia.

—¿Pusiste una denuncia? —pregunté sorprendida, porque la medida me parecía un poco drástica.

—Es que ya era la tercera vez. Y estaba harta.

Se levantó y empezó a recoger la mesa. Cuando fui a ayudarla, negó con la cabeza.

—No te levantes. Es tu primer día. —Me guiñó un ojo—. Disfrútalo.

Aunque lo había dicho con buena intención, sus palabras volvieron a despertar en mí la inquietud que había sentido antes. Y es que el

hecho de que fuese mi primer día también significaba que ya faltaba un día menos para mi regreso. Un día que no había aprovechado entrenando. Sentí unos desagradables remordimientos de conciencia. Por lo menos había salido a correr, me dije. Durante unos instantes me vi corriendo por la orilla del mar. Hacia el sol. Hacia Vince. Llevaba el bañador rojo coral y salía del agua con la tabla de surf bajo el brazo. Gotas de agua le corrían por el rostro, por el torso desnudo, hacia la fina línea de pelo que...

—¿Lou?

Sorprendida, pegué un respingo. Kay tenía las manos apoyadas en el respaldo de la silla que ocupaba antes.

—Que cuándo quieres empezar mañana.

Su mirada y su tono me dijeron que era la segunda vez que me lo preguntaba.

—Pues... —Tardé un momento en centrarme—. ¿A eso de las ocho y media? Así me da tiempo a correr antes.

Tuve que hacer un esfuerzo para no montarme otra vez la película en la cabeza. «Por favor». Estaba claro que me había dado demasiado el sol. Había bebido muy poca agua. Me había golpeado la cabeza. Y tenía *jet lag*. Sí, seguro que eso también influía.

—Vale, pues a las ocho y media. Yo ya estaré allí. Tengo que ocuparme de unos correos electrónicos en el despacho. Sabrás ir sola, ¿no?

Asentí. Aparte de que había heredado de mi madre el buen sentido de la orientación, la escuela estaba a lo sumo trescientos metros calle abajo.

Poco después nos dimos las buenas noches. Subí, me lavé los dientes, me puse el pijama y me dejé caer en la cama estirada como una estrella de mar. El colchón me gustaba, era duro, y las sábanas

olían a limpio, desprendían un aroma floral. No tardé ni dos minutos en notar que los párpados me pesaban y me dormía.

5

Había leído en alguna parte que, cuando estaba de viaje, el dalái lama se alojaba la primera noche a propósito en un hotel cerca del aeropuerto porque su alma necesitaba un tiempo para seguirlo hasta un país nuevo. Alguien que no fuera espiritual, como es mi caso, lo llamaría *jet lag*. Tras pasarme un rato dando vueltas y chafando la almohada, me levanté. El amanecer empezaba a despuntar en el horizonte cuando abrí la puerta del balcón. Aunque ni siquiera eran las seis, me recibió un calor húmedo. Más abajo el mar se extendía silencioso y liso como un espejo. Algunos pájaros daban la bienvenida al día con alegres trinos y a lo lejos cantaba un gallo. Aparte de eso, reinaba un apacible silencio.

Tras pasarme un rato contemplando el océano, decidí aprovechar el *jet lag* y salir a correr antes de lo que pensaba, y esta vez no cometería el error de olvidarme la botella de agua. Recordé, un poco avergonzada, el desmayo que había sufrido el día anterior. Que Vince me había llevado en brazos. Vince, que tenía los ojos más azules que había visto jamás.

Me eché agua fría en la cara y me cepillé los dientes. Después me puse el pantalón corto de deporte y una camiseta técnica y me recogí el pelo en una coleta alta que me resultaba cómoda, ya que me permitía sacarla por la abertura de la gorra. Me enganché el cinturón de hidratación, salí de mi cuarto y bajé las escaleras. La puerta de la habitación de Kay aún estaba cerrada. Haciendo el

menor ruido posible, llené la botella de agua y me comí un plátano; un pequeño chute de energía no me iría mal.

Ya había amanecido cuando salí de casa por la terraza. El rosa suave había dado paso a un amarillo cálido, y el gorjeo de los pájaros también había ido en aumento. Aspirando el perfume que desprendían las flores de las plumerias, bajé a la playa, que todavía estaba desierta, y empecé a trotar por la orilla del agua sin prisa, disfrutando del frescor de la arena en la planta de los pies y de las ininterrumpidas vistas del mar, que se desplegaba en calma ante mis ojos. Era una estampa bonita, pero el tiempo no acompañaba para practicar surf y no había ni rastro de Vince. Sentí un irracional asomo de pena, pero me negué a analizarlo. Tampoco ayudaba que en ese preciso instante pasara por delante de su casa. Con la pintura amarilla y verde y el árbol que crecía en la terraza resultaba fácil distinguirla desde la orilla. En lo que el día anterior no había reparado había sido en la pequeña plataforma que se alzaba bajo la copa del árbol. Daba la impresión de que la barandilla daba la vuelta al tronco. Qué bonito debía de ser ver el mar desde allí, tomar el primer café del día o contemplar la puesta de sol. Por la cabeza se me pasaron más imágenes cursis... además de la pregunta de si habría alguien ahí arriba con Vince. Me apresuré a espantar esos pensamientos y bajé la vista a mis pies, que para entonces habían cobrado ritmo. Mi respiración era tranquila y regular. A diferencia del día anterior, me sentía fresca, notaba la cabeza despejada y tenía ganas de entrenar. Kay había organizado una sesión de entrenamiento por la mañana y un partido después de comer. Entre medias, pesas y después fisio, así que volvería a ver a Gabe, cosa que también me apetecía. Animada, aumenté el ritmo. Dejé atrás la torre de salvamento, en la que aún no había nadie, y me crucé con un paseante que le lanzaba palitos a su perro.

En el camino de vuelta corría con el sol de frente. Disfrutaba del suave calor que sentía en la piel, aunque me pregunté si debería haberme puesto crema. Como Hawái estaba cerca del ecuador, la radiación solar era mayor durante todo el día. No solo lo había leído, sino que además mis padres me habían advertido. «Mañana me acordaré», me dije. En casa, en Múnich, salía a correr a diario, y no quería perder la costumbre aquí porque me ayudaba a cargarme de energía y a empezar el día con la cabeza despejada. Además, me gustaba aprovechar ese tiempo para definir mis objetivos. Pensar en lo que esperaba del día, en lo que quería conseguir, en lo que tenía que conseguir para avanzar. Para ser por fin la número uno.

Vigilé mis pulsaciones y bajé un poco el ritmo. Me crucé con otro paseante y vi que una mujer se metía en el agua con su tabla de *paddle surf*. Cuando eché un vistazo hacia la izquierda, fui consciente de que volvía a estar a la altura de la casa de Vince... que en ese momento bajaba por la escalera. O al menos creía que era él. El pelo me pareció más rubio que el día anterior, y el bañador negro en vez de rojo, pero su forma de moverse... de quedarse parado ahora... y mirar hacia mí. Solo en ese instante caí en la cuenta de que yo también me había parado. Mi mano fue por libre y se levantó mientras una sonrisa se extendía en mi rostro. Pero él no me sonrió, lo vi incluso a pesar de la distancia que nos separaba. Las comisuras de su boca no se movieron ni un milímetro, sus ojos se entornaron. ¿Sería que no me veía? ¿Que no me reconocía? Puede que fuese una de esas personas que no se quedan con las caras. O que tenía mal despertar, alguien que antes de las nueve no estaba para cháchara. Pero el día anterior no era mucho más tarde. Mientras mis ideas iban de un lado a otro como pelotas de tenis, mis piernas cobraron vida propia y avanzaron unos pasos hacia él, que casi al mismo tiempo se dio la vuelta y se fue por donde había

venido. Desapareció entre los arbustos y las matas que bordeaban la escalera que subía hasta su casa. Me quedé mirándolo estupefacta. Esperé unos segundos, pero no volvió. La intuición me dijo que en aquel comportamiento había algo raro, pero desde un punto de vista racional, había muchas explicaciones posibles para su repentina retirada. A lo mejor se había olvidado algo, o hubiese recordado algo importante. Puede que Laurie lo hubiese llamado. Sin esforzarme demasiado, encontré tres explicaciones más antes de subir esprintando la escalera de la casa de Kay. Y mientras estaba bajo la ducha, quitándome el sudor del cuerpo, llegué a la conclusión de que todas ellas eran más probables que la idea de que Vince me había evitado.

6

Kay ya me estaba esperando cuando, poco antes de las ocho y media, entré en la escuela de tenis. Llevaba un polo rosa Nike y un pantalón corto claro, y en lo alto de la cabeza unas gafas de sol deportivas con cristal de espejo que se bajó a la cara antes de coger su bolsa de tenis del suelo.

—Vamos a la primera. —Señaló la pista dura azul que quedaba más cerca—. Te la he reservado para las próximas semanas. Así no nos complicamos la vida.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

—¿Te ha costado venir? —preguntó mientras abría la puerta integrada en la valla por la que se accedía a la cancha.

Hice un gesto negativo y la seguí hasta los dos bancos que había junto a la pista.

—Empieza a calentar, yo voy a por las pelotas, no tardo nada.

Di dos vueltas a la pista corriendo relajadamente y realicé los habituales ejercicios de movilidad articular hasta que Kay volvió tirando de una cesta llena de pelotas.

—Hoy vamos a practicar los golpes paralelos —anunció mientras llevaba la cesta hasta la línea de fondo.

La miré sorprendida.

—¿Paralelos? Básicamente son los únicos golpes con los que ahora mismo no tengo ningún problema.

—Por eso mismo.

Fruncí el ceño.

—Pero...

—Sé que durante estas últimas semanas Milan y tú habéis trabajado sobre todo tus puntos débiles, pero yo quiero probar otra estrategia.

—¿Otra estrategia? —repetí con un deje de inquietud.

Kay hizo un gesto afirmativo.

—Creo que primero deberíamos centrarnos en tus puntos fuertes. Ver que vuelves a ganar aplomo. Seguridad en ti misma. —Sacó una pelota de la cesta y se puso a darle vueltas en la mano—. Milan me envió vídeos de tus últimas sesiones de entrenamiento. Estás demasiado agarrotada, demasiado tensa, se nota que estás pensando demasiado.

El espejo verbal que me puso delante hizo que tragara saliva.

—Primero tienes que volver a divertirte con el tenis, Lou.

—Sí que me divierto —objeté.

Ella ladeó la cabeza.

—Te quieres divertir, que es distinto.

Esta vez no repliqué, aunque seguía sin compartir la opinión de Kay. Claro que el tenis me divertía, y que precisamente por eso estaba tan tensa, porque no quería perder esa sensación.

—Confía en mí. Si consigues hacerte con el control de tu juego aquí dentro —se dio dos toquecitos en las sienes—, recuperarás el de fuera. —Me lanzó la pelota y la cogí.

Me quedé dos segundos mirando la bola de fieltro amarillo que tenía en la mano y después asentí.

—Se tarda un poco en adaptarse al clima —aseguró Kay mientras yo me ponía a la sombra debajo de la sombrilla para recuperar el aliento. A lo largo de la última hora el sol había subido rápidamente

y en la pista hacía un calor titilante, aunque eran poco más de las diez. El vestido rojo que llevaba se me pegaba al cuerpo como una segunda piel desde que había empezado con el entrenamiento y el sudor me empapaba la cara. Saqué la botella de mi bolsa y bebí un buen trago de agua. Estaba algo caliente, pero me dio lo mismo.

—Ha estado muy bien para empezar. —Kay se sentó a mi lado—. Golpes precisos, potentes. La longitud también era buena.

Acepté el cumplido y me callé que yo nunca había dicho lo contrario.

—En lo que respecta a cubrir las esquinas, todavía te veo un poco contenida en el movimiento, pero es normal después de la lesión. —Me miró el pie derecho, la cicatriz que asomaba del calcetín—. Primero habrá que recuperar la confianza en los tobillos, pero todo se andará.

La seguridad que mostraba Kay me hacía bien, sobre todo porque hablaba por experiencia. En 2005, mientras disputaba el partido de octavos de final en Roland Garros, se rompió los ligamentos de la rodilla cuando resbaló al deslizarse por la tierra. Tras un parón de casi siete meses había vuelto a la pista y los medios se habían burlado de ella por su forma «ortopédica» de jugar.

—Muy bien. —Kay dio una palmada—. Pues nos vemos otra vez después de comer, ¿sí? Le he pedido a Malia que venga a las dos. —El día anterior me había dicho que me había buscado una compañera con la que practicar. Malia tenía dieciséis años, entrenaba con Kay desde hacía poco y se la consideraba el mayor talento del tenis de la isla. Hice un gesto afirmativo, y añadió—: Y Gabe vendrá a eso de las cuatro. Le he pasado tu historial, así que está al corriente de todo.

—Gracias —repuse, y lo decía de corazón.

Kay había pensado en todo. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que yo tuviese las mejores condiciones posibles. Ahora todo dependía de mí. Esta idea me infundía dinamismo, pero también me metía presión.

—¿Tienes el código del gimnasio? —me preguntó cuando salíamos juntas de la cancha.

Asentí, pero, por si acaso, repetí la combinación de números.

—A esta hora no debería haber mucha gente —aventuró Kay, y saludó a Carter, uno de sus entrenadores, que al parecer iba camino del vestuario. A juzgar por las manchas rojas que tenía en la camiseta, había estado entrenando en tierra batida. Puesto que el US Open se disputaba en pista dura, Kay y yo no entrenaríamos en tierra—. Y, si la hubiera, les dices tranquilamente que se vayan, que lo he dicho yo —agregó, medio en broma, pero más bien seria.

Esbocé una sonrisilla, e iba a decir que ni de coña haría tal cosa cuando algo llamó mi atención. Alguien. Venía hacia nosotras con pasos enérgicos desde el aparcamiento. Y de pronto fue como si todo se desarrollara a cámara muy lenta, algo paradójico, porque el chico venía muy deprisa. Y porque... era Vince. «¿Vince? ¿Aquí?». Lo miré con perplejidad. Oí que, a mi lado, Kay decía algo que no entendí, porque en ese preciso instante un cortacésped se puso en marcha.

—¿Se puede saber qué demonios significa esto? —me espetó cuando llegó a nuestra altura, en un tono que no le pegaba nada aunque sí encajaba con la expresión de su rostro, entre enfadada y rabiosa, y con su cuello, en el que ahora había manchas rojas.

—¿Q-q-qué? —balbucí.

—¡¿Una denuncia?! —escupió mientras blandía un sobre que no le había visto sacar. No podía decir nada. Porque no entendía nada.

—Se lo advertí, señor Greenfield. Nuestros actos tienen consecuencias.

Levanté la cabeza para asegurarme de que era Kay la que había pronunciado esas palabras. Miraba a Vince sin mover un músculo de la cara.

—¿Que me lo advirtió? —resopló él—. Y una mierda, ¡me denunció!

Los ojos le echaban chispas, y poco a poco caí en la cuenta de que no me las lanzaba a mí. Que esto de aquí no tenía nada que ver conmigo.

—Porque con tanto ruido no podía dormir, y no era la primera vez que pasaba.

—¡¿Que no podía dormir?! —Levantó los brazos en un gesto de incredulidad—. ¡Pero si ni siquiera eran las diez!

—No sé si es consciente de ello, pero hay personas que trabajan y necesitan dormir —objetó ella.

—Sabe perfectamente que estoy de obras en casa.

—Pues haga el favor de hacerlas a una hora razonable.

—Eso también le molesta —resopló.

Seguía la escena que se estaba desarrollando ante mí como una espectadora. Kay con la mandíbula adelantada, inflexible. Vince con las manos apoyadas en las caderas. El sol de mediodía confería a su pelo una luz dorada, pero lo tenía igual de enmarañado que el día anterior.

—Fui muy clara desde el principio —arguyó Kay, encogiéndose de hombros—. Usted sabía que no aprobaba su proyecto.

—Hay una pequeña diferencia entre no aprobar y denunciarme y —ahora me miró— echarme a su ahijada encima, ¿no le parece?

—¡¿Cómo?! —espeté, abriendo mucho los ojos.

Los de él de pronto eran dos rendijas. El luminoso azul buscó mi mirada.

—Por favor, que no soy tonto. —Su tono era tan despectivo que un escalofrío me recorrió la espalda.

Antes de que pudiera contestar, Kay intervino:

—¿Se puede saber qué tonterías dice? No necesito echarle a nadie encima.

Vince iba a replicar algo, pero otra voz se le adelantó.

—¿Hay algún problema? —Carter había aparecido a nuestro lado de pronto, recién duchado y, a juzgar por su expresión, alerta—. ¿Quiere que llame a la policía, señorita Diamond?

—¿Qué? ¡No! —solté.

Miré a Kay, que estaba tardando demasiado en contestar, y eso que no podía plantearse en serio dar parte a la policía. Vince estaba fuera de sí —puede que con razón, puede que no, yo aún no lo sabía —, pero no suponía ningún peligro. ¿O acaso sí? De pronto me sentí un tanto insegura. Solo conocía a ese chico desde el día anterior, y entonces se había mostrado dispuesto a ayudarme y había sido majo. Divertido. Esta mañana, en cambio, ya no quedaba nada de ese comportamiento. Y eso que seguía sin saber si me había visto.

—No será necesario. —Kay interrumpió el hilo de mis pensamientos—. El señor Greenfield ya se iba.

Miré de reojo a Vince. Los músculos de su mandíbula se tensaron, y vi que se debatía consigo mismo. Atacar o retirarse. Retirarse o atacar. Por algún motivo, me hacía sentir una extraña atracción. Agobiada, dejé de mirarlo y me mordí el labio inferior.

—No os saldréis con la vuestra —silbó antes de alejarse de nosotros con pasos enérgicos, encaminarse hacia la salida y doblar la esquina.

—¿Qué ha pasado? —musitó Carter mientras la última frase de Vince aún resonaba en mi cabeza.

«No os saldréis con la vuestra». Curiosamente no era el tono de amenaza lo que me molestaba, sino ese plural. ¿Se refería a Kay y a mí? ¿A Kay y a Carter? ¿A Kay y a otra persona?

—Gracias, Carter —dijo Kay, y con un afable gesto de asentimiento le dio a entender que la situación volvía a estar bajo control.

—De nada. No quería entrometerme, pero me dio la impresión de que el chaval podía causar problemas.

—Eso mismo me olí yo desde el principio —farfulló ella.

Dos chicas adolescentes con sendas bolsas de tenis entraron en las instalaciones y saludaron con la mano a Carter, que consultó su reloj y se despidió de nosotras.

—Siento que hayas tenido que ver esto —se disculpó Kay cuando nos quedamos solas—. No sé qué bicho le ha picado a ese chico. —Negó con la cabeza—. Presentarse aquí sin más y ponerse a gritar como un loco.

—Eh... a ver si lo he entendido bien: ¿ese es el chico al que denunciaste porque no te dejaba dormir?

Kay asintió, y mi último rayo de esperanza de que todo aquello no fuese más que un gran malentendido se esfumó.

—¿Porque está haciendo reformas?

—Porque se pone a hacer reformas en mitad de la noche —me corrigió—. Hace tanto ruido que es como si el cielo se te fuera a caer encima.

Me callé para no decir que las diez no se podía considerar «mitad de la noche», por muy pronto que se fuera uno a la cama.

—Y, además, ha ocurrido varias veces —continuó—. Las primeras se las pasé, pero la tercera exploté. Fui a su casa y llamé al timbre, y como no me abrió, no tuve más remedio que llamar a la policía.

Recapitulé mentalmente.

—Y ¿a qué te referías cuando has dicho que no apruebas su proyecto?

—El hostal. —Puso los ojos en blanco—. A ese chico se le ha metido en la cabeza abrir un hostal justo al lado de mi casa.

El hecho de que escupiera más que pronunciara esas dos palabras me hizo escoger las mías con cuidado.

—¿Qué tiene eso de malo?

—¿Tú querrías vivir junto a un hostal? —Me miró con escepticismo —. Compré esta casa precisamente porque esta zona es tranquila, no para tener delante de las narices a mochileros y surfistas emporrados que están de fiesta todo el santo día.

No pude evitar sonreír.

—¿Qué?

—Bueno, que en un hostal no se alojan solo surfistas y mochileros emporrados, ¿no? También hay familias que...

—¿... meten ruido? Sí. —Bajó la vista—. Solo quiero tener tranquilidad, Lou. Me lo he ganado, en serio.

—¿Has intentado hablar con él? Puede que haya una...

—Tú misma acabas de ver cómo se las gasta.

—Y ¿qué piensas hacer ahora? —pregunté con cautela.

—Como es natural, lo que más me gustaría sería que el ayuntamiento le revocase la licencia de actividad.

Me sorprendió.

—¿Se puede hacer eso?

—Marty dice que no es imposible.

—¿Quién es Marty?

—Marty Simmons, mi abogado.

—¿Has contratado a un abogado?

—De momento solo para que me asesore. Pero como Greenfield vuelva a aparecer por aquí y nos amenace, es posible que me vea obligada a adoptar medidas más drásticas.

—Bueno, en realidad Vince no nos ha amenazado, ¿no? —añadí con suavidad.

Kay arrugó la nariz.

—No, en realidad no. Y eso que quizá habría sido incluso mejor que lo hubiera hecho, porque entonces... —Se interrumpió mientras estaba soltando la parrafada y me miró fijamente—. ¿Cómo sabes cuál es su nombre? —Dejó pasar un momento—. Yo no lo he mencionado.

Fui consciente de que disponía de escasos segundos antes de que las mejillas se me pusieran rojas como un tomate y me delataran.

—Nos conocimos ayer en la playa —contesté, en honor a la verdad —. Yo estaba corriendo y él haciendo surf.

—Y ¿te dirigió la palabra? ¿Sabía quién eras?

Parecía alarmada, razón por la cual negué con la cabeza deprisa.

—Tuve... una bajada de tensión y me ayudó.

—¿Una bajada de tensión?

—Por culpa del *jet lag* y por no beber suficientes líquidos. —Hice un gesto para restarle importancia—. Y Vince me... dio agua.

En el último instante decidí presentarle una versión edulcorada de la verdad. Omitiendo el gesto a lo duque de Hastings.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no sabía quién era —repuse sin mentir—. Y no quería que fueras blanda conmigo en el entrenamiento.

—¿Has vuelto a tener la tensión baja?

—No —afirmé con determinación—. Como te digo, sé a qué se debió.

Una expresión pensativa asomó a su rostro en forma de ceño fruncido.

—Conque era eso.

—¿Cómo?

—Vince Greenfield. Cuando me ha reprochado que le eché a mi ahijada encima.

Tardé en darme cuenta de a qué se refería. Antes, la acusación de Vince no tenía sentido; ahora, en cambio, todo encajaba. Pero... no era posible que de verdad pensara eso. Que Kay me había pedido que me desmayase delante de su casa para... ¡No! Era una solemne tontería, aunque eso explicaba su extraño comportamiento de esta mañana en la playa. La idea desencadenó en mí toda una serie de emociones contradictorias. Sobre todo, incredulidad, pero también pesar, desilusión, enfado, desconcierto. Me dolió un poco que me tomara por... ¿por qué, en realidad? ¿Cómplice de Kay? Qué absurdo. Y qué poco realista. Como si a Kay le sirviese de algo que le pudiera describir su terraza.

—Y ¿cómo es que sabía que soy tu madrina? ¿Se lo mencionaste?

—No. —Por un instante me extrañó no haber caído en eso yo misma. La respuesta era obvia—. Le conté a su hermana que vivo al lado y que mi madrina se llama Kay.

Ella enarcó las cejas.

—¿Su hermana?

—Laurie. Ha venido de visita y lo está ayudando con la reforma.

No pude evitar recordar los ojos azules y la sonrisa tan mona, con el espacio entre los dientes. ¿Qué opinaría ella de todo este asunto? ¿Del ruido? ¿De la discusión? ¿De mí?

—En fin, recemos para que esa chica sea una buena influencia —respondió Kay, y lanzó un suspiro.

7

Gabe tampoco tenía pinta de fisioterapeuta en nuestro segundo encuentro. Llevaba una camiseta, un pantalón corto y unas zapatillas Vans. Tenía unas gafas de sol en la cabeza y olía al chicle mentolado que estaba mascando. Aunque parecía fuera de lugar en la aséptica sala de tratamientos, no dudé ni un segundo de que se tomaba en serio su trabajo. Porque lo había elegido Kay, pero también porque irradiaba sinceridad y confianza.

—Te veo bastante hecha polvo —comentó cuando me tumbé boca arriba en la camilla.

No me molestó que lo dijera. Al contrario. La sensación de estar agotada tras un largo día de entrenamiento era para mí una de las mejores del mundo, y me había ganado a pulso mi cara roja y el cansancio muscular. Después de la sesión de entrenamiento de la mañana había hecho hombros, espalda y piernas en el gimnasio. Había aprovechado la hora de la comida para meterme en la piscina de Kay y comer una tostada con aguacate y un huevo frito. Después había conocido a Malia y había jugado un set contra ella. Había ganado 6-1, un resultado con el que estaba más que satisfecha.

—¿Ha aguantado el tobillo? —me preguntó Gabe al tiempo que me sostenía el talón en la mano izquierda y me masajeaba cuidadosamente la cicatriz con el pulgar derecho.

Asentí.

—Muy bien. —Empezó a hacerme rotar y estirar el pie—. ¿Has sentido alguna otra molestia?

—Ninguna.

Me amasó el gemelo derecho con ambas manos y las deslizó por el muslo, ejerciendo una presión casi dolorosa que había aprendido a apreciar con los años. Un dolor gustoso.

Cuando me flexionó la pierna y me la sujetó bajo el brazo, volví a fijarme en su tatuaje.

—¿Tiene algún significado?

No contestó en el acto, y durante un momento temí haber ido demasiado lejos.

—Es un tatuaje polinesio. Los triángulos simbolizan dientes de tiburón. El *aumakua* de mi familia, que es... —titubeó— una especie de... espíritu protector.

—¿El espíritu protector de tu familia es un tiburón?

—Mmm —musitó, y se encogió de hombros—. Forma parte de la mitología ancestral hawaiana. O se cree en ella o no se cree.

Estuve a punto de preguntar si él creía en ella, pero en el último segundo decidí no hacerlo. En parte porque Gabe intensificó el estiramiento del muslo y por un instante me quedé sin aire.

—¿Has visto uno alguna vez? Un tiburón, me refiero.

Asintió.

—Un tiburón martillo. Mientras hacía surf con mi hija, pero de eso hace mucho tiempo.

—¿Tienes una hija? —pregunté sorprendida.

En nuestra conversación, Kay solo había mencionado al hijo que había fallecido.

—Hijastra. Millie. Es unos años mayor que tú, vive con Julie en San Diego.

No se me pasó por alto que la voz le había cambiado. Con cada palabra se volvía más melancólica.

—Pero que eso no te impida meterte en el mar —afirmó, retomando el tema anterior—. Aquí mueren bastantes más personas por impactos de cocos que caen de las palmeras que por ataques de tiburón. —Levantó la vista—. No es broma. El año pasado perdió la vida un chico que salía a correr por Sunset Beach. —Gabe pasó a ocuparse de mi otra pierna—. Así que corre siempre por la orilla del agua. —Me guiñó un ojo—. Además, así verás mejor a los surfistas.

—Uf, no me hables de surfistas —repliqué, con un aire un poco teatral de más.

Gabe arqueó las cejas y me debatí entre abrir la boca o no. A fin de cuentas, para entonces ya había conseguido más o menos quitarme de la cabeza el desagradable encuentro con Vince Greenfield. O, mejor dicho, los dos encuentros.

—Ayer conocí por casualidad al vecino de Kay.

—¿A Vince?

—¿Lo conoces? —Me asombró tanto que me fui a incorporar, pero Gabe me empujó con suavidad contra la camilla.

—Desde que era un crío. Venía de vacaciones aquí todos los años con sus padres. Y con su hermana.

—Laurie —dijimos a la vez.

—Siempre se hospedaban con el viejo Jim. Jim Kamakahi. —Su voz se tiñó ligeramente de nostalgia—. Era una leyenda entre los surfistas de aquí. Ganó varias veces el Pipeline Masters. —Me di cuenta de que estaba a punto de empezar a divagar—. En cualquier caso, tenía un pequeño *bed and breakfast* en Sunset Beach, el Ohana. Los Greenfield se quedaban allí todos los años.

—Ohana —musité pensativa, ya que la palabra me sonaba vagamente.

—Significa «familia» en hawaiano —me aclaró Gabe—. La oirás a menudo en la isla. —Una sonrisa cómplice afloró a sus labios—. Eran

muy majos.

Tardé un instante en comprender que hablaba de nuevo de los padres de Vince.

—Nuestros hijos solían surfear juntos. Creo que incluso fue Jim el que enseñó a Vince. Estaba completamente loco por los hijos de los Greenfield. Él no tenía ninguno al que hubiese podido dejar la casa.

Eso me sorprendió.

—¿Le dejó la casa en herencia a Laurie y Vince? —Los engranajes de mi cabeza comenzaron a dar vueltas—. Lo que significa —arrugué la frente— que el Ohana es...

—... la casa que está junto a la de Kay.

Me dobló la pierna izquierda y me la llevó hacia el torso.

—Pero entonces antes también era algo parecido a un hostal —gemí.

Gabe hizo un gesto de asentimiento.

—Al menos hasta que Jim renunció al Ohana.

—¿Por la edad?

—Sí. Ya tenía más de ochenta años y no estaba en la mejor forma. —Negó con la cabeza—. La muerte de los Greenfield también le afectó mucho.

—¿La muerte? —inquirí espantada.

Asintió.

—Perdieron la vida cuando navegaban en los cayos. Durante una tormenta.

Tragué saliva.

—Madre mía, qué horror.

—Sí —musitó, y su mirada se volvió ausente—. Después de eso no volví a ver a Vince y Laurie. Hasta que, hace unos meses, Vince apareció de repente.

Intenté asimilar toda esa cantidad de información.

—¿Kay sabe que os conocéis?

—Claro.

—Y... ¿tú qué opinas de lo del hostal?

—Me mantengo al margen. Cosa que, dicho sea de paso, te aconsejaría que hicieras tú también.

—Ah, no pretendo... Me refiero a que apenas lo conozco. Me vi atrapada en la discusión más bien por casualidad.

Gabe interrumpió el movimiento.

—Pero ¿qué fue lo que pasó?

—Me desmayé en la playa, él me co...

—¿Te desmayaste?

—Sí, pero fue solo por el *jet lag* —me apresuré a aclarar—. Y se me olvidó llevar agua. Fue una estupidez por mi parte, sin más.

—¿Lo sabe Kay?

—Se lo he contado hoy, después de que Vince se presentase aquí y soltara unas teorías absurdas.

—¿Unas teorías absurdas?

—Ay, yo qué sé. Por algún motivo parecía creer que me desmayé delante de su casa porque Kay me pidió que lo hiciera. —Puse los ojos en blanco y él me dedicó una mirada escrutadora.

—¿Estabas corriendo y te desmayaste delante de la casa de Vince y ahora él cree —frunció el entrecejo— que Kay está detrás? —Dicho por él sonaba tan confuso como había sido.

—Es la versión corta de la versión corta, pero... sí.

—No es nada propio de él. En realidad, Vince es un chico majo. Y tampoco se altera por nada tan deprisa. —Gabe suspiró—. Probablemente los últimos meses le hayan pasado factura.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, la noticia de que quería reabrir el Ohana no puso en pie de guerra solo a Kay. Todo el vecindario se opuso. Presentaron

quejas en el ayuntamiento. Por lo visto incluso hubo alguien que se dirigió al gobernador del Estado.

—¿No es un poco exagerado?

Dirigiéndome una mirada elocuente, me contestó:

—Seguro que mientras corrías por la playa viste las villas que hay. Todas ellas de estadounidenses ricos del continente.

Entendí lo que quería decirme con eso. Donde había dinero también había influencia.

—Entonces no compartes la opinión de Kay, ¿no?

Gabe esbozó una sonrisilla.

—Ya te he dicho que me mantengo al margen.

—Te puedes mantener al margen y tener una opinión —repliqué en tono de broma—. Además, no se lo diré a Kay.

Dio la impresión de que se divertía.

—No le tengo miedo a Kay. —Pasaron unos segundos—. Entiendo que le preocupe el futuro. El Ohana atraerá a mucha gente y, sí, posiblemente también se haga notar. —Se encogió de hombros—. Pero la playa es de todos y vivir en ella no debería ser un privilegio de los ricos.

Ohana. Me gustaba cómo sonaba esa palabra, y más aún me gustaba lo que significaba. Mis padres lo eran todo para mí. Mi refugio. Me apoyaban y me daban fuerza, y sabía que siempre podía contar con ellos. Qué difícil tuvo que ser para Vince y Laurie quedarse sin esa red de seguridad tan pronto.

8

El resto de mi primera semana pasó volando, y poco a poco la rutina se fue instaurando en mi día a día. Cada mañana después de levantarme me tomaba un *smoothie* y salía a correr relajadamente por la playa antes de ir a entrenar. La mayoría de las veces entrenábamos Kay y yo, dos horas en la pista. Luego tocaban ejercicios de intervalos o de velocidad, a veces también pesas en el gimnasio. La hora de descanso la aprovechaba para comer algo y echarme una siestecita, a veces también me daba un chapuzón en la piscina de Kay. Después, o bien tenía otra sesión de entrenamiento o jugaba un partido contra Malia.

Mi día de entreno terminaba invariablemente en la camilla de Gabe. Con la fuerza de sus manos y su instrumento de tortura disfrazado de rodillo miofascial me ayudaba a que mi cuerpo se regenerase lo bastante deprisa para al día siguiente volver a darlo todo. Me gustaba su forma relajada de ser. Cómo me tranquilizaba cuando me sentía insatisfecha o frustrada. Y me gustaban las conversaciones que manteníamos sobre lo humano y lo divino. Le contaba cosas de Alemania, de cómo era mi vida en Múnich y de mis padres, de los torneos, de los numerosos aviones y habitaciones de hotel, de encuentros curiosos con fans y entrevistas impertinentes. A cambio, yo cada vez aprendía más cosas de Hawái. Las antiguas tradiciones, las influencias modernas, los esfuerzos por vivir en armonía con la naturaleza y los muchos desafíos a los que se enfrentaban las islas debido al turismo. Los sueldos bajos y el

elevado coste de vida, que sobre todo preocupaba a muchos nativos de Hawái. Intentó enseñarme el espíritu *aloha*, explicarme que *aloha* no es solo una palabra, sino un estado de ánimo. Y por fin me enteré de lo que era el gesto que hacía con la mano siempre que me veía. Era el *shaka*, una expresión de la actitud hawaiana de tomarse la vida de un modo un poco más relajado y que la gente usa para saludar, dar las gracias o despedirse.

Nunca me acostaba más tarde de las nueve y media. Para un deportista de élite, dormir bien era tan importante como entrenar bien; esa era una de las primeras lecciones que yo había aprendido. Unas veces Kay y yo comentábamos antes cómo había ido el día de entrenamiento o fijábamos objetivos para el siguiente; otras, me iba a la cama y veía una serie de Netflix. Hablé en una videollamada por Zoom con mis padres. Mi padre se había conectado desde Londres. Les hice un resumen de mis primeros días en Hawái, pero sobre todo les hablé de mis progresos en el entrenamiento. Después de responder a casi todas sus preguntas (¿Está caliente el mar? ¿Ya has probado el granizado hawaiano? ¿Hay gente de tu edad? ¿Tienes planes para el fin de semana?) con un «Ni idea» o «No», mi madre me volvió a soltar la cantinela de que el tenis no lo era todo y que también debía divertirme un poco. Mi padre la secundó e hizo unos chistes de padre sobre surfistas. Aunque su insistencia a veces resultaba enervante, no me lo podía tomar a mal; a fin de cuentas, sus propios padres —al igual que los de Kay— habían sido excesivamente ambiciosos y se habían propuesto criar a deportistas olímpicos. Que yo jugara al tenis o incluso que llegara a ser profesional era algo que habían apoyado, pero nunca forzado. Al contrario. De pequeña incluso tenía la sensación de vez en cuando de que habrían preferido que mis intereses hubiesen ido en otra dirección, una que no me expusiera a comparaciones, a la presión

de satisfacer expectativas. Pero mi amor al tenis y lo mucho que me querían había vencido todas las dudas.

Tras prometer a mis padres que bajaría el ritmo al menos durante el fin de semana, hablamos un poco de todo unos minutos más y nos despedimos.

—Esta tarde he quedado, así que tendrás que prepararte tú la cena o ir a por un bol de *poke* a Keanu's —dijo Kay mientras yo calentaba para entrenar el sábado por la mañana. Eran poco más de las ocho y, salvo nosotras, en la escuela no había nadie. El sol todavía estaba bajo en el cielo, pero con cada minuto que pasaba el aire era más sofocante.

—¿Tienes una cita?

—Pero qué dices. —Desechó la idea con un rápido movimiento de mano—. Adrian es un viejo amigo y ha venido a Honolulú a pasar unos días de vacaciones.

—Adrian —repetí, con exagerada fascinación.

—Durante siglos fue el director del torneo de Cincinnati. Hemos quedado para cenar y hablar de los viejos tiempos.

Hice un *lunge* con la pierna izquierda, con lo que la falda de tenis se me subió y dejó a la vista la marca del moreno en el muslo.

—Hay quien diría que eso es una cita.

Puso los ojos en blanco, pero yo subí las apuestas.

—Si prefieres tener la casa para ti sola, puedo...

—¡Louisa Herzog-Riggs! —exclamó Kay entre indignada y risueña —. Adrian y yo solo hemos quedado para cenar. Además, ¿adónde te irías tú? —resopló—. ¿A la fiesta de Vince Greenfield?

Dejé de hacer lo que estaba haciendo.

—¿La fiesta?

Llevó la cesta de las pelotas hasta la línea de fondo y refunfuñó:

—El hostal todavía no ha abierto y él ya da la primera fiesta. Y, para colmo, tiene la cara dura de invitarme.

—¿Te ha invitado? —repetí sorprendida mientras la seguía hasta la línea de fondo.

Tenía la sensación de que ya había calentado bastante. Para esa mañana teníamos pensado hacer saques, mi no muy secreto talón de Aquiles. Mi saque no era malo, ni tampoco lento, pero era fácil de leer y, por lo tanto, fácil de atacar.

—A mí y a todos los demás vecinos, según dicen. Una provocación pura y dura.

—O un acercamiento —musité mientras cogía una pelota.

—Diviértete mucho en tu cita —dije mirando hacia el cuarto de baño a media tarde.

Esperé a oír el bufido de Kay antes de echarme la toalla al hombro con una sonrisa para ir a la playa. Sunset Beach estaba llena de gente. Había familias del lugar y turistas haciendo pícnics, niños construyendo castillos de arena y surfistas lanzándose a olas altísimas. Extendí la toalla, le puse encima la mochila y me apliqué una buena capa de protección solar antes de caminar hasta la orilla. El agua estaba a una temperatura agradable, la justa para que resultase refrescante. Me metí un poco, era tan transparente que se podían ver las conchas del fondo. Toqué la superficie con los dedos y me mojé los brazos. Por mi reluciente piel rodaron perlas de agua.

—¿Louisa?

La voz me sonaba, pero no supe identificar a quién pertenecía. Miré a la derecha e hice visera con la mano para protegerme los ojos del sol. Tardé un poco en darme cuenta de que era Laurie, que remaba hacia mí subida a una *bodyboard*. Llevaba un biquini de

color fucsia y su pelo era más largo y oscuro de lo que yo recordaba, más que nada porque lo tenía mojado y pegado a los hombros.

—¡Hola! —exclamé sorprendida, y levanté la mano.

—Hola —me respondió, sin aliento y con una sonrisa que parecía tan tímida como la mía. Paró de remar y se dejó llevar hasta mí un tramo—. No estaba segura de si eras tú. En el agua todo el mundo parece siempre tan distinto... —Hizo una mueca y a la vista quedó el espacio entre los incisivos.

Hablando de algo distinto...

—Tienes flequillo —constaté cuando la vi de cerca.

Laurie se llevó la mano a él.

—Sí, desde ayer. —Sus mejillas se tiñeron de rosa—. Todavía no me he acostumbrado del todo.

—Te queda genial.

Sonrió, halagada. Durante un momento guardamos silencio. Después Laurie tomó la palabra.

—Oye, quería pedirte disculpas.

Eso era algo con lo que no contaba.

—¿Por qué?

—Si no le hubiera dicho a Vince cómo se llamaba tu madrina, no se habría puesto como se puso con ese asunto. Sobre todo, no habría llegado a una conclusión tan absurda. —Puso los ojos en blanco y me sentí aliviada.

—Bueno, tú tampoco podías saberlo.

—Aun así. —Lanzó un suspiro, apesadumbrada—. Todo se ha torcido de mala manera. Yo no llevo aquí mucho tiempo y no me he enterado bien. —Se veía a la legua hasta qué punto le seguía reconcomiendo.

—¿Ya está más tranquilo tu hermano?

Enarcó las cejas.

—¿Tan malo fue?

Ladeé la cabeza.

—Estaba bastante cabreado.

—Traté de impedir que fuera, pero salió como una bala cuando llegó la notificación de la denuncia. —Bajó la vista un instante a su tabla—. En fin... Sé que lo de Vince y tu madrina es supercomplicado, pero... no creo que tenga por qué afectarnos a nosotras, ¿no?

Añadió el «¿no?» con un segundo de retraso y cierta inseguridad.

—No —respondí con firmeza—. No tendría por qué.

Laurie pareció aliviada y apoyó el mentón en la tabla. Solo ahora reparé en las coloridas flores que tenía.

—Por desgracia, del *bodyboard* no paso —afirmó, malinterpretando mi mirada, y se encogió de hombros con ironía—. Vince ha intentado enseñarme a surfear cientos de veces, pero soy un caso perdido. —Continuó hablando, más animada—. ¿Tú lo has probado alguna vez?

—¿El surf? —Negué con la cabeza y me deslicé por el agua de espaldas.

—Es muy difícil mantenerse de pie en la tabla —objetó, y dejó escapar un suspiro—. No sé cómo lo...

El resto de la frase no lo oí, porque una pequeña ola me engulló. Me eché a reír mientras intentaba apartarme de la cara los mechones de pelo.

—Habría sido una foto divertida. —Laurie me señaló el móvil, que llevaba colgado del cuello en una funda impermeable.

Me sumergí un instante echando la cabeza hacia atrás para que al sacarla el pelo me cayera liso sobre la espalda.

—¿Te importa hacerme una? Mis padres siempre se están quejando de que no mando ninguna foto al grupo de familia. —Puse

los ojos en blanco y me di cuenta demasiado tarde de la falta de tacto de mis palabras. Los padres de Laurie habían muerto y nunca le irían con ninguna queja. Para alivio mío, ella reaccionó con un relajado:

—¡Claro que no!

Y me tendió la mano.

—Por cierto, el color de tu biquini es lo más —afirmó mientras me apuntaba con el móvil—. Te queda genial con el moreno.

Me alegró oír el cumplido y se lo devolví, aunque no se podía decir que estuviese ni un poquito bronceada. A diferencia de Vince, su piel era blanca como la leche, y los densos restos de crema que se veían en su cuerpo confirmaron mi sospecha de que era muy propensa a quemarse fácilmente.

—Oye, lo de esta noche —empezó con aire vacilante—. ¿Ya sabéis si vais a ir?

La miré con cara de interrogación.

—A la barbacoa que vamos a hacer. Os envié a tu madrina y a ti una invitación, pero como no habéis dicho nada...

Me sorprendió. ¿Acaso Kay no había hablado de una fiesta? Y ¿por qué no había mencionado que nos habían invitado a las dos?

—¿Nos has invitado tú? —pregunté perpleja.

—En nombre de Vince, claro. Pero fue idea mía invitar a los vecinos. Pensé que quizá fuese una buena ocasión para... limar asperezas.

—Y ¿tu hermano accedió?

Hizo un gesto afirmativo.

—Me costó un poco convencerlo, pero comprendió que las cosas no pueden seguir así.

—Mmm —contesté con aire pensativo, y noté que Laurie me miraba—. Pues es que... Kay ha quedado esta tarde, probablemente

no haya dicho nada por eso.

Sonó tan patético que me dio vergüenza.

—¿Y tú? Tú sí vienes, ¿no?

La pregunta me cogió por sorpresa. Durante un momento me quedé en blanco.

—Haremos costillas a la brasa. —Subió y bajó las cejas—. O, si eres vegetariana, también habrá mazorcas de maíz y patatas asadas. Y he comprado malvaviscos. Y galletas, para que podamos hacer sándwiches con los malvaviscos.

—Pues... es que...

El murmullo de las olas me salvó y engulló mi balbuceo. Casi al mismo tiempo Vince apareció en la playa e hizo un gesto para llamar la atención de Laurie. Llevaba otra vez el bañador rojo coral, y me resistí al recuerdo que se me pasó por la cabeza. Al extraño cosquilleo que sentía en el estómago.

—Mierda, ¿ya es tan tarde? —dijo Laurie mientras se miraba el reloj—. Le prometí a Vince que lo ayudaría con los preparativos. —Se metió en el agua y se colocó la tabla debajo del brazo—. Nos vemos luego —me dijo mientras salía.

Solo unos segundos después fui consciente de que no lo había dicho como si fuese una pregunta.

9

Si Kay no hubiera salido ya para ir a su cena/cita cuando volví de la playa, le habría soltado lo de la barbacoa. O por lo menos le habría preguntado por qué no me había dicho que nos habían invitado a las dos. En vez de eso, me duché para quitarme la arena y la sal del cuerpo, me puse una cómoda combinación de pantalón corto y camiseta de tirantes y fui hasta Keanu's, un *food truck* que quedaba cerca y que, según Kay, preparaba los mejores y más frescos boles de *poke*. La larga cola le daba la razón. Me uní a la fila y aproveché el tiempo de espera para repasar mentalmente la conversación que había mantenido con Laurie. Según ella, Vince había admitido que las cosas no podían seguir así, y el hecho de que nos hubiese invitado a Kay y a mí a lo de hoy lo respaldaba. Por eso me daba tanta rabia que Kay no lo hubiese mencionado, y más todavía que se hubiera negado a ir. A fin de cuentas, también me hacía quedar mal a mí, y tenía que admitir que no me daba lo mismo. Ya solo por eso me pasaría más tarde por la barbacoa. Solo un rato, desde luego, para estar en la cama a mi hora. Tampoco comería nada, solo me quedaría a tomar algo. La cola se puso en movimiento y logré ver la carta, que se componía exclusivamente de boles de *poke*. Elegí el de atún y aguacate. Cuando me llegó el turno, pedí que me lo pusieran para llevar y volví a casa.

Una vez allí, me acomodé en el sofá con el bol en el regazo y me puse la tele. Mientras tanto, me bebí casi medio litro de agua y crucé algún mensaje con mi madre, que se acababa de despertar. En

Alemania eran poco más de las siete de la mañana. De pronto me vino a la cabeza que no sabía a qué hora empezaba oficialmente la barbacoa. Laurie no lo había mencionado. No quería ser ni la primera ni la última. Me entraron los nervios, así que dejé el bol en la mesa y salí a la terraza. El sol se estaba poniendo y trazaba un dibujo de luz y sombras en la piedra natural; y en mis pies, que fueron hacia la parte de la terraza que estaba más cerca del terreno de los Greenfield. Agucé el oído, pero aparte del zumbido de la bomba de la piscina de Kay y del suave trino de los pájaros no se oía nada. Una ligera brisa me acarició la piel y jugueteó con mi pelo. Y de repente percibí algo. Sonidos de guitarra, voces, risas. Parecía que allí ya había gente. Entré de nuevo en casa, satisfecha.

Media hora después salí con un vestido corto de flores y unas zapatillas de tela blancas. Salvo un poco de rímel, no me había maquillado, y el pelo, enredado por el exceso de agua del mar, lo llevaba recogido en un moño suelto. Para no presentarme con las manos vacías, le birlé una botella de vino a Kay.

Hasta la casa de los Greenfield había unos cien metros, pero yo avanzaba despacio, porque no había acera ni farolas. Al menos la luna daba la suficiente luz para permitirme ver baches e irregularidades.

A diferencia de la casa de Kay, esta no estaba separada de la carretera por un portón. Había unos cuantos coches aparcados en un camino que subía por el césped hasta la casa. Pese a la escasa iluminación, me llamó la atención que no estuviera tan cuidado como quizá cupiese esperar en ese vecindario. Dos escalones llevaban hasta un pequeño porche cubierto. Una luz tenue encima de la puerta permitía distinguir cinco letras de madera grisácea que componían la palabra OHANA. Descubrí un timbre sin placa y llamé, mientras me invadía un ligero nerviosismo. Me puse a tirar de un hilo

suelto que tenía en el vestido al oír que se aproximaban pasos al otro lado de la puerta. Cuando se abrió, me sorprendí. Y es que no fue a Laurie a quien vi; ni tampoco a Vince. Era Griffin Chipman, alias Chip, el actual mejor surfista de olas gigantes del mundo. Hacía un año que había entrado en el *Libro Guinness de los récords* al surfear la ola más grande que se había registrado nunca: 26,5 metros de altura. Si lo sabía con tanta precisión era porque fui yo quien le entregó el Premio Laureus al mejor deportista internacional por ello. Durante un segundo me vino a la cabeza la entrega de premios: yo con un vestido de noche rojo y él de esmoquin y con el oscuro cabello engominado hacia atrás. Hoy lo llevaba recogido en un moño alto que le pegaba mucho más. Al igual que la barba de tres días y la holgada camisa con estampado étnico y el pantalón corto. Su cara de perplejidad al verme me dijo que estaba tan sorprendido como yo. Volvió la cabeza y preguntó:

—¿Qué hace Louisa Herzog-Riggs en tu puerta?

«¿En serio?», le pregunté con la mirada.

—¿Quién?

No cabía duda de que era la voz de Vince, que se acercaba. En circunstancias normales me habría puesto nerviosa, pero seguía ocupada procesando la presencia de Griffin Chipman en esa casa.

—Louisa... Herzog... Riggs —repitió despacio, con una sonrisa pícara.

Yo iba a decir algo cuando Vince apareció detrás de él. Sus ojos se abrieron como platos al verme. No supe decir si de la sorpresa, la irritación o el enfado; solo que nunca sería capaz de acostumbrarme a la intensidad de su azul.

—No mencionaste que habías invitado a personas tan importantes. —Le tomó el pelo Chip, y aunque las mejillas se me acaloraron, disfruté de la cara de desconcierto que puso Vince—. Ah,

que no sabes quién es —añadió Chip—. Esta, amigo mío —me señaló con el dedo índice—, es Louisa Herzog-Riggs.

Sacó el móvil, escribió algo en él y se lo puso delante de las narices a Vince, que hizo todo lo posible por fingir indiferencia pero que miró con disimulo. Me habría gustado saber cuál de las numerosas fotografías que circulaban por internet había elegido Chip.

—¿Os conocéis? —preguntó Vince, con el ceño fruncido.

—Me dio un premio.

—Te lo entregué —lo corregí.

—Nos conocimos durante la entrega de los Premios Laureus. Después me habría gustado conocerla mejor, pero curiosamente el número de teléfono que me dio estaba mal.

—Seguro que te liaste con algún número —repuse con la más inocente de mis sonrisas.

La mirada risueña de Chip me dijo que se lo tomó con humor.

—Vaya —refunfuñó Vince con no poco asombro.

En ese mismo instante apareció Laurie en el pasillo. Llevaba un colorido vestido largo estampado y se había recogido el pelo en una coleta alta que resaltaba el flequillo.

—Oye, fuera ya no hay cerveza. ¿Te importa...? —No terminó la frase al verme, y su rostro se iluminó en el acto—. ¡Louisa! ¡Qué bien que hayas venido!

—Vaya, es evidente que tu hermana está mejor informada que tú sobre tus invitados —se limitó a decir Chip.

—Te refieres a sus invitados.

Laurie adelantó el mentón.

—Tú estuviste de acuerdo.

—Eso fue antes de que su madrina saboteara mi barbacoa. —Durante una décima de segundo su mirada pasó a mí.

—¿Qué? —inquirí confusa, porque no sabía de lo que estaba hablando.

Laurie pasó por alto mi pregunta y lanzó un suspiro.

—Eso no lo sabes seguro.

—Sé de lo que es capaz —replicó su hermano.

Yo miraba a Laurie y a Vince alternativamente en busca de ayuda.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

—Pregúntaselo a tu madrina —gruñó él. Antes de que yo pudiera reaccionar, se dirigió a Chip—: ¿Me ayudas con la cerveza?

Chip puso cara de preferir ir a por una bolsa de palomitas.

—Mi número sigue siendo el mismo —me dijo antes de desaparecer con Vince.

Laurie frunció el entrecejo.

—¿Qué ha sido eso?

—Es una larga historia —contesté, y proferí un suspiro.

—Que me puedes contar mientras nos bebemos esto. —Me cogió la botella de vino blanco con expresión traviesa—. Pasa. —Me invitó a entrar con un gesto, y una parte de mí se mostró dispuesta a obviar lo que acababa de averiguar a medias, pero la intuición me dijo que quería saberlo.

—¿Qué ha querido decir Vince con lo de que mi madrina ha saboteado su barbacoa? —pregunté sin moverme del sitio.

Laurie vaciló.

—Bueno, es que de momento no ha venido ningún vecino, y... Vince cree que... tu madrina está detrás de ello.

Las últimas palabras las dijo en un susurro, como si le resultase desagradable pronunciarlas.

—¿Cómo que «está detrás»? —repetí, aunque tenía una vaga idea de a lo que se refería.

—Cree que los ha convencido para que no vinieran.

—¿Qué? —Torcí el gesto, sin dar crédito—. Eso es una chorrada. Puede que lleguen tarde. —Me miré el reloj—. ¿Cuándo empezaba esto oficialmente?

—A las seis.

Eso era hacía casi dos horas. Arrugué la frente y volví la cabeza.

—¿De quiénes son los coches?

—De amigos de Vince. Los llamó hace un rato para preguntarles si querían pasarse. Por la cantidad de comida que hay y tal.

Primero bajó la voz y después la cabeza, y el corazón se me encogió un poco.

—Mierda.

—Ya. Vince está bastante frustrado.

—Normal.

Aunque no creía que Kay tuviese algo que ver, me dio pena por Laurie y por él.

—En fin... —Laurie dio una palmada—. Espero que tengas hambre.

No tuve valor para confesarle que ya había cenado. Que nada del bufé que habían preparado encajaba con mi régimen de comidas. Así que sonreí y acepté su muda invitación a entrar.

Un aire tibio me recibió al pasar. A diferencia de en casa de Kay, allí al parecer no había aire acondicionado. Tan solo un ventilador de techo daba vueltas sobre nuestra cabeza. Las paredes estaban revestidas de madera y pintadas de azul turquesa y los rodapiés blancos marcaban un bonito contraste. A juzgar por el olor, habían pintado hacía poco. El suelo de madera también parecía recién barnizado y brillaba con la luz de la lámpara del techo. En lugar del clásico mostrador de recepción, en la pared se abría una ventana con las persianillas cerradas. La puerta que había a la derecha me

hizo suponer que tras ella se encontraba un despacho. A mano izquierda se abría un pasillo. Era luminoso, atractivo y acogedor.

—¿Cuándo tenéis previsto abrir?

—Dentro de dos meses, pero vamos a andar justos si Vince sigue empeñado en hacerlo todo él solo.

—¿Lo está haciendo todo él solo?

—Bueno, todo no, pero quiere que esto sea lo más parecido posible a como lo tenía Jim. Hacer que el Ohana siga siendo como era. —Y agregó—: Jim era el propietario. Lo conocíamos bien.

Una expresión triste asomó a su rostro. Antes de que yo lograra encontrar las palabras adecuadas, Laurie se puso en movimiento.

—¿Cuántas personas caben aquí? —pregunté mientras dejábamos atrás las puertas que había a ambos lados del pasillo.

Tuvo que pararse a pensar un momento.

—Dos habitaciones con dos camas y dos de cuatro, así que...

—Doce.

—Si está lleno —precisó ella, y se detuvo delante de la última puerta de la derecha—. Las habitaciones todavía no están terminadas, pero, si quieres, puedes echar un vistazo.

—¡Claro!

Mi interés no era fingido. Nunca había estado en un hostal. Mi familia siempre había tenido suficiente dinero para que nos alojásemos en buenos hoteles y, al estar entre las diez mejores jugadoras del mundo, los organizadores solo me reservaban hoteles de lujo. Abrí la puerta y busqué a tientas el interruptor. La habitación era sorprendentemente grande y estaba pintada en los mismos colores que la entrada: blanco y turquesa. Contaba con dos literas iguales sin colchón y una estantería. Sobre la ventana se veía una barra a la que todavía le faltaba la cortina.

Continuamos y Laurie me señaló con gestos rápidos dónde estaban los inodoros, las duchas compartidas y los lavabos.

—¿Arriba hay más sitio? —quise saber mientras apuntaba con el dedo a la escalera del fondo del pasillo.

Laurie negó con la cabeza.

—Arriba vive Vince. Ya le he dicho que antes de que abra va a tener que pensar en algo, si no quiere que alguien se meta en su habitación por la noche.

Lo que dijo me sorprendió.

—¿Significa eso que... quiere seguir viviendo aquí? ¿Incluso después de que abra el hostal?

Ella se echó a reír.

—Claro, ¿adónde iba a ir si no?

Me puse roja.

—No sé... Pensé que... —Sacudí la cabeza—. Y ¿no le incomoda? ¿Compartir su casa con tantos desconocidos?

—Por lo visto no. —Laurie se encogió de hombros—. Jim también lo hacía así. —Sonrió—. Y entonces los desconocidos éramos mi familia y yo.

No le dije que ya lo sabía, y esbocé una sonrisa. Fuimos hacia la derecha y entramos en la sala común, que tenía la misma paleta de colores que el resto del hostal. El techo de vigas vistas le daba al lugar un aire sumamente acogedor. También el suelo de madera antiguo resaltaba más en este sitio. Lo completaban un sofá tapizado en gris contra la pared, un televisor en un mueble bajo provisto de libros y juegos de mesa y una mesa de comedor grande, para por lo menos diez comensales. Considerando el color grisáceo de la madera, tanto la mesa como las sillas tenían la misma edad que la casa. Iba a pasar la palma por la superficie cuando Laurie gritó:

—¡No!

Retiré deprisa la mano.

—Perdona. Es solo que... la mesa es tétanos con patas. Todavía hay que lijarla y pintarla. Igual que las sillas.

—Ah, vale.

Movió la botella de vino.

—Voy a por unas copas y un abridor. —Desapareció en la habitación contigua antes de que pudiera decirle que no bebía alcohol. Al menos no cuando me preparaba para jugar un torneo. La seguí con la mirada sin saber qué hacer cuando la puerta de la terraza se abrió por fuera y un chico con el pelo rizado oscuro entró.

—Hey —me saludó cordialmente antes de ir hacia los aseos.

Por la puerta ahora abierta llegaba música de guitarra. Reconocí la canción de inmediato: *Ho Hey*, de los Lumineers. Con una sonrisa en los labios escuché la melodía, que empezaba tranquila y lenta e iba cobrando velocidad. Me había acercado a la puerta sin ser consciente de ello y eché un vistazo a la terraza. Varias guirnaldas de luces serpenteaban por la barandilla. De las ramas de los árboles colgaban farolillos que se mecían con la brisa vespertina. Unas velas y un brasero proporcionaban una agradable luz. A mi derecha habían montado un abundante bufé, con bandejas llenas de costillas y alitas de pollo, y cuencos con ensalada de col, patatas y mazorcas de maíz. A mi izquierda había gente sentada alrededor del brasero, escuchando la música. El guitarrista tocaba de espaldas a mí, pero supe que era Vince. Sin que nadie me viera, me apoyé en el marco de la puerta y moví la cabeza al ritmo de la música. La única mujer del grupo —la veía solo de perfil, pero tenía el pelo largo y oscuro— empezó a cantar la canción. Primero con timidez, después con brío. Vince ladeó la cabeza hacia ella y le sonrió, y yo sentí en el pecho una punzada de celos absolutamente irracional.

—Así que Kay Diamond es tu madrina. —No me había dado cuenta de que Chip había aparecido a mi lado—. ¿Tu madre y ella no fueron rivales durante mucho tiempo?

—Solo en la pista. En privado eran amigas íntimas.

—Mmm —repuso—. Y ahora ¿es tu entrenadora?

—Temporalmente. Me estoy preparando aquí para el US Open. ¿Y a ti? —pregunté a mi vez—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vivo aquí. Crecí en la Costa Norte.

—Ah —me sorprendió—. No sabía que eras hawaiano.

—Mis padres se vinieron desde Santa Mónica cuando a mi padre lo nombraron capitán de condado de Ocean Safety.

Me vio en la cara que sabía de lo que estaba hablando.

—Es socorrista. Era socorrista. Ahora pasa la mayor parte del tiempo en un despacho con aire acondicionado haciendo horarios. —Hizo una mueca que me permitió suponer que le tomaba el pelo a su padre con ello a menudo.

La canción acababa de terminar cuando Laurie se unió a nosotros con el vino y dos copas. La miré con cara de disculpa.

—Tengo que confesarte una cosa: no bebo alcohol. Cogí una botella del botellero de Kay para no venir con las manos vacías.

Reaccionó con absoluta naturalidad:

—¿Coca-Cola? ¿Agua? ¿Té helado?

Seguí su dedo índice hasta una tina llena de hielo picado de la que asomaban latas y cuellos de botellas. Le ofreció a Chip la copa que iba a ser para mí.

—¿Quieres? —Miró la etiqueta y pronunció a duras penas—: Sauvignon Blanc.

—¿Del botellero de Kay Diamond? Desde luego —oí que decía, y no supe muy bien cómo interpretar su reacción.

Mientras Laurie le servía vino, fui hasta donde estaban las bebidas y saqué una botellita de agua de la tina. En ella, en grandes letras amarillas, ponía: ALOHA MAID. Vince había empezado a tocar otra canción, y necesité unos compases para reconocer que era *Hold My Girl*, de George Ezra.

—Bueno, entonces, ¿te caliento unas costillas? —me preguntó Laurie cuando volví con Chip y con ella—. Están buenísimas. —Miró hacia el bufé—. Y las alitas de pollo también, pero pican un poco. Te tiene que gustar el picante.

Apreté los ojos, cohibida.

—Cené en casa.

Esta vez no reaccionó con tanta indiferencia. Me miró algo preocupada antes de decir:

—No pasa nada. —Y sonrió—. Quizá te entre hambre más tarde.

Asentí, agobiada. Probablemente no fuese el mejor momento para mencionar que no me podía quedar mucho.

Cuando nos sentamos con los demás alrededor del fuego, Vince enarcó un instante las cejas, un gesto quizá casual, quizá intencionado, que, en cualquier caso, me llamó la atención. Las presentaciones de rigor las ahogó en parte la guitarra, pero me enteré de que la chica del pelo oscuro se llamaba Pili. A su lado estaban Milo —el chico que había entrado antes— y un chico llamado Brody, que parecía recortado de una revista de surf. Algo que, en realidad, se podía aplicar a todos los hombres de la terraza. Quizá fuese la combinación de piel bronceada, pelo despeinado y músculos marcados.

—Todavía me debes una larga historia —me recordó Laurie por encima del borde de su copa de vino.

Me quedé descolocada un instante.

—¿Chip y tú? —me ayudó ella.

—Ah, eso. —Esbocé una sonrisilla y lo miré. Estaba sentado junto a Vince y escribía algo en el móvil—. En realidad, no es tan larga. Cuando nos conocimos, me pidió mi número de teléfono y... se lo di mal a propósito.

Laurie abrió mucho los ojos.

—¿Le diste a ese tío —inclinó la cabeza hacia la izquierda— un número falso a propósito?

—Sí —repuse justo cuando ella exclamaba sin dar crédito:

—¡Con lo bueno que está!

—Eso es verdad —admití.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—El problema es que lo sabe.

Laurie volvió la cabeza para mirarlo. Justo entonces él levantó la vista del teléfono y nos sonrió.

—Pues sí, lo sabe —se limitó a decir Laurie, y estallamos en carcajadas. Tan ruidosas que llamamos la atención de Vince, que nos miró con cara de reproche.

Su hermana levantó las manos y se disculpó exageradamente:

—Perdona, Jack Johnson.

Él puso los ojos en blanco como el hermano mayor que era y se centró de nuevo en su guitarra, que estaba un poco cascada. En el cuerpo marrón claro se veían restos de pegatinas. Mis ojos volvieron a su rostro. Unos mechones de pelo le caían por la frente, pero no parecían molestarle.

—Deberías darle tu teléfono —musitó Laurie.

—¿A Vince?

—A Vince no. —Torció el gesto—. ¡A Chip!

—A Chip, claro —farfullé, abochornada, y me aclaré la garganta. Agradeciendo que no ahondara en mi metedura de pata, añadí—: Ni de coña.

—Sería el rollo de vacaciones perfecto.

—Lo último que necesito es un rollo de vacaciones. —Aproveché mi propia frase para contarle a Laurie cuál era el verdadero motivo por el que estaba en O'ahu. Aunque pareció impresionada, tampoco se emocionó mucho, lo cual probablemente se debiera a que no tenía ni la menor idea de tenis.

—Tampoco sabía quién era tu madrina —admitió con franqueza—. La tuve que buscar en Google. —Hizo girar su copa de vino—. Pero, oye, por lo menos ahora dejaré de preocuparme por tu salud.

—¿Mmm?

—Bueno, cuando personas como tú van a una barbacoa y dicen que ya han comido en casa y después se pasan la noche entera bebiendo agua, suelo recelar.

—¿Personas como yo?

Arqueó la ceja derecha.

—¿Hola? Te he visto en biquini.

La miré sin entender nada.

—¿Estás esperando a que te haga un cumplido? Pareces una puñetera modelo de *fitness*.

—Menuda chorrada —repliqué, desechando la idea con un gesto de la mano, y noté que las mejillas se me acaloraban.

El móvil me vibró en el bolsillo del vestido. Lo saqué y miré la pantalla.

—Es Cristiano Ronaldo, que quiere que le devuelvas los abdominales —observó, risueña, Laurie.

Solo conseguí sonreír a medias, porque vi en la pantalla que era Kay.

—Tengo que cogerlo.

—Si quieres que nadie te moleste, sube a mi habitación. Por la escalera y a la derecha.

Decidí aceptar el ofrecimiento. Cuando me levanté, noté que Vince me miraba. También estuve segura de que me seguía con los ojos cuando me fui. El teléfono dejó de vibrar antes de que entrara en la casa. Mientras subía por la escalera, desbloqueé el móvil y fui a las llamadas recientes. «Kay, móvil, 20.41». Algunos días a esta hora ya estaba pensando en cepillarme los dientes. Si quería meterme en la cama a tiempo, tendría que despedirme en breve. Acababa de llegar al último escalón cuando el nombre de Kay volvió a iluminarse en la pantalla. «Por la escalera y a la derecha». Por suerte, solo había una puerta a la derecha. Bajé el picaporte y busqué a tientas el interruptor. Un segundo después una lámpara iluminó tenuemente la habitación. Antes de que me diese tiempo a echar una ojeada, cogí el teléfono.

—Hola —dije, sin aliento.

—Solo quería saber si todo va bien. —Kay parecía preocupada—. Gabe me ha dicho que se pasó por casa, pero no había nadie.

—Pues...

—No te quiero controlar —dejó claro—. Es solo que me extrañó, como no mencionaste que ibas a salir...

—Tal vez nos cruzáramos cuando fui a por un bol de *poke*. —Apreté los ojos, porque odiaba mentirle. Pero, al mismo tiempo, era el peor momento posible para decirle dónde estaba—. Y ¿qué quería?

—Ah, pues creo... que solo saludar.

¿Un sábado por la noche? No lo dije, porque todavía no había indagado a fondo lo que había entre ellos. Siempre que coincidían en mi presencia se comportaban como si fuesen buenos amigos, y pese a ello seguía teniendo la sensación de que me faltaban algunas piezas del puzle.

—¿Qué tal tu cita? —inquirí, para cambiar de tema.

—Mi cena está siendo muy agradable —respondió, haciendo hincapié en la palabra «cena».

—Me alegro —contesté con una sonrisilla.

—Vale, entonces nos vemos mañana por la mañana. No creo que estés despierta cuando vuelva.

—No, me iré a dormir dentro de nada.

—Buenas noches, Lou.

—Pásatelo bien.

Colgué y respiré hondo.

—¿Por qué has mentido?

Di un respingo y me volví en redondo. Vince estaba apoyado en el marco de la puerta. La luz era demasiado débil para poder ver su expresión.

—Me estabas espiando.

—La puerta estaba abierta. —Se encogió de hombros de un modo apenas perceptible—. No lo he podido evitar.

—Sigue siendo espiar.

Las comisuras de su boca se elevaron.

—Sigue siendo mentir.

Resoplé enérgicamente.

—Mira, me quiero mantener al margen de vuestra pelea.

—Nuestra pelea —repitió con tono de burla.

—¿Qué dirías tú que es?

Fingió que se paraba a pensar.

—Campaña de difamación, persecución, complot...

—¿Eso no es pasarse un poco?

—¿Tú cómo explicas que no haya venido ningún vecino?

—Puede que... tengan las mismas dudas que Kay —aventuré, aunque era una explicación algo pobre.

—Y dime, ¿qué dudas serían esas? ¿Que mi hostal atraería a la playa a personas que no están en la Lista Forbes?

—A Kay no puede importarle menos que alguien sea rico o no.

—Siempre que no viva a su lado.

—Eso es... —Exhalé un suspiro y no terminé la frase—. A ella solo le preocupa que la gente arme mucho ruido.

—Siempre puede volver a denunciarme.

—Quizá tú no deberías ponerte a hacer obras por la noche. O, bueno, por la tarde —me corregí.

—Me prestaron la máquina solo unos días. ¿Perdí un poco la noción del tiempo? Pues sí. —Se encogió de hombros, era comprensible—. Pero ese no es motivo para ir corriendo a poner una denuncia.

—Kay dijo que no le abriste cuando llamó.

—¿Tú sabes el ruido que hace una lijadora? Lo que pasó fue que no la oí.

Se separó de la puerta y se quitó la camiseta. Me quedé mirándolo pasmada... y no pude evitar que mis ojos bajaran unos centímetros. No era la primera vez que lo veía desnudo de cintura para arriba, pero sí la primera que no estábamos en público. Sus manos aparecieron en mi campo visual desde ambos lados, bajaron hasta la cintura del pantalón corto y...

«¡Por Dios!». Definitivamente escandalizada, levanté la cabeza.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?!

Él se quedó quieto y me miró como si nada.

—Cambiarme de ropa. Chip me ha tirado su cerveza encima.

—¿Te importaría hacerlo en otro sitio? —pregunté sin dar crédito.

—En otro sitio... ¿que no sea mi habitación?

Tragué saliva.

—¿Esta... no es... la habitación... de Laurie? —grazné mientras mis ojos recorrían con nerviosismo el cuarto, buscando con desesperación algo que dijese a gritos «veinteañera». En su lugar vi una cama sin hacer, un banco escalera que hacía las veces de mesita de noche y un perchero con ruedas del que colgaban camisetas.

—No. Su habitación es la de enfrente.

Me puse como un tomate y me alegré de que la luz fuese tan tenue.

—Pero si me dijo «a la derecha», estoy segura...

—Me lo creo. —Al ver mi cara de desconcierto, comentó—: Confunde la derecha y la izquierda.

—Oh. —Agobiada, miré hacia un lado. Hacia su cama. Deshecha. Durante una décima de segundo lo imaginé tendido en ella, con el pelo revuelto y... «¡Basta!».

—Entonces, ¿puedo cambiarme?

Por primera vez a su rostro asomó algo parecido a una sonrisa.

—Eh... sí, claro. —Me volví y cerré los ojos de la vergüenza. Cuando oí cómo caía el pantalón al suelo, fui consciente de que ya no tenía ningún motivo para estar en esa habitación—. Bueno, pues me voy. —Mi voz estaba teñida de bochorno. Di media vuelta y fui directa a la puerta.

—No quieres mantenerte al margen.

Me detuve y me volví, pero no hacia él.

—De lo contrario, hoy no habrías venido.

No lo dijo con amargura. Ni tampoco con sorna. Y, pese a ello, me sentí acorralada. Como un ciervo ante los faros de un coche. De manera que hice lo que hacen los ciervos: salí corriendo.

10

Cuando bajó de nuevo, Vince llevaba una camisa de manga larga azul marino y un pantalón corto de algodón. Desvié la mirada deprisa y fingí charlar animadamente con Laurie, que me hablaba de sus estudios de marketing en la Universidad de Denver. Nuestro encuentro en la habitación de Vince me había resultado desagradable en más de un sentido: porque me había equivocado de habitación y le había montado una escena, porque no me había marchado cuando se había puesto a desvestirse, pero, sobre todo, porque lo que había dicho no era cierto. No quería mantenerme al margen. No quería aceptar que mi madrina se portara como una tirana buscabroncas ni tampoco que Vince la culpase tanto. Levanté la vista sin darme cuenta y nuestra mirada coincidió. Se había vuelto a sentar junto al brasero, justo enfrente de mí. Me siguió mirando durante uno o dos segundos y después cogió su guitarra. Su mano subió por el mástil y descansó los dedos en las cuerdas.

—¡Halaaa! —exclamó encantada Pili cuando él empezó a tocar *Home*, de Edward Sharpe & The Magnetic Zeros.

Se puso a tararear y Milo silbó la melodía. De ese modo la canción cobró más ritmo y se acercó más a la original. Dio la impresión de que a Vince le gustaba. A sus labios asomó una sonrisa que subió hasta sus ojos. No lo había visto así de suelto y relajado en toda la velada. Y la cara de Laurie me dijo que yo no era la única que había reparado en ello. Miraba satisfecha a su hermano, que parecía cada vez más volcado en la canción, punteaba cada vez con más

seguridad. Pili se dejó contagiar y cantó lo poco que se sabía. Lo que no, lo salvaba con una sonrisa, lo que arrancó risas alrededor del fuego. Vince ladeó la cabeza hacia ella y le sonrió, y durante una décima de segundo volví a sentir el extraño deseo de caerle un poco mejor. De caerle un poco menos mal. La idea fue tan desconcertante que la atribuí al ambiente. Me eché hacia atrás y levanté la vista al cielo. Millones de estrellas resplandecían sobre nosotros. Más luminosas y claras que en casa, en Múnich.

—Debería irme —le dije a Laurie cuando dieron las diez. El fuego había quedado reducido a un puñado de brasas. Solo de vez en cuando se alzaban pequeñas llamas—. Mañana entreno todo el día y tengo que madrugar.

—Claro, lo entiendo. Es guay que hayas venido. Y... que te hayas quedado. —Sonrió, y me puse de pie—. Vince, ¿acompañas un momento a Louisa a casa?

—No, qué va —rehusé—. Solo son unos cien metros.

«Que no quiero recorrer al lado de Vince. No después del encontronazo en su habitación».

—Da lo mismo —insistió Laurie mientras miraba solo a su hermano.

Para mi desconcierto, él asintió y se levantó. Lo miré estupefacta, como si pudiera encontrar en su rostro la respuesta a la pregunta de por qué no se había negado. Por qué no había resoplado con desdén o había puesto los ojos en blanco molesto.

—¿Ya? —me preguntó.

—Eh... sí —grazné.

Me despedí de Laurie, Chip y los demás y les deseé que se lo pasaran bien.

—Oye, no tienes por qué hacer esto, de verdad —dije mientras entraba en la casa detrás de Vince.

Los ruidos se apagaron de golpe y a nuestro alrededor se formó un silencio envolvente que solo interrumpía el zumbido de la nevera.

—Lo sé, pero Laurie me lo ha pedido. —Siguió andando sin inmutarse.

—No tenemos por qué contárselo. Espera hasta que...

Frenó tan en seco que tropecé con él. Su espalda era tan dura como la expresión de su rostro cuando se volvió.

—Es importante para ella.

La mirada que me dirigió bastó para saber que la discusión había terminado en ese momento, y decidí aceptarlo. La casa de Kay no estaba ni a cinco minutos, los salvaríamos como buenamente pudiéramos.

—¿Es peligroso esto por la noche? —inquirí cuando salimos de la casa por la puerta delantera.

La luna arrojaba su luz plateada sobre el camino de acceso. Una brisa hacía susurrar las hojas de las palmeras, cuya silueta se recortaba en el cielo.

—No, qué va.

Bajé tras él el camino hasta la carretera, con el ceño fruncido. Iba deprisa, así que me costaba seguirle el ritmo. En parte porque sabía que en el asfalto había baches y temía por mi tobillo.

—¿Podemos ir un poco más despacio?

—Creía que en el tenis se corría.

—Sí. Por eso no me gustaría volver a romperme los ligamentos —repuse con aspereza.

El golpeteo de sus chanclas cesó. Esperó hasta que me uní a él.

—Gracias —refunfuñé.

Continuamos andando unos metros en silencio.

—¿Cómo te pasó?

La pregunta llegó tan de la nada que ladeé la cabeza, pero estaba demasiado oscuro para ver la expresión de su rostro.

—Me torcí el pie en un partido hace ya casi un año. Me rompí seis ligamentos y tuvieron que operarme.

Un «mmm» apenas audible salió de sus labios. No contaba con que fuese a decir algo más, pero me sorprendió de nuevo:

—Debió de ser duro.

—Sí —musité, y me sorprendió el escepticismo que podía transmitir una sola sílaba. Pero, en vista de que estábamos manteniendo una conversación sorprendentemente normal, mi escepticismo me pareció justificado—. Por eso llevo casi un año sin competir.

—Creo que me volvería loco si no pudiera surfear durante tanto tiempo.

—¿Eres... profesional? —Arrugué la nariz, ya que la pregunta me salió a trompicones.

—¿Como Chip? No. Solo es un hobby, junto con aterrorizar a los vecinos.

Su tono era de broma, y en mis labios se dibujó una sonrisa.

—Te olvidas de acusar a su sobrina de manipulación.

Creí percibir una sonrisilla. Para entonces ya habíamos llegado al portón de la propiedad de Kay. El sensor de movimiento activó la iluminación, y durante un momento tuve la sensación de que me apuntaban a la cara con una linterna.

—Deberías entrar antes de que vea que tienes trato con el enemigo.

Puse los ojos en blanco.

—No está en casa. Además, mañana le contaré adónde he ido.

—¿Le vas a preguntar si pidió a los vecinos que me boicotearan?

—Sí —contesté sin rodeos—, pero ya sé la respuesta. Algo así no es propio de ella.

—A diferencia de poner denuncias.

Se me escapó un suspiro al escuchar la pulla.

—Se le fue de las manos y se agobió, estoy segura.

Al ver que Vince iba a objetar —seguro que para decir que daba lo mismo—, añadí:

—Hablaré con ella. Puede que... consiga que retire la denuncia.

Puso cara de sorpresa.

—¿Por qué harías eso?

Durante un instante me pregunté si la pregunta no tendría que ser otra. No por qué yo haría tal cosa, sino por qué Kay haría algo así. En cualquier caso, la respuesta a esa pregunta me habría resultado un tanto más fácil.

—Porque tienes razón —admití—. No quiero mantenerme al margen. —Me encogí de hombros en un intento de restarle algo de importancia a mis palabras, aunque en sus ojos no vi una expresión de triunfo.

Un coche pasó por delante y rompió el silencio.

—Gracias por acompañarme.

—De nada —musitó.

Durante una décima de segundo dio la impresión de que iba a decir algo más, pero su boca permaneció cerrada. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

11

Kay estaba sentada en la terraza, tecleando en el móvil rápidamente, cuando volví de correr a la mañana siguiente. El sol todavía estaba oculto tras las nubes y en el aire titilaba un calor sofocante.

—Buenos días —saludé, y levanté los brazos por encima de la cabeza para estirarme.

—Buenos días. —Kay dejó a un lado el teléfono y me sonrió—. ¿Y? ¿Qué tal?

Durante un instante pensé que se refería al día anterior, pero entonces recordé que no sabía dónde había estado.

—Bien —contesté mientras me miraba el reloj inteligente.

Había corrido cuatro kilómetros y mis pulsaciones habían sido óptimas durante todo ese tiempo, excepto hacía unos diez minutos, constaté. Me paré a pensar a qué se podía deber esa irregularidad y, cuando me di cuenta, las mejillas se me acaloraron. Había pasado por delante de la casa de Vince y me había venido a la cabeza el encontronazo en su habitación. El paseo a casa juntos.

—¿Pasa algo? —la voz de Kay me arrancó de mis pensamientos.

—No, no, nada. —Dejé de mirar el reloj, me doblé sobre mí misma y me toqué la punta de los pies con los dedos. El estiramiento de los gemelos fue intenso, casi doloroso—. ¿Qué tal tu cita?

—No fue una cita.

—La cena con tu viejo amigo.

—Agradable.

—Agradable —repetí, con cachondeo indisimulado.

—Bueno, y tú, ¿qué hiciste?

Estaba claro que era una maniobra de distracción, pero le llevé la corriente. Al fin y al cabo, me había propuesto de todas formas hablar con Kay. Incluso había estado pensando en las palabras que emplearía. Ayer, en la cama; hoy, mientras corría.

—Estuve en la barbacoa. Al lado, en la casa de los Greenfield.

La expresión de Kay era indescifrable, oscilaba entre el desconcierto y la curiosidad.

—No me dijiste que nos habían invitado a las dos.

Pareció genuinamente sorprendida.

—No creí que te interesara. La última vez que viste a Vince Greenfield te acusó de ser mi caballo de Troya.

—Creo que se dio cuenta de que se había pasado de la raya.

—¿Tú crees?

—Bueno, al menos nos invitó a su barbacoa.

—Esa no es una disculpa.

—Pero sí un gesto de buena voluntad.

Vi una chispa en sus ojos que no supe interpretar y me pregunté si no me habría metido demasiado en el papel de defensora de Vince.

—¿Quién más estuvo? —quiso saber.

—Amigos de Vince.

—Vince.

El tono ligeramente burlón con el que pronunció el nombre me hizo sentir la necesidad de justificarme.

—No lo voy a llamar señor Greenfield; es poco mayor que yo. —Aunque lo dije con una tranquilidad pasmosa, noté que las mejillas se me acaloraban—. ¿Es cosa tuya que no fuera ningún vecino? —

Kay no era de las que se andaban por las ramas, razón por la cual sabía que no le sentaría mal que yo fuese tan directa.

Entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Invitó a todo el vecindario, pero no fue nadie.

Resopló.

—Y ¿le extraña?

—Bueno, algunos dijeron que irían, pero luego no se presentaron. Y eso es un poco raro, ¿no?

—A mí no me parece nada raro. Igual no debería haber atormentado a los vecinos sin cesar con la sierra.

—Lijadora. —Hice un *lunge* profundo—. Se la habían prestado y tenía que terminar en pocos días.

Me escudriñó con la mirada.

—Que de pronto te muestres tan comprensiva con Vince ¿podría tener algo que ver con que es un chico bastante atractivo?

—¿Qué? ¡No! —Torcí el gesto—. No es...

Enarcó las cejas.

—Vale, sí lo es —musité, y me ruboricé—. Pero no se trata de eso. —Me tomé unos segundos para ordenar mis pensamientos—. Simplemente creo que vuestra guerra personal no beneficia a nadie.

Levantó las manos con un gesto inocente.

—No fui yo quien empezó.

Antes de que acabáramos debatiendo qué fue primero, si la gallina o el huevo, dije:

—Pero tampoco haces nada para ponerle fin.

—Le pondré fin de inmediato si se olvida del hostal.

Me obligué a no perder la calma y decidí cambiar de estrategia.

—¿Tú qué habrías hecho si alguien te hubiese puesto trabas cuando querías abrir la escuela de tenis?

—Por favor, Lou. Eso es algo completamente distinto.

—¿Por qué?

—Mi escuela ni está en una zona residencial ni mete ruido. Fue algo que tuve en cuenta cuando buscaba el sitio adecuado. Creo que no es reprochable esperar eso mismo en otros.

«Vale. Ahí tiene razón. ¿O no?».

—Tú pudiste elegir libremente el sitio; Vince heredó la casa.

—Y no tengo ningún problema con que viva en ella —aseveró, enfurecida—. O que trabaje. Puede hacer lo que le dé la gana: fabricar tablas de surf, abrir un estudio de tatuajes...

—¿Un estudio de tatuajes? —repetí sonriente.

—Lo que sea. Menos abrir un hostal.

—Es lo que era antes, ¿lo sabías?

—Era un pequeño *bed and breakfast* con dos habitaciones. Esto es otra cosa.

—Vale, me rindo. —Parecí más frustrada de lo que me sentía. Quizá por eso al rostro de Kay asomó algo parecido al pesar.

—Lou —dijo con suavidad—. No quiero discutir contigo, de verdad. Y menos por esta rencilla absurda que no tiene nada que ver con nosotras dos.

—Así que admites que es absurda.

Suspiró, pero con cierta jovialidad.

—Puedes ser igual de pelma que tu madre, ¿alguna vez te lo han dicho?

—Sí, mi padre. —Sonreí.

Bajé la vista. Al levantarla, vi un gesto conciliador en Kay.

—Reconozco que la cosa se me ha ido un poco de las manos. Era la tercera tarde seguida de ruido y estaba hasta las narices. Y me dolía la cabeza.

—Lo entiendo. A mí también me habría sacado de quicio. —Dejé que pasara un poco de tiempo y me atreví a intentar algo—: Podrías retirarla.

Casi me sorprendió que no rehusara en el acto. Lo que hizo fue mirar al frente mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa, absorta en sus pensamientos.

—Lo pensaré.

—¿En serio? —inquirí.

—En serio —repuso con una sonrisa.

—Gracias. —Me incliné hacia delante y le di un beso en la mejilla.

—He dicho que lo pensaré —advirtió con fingida desaprobación.

—Con eso me basta. —Sonriendo satisfecha, entré en casa para ducharme.

—Si tu regreso se queda en nada, siempre podrías hacer carrera de mediadora —me dijo.

12

A lo largo de los días que siguieron continué con mi programa de entrenamiento intensivo: saques, derechas y reveses, voleas, remates; saques, derechas y reveses, voleas, remates. Y vuelta a empezar. Entrenaba las piernas saltando a la comba, hacía sentadillas con balones medicinales y desplazamientos laterales con bandas elásticas y de resistencia. Fortalecía brazos, pecho y espalda con ejercicios en polea, levantaba pesas y hacía dominadas. Entrenaba duro, a veces hasta el agotamiento. Una vez incluso me quedé dormida en la camilla y no me desperté hasta que Gabe me manipuló las fascias de los gemelos.

Una mañana, mientras volvía de correr por la playa, me crucé con Vince. Él acababa de salir del agua y llevaba la tabla de surf bajo el brazo. Me vio justo cuando se estaba soltando el invento del tobillo y me saludó con la barbilla. No contaba con que fuese a decir algo, así que seguí corriendo. Sin embargo, de pronto me llamó. El corazón me dio un extraño vuelco. Paré y volví la cabeza como si tuviese que asegurarme de que no había oído mal, y él aprovechó esos dos segundos de desconcierto para salvar la distancia que nos separaba. Se detuvo a uno o dos metros de mí, apoyó la tabla en la arena y la sostuvo con una mano. Por algún motivo solo entonces caí en la cuenta de que llevaba un traje de neopreno. Negro, con un logo en el pecho que no conocía. El neopreno se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y acentuaba cada músculo, dejando poco a la imaginación.

—Medusas.

Cogida por sorpresa, levanté la cabeza.

—El neopreno. —Se tiró del traje y le vi el tatuaje de la muñeca—. Después de la luna llena aquí hay medusas.

Estaba casi segura de que me estaba tomando el pelo, y entorné los ojos con desconfianza. Él se echó a reír.

—No es coña —aseguró, algo más serio, pero todavía con una sonrisilla—. Tiene que ver con la luz. Y con la reproducción.

Mis mejillas ya rojas se acaloraron aún más, y me felicité por sentir la vergüenza que esa palabra le provocaría a una niña de doce años.

—Por cierto —empezó, y se pasó la mano por el pelo mojado—, quería darte las gracias.

Lo miré extrañada. Era lo último que esperaba oír.

—Supongo que gracias a ti tu madrina ha quitado la denuncia.

Me quedé perpleja.

—¿Sí?

Afirmó con la cabeza.

—Vaya —dije, desconcertada, ya que Kay no había mencionado nada—. Me alegro. Me refiero a que... es un primer paso.

Vince ladeó la cabeza y se mostró reservado.

—Ya veremos.

Un silencio extraño se hizo entre nosotros. Bajé la vista y moví los dedos de los pies, me quité parte de la arena mojada.

—Bueno, pues... no te quiero entretener más.

«No me estás entreteniendo», me dieron ganas de decir, pero habría sido mentira. En menos de una hora tenía que estar en la pista de tenis. Saques, derechas y reveses, voleas, remates; saques, derechas y reveses, voleas, remates.

Levantó la mano.

—Nos vemos.

«¿Cuándo?», musitó una voz en mi cabeza. Confundida conmigo misma, respondí:

—Sí, nos vemos.

Con la tabla de surf debajo del brazo, dio media vuelta, y no pude evitar fijarme en su cuerpo. La espalda formaba una V casi perfecta y terminaba en un muy buen trasero. La constatación me resultó embarazosa en ese mismo instante. Aparté la cara deprisa, me volví y continué corriendo hasta llegar a casa.

13

Nunca había visto Sunset Beach tan desierta como ese día después de comer. Aunque el cielo estaba muy despejado y el sol caía a plomo sobre el océano azul turquesa, en la arena solo había un puñado de toallas. En el agua se veía a algunos surfistas, y me sorprendí buscando un bañador rojo coral.

—¿Buscas a alguien? —oí decir detrás de mí a una voz conocida.

Me giré y vi que Vince venía hacia mí con su tabla de surf. Al igual que por la mañana, llevaba el traje de neopreno, pero solo se había subido la cremallera hasta el pecho, lo que permitía ver parte de su piel bronceada.

—Eh... no. —El calor me subió a las mejillas—. Solo... Solo quería nadar un poco.

—¿Ya has terminado de entrenar por hoy?

Asentí.

—Y tú... —miré de reojo la tabla—, ¿todavía no te has cansado?

—No me canso nunca —contestó con una mirada pícara. Y una voz que no parecía la suya, más grave y bronca.

Todavía estaba pensando si lo habría dicho en doble sentido a propósito cuando me preguntó:

—¿Lo has hecho alguna vez?

—¡¿Qué?! —solté escandalizada mientras mi cuerpo reaccionaba de un modo completamente inapropiado ante su total descaro. Me cosquilleaba y palpitaba en sitios traicioneros.

—Si lo has hecho alguna vez —repitió Vince al tiempo que ladeaba la cabeza hacia la tabla de surf.

—¡Surf! —exclamé aliviada, y empecé a balbucir—. No. Todavía no. Nunca.

Por favor, qué vergüenza. Tierra, trágame.

—¿Quieres probar?

La expresión de sus ojos —oscura, opaca— de alguna manera no encajaba con la pregunta, pero sí encajaba con el curioso encuentro.

—No creo que sea capaz.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Fue hasta la orilla y yo me quedé mirándolo. Se detuvo y volvió la cabeza—. Venga, vamos.

Por algún motivo, mis piernas se pusieron en movimiento.

—Pero no tengo neopreno.

—No te hace falta —aseguró tranquilamente.

—¿Y las medusas?

—Aquí no hay medusas.

Confusa, me metí en el agua detrás de él hasta llegar a un punto en el que pequeñas olas rompían en un banco de arena natural. Vince colocó la tabla en la posición adecuada y me indicó que me sentase en ella, cosa que hice con sorprendente facilidad. Cuando, al afianzarme el invento al tobillo, Vince me tocó la piel, un escalofrío me recorrió el cuerpo, y crucé los brazos delante del pecho. Vaya... él no era el único que estaba distinto.

—¿Y ahora?

—Ahora primero aprenderás a sentarte a esperar la ola adecuada —dijo risueño.

Solo que a partir de ese momento no llegó ninguna más. Lo cual era raro. Muy raro. El agua chapoteaba tranquila y apacible alrededor de mi rodilla mientras Vince, a mi lado, oteaba el océano con escepticismo.

—¿Desde cuándo haces surf?

Se paró a pensar.

—Desde la primera vez que vinimos de vacaciones a Hawái. Debía de tener... siete u ocho años. Me enseñó Jim. ¿Y tú? ¿Cuánto hace que juegas al tenis?

No tuve que pensármelo mucho, ya que era una pregunta que solían hacerme en las entrevistas.

—Empecé a los cuatro años.

—¿Te divertía?

—Claro —repuse, un tanto desconcertada—. De lo contrario no habría seguido haciéndolo.

—No creo que todos los deportistas de élite puedan decir lo mismo. Y menos teniendo unos padres tan famosos.

—Me has buscado en internet.

Lo había pillado, una sonrisa asomó a su rostro.

—Fui yo la que quiso ser profesional, no mis padres —dejé claro.

—Pero de no haberlos tenido como ejemplo, no habrías querido eso.

—Es posible. —Lo miré con curiosidad—. ¿Qué más cosas has averiguado de mí?

Vaciló.

—Venga, dime.

Se tomó su tiempo, quizá porque de verdad tenía que pararse a pensar, quizá porque le divertía tenerme esperando.

—Tu segundo nombre es Charlotte.

—Charlotte —lo corregí, pronunciando el nombre en alemán—. Me llamo así por mis dos abuelas. Louisa era la madre de mi padre y Charlotte es mi abuela de Múnich.

El agua golpeteaba contra la cara inferior de la tabla de surf mientras yo esperaba a que Vince continuase.

—Tu signo del horóscopo es virgo.

Arqueé las cejas, sorprendida.

—Yo también soy virgo, por eso me quedé con el dato. —Sonrió—. Eh... te gusta escuchar sobre todo música alemana. De no sé qué grupo de nombre impronunciable.

—AnnenMayKantereit.

Intentó repetirlo, pero fracasó estrepitosamente, lo que me hizo reír.

—Y cuando te ríes, la comisura izquierda de tu boca siempre sube un poco más que la derecha.

Me quedé perpleja.

—¿Eso has encontrado en Google?

—No —musitó, y me miró a los ojos.

Me mordí el labio inferior.

—Y cuando estás nerviosa, haces justo eso.

—¿Qué?

Vince levantó la mano y me puso el índice en el labio inferior. Acto seguido, lo pasó con delicadeza entre mis incisivos y mi labio.

—Esto. —Rocé su dedo con la punta de la lengua, y me supo a sal.

El movimiento hizo que de su boca saliese un sonido gutural, o quizá pronunció mi nombre; el zumbido en mis oídos era tal que no lo oí bien. Vince empezó a bajar el dedo por mi labio inferior. Por mi barbilla, mi cuello, mi escote. Se me erizó la piel, el corazón se me aceleró y sentí un cosquilleo en el estómago. Noté que los pezones se me endurecían, luego un pellizco en el bajo vientre. Me moví con impaciencia en la tabla, me sentía extrañamente limitada. Mis piernas querían estar en otra parte, alrededor de sus caderas. Vince les concedió el deseo y me levantó casi sin esfuerzo de la tabla. Le eché los brazos al cuello y él me estrechó, me pegó a su cuerpo,

caliente y excitado. Sus manos me apretaron con fuerza el culo para acercarme más, para aumentar la fricción. Él ladeó la cabeza y pensé que por fin iba a besarme; sin embargo, sus labios descendieron por mi cuello, mi clavícula, mis hombros. Lancé un gemido, pronuncié su nombre. Me pegué más a él hasta que... de repente sentí un dolor intenso en el gemelo.

—¡Ay! —me quejé, abrí los ojos y me incorporé en la camilla.

—Buenos días —dijo, risueño, Gabe.

Miré a mi alrededor, tambaleándome entre el sueño y la realidad. Desorientada, adormilada y... excitada. Sentía un palpitar traicionero entre las piernas. Las mejillas se me acaloraron cuando fui consciente de lo que había estado soñando. De con quién había estado soñando.

—Hoy te han dado bien, ¿eh?

Miré con cara de susto a Gabe, que seguía manipulando mi gemelo derecho.

—Os vi antes. La chica es muy buena.

Solo entonces caí en que estaba hablando de Malia.

—Sí —afirmé con voz rasposa.

Mi alivio dio paso a la vergüenza. Al deseo de darme una ducha con agua muy fría para quitarme de la cabeza esos pensamientos acalorados.

—Kay tuvo muy buen olfato.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me tendí de nuevo en la camilla.

—Bueno, la vio jugar en una pista comunitaria en Honolulú y se ofreció a entrenarla. Gratis.

—No lo sabía. —Aunque Kay me había contado que creía que Malia tenía un gran talento, que valía la pena impulsar, no me había dicho que era ella quien costeaba ese impulso.

—Eso es algo que aquí —describió un movimiento circular con el índice— jamás se podrían permitir la mayoría de las familias hawaianas. —Ladeó la cabeza hacia mi móvil, que estaba en la mesa —. Por cierto, el teléfono te ha vibrado unas cuantas veces. Puede que sea importante. —Gabe alargó la mano y me lo pasó. Todos los mensajes eran de Laurie. Nos habíamos dado el teléfono en la barbacoa y desde entonces nos habíamos escrito un par de veces.

> Oye, ¿te apetece venir luego a casa? ¿Hacemos
> tarde de chicas?

Después había un gif de dos mujeres con dos enormes copas de vino.

> En la tuya, naturalmente,
> habrá té helado... 😢

No pude evitar sonreír. Después leí el último mensaje.

> No te preocupes, Vince
> no estará en casa.

Este mensaje había llegado apenas unos minutos después, como si Laurie hubiese atribuido el hecho de que yo no hubiese contestado al instante a la tensa relación que tenía con su hermano, que hacía poco era el protagonista de mis sueños.

—¿Va todo bien? —La voz de Gabe me sacó de mis pensamientos.

—Sí, sí, solo era Laurie.

Decidí contestar más tarde y dejé el teléfono a un lado.

—¿Laurie Greenfield?

Asentí.

—¿Os habéis hecho amigas?

—Pues... sí, más o menos. —Posiblemente pareciese tan extrañada como él—. Desde la barbacoa nos escribimos de vez en cuando.

—¿Fuiste?

—Sí. Por eso no estaba cuando Kay salió con su cita y tú te pasaste por casa.

—¿Kay tuvo una cita?

Intentó decirlo como si tal cosa, pero su voz se tiñó de recelo y durante un instante sus manos se detuvieron.

—Quedó con un viejo amigo.

—Un viejo amigo.

—Mmm —musité mientras observaba su reacción.

En cuestión de segundos su expresión volvió a ser relajada.

—¿Qué dijo? ¿Sobre que fueras a esa fiesta?

—Se lo conté al día siguiente. Y le pedí que retirara la denuncia que le había puesto a Vince. Y la retiró.

Sus cejas se enarcaron.

—Ya, a mí también me sorprendió un poco. Puede que incluso logre convencerla de que reconsidere su postura con respecto al hostal.

—Por lo visto tú ya has reconsiderado la tuya —observó con una sonrisilla. Al ver mi cara de interrogación, aclaró—: Bueno, la última vez daba la impresión de que tenías ganas de tumbar a Vince de un raquetazo y ahora...

«Ahora sueñas con él».

—Lo defiendes —terminó Gabe la frase.

—Defiendo que dejen de ponerse la zancadilla.

—Y ¿cómo te está yendo? —preguntó con voz burlona.

—No sabría decirte, pero creo que muchos problemas se solucionarían solos si los dos hablaran tranquilamente.

—Pues sí, es lo que pasa la mayoría de las veces —musitó, y me dio la sensación de que no hablaba de Kay y Vince.

14

Llegaba tarde y decidí ir por la playa, que era el camino más corto. Con las sandalias en la mano, caminé por la arena caliente y subí la escalera que llevaba hasta la casa de los Greenfield. Notaba en todo el cuerpo el día de entrenamiento y tenía unas ligeras agujetas en los muslos. En los últimos escalones percibí un olor a pintura. Una parte de la terraza estaba cubierta con papel de periódico y encima había unas cuantas sillas de madera blancas, al parecer recién pintadas. La puerta de la terraza estaba abierta. Di unos toques con los nudillos al cristal por educación y asomé la cabeza. Alguien —Laurie— cantaba a pleno pulmón y desafinando *Sign of the Times*, de Harry Styles. Me sacudí la arena de los pies con una sonrisa, me puse las sandalias y entré en la casa. Mi sonrisa se ensanchó al ver que Laurie estaba en la cocina berreando con los ojos cerrados y absolutamente entregada al pepino que sostenía como si fuese un micrófono. Cuando abrió los ojos y me vio, pegó un respingo, abochornada. Tras el susto inicial, cogió la cuchara de palo de la encimera y me la ofreció. Rehusé, negando con la cabeza, mientras Laurie acometía de nuevo la canción y lo daba todo al llegar al final. Se llevó una mano al corazón y la otra la cerró en un puño. No pude aguantarme más y rompí a reír a carcajadas.

—Impresionante —aseguré mientras aplaudía suavemente.

—No mientas: Vince dice que oírme cantar es pura tortura.

Hizo una mueca mientras todo mi ser reaccionaba al oír ese nombre. Sobre todo mi memoria. A mi cabeza acudieron imágenes.

Yo y él. Él y yo. Piel desnuda. Agua. Caricias. Mi cuerpo respondió a los *flashbacks* con un escalofrío.

—La pizza no está aún. ¿Te apetece un té helado?

—¿Podría ser agua?

Ya que me iba a saltar a lo bestia la dieta con la pizza, al menos quería no descuidar la ingesta de líquidos.

—Claro. —Abrió la nevera y me ofreció una botellita de plástico—. Por cierto, la pizza es de masa integral y vegetariana. Y le he puesto muy poca mozzarella.

—Es todo un detalle —dije, emocionada—. Pero no era necesario.

—No pasa nada. Está igual de buena. Lo único es que quizá luego Vince se queje. Es un yonqui del queso.

—¿Va a cenar con nosotras?

—No, está en casa de Pili. Pero seguro que le queda algo.

Recordé a la chica guapa de pelo negro largo.

—¿Están saliendo? —inquirí antes de que me parara a pensar si de verdad me interesaba saberlo. Y cómo lo llevaría si la respuesta era afirmativa.

—No, por desgracia.

Solo fui consciente de que estaba conteniendo la respiración cuando exhalé.

—¿Por qué por desgracia?

—Porque sería perfecta para él. Está igual de loca por el surf, vive aquí al lado. Y además es muy maja e inteligente. —Laurie echó un vistazo al horno—. No sé por qué no cuaja la cosa —dijo, y se tapó la boca para esconder un bostezo.

—¿Has tenido un día largo?

—Vince y yo hemos lijado y pintado las sillas.

—¿Las que están en la terraza?

Asintió.

—Lo que hace una para que su hermanito esté contento.

—Estáis muy unidos, Vince y tú. —Era algo de lo que ya me había dado cuenta, pero era la primera vez que lo decía en voz alta.

—Solo nos tenemos el uno al otro. —Su voz se había teñido de tristeza, al igual que sus ojos—. Nuestros padres murieron hace unos años, cuando navegaban. Desde entonces... —No terminó la frase.

—Lo siento mucho.

—Sin Vince no lo habría superado. —Ahora tenía la mirada perdida —. Él lo estaba pasando igual de mal que yo, pero se tragó el dolor para ayudarme a mí a sobrellevar el mío.

—Me alegro de que lo tuvieras a él —aseveré, y lo decía de corazón. La idea de perder a mis padres y tener que pasar el duelo yo sola hizo que todo mi cuerpo se tensara.

—Sí, yo también. —Una pequeña sonrisa elevó las comisuras de su boca. Después se hizo el silencio unos segundos. Hasta que ella dio unas palmadas—. Bueno, y ¿qué te apetece? ¿Acción? ¿Terror? ¿Ciencia ficción?

El cambio de tema fue tan brusco que no fui capaz de seguirla del todo.

—¿Fantasía? ¿Comedia? Si hace falta, hasta puedes elegir una peli romántica.

—Pues... me vale todo.

—¿Has visto la última de Cole Jacobs? ¿La peli esa de caballeros andantes?

Asentí.

—La pusieron en el avión.

Se paró a pensar.

—La de Rio McQuoid dicen que es buena, y eso que ahora mismo no tengo muchas ganas de ver pelis románticas.

Me encogí de hombros.

—Como prefieras...

El pitido del horno me interrumpió.

Poco después estábamos sentadas en el sofá de la futura sala común, comiendo pizza y viendo a Rio McQuoid hacer su movimiento característico: pasarse un dedo por los labios. Sus bonitos labios.

—No hace mucho soñé que me lo montaba con él.

Me atraganté y empecé a toser. Laurie me dio unas palmadas en la espalda y me pasó la botella de agua.

—¿Ya estás bien? —me preguntó cuando me calmé.

Solo conseguí hacer un gesto de asentimiento.

—¿Lo decías en serio?

—¿Que soñé que me lo montaba con Rio McQuoid? Desde luego —dijo riendo—. Ahora mismo esa faceta de mi vida está un poco muerta, no sé si me entiendes.

—Sí.

—¿Tú estás igual?

—Pues... no estoy saliendo con nadie ni nada.

—Tampoco es que sea obligatorio —apuntó Laurie sonriente.

—Cierto. —Sonreí—. Pero para todo lo demás no tengo ocasión. Estoy fuera gran parte del año y paso la mayoría de las noches en habitaciones de hotel. Además, me voy a la cama pronto.

—Parece solitario.

—El tenis es un deporte solitario. Aunque tienes un equipo a tu alrededor, un entrenador, un fisio, un asesor, a la hora de la verdad estás sola. Juegas sola, unas veces ganas sola y otras veces pierdes sola. Y después también estás sola.

—¿Y las aplicaciones de citas? ¿Las has probado?

Arrugué la nariz.

—No es muy buena idea cuando los medios están pendientes de ti.

—Ya. —Se dio unos toquecitos en la frente—. Siempre se me olvida que eres famosa.

—Tanto como famosa...

—Griffin Chipman te reconoció nada más verte. —Subió y bajó las cejas.

—A una mujer que da un número falso posiblemente no se la olvida tan deprisa.

Nos echamos a reír.

—Creo que mi hermano también flipó bastante.

—¿Vince? —solté, como si Laurie tuviese tres hermanos más.

Asintió con una sonrisa.

—Te buscó en internet. Lo vi.

De pronto mi sueño volvía a estar muy presente.

—Yo también lo hice, por cierto —admitió con franqueza—. Qué fuerte que tus dos padres fueran estrellas del tenis. Y que se casaran. O sea, es como en las pelis.

—Creía que no te gustaban las pelis románticas —le tomé el pelo, y le di un mordisco a mi pizza.

—Bueno, esa la vería. Aunque solo sea porque tu padre era...

—No lo digas —la corté, y apreté los ojos.

—Tan buen jugador de tenis —terminó, risueña, la frase.

Puse los ojos en blanco. No cabía la menor duda de que mi padre era el David Beckham del mundo del tenis. Rondaba ya los cincuenta y casi estaba mejor incluso que a los veinte, cuando un periódico sensacionalista británico lo bautizó como «el tenista más sexi del mundo». Mi madre no dejó nunca de tomarle el pelo con ello.

—Hace unos años, Netflix les hizo una oferta para grabar una especie de serie documental sobre nosotros, pero la rechazaron para

proteger su «vida privada» —conté, entrecomillando con los dedos las últimas palabras—. Creo que sobre todo les importaba la mía.

—¿Te hubiera gustado que se hiciera?

—No, no necesariamente. Es solo que es algo muy suyo. A veces son un poco padres helicóptero.

—¿Tienes hermanos?

—No.

—Entonces quizá sea por eso.

—Creo que es más bien porque su propia infancia estuvo marcada por los entrenamientos y la presión. Mis abuelos (por ambas partes) antepusieron el deporte a todo lo demás.

—Tuvo que ser duro para tus padres.

—Supongo que es la famosa otra cara de la moneda. —Me metí en la boca lo que me quedaba de pizza, que para entonces ya estaba fría. Y de la película hacía un buen rato que ya no me estaba enterando. Por lo menos no tenía ni idea de quién era la pelirroja que estaba en el regazo de Rio McQuoid.

Cuando los títulos de crédito se deslizaron por la pantalla eran casi las diez. Laurie roncaba a mi lado en el sofá. Me planteé despertarla, pero decidí no hacerlo, me limité a apagar la tele y la tapé con una manta. Con las sandalias en la mano, fui de puntillas a la puerta. Casi había llegado hasta ella cuando oí que una llave entraba en la cerradura por el otro lado. Acto seguido la puerta se abrió y vi delante a Vince. El de carne y hueso, no el de mi sueño.

—Hola —me saludó, sorprendido.

Llevaba su habitual combinación de camiseta, pantalón corto y chanclas, solo que hoy se había esmerado más con el pelo. ¿Por Pili?

Hice a un lado el pensamiento y le respondí con el «hola» más relajado que fui capaz de pronunciar.

—¿Ya te vas a casa? A ver si lo adivino: Laurie está roncando en el sofá.

Sonreí.

—Como le estuvisteis dando a la brocha, estaba bastante hecha polvo.

—Créeme, también se habría quedado sobada si no le hubiese dado a la brocha —repuso con torno burlón, pero también cariñoso.

—Te hemos dejado un poco de pizza —dije en el silencio que se instaló a continuación—. Está en la nevera.

—Ya he cenado, pero gracias.

Volvió a hacerse el silencio.

—Eh... sí. Bueno... pues me marcho ya. —Le indiqué que quería pasar por delante de él, pero no se movió ni un centímetro.

—Te acompaño.

Abrí la boca para protestar, pero Vince se me adelantó.

—Pensaba que a estas alturas ya te habías enterado de cómo va esto. —Hizo un gesto con la mano—. Tú primero.

Vacilé, aunque tenía claro que no había nada que hacer.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —me preguntó después de dar unos pasos juntos sin decir nada.

Una suave brisa me echó un mechón de pelo por la cara.

—Ha sido una tarde tranquila. Hemos comido pizza y hemos visto una película y media.

La de Rio McQuoid la dejamos a la mitad porque estábamos hablando demasiado como para poder seguir la trama.

—¿Cuáles?

—Primero *Finales definitivos* y después la última de *Un lugar tranquilo*.

Se paró y me miró.

—Ni siquiera yo querría irme solo a casa después de ver *Un lugar tranquilo*.

—Tampoco ha sido para tanto.

—¿En comparación con qué? ¿Con las de *Expediente Warren*?

No pude evitar reírme.

—Chsss. Que nos pueden oír —susurró mientras me miraba exagerando la cara de miedo.

Ahora solté una carcajada.

—¿Qué tal te lo has pasado tú?

—Fui a cenar con Pili. A Hale'iwa.

—Donde vive Gabe —me vino a la cabeza.

—¿Gabe Preston?

—Pues... —Caí en la cuenta, abochornada, de que no sabía cómo se apellidaba Gabe.

—¿Alto, de pelo oscuro, con un aire a Jason Momoa?

—¡Sí! —exclamé, con excesiva euforia—. Se le parece un montón, ¿no?

—Un poco —contestó con una sonrisilla.

—Es mi fisio.

Su mirada bajó a mi pie.

—¿Te han vuelto a dar guerra los ligamentos?

Me sorprendió un tanto que se acordase.

—Más bien se trata de conseguir acelerar la regeneración. La fisioterapia después de entrenar hace que mis músculos sigan relajados y yo pueda continuar trabajando.

—No suena muy sano.

—Es completamente normal en el deporte profesional —objeté.

—Eso no hace que sea más sano —musitó con un hilo de voz, y casi no lo oí.

Decidí cambiar de tema.

—Gabe me contó que os conocéis desde hace tiempo. No es que estuviésemos hablando de ti —dejé claro—. Solo fue...

—No pasa nada —interrumpió mi verborrea y esbozó una sonrisilla —. Sé que es amigo de tu madrina.

—Ya. Vete tú a saber por qué.

Vince arqueó las cejas.

—Lo digo porque... no podrían ser más distintos: Gabe se lo toma todo con calma y con humor, y Kay... es una de las personas más disciplinadas del mundo.

—Los opuestos se atraen, ¿no?

—Sí, probablemente sea eso. —Y añadí—: Kay me contó lo de su hijo.

No sabía por qué había sacado el tema de pronto.

—Keiko.

—¿Lo conocías bien? —Recordaba que Gabe había mencionado que Vince y Laurie en su día jugaban con sus hijos.

—Bueno, todo lo bien que se puede conocer a alguien cuando lo ves una vez al año durante unas semanas. A veces surfeábamos juntos, cuando mi familia venía de vacaciones. Keiko, Chip, Millie y yo.

—¿Chip también?

—Era el mejor amigo de Keiko. Y salía con Millie.

Me quedé de piedra.

—Un momento. ¿Chip salía con... la hijastra de Gabe?

Vince asintió.

—Creo que durante unos cinco o seis años.

Dejé escapar un silbido de asombro.

—Bueno, no todo el mundo le da mal el número de teléfono. —Percibí su tono burlón.

—Es solo que jamás habría pensado que Chip es de los que tienen relaciones.

—En aquella época lo era.

—Mmm —repuse, con aire pensativo.

El sensor de movimiento se activó y, para mi sorpresa, sentí cierta desilusión.

—Gracias por acompañarme. —Me permití el comentario—: Aunque realmente no hacía falta.

—Laurie me cortaría la cabeza mañana si se enterase de que no te había acompañado.

—¿Alguna vez le..., o sea, alguna vez le pasó algo? —Ya había estado a punto de preguntárselo la última vez—. No es asunto mío —reculé al ver que no contestaba.

—Tuvo problemas con un tío que la seguía.

Enarqué las cejas.

—¿Un acosador?

—Un ex.

—Ostras.

—Prefiero que el resto te lo cuente ella.

—Claro. No pretendía... Es solo que me llamó la atención.

Guardamos silencio. Tendría que haberme ido. Tendría que haberse ido. Pero al parecer ninguno de los dos sentía la necesidad de hacerlo. Vi con el rabillo del ojo que en el cuarto de baño de Kay se encendía la luz. Por lo visto Vince también se percató y aprovechó para despedirse.

—Que descanses..., Lou.

Que después dijese mi nombre, con suavidad y dulzura, hizo que el corazón se me acelerase un milisegundo.

—Tú también.

15

Al día siguiente, cuando me desperté, estaba un poco molida. Había dormido mal (por culpa de la pizza) y había tenido unos sueños turbulentos (no por culpa de la pizza). Al menos en ellos no me había vuelto a enrollar con Vince. De hecho, que yo recordara, él ni había aparecido. Yo estaba en el estadio Arthur Ashe, donde se disputa el US Open, frente a veintitrés mil personas que nos aclamaban a mí y a mi rival, que tenía la misma cara que yo. En mi sueño no me pareció raro, pero ahora se me erizó la piel. Retiré la sábana y me levanté de la cama. Con un poco más de apatía que de costumbre, me cepillé los dientes y me recogí el pelo en una coleta alta.

Mientras bajaba por la escalera, oí cómo la batidora trituraba ruidosamente fruta y verdura. Kay vertió el espeso líquido verde en un vaso y me lo ofreció.

—Gracias —dije, algo sorprendida, ya que solía prepararme yo misma el *smoothie*.

—Vas con retraso.

No era un reproche, más bien lo decía sorprendida. Miré el reloj y constaté que tenía razón. Normalmente me tomaba el *smoothie* más de veinte minutos antes. Si quería correr por la playa los kilómetros que solía hacer, tenía que darme prisa.

—¿Qué tal lo pasaste con la chica Greenfield?

—Se llama Laurie. —Bebí un sorbo—. Estuvo bien, vimos una película.

—Y después Vince Greenfield te acompañó a casa.

Aparté la mirada del mejunje verde para centrarla en ella.

—Os vi por casualidad.

—Llegó a casa justo cuando me iba e insistió en acompañarme. —Hice que sonara tan inocente como había sido. Como me sentía un poco contra las cuerdas, incluso añadí—: Fue un detalle por su parte.

—Todo un detalle, sí —contestó ella, sin dejar de mirarme. Lo dijo sin sorna, más bien con cierta preocupación—. Tú ten cuidado, ¿de acuerdo?

Arrugué la frente.

—¿Con qué?

Titubeó, como si no estuviese segura de que quisiera decir lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Vince Greenfield no tiene buenas intenciones conmigo y no quiero que te salpique.

—Conmigo es de lo más normal.

Eso solo era verdad hasta cierto punto, pero no me gustaba el giro que estaba dando la conversación.

—Eso es justo lo que me preocupa.

La miré con cara de no entender nada.

—Lou, solo quiero evitar que —sopesó lo que iba a decir— se quiera aprovechar de ti.

—¿Qué?

—Es un chico muy guapo y ahora mismo tú eres... vulnerable.

—¿Vulnerable?

—Eres nueva aquí, no conoces a nadie y te estás recuperando de un revés. Sería normal que uno se mostrase receptivo a...

Solté una carcajada.

—¿Quieres decir que crees que se enrollaría conmigo para que te convenza de que no continúes boicoteando su hostal?

—Yo no lo diría así —reculó—. Tú solo estate un poco atenta con él, ¿vale?

Apuré el *smoothie*, también para ganar tiempo.

—No creo que sea necesario.

Su boca se abrió, pero me adelanté.

—Me acompañó a casa porque Laurie tuvo una mala experiencia. Ese es el único motivo. Aparte de eso, no hemos cruzado ni diez frases.

Exageraba un poco, pero eso mismo estaba haciendo Kay con sus insinuaciones.

Cedió.

—Bueno, puede que tengas razón y yo esté viendo fantasmas. Es solo que no quiero que te hagan daño.

—Lo sé, pero podrías fiarte un poco de mi instinto para las personas. —Le guiñé un ojo y dejé el vaso vacío en la encimera—. Bueno, me tengo que ir.

Poco después, cuando corría por la orilla del mar, me puse a dar vueltas a lo que había dicho Kay. Aunque seguía opinando que su preocupación era infundada, debía admitir que el comportamiento de Vince conmigo solo había cambiado a partir del momento en el que convencí a Kay de que retirase la denuncia, algo que, sin embargo, no me resultaba sospechoso. Precisamente Vince se había dado cuenta de que no me dejaba doblegar o utilizar por Kay. Dejé de pensar en la conversación y me concentré en correr, en mi respiración, en mis pulsaciones. Todavía no podía saber qué efecto tendría en mi rendimiento de ese día la tarde anterior, pero de momento me sentía bien. Con las pilas bien cargadas.

16

Después de mis dos primeras semanas en Hawái mi juego de piernas había mejorado considerablemente. Me colocaba de manera distinta para recibir la pelota y la golpeaba antes y con mayor precisión. Iba recuperando cada vez más mi seguridad en los golpes desde la línea de fondo y el entrenamiento intensivo de saques estaba dando resultados. Poco a poco la velocidad de mi servicio se asemejaba a la de mis mejores marcas y cada vez era más variado.

—Me alegro de que estés haciendo tantos progresos —afirmó mi madre durante nuestra llamada semanal por Zoom. En el último minuto, mi padre había dicho que no se podría unir a nosotras porque su vuelo iba con retraso—. Sabía que el cambio de aires te sentaría bien.

—Sí, creo que venir fue una buena decisión. —Con mi MacBook en el regazo, me apoyé en el cabecero de la cama y me puse cómoda.

—Kay ha mencionado que incluso has hecho amigos.

—¿Eso te ha dicho? —repuse, sorprendida.

—Bueno, cuando hablamos por teléfono por lo menos me dijo que fuiste a ver una película a casa de una chica.

—Laurie, sí. Vive al lado. Ha venido a pasar el verano y está ayudando a su hermano con la reforma de su casa.

Observé su reacción al mentar a Vince, pero no me dio la impresión de que su expresión cambiase. Mi madre no era buena actriz, por lo que deduje que Kay no le había hablado de él. Por una parte, sentí alivio —seguro que mi madre me habría hecho mil

preguntas curiosas—; por otra, me extrañó. Pero quizá eso también significase que Kay se había dado cuenta de que Vince no tenía segundas intenciones conmigo. Hacía ya cuatro días desde que me había acompañado a casa, y durante ese tiempo no los había visto ni a Laurie ni a él, más que nada porque yo había estado entrenando sin descanso y por la noche caía muerta en la cama. Laurie y yo nos habíamos mandado algún mensaje. Me había preguntado cómo iba el entrenamiento y me había propuesto que volviéramos a hacer algo. Además, me había enviado un selfi en el que se la veía pintando el marco de las ventanas y que, sin pretenderlo, me había dejado sin aliento durante un momento. Literalmente. Porque al fondo estaba Vince, subido a una escalera y manejando un martillo sin camiseta.

—Me parece estupendo. Es bueno que también desconectes un poco. Quizá incluso puedas explorar algún rincón de la isla con Laurie. En su día tu padre y yo fuimos a ese rancho en el que se ruedan tantas películas de Hollywood. —Frunció el ceño—. Ahora mismo no recuerdo el nombre, pero seguro que Kay lo sabe. Deberías ir. Y también hay una cascada. —Miró hacia un lado—. Waima... lea o algo por el estilo. Puedes subir arriba y bañarte. Y también podríais...

—Mamá —la interrumpí con un tono enervado, pero no de malas maneras—. No he venido aquí de vacaciones.

—Ya sé que no, pero sería una verdadera lástima que pasaras seis semanas en Hawái y no vieras nada aparte de la casa y la escuela de tenis de Kay.

—Voy todas las mañanas a correr por la playa. Y me he metido una vez en el agua.

Dos veces, contando con mi bochornoso sueño.

—Si fuese tú, me bañaría todos los días.

—Me baño en la piscina de Kay. ¿Eso cuenta?

Puso los ojos en blanco con una sonrisa.

Bromeamos un poco sobre el tema, hablamos de una serie que estábamos viendo las dos, de la ola de calor que estaba azotando a Alemania en ese momento y de la invitación a participar en un concurso de preguntas y respuestas con famosos en la ARD que mi madre había rechazado.

—Por cierto, Helena me ha dicho que todavía no has contestado al correo electrónico que te envió. No te quiere presionar, pero tiene que dar una respuesta.

Hice memoria.

—La entrevista de *Stern* —me echó un cable mi madre.

—Mierda. Se me pasó. —Reprimí un bostezo—. Lo recibí nada más aterrizar.

—Ya, eso pensé. ¿Quieres hacer la entrevista o prefieres que Helena diga que no?

Me paré a pensar.

—Solo después del US Open. Ahora mismo no tengo la cabeza para esas cosas. ¿Quieres que le escriba?

—Yo me encargo.

Mi «Gracias» lo ahogó un bostezo.

—Deberías irte a la cama.

—Sí, estoy bastante hecha polvo.

—En cuanto vuelva tu padre, hablamos los tres, ¿te parece?

Asentí.

—Genial.

Nos despedimos y, tras cerrar el portátil, me levanté de la cama. Me puse el pijama, me cepillé los dientes y me apliqué una generosa cantidad de crema hidratante en la cara. Como cada noche, tenía la piel tirante de tanto sol. Me metí debajo de la sábana y estuve un

rato mirando TikTok e Instagram. Tenía cuenta en ambas plataformas, pero, como no tenía tiempo, no las llevaba yo. De eso también se ocupaba Helena, que trabajaba desde hacía más de diez años para mi familia y se encargaba de lidiar con la prensa, los contratos publicitarios y nuestra presencia en las redes sociales.

Me llegó un mensaje de Laurie.

> Chip nos ha invitado a su fiesta.
> El viernes. ¿Te apuntas?

No había terminado de leerlo cuando entró otro.

> Dice que te diga que le habría
> gustado invitarte él, pero que sin número no hay
> invitación. 😜

Reaccioné con una carita riendo, pero a pesar de ello escribí:

> Lo siento, pero no puedo.

No tardó ni cinco segundos en llamarme y saludarme diciendo:

—¡Tienes que venir!

—Mientras preparo un torneo no voy a fiestas —expliqué, con todo el dolor de mi corazón.

—Pero a nuestra barbacoa fuiste.

—Porque sabía que me metería en la cama a mi hora.

—No tenemos por qué quedarnos hasta tarde.

—Seguro que no empezará antes de las nueve.

En la línea se oyó un ruidito.

—Le pregunto.

A juzgar por el sonido un tanto distorsionado, había puesto el altavoz.

—¿Está contigo? —me sorprendí.

—No, por desgracia —repuso, y lanzó un suspiro exagerado.

Puse los ojos en blanco mientras sonreía. Ya me había dado cuenta en la barbacoa de que Laurie estaba un poco colada por Chip. Posiblemente también por eso quisiera ir a toda costa a la fiesta.

—¿Tu hermano también va? —pregunté con la mayor naturalidad del mundo.

—No, no te preocupes. Él no es muy de fiestas.

Oí una vibración antes de que pudiera responder a lo que Laurie acababa de decir.

—A veeeer: Chip dice que podemos ir cuando queramos.

—¿Cuando queramos? —Fruncí el entrecejo.

—Supongo que empezará a media tarde.

—¿Qué clase de fiesta es esa?

—Una que parece hecha a tu medida —canturreó, complacida, Laurie.

Vacilé.

—Anda —suplicó—. Te prometo que te llevaremos a casa a tu hora.

—¿Quiénes?

—Tú y yo. O bueno, tú, porque yo no tengo carné de conducir.

—Y ¿tú cómo sabes que yo sí?

—¿No tienes?

—Sí —gruñí.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecha, y fue como si la viese aplaudir —. Vince nos deja el coche, ya se lo he pe...

—Para, para, para —la interrumpí—. Todavía no he decidido si voy a ir.

—¿Hay alguna razón más por la que no puedas?

Me paré a pensar, pero no se me ocurrió ninguna.

—Está bien —accedí, suspirando—. Pero quiero estar en casa a las diez.

17

Kay y yo acabábamos de terminar la sesión de entreno cuando vimos que Gabe venía hacia nosotras desde el aparcamiento. Apareció en la valla con una bolsa de papel de la que asomaba un gigantesco granizado hawaiano.

—Imagino que no lo había más colorido —se burló Kay, que fue hasta la red a recoger una pelota.

—El arcoíris es el mejor —respondió, y se metió la cucharilla de madera en la boca con fruición.

—Pero llegas antes de tiempo —comenté tras echar una ojeada al reloj—. Quería ir un rato al gimnasio.

—No pasa nada. Estaré entretenido con esto. —Levantó el vaso—. Tenía que llevarle el cerdo a Sunny, no me merecía la pena volver a Hale'iwa.

—¿El cerdo? —pregunté justo cuando Kay inquiría:

—¿Va a volver a hacer un *luau*?

Gabe hizo un gesto afirmativo y me aclaró:

—Mi primo Sunny tiene un *bed and breakfast* y una vez al mes invita a huéspedes, amigos y familiares a un *luau* que hace en el jardín. Es una especie de fiesta tradicional hawaiana.

—Una comilona, para ser exactos —apuntó Kay, pero Gabe no pareció tomárselo a mal, sino que se rio y asintió a modo de confirmación.

—La comida es muy importante, sí. Pero también hay música. Cantamos, bailamos, bebemos...

—La verdad es que es increíble —aseguró Kay.

—Deberías venir —sugirió espontáneamente Gabe. Acto seguido miró a Kay—. Deberíais venir. A Sunny le haría mucha ilusión volver a verte.

—¿Tú ya has estado? —pregunté, sorprendida, a Kay.

—Solo fui una vez. —Los ojos se le iluminaron antes de que su expresión se volviera hermética—. Pero de eso hace siglos.

—Dos años —precisó Gabe mientras la miraba.

Ella clavó la vista en él, y yo vi muchas emociones contradictorias, pero sobre todo una: melancolía. Le cubría los ojos como si fuese un velo.

—Y ¿es hoy? —pregunté cuando el silencio se hizo incómodo.

Gabe negó con la cabeza de un modo apenas perceptible.

—Mañana, pero el cerdo hay que meterlo hoy en el horno que se excava en la tierra para cocinarlo.

Arrugué la nariz y dije, muy a mi pesar:

—Le he prometido a Laurie que iría con ella mañana a una fiesta.

Kay arqueó las cejas.

—¿A una fiesta?

—Nos ha invitado Chip. —Y añadí—: Griffin Chipman.

Por segunda vez en tan poco tiempo se hizo un silencio extraño, y me percaté de lo tenso que se ponía de pronto Gabe.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Kay con expresión reservada.

—Coincidimos el año pasado en los Premios Laureus y lo volví a ver aquí por casualidad. No sabía que vivía en O'ahu.

El silencio nos envolvió de nuevo, pero esta vez duró como mucho dos segundos, porque uno de los entrenadores de Kay —no recordaba su nombre— vino corriendo hacia nosotros.

—Nainoa se acaba de torcer un pie de la manera más tonta. ¿Te importaría echarle un vistazo al tobillo, Gabe?

—Claro que no —musitó él.

—He pedido al resto que fuera a por bolsas de gel frío —continuó el entrenador—, pero al verte aquí pensé que no estaría de más que un experto le echara una ojeada.

Gabe afirmó con la cabeza.

—Claro, sin problema.

El entrenador señaló vagamente una de las canchas del fondo y se puso en movimiento. Gabe le dio a Kay el vaso de granizado y se fue con él. Yo me quedé mirándolos con cara de preocupación.

—Espero que no sea nada grave.

—Mmm —musitó con aire pensativo.

Sin embargo, algo me dijo que no era el tobillo de Nainoa lo que le preocupaba.

—Oye... hace un segundo, ¿he... dicho algo que no debía?

Kay tardó un tanto en contestar, y cuando respondió percibí cierta cautela en su voz.

—Griffin Chipman es... un tema delicado para Gabe.

—¿Por lo de Millie?

Pareció sorprendida un instante, y en el último momento me callé que me lo había contado Vince.

—También, pero sobre todo por lo de Keiko.

—Creía que eran amigos.

—Y lo eran. Keiko también era el que conducía la moto de agua de Chip. El que siempre lo llevaba hasta esas olas monstruosas.

Me asaltó un mal presentimiento.

—Y eso le costó la vida —terminó.

—¿No fue un accidente mientras hacía surf? —inquirí, sorprendida.

—Keiko salió al mar con Chip, a pesar de que había un aviso de temporal —resopló—. Pero, claro, para alguien como Griffin Chipman, eso da igual.

Me pregunté si esas palabras eran suyas o de Gabe.

—No lo sabía —musité.

—Cómo lo ibas a saber. —Kay me dirigió una mirada de ánimo—. Y seguro que Gabe no se lo toma a mal.

—¿Significa eso que culpa a Chip de la muerte de su hijo?

Kay ladeó la cabeza con aire vacilante.

—No sé si lo culpa, pero lo cierto es que Keiko no habría salido al mar ese día si Chip no le hubiese pedido que lo hiciera.

Bajé la vista.

—Seguro que la idea también atormenta a Chip.

—Si es así, se esfuerza mucho por disimularlo.

La miré con cara de interrogación.

—A ver, aquí, en la isla, Griffin Chipman es famoso exactamente por dos cosas: sus récords... y sus fiestas. —Algo la distrajo—. Ahí viene Gabe. Gracias a Dios, seguro que entonces no es nada grave.

No se equivocaba: Nainoa ya podía volver a apoyar el pie, como supimos poco después por Gabe. La tensión de su rostro se había esfumado. Como si no hubiera pasado nada, le cogió el vaso a Kay y se terminó el poco granizado que aún no se había derretido.

A mí me costó algo más seguir con la jornada. Aún estuve horas dándole vueltas a lo que acababa de averiguar de Chip: mientras hacía *press* de pecho, mientras Gabe me masajeaba, mientras estaba bajo la ducha y mientras bajaba a la playa y veía a los surfistas. Se me erizaba la piel cada vez que me imaginaba lo que se sentiría al estar involucrado en la muerte de tu mejor amigo. El sentimiento de culpa que tendría Chip, con o sin razón. Seguro que, pese al aviso de temporal, no había tomado él solo la decisión de salir a hacer surf. Y posiblemente Keiko tuviese la suficiente experiencia como para poder calcular el riesgo que corría. Pese a ello, lo había pagado con la vida.

—¿Buscas a alguien? —oí que me preguntaba una familiar voz de hombre detrás de mí.

Me volví en redondo. A unos metros, Vince estaba arrodillado en la arena, frotando la tabla de surf con un taco blanco. Llevaba un bañador colorido que no le había visto nunca. Quizá por eso tardara unos segundos en darme cuenta de que me acababa de hacer la misma pregunta que me había hecho en mi sueño.

—No, solo... —«Solo quería nadar un poco», estuve a punto de decir, pero me resistí a ese evidente *déjà-vu*—. Solo estaba viendo a los surfistas.

—¿Vienes de entrenar?

El Vince de mi sueño también había formulado casi esa misma pregunta, razón por la cual me quedé mirándolo como un pasmarote antes de asentir.

—¿Y tú qué has hecho hoy?

La pregunta me salió tan atropellada que me pareció lamentable, como hablar del tiempo. Por otro lado, hablar del tiempo quizá no fuese la peor forma de proceder cuando delante estaba el chico con el que tenía sueños eróticos.

—Pintar. —Me enseñó el dorso de las manos, en el que tenía manchas de pintura.

—Guay. —«¡¿Guay?! Por favor, Louisa»—. ¿Es eso cera? —añadí, más bien por necesidad, mientras señalaba el taco que Vince deslizaba por la tabla con movimientos regulares.

—Sí, para tener más agarre.

—Ah.

—¿Has hecho surf alguna vez?

Negué con la cabeza.

Miró de soslayo su tabla.

—¿Quieres... probar?

—No —repuse con demasiada aspereza, y él pareció descolocado, por lo que me apresuré a añadir—: Es demasiado peligroso.

—¿Demasiado peligroso?

—El riesgo de lesión es demasiado elevado. Para mí.

Arrugó la frente.

—En realidad, el surf es un deporte relativamente poco lesivo. Uno se puede hacer algún corte o...

—Morir.

Se me escapó antes de que pudiera impedirlo, y Vince me miró con cara de asombro.

—Perdona. No quería... Estoy un poco... —En lugar de terminar la frase, clavé la vista en la arena.

—¿Ha pasado algo?

Levanté la cabeza. Sus ojos tenían una expresión muy suave.

—No, en realidad no. Es solo que hoy me he enterado de lo que le pasó a Keiko. Que murió en un accidente.

—Pensaba que ya lo sabías.

—Lo sabía, sí, pero no que Chip... —me interrumpí y me paré a pensar cómo decirlo— estaba con él.

—Los surfistas de olas gigantes nunca salen solos. —Miró al océano—. Keiko era el que remolcaba a Chip.

Asentí, aunque tampoco es que lo entendiese del todo. Kay había dicho que conducía su moto de agua, pero esa posiblemente no fuese la forma oficial de llamarlo.

—Lo llevaba con la moto de agua hasta las olas gigantes —explicó Vince mientras me miraba—. Y sabía el peligro que eso suponía.

¿Quería decir Vince con eso que Chip no tenía la culpa? ¿Que había sido decisión de Keiko acompañar a Chip ese día? Entre nosotros se hizo el silencio.

—Pero no tienes nada que temer. Las olas que surfea Chip no las hay aquí, en Sunset Beach. —Me dirigió una mirada de ánimo y se centró de nuevo en su tabla.

18

El viernes por la tarde estaba plantada en mi vestidor con la nariz arrugada, de mal humor. Aunque de las perchas colgaban vestidos de tenis de todos los colores del arcoíris, no había muchos que sirvieran para asistir a una fiesta. Para ser exactos, solo había metido uno en la maleta y me lo había puesto para ir a la barbacoa de los Greenfield. Probablemente tuviese que recurrir a un pantalón corto y una camiseta.

Llamaron a la puerta y asomé la cabeza antes de responder:

—Pasa.

Kay abrió y entró en la habitación. Llevaba un mono corto azul lavanda con un elástico en la cintura, y en el pelo le vi una flor de plumeria blanca que, de lejos, no supe si era de uno de los árboles de su jardín o de la sección de artículos para el cabello de una droguería.

—Solo quería despedirme. Gabe está al caer.

—Que te diviertas mucho en el... eh...

—*Luau* —me ayudó ella, y acto seguido vio la pinta que tenía y me miró con escepticismo: la toalla envuelta de cualquier manera alrededor del cuerpo, el pelo mojado pegado a los hombros—. ¿No querías ir hoy a esa fiesta?

—Sí. —Miré el reloj y farfullé—. Mierda, qué tarde es.

—¿Qué pasa?

—Que no tengo nada que ponerme —protesté.

—Normal.

Esperaba que me recordase que a fin de cuentas no había venido a Hawái para ir a fiestas, pero lo que dijo fue:

—Ven. —Me dio a entender con el dedo índice que la siguiera.

Fui tras ella por el pasillo, bajamos por la escalera y entramos en su habitación. Era la primera vez que entraba en su dormitorio, cuyo estilo era como el del resto de la casa, depurado y con gusto. Una gran cama de matrimonio con las sábanas bien estiradas y cojines decorativos de un gris azulado, una mesita de noche, una cómoda y un armario que ocupaba toda la pared. Kay abrió la puerta corredera y echó mano con decisión de una percha de la que colgaba un vestido. Era corto, verde pistacho y de una tela ligera y vaporosa. Por lo que estaba viendo, los tirantes se ataban detrás del cuello.

—Hala, es superbonito.

—Pruébatelo.

—¿Crees que me quedará bien?

Asintió con seguridad.

—Debemos de tener más o menos la misma talla. —Me ofreció la percha y me fijé en que aún tenía la etiqueta.

—Pero si es nuevo.

—No me lo he puesto, pero nuevo no es. Lleva años en el armario. No sé en qué estaba pensando, porque para mí es demasiado corto. —Se encogió de hombros—. Seguro que a ti te queda estupendo. Podrías ponerte las sandalias metalizadas. O las zapatillas de deporte, si quieres darle un aire más *casual*.

Puse los ojos en blanco con escepticismo.

—Pero si estabas en contra de que fuese a esa fiesta. ¿Por qué me ayudas ahora?

—No estaba en contra —recalcó—. Es solo que Griffin Chipman no me parece la mejor compañía, pero ya eres mayorcita para hacerte una idea tú sola. —Movió la percha—. Bueno, ¿qué me dices?

Cogí el vestido, risueña. Volví a mi habitación a probármelo y me miré en el espejo. Me sentaba como un guante y era ligero y cómodo. En comparación con los vestidos que me solía poner, ciertamente era un poco más corto, pero me gustaban mis piernas: eran largas (buena genética) y atléticas (trabajo duro). Lo único que me rechinaba un pelín era la marca del moreno en los tobillos. Como casi siempre iba con calzado de deporte, tenía los pies bastante más blancos que el resto de las piernas. Pero eso era algo que se podía resolver con unas zapatillas.

—¿Y bien? —me preguntó Kay desde el pasillo.

Sonreí satisfecha a la imagen que me devolvía el espejo.

—Es perfecto.

Secarme el pelo con el secador fue una auténtica pérdida de tiempo. Aparte de que se me encrespó en el acto con la humedad del aire, mientras recorría el breve trayecto que me separaba de la casa de los Greenfield se me empezó a acumular un fastidioso sudor en la nuca. El hecho de que ya llegara tarde y tuviese que darme prisa no fue de gran ayuda, que se diga. Con las zapatillas en la mano, subí la escalera que conducía hasta la terraza y a punto estuve de chocarme con Vince, que estaba arrodillado en el suelo, clavando una tabla suelta.

—¡Cuidado!

Me frenó a duras penas con la mano que tenía libre, la apoyó en mi rodilla y la dejó ahí durante una décima de segundo. Hasta que la apartó y movió los dedos como si se hubiese quemado. En vista del calor que desprendía mi cuerpo, quizá hasta fuera eso.

—Perdona —se disculpó, y clavó la vista en el martillo que sostenía.

Abrumada por ese roce mínimo —cuyo efecto había sido máximo —, di un paso minúsculo hacia atrás. Fue poco más que un leve desplazamiento del peso del cuerpo, pero, sin querer, hice que me mirara. Sus ojos recorrieron mi vestido, se detuvieron en mis hombros desnudos antes de que nuestra mirada se cruzase y él... tragara saliva. La segunda ola de calor me arrolló el cuerpo y recé para que no se diera cuenta, pero se me erizó la piel de los brazos de tal forma que era imposible no verlo. Y más aún el desbocado palpitar de la vena de mi cuello.

—¿Has venido a ver a Laurie?

Durante un instante me distrajo lo rasposa y grave que sonaba su voz. Puede que debido a ello su pregunta me extrañara con retraso.

—Sí. Vamos a la fiesta de Chip.

Frunció la frente.

—¿Es que no te lo ha dicho?

Lo miré sin entender lo que quería decir.

—Se ha ido a tumbar un rato. No se encuentra bien. Migraña o algo por el estilo.

—Oh.

Me miró extrañado.

—Qué raro que no te haya mandado un mensaje.

—Pues...

Me asaltó un mal presentimiento. Saqué el teléfono del bolso y, en efecto, vi en la pantalla que tenía un mensaje de Laurie. Me había escrito hacía aproximadamente una hora, más o menos cuando Kay había ido a mi habitación.

> Lo siento mucho, pero no voy a poder ir a la fiesta. Me va a bajar la regla y me duele la cabeza. 😥

—Sí que me lo ha mandado —respondí, y lancé un suspiro—. Solo que no miré el móvil.

—Lo siento —oí que me decía Vince.

—No tienes por qué sentirlo. —Me encogí de hombros—. La culpa es mía.

—Aun así, es un fastidio. Da la impresión de que te has pasado un buen rato delante del espejo.

Le dirigí una mirada fulminante y arqueé la ceja derecha.

—¿Es un insulto o un cumplido?

—Emmm... una... observación.

A sus labios afloró una sonrisa, y decidí dejárselo pasar.

—Bueno, pues... creo que me vuelvo a casa —dije, un poco desilusionada: ya me veía en pijama en el sofá de Kay.

A mí misma me sorprendió, pero en cierto modo tenía ganas de ir a esa fiesta. Y me gustaba el vestido, cómo me quedaba, cómo me sentía con él.

—También puedes ir conmigo.

Lo miré como si no hubiera oído bien.

—O sea, que si quieres te llevo. De todas formas pensaba salir en breve.

Vi el pantalón de trabajo que llevaba puesto. El martillo en la mano. No tenía mucha pinta de que fuese a ir hoy a ninguna parte. Y Laurie había dicho que no era muy de fiestas.

—Solo tengo que darme una ducha rápida.

Seguía tan sorprendida que solo fui capaz de quedarme mirándolo como una tonta.

—Cuando conduzco, no bebo. —Añadió—: Por si es lo que te preocupa.

—No, es... —vacilé, pero decidí ser sincera—. Bueno, es que sobre todo iba a ir a la fiesta por Laurie. Allí no conozco a nadie y...

—Me conoces a mí.

Sentí que me clavaba la mirada.

—Ya... pero imagino que no querrás tenerme pegada a ti como una lapa todo el tiempo —disimulé mi desconcierto con una sonrisa.

—No lo harás. En esa fiesta habrá un montón de gente que seguro que te caerá mejor que yo. —Sonrió, y me costó Dios y ayuda pronunciar las siguientes palabras.

—Gracias, pero creo que me quedo...

—Si no te convence, te traigo a casa.

Le di otra vuelta. Estaba confusa.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué... me ofreces esto?

Se encogió de hombros con la mayor tranquilidad del mundo.

—Porque sería una pena que hubieses pasado tanto tiempo delante del espejo para nada. —Su semblante permaneció serio dos segundos, y yo puse los ojos en blanco.

—Tú decides: venir conmigo o quedarte. Como prefieras.

Su sonrisa relajada me dijo que era sincero. Y, pese a ello, creí percibir cierto desafío en su voz. Casi como si quisiera decirme: «¿Te atreves?».

—¿No voy demasiado arreglada? —le pregunté a Vince mientras íbamos por la carretera de la costa hacia Hale'iwa.

Ya me había hecho esa pregunta cuando, después de ducharse, él bajó por la escalera con un pantalón corto de algodón y una camiseta y delante de mí se puso unas Reebok machacadas.

—A una fiesta de Chip puedes ir hasta en pijama. No le importará a nadie.

Genial. Lo que probablemente significase que iba demasiado arreglada. Me removí en el asiento, nerviosa. Vince puso el intermitente y giró a la izquierda, alejándose del océano para dirigirse al interior. Enfilamos un camino de gravilla que serpenteaba por campos ajedrezados. Solo de vez en cuando aparecía alguna casa junto al camino; la mayoría eran sencillas construcciones planas con pérgolas bajo las que había todoterrenos y motos. A través de las ventanas iluminadas vi a mujeres y hombres en sus cocinas, familias que ponían la mesa y niños que correteaban alrededor. El que se me ofrecía aquí era otro Hawái, más cotidiano.

—¿Chip no vive junto al mar?

—No. —Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios—. Las personas normales y corrientes no se pueden permitir eso aquí.

Durante un desagradable momento sentí que era una ingenua. En nuestras conversaciones, Gabe había mencionado una y otra vez lo cara que era la vida en Hawái, pero yo pasaba demasiado tiempo en la pista de tenis como para darme cuenta.

—Ahora casi todas las casas que están en la playa son de gente superrica —aclaró con un tono un tanto mordaz—. O pertenecen a inmobiliarias que las alquilan a los superricos —resopló—. No te imaginas lo que nos han ofrecido por el Ohana.

—¿Os lo habéis planteado? ¿Venderlo?

—Bueno, al principio Laurie y yo lo pensamos. No sabíamos muy bien qué hacer con la casa. A fin de cuentas, cada uno tenía su vida, y Laurie está en la universidad. —Carraspeó—. Pero sentimos que no era lo correcto. Sería como traicionar a Jim. Le cabreaba que los ricos quisieran la playa para ellos solos, que levantaran una vivienda de lujo tras otra y se cargaran el Hawái original.

Tragué saliva, ya que no pude evitar pensar en que la villa de Kay respondía a ese perfil.

—Justo eso es lo que habría pasado si nosotros lo hubiésemos vendido. Habrían derribado el Ohana y un magnate del petróleo texano habría construido allí su segunda residencia.

Se me pasó por la cabeza toda una serie de preguntas, pero no pude formular ninguna, ya que habíamos llegado a nuestro destino. O al menos di por sentado que nos habíamos detenido delante de la casa de Chip. Los numerosos coches y motos que había por todas partes así lo indicaban también, al igual que las tablas de surf que se distinguían contra la barandilla del porche. La casa era muy distinta de lo que yo me imaginaba. Una sencilla construcción de madera amarilla sobre pilares con un porche que daba toda la vuelta y circundada casi por completo por palmeras y plantas. A su espalda se alzaba una cadena montañosa cuyos riscos cubiertos de densa vegetación parecían un telón de terciopelo verde. No me esperaba que Chip viviera en un lugar tan apartado, rodeado de naturaleza en estado puro. Aunque no lo conocía bien, me daba la impresión de que era alguien que agradecía la compañía y necesitaba tener gente alrededor a todas horas.

Me desabroché el cinturón y me bajé del coche. Allí arriba refrescaba más, lo cual no debería haberme extrañado. A fin de cuentas, habíamos subido bastante. Y también se respiraba un olor distinto al de la orilla del mar, a tierra y hierba mojadas. La puerta estaba abierta de par en par, salía música: reggae hawaiano, como sabía a esas alturas, unos sonidos que se metían no solo en la sangre, sino también en las caderas.

—Por ahí —decidió Vince justo cuando iba a andar hacia la puerta.

Me encogí de hombros y lo seguí, rodeando la casa. Oímos murmullos y risas cuando nos dirigimos hacia el jardín, que resultó ser un espacio agreste. Aparte de árboles y arbustos, no estaba vallado. Un chico con gafas de sol estaba repantingado en una

hamaca tendida entre dos palmeras y de un árbol colgaba un bonito columpio de madera. Había gente tirada en la hierba y también en corrillos en el porche. Posiblemente habría más aún dentro de la casa, así que calculé unos veinte o veinticinco invitados. Me asusté al comprobar que, en efecto, iba demasiado arreglada. Casi todo el mundo parecía haber venido directo de la playa, iba en biquini o bañador de surf. Me puse a tirarme del bajo del vestido cuando Chip apareció en el porche. Iba descalzo y llevaba un pantalón corto con estampado *paisley* y una camiseta holgada. El pelo se lo había recogido una vez más en un moño alto y la barba de tres días hoy era más bien de siete.

—Hombre, pero ¿qué haces tú aquí? —saludó a Vince, y levantó la mano para que se la chocara—. Creía que...

—He cambiado de opinión —farfulló Vince.

Arrugué el entrecejo. ¿No había dicho que de todas formas iba a venir a la fiesta? Antes de que pudiera reaccionar, Chip me miró.

—*Aloha!* —exclamó sonriente—. Contigo contaba aún menos que con él.

—Laurie también quería venir, pero no se encuentra bien —aclaré cuando la mirada curiosa de Chip pasó de Vince a mí y nuevamente a él.

—Pues bienvenidos a mi humilde morada. —Hizo un gesto a modo de invitación—. Como si estuvierais en vuestra casa.

19

Fuimos a por algo de beber y nos cruzamos con Pili, que al ver a Vince reaccionó de forma parecida a Chip:

—¿Tú? ¿Aquí? —Después me miró a mí y su expresión dijo: «¡¿Con ella?!». Sin desprecio, más bien alucinada, y a pesar de ello me sentí como un objeto de exposición.

—¿Los demás también están? —Vince pasó por alto su pregunta.

—Yo he venido con Milo. —Miró a su alrededor, lo que me dio la oportunidad de escrutarla un instante. Hoy se había recogido el largo pelo en una coleta alta y llevaba un pantalón corto con estampado de flores y una camiseta de tirantes en la que ponía SUNKISSED, una ropa que pegaba más en este sitio que la que había elegido yo—. Brody también está, andará por ahí. —Sus ojos volvieron a nosotros. A mí—. Perdona, que ni siquiera te he saludado.

Hice un gesto con la mano para restarle importancia y sonreí.

—Tu vestido es una pasada —alabó mientras me dirigía una mirada de aprecio.

—Gracias. —Me encogí de hombros—. Por desgracia no es mío, me lo han prestado.

—Pues deberías plantearte muy en serio no devolverlo. —Sonrió —. ¿Dónde habéis dejado a Laurie?

—Le dolía la cabeza —respondió Vince, que no había dicho nada desde hacía un rato.

—Por eso me ha traído él —añadí yo.

—Ajá —dijo Pili con una sonrisa que no fui capaz de interpretar.

Poco después se unieron a nosotros Milo y Brody, a los que también conocía de la barbacoa en el Ohana. No tardaron ni un minuto en ponerse a hablar los cuatro de olas, mar de fondo, mareas vivas y vientos con la jerga de los surfistas.

—Chicos, creo que deberíamos cambiar de tema, antes de que Louisa se muera del aburrimiento por nuestra culpa —dijo Pili, con una mirada de disculpa—. Perdona, es algo casi automático cuando se juntan cuatro surfistas.

—Lo sé —afirmé risueña—. A los tenistas nos pasa lo mismo.

—Es verdad. Vince nos ha contado que eres profesional —comentó Milo.

Me habría gustado preguntarle cuándo lo había mencionado Vince. En qué contexto, con qué tono de voz y...

—¿No es dentro de poco el US Open? —preguntó Brody.

Pili enarcó las cejas.

—¿Te interesa el tenis?

—Claro —aseguró, encogiéndose de hombros—. Aunque sobre todo veo el tenis masculino —admitió.

—¿Tienes algún tenista favorito? —quise saber.

Se paró a pensar un momento.

—Tiafoe.

No me sorprendió que eligiera a un compatriota.

—¿Y tú?

—Diría que Dimitrov. Me encanta su juego. Es tan... elegante. Y él es un tío muy majo.

—Vale —terció Pili, alargando la palabra—. Ahora somos nosotros los que nos vamos a morir del aburrimiento por culpa de estos dos.

Nos echamos a reír y pasamos a temas más generales. Me enteré de que Pili trabajaba de camarera en un hotel de Turtle Bay y Milo y

Brody daban clases de surf a turistas. De que los tres habían crecido en Hale'iwa y las inmediaciones, pero Pili era la única que había nacido en Hawái. «*Kānaka maoli*», lo llamó ella.

—Algo de lo que siempre está presumiendo —apuntó Milo.

Pili iba a protestar, pero los tres chicos la hicieron callar (y reír) con un «Sabes que es verdad». Estuvimos un buen rato más en el porche, hasta que abajo, en el césped, se formó una improvisada pista de baile y Pili convenció a Milo de que fuera a bailar con ella.

—¿Cuánto tiempo? ¿Tú qué dices? —preguntó Brody a Vince mientras veíamos cómo se mezclaban los dos con los que estaban bailando.

—Dos minutos —respondió.

La canción terminó y escuchamos la intro de *Calm Down*, de Rema y Selena Gomez.

—Un minuto —se corrigió Vince en el acto, esbozando una sonrisa pícara.

Yo seguía la conversación con un ligero desconcierto.

—Sería un nuevo récord —opinó Brody con la cabeza ladeada.

—Sí —fue la escueta respuesta.

—¿Qué nos apostamos? ¿Un encerado de tabla?

Vince hizo un gesto afirmativo.

—Vaaaleeee. —Brody se puso a hacer algo en el reloj—. Un minuto... a partir de... ahora. —Ambos clavaron la vista, concentrados, en la pista de baile, donde Pili y Milo bailaban bastante pegados.

—Eh... ¿a qué estáis apostando? —pregunté con tiento.

—A cuánto tardarán esta vez en enrollarse Pili y Milo —dijo sin rodeos Brody.

—¡Oh!

—Se gustan —contó Vince—, pero no sé por qué no termina de cuajar la cosa, y eso que se enrollan siempre que tienen ocasión y después le echan la culpa al alcohol.

—Que la mayoría de las veces ni siquiera han bebido —se rio Brody—. ¡Uy! Mirad. —Su dedo índice señalaba la pista, y no di crédito a mis ojos, porque Pili y Milo, en efecto, se estaban besando, y con bastante desenfreno. Un extraño calor me corrió por debajo de la piel.

—¡Ooooh! —gritó Brody, tan alto que Pili lo oyó.

Sin volverse y sin dejar de besar a Milo, le dedicó una peineta a Brody.

Este soltó una risotada y le dio unas palmaditas en la espalda a Vince.

—Cincuenta y cuatro segundos. ¡Tío, tío, tío! —Sacudió la cabeza —. No sé vosotros, pero yo necesito algo más fuerte que esto. —Movió el botellín de cerveza y nos miró con expresión expectante.

Vince y yo negamos con la cabeza y Brody desapareció en la casa. Entre nosotros se extendió un silencio extraño. Me di cuenta de que apenas había hablado una palabra con Vince desde que habíamos llegado. No había sido una decisión consciente, había pasado sin más.

—Gracias por traerme. Esto es muy guay.

—Pareces sorprendida —observó casi con suficiencia.

—Bueno, es que también se podría haber torcido. Tú podrías haber ido a la tuya y haberme... dejado tirada en un rincón.

—No habrías pasado mucho tiempo en ese rincón —musitó—. No con ese vestido.

Su mirada me pilló desprevenida. Contuve la respiración. Me pregunté si lo había entendido bien. Si había interpretado bien lo que había dicho.

—Les habría ofrecido una habitación. —La voz de Chip interrumpió el silencio. Las mejillas se me acaloraron. Se interpuso entre nosotros y le pasó el brazo derecho por los hombros a Vince y el izquierdo por los míos—. Pero probablemente ya no les dé tiempo a llegar.

Constaté con alivio que se refería a Pili y Milo, que seguían morreándose a lo bestia. Al mismo tiempo me avergoncé de mis propios pensamientos. Vince me acababa de hacer un cumplido, sí, pero eso no significaba nada. A lo sumo, que hacía siglos desde la última vez que yo había besado a alguien, que me había enrollado con alguien.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —le pregunté a Chip mientras miraba el jardín—. Es precioso.

—Un año más o menos. —Lo dijo como si fuera una pregunta—. Compré el terreno hace unos años. Después de Nazaré por fin tuve el dinero necesario para hacerme la casa.

«Nazaré», la meca europea para los surfistas de olas gigantes. Chip había batido allí el récord mundial, si mal no recordaba.

—Y el columpio, ¿lo has colgado en plan previsor, para tus futuros hijos? —bromeé.

A Chip se le demudó el rostro, y la sonrisa que esbozó segundos después no era genuina. Bebió un sorbo de cerveza, dio dos golpecitos en la barandilla del porche y se alejó.

Me quedé mirándolo perpleja.

—¿He... metido la pata?

—No —musitó Vince—. A veces no hay quien lo entienda.

«Y no es el único», pensé maquinalmente, y mi propio valor se me adelantó:

—¿De verdad querías venir hoy a la fiesta?

Ladeó la cabeza hacia mí y me miró, pero no dijo nada. Su mirada era tan intensa que contuve el aliento.

—¿Quieres bailar?

Puse cara de sorpresa y me pregunté de nuevo si habría oído mal mientras mis opciones se deslizaban por mi cabeza a toda velocidad: Sí. No. Luego. Nunca. ¿Por qué? ¿Seguro? ¿Ahora?

—Vale —me oí decir.

Una sonrisilla asomó a su rostro antes de que me tendiera una mano. Clavé la vista en ella un instante y una vez más me llamó la atención el pequeño tatuaje de la cara interna de la muñeca. ¿Una tortuga, quizá? Puse mi mano en la suya, sentí el calor de su piel, la suave presión de sus dedos, que eran ásperos y callosos. Las rodillas me temblaron, y durante una décima de segundo temí que me fueran a flaquear. Pero entonces él se puso en movimiento y tiró de mí. Tenía el corazón desbocado mientras lo seguía hasta la pista de baile. Por la cabeza se me pasó un millar de ideas a la vez: que hacía siglos que no bailaba con alguien, que era muy mala idea hacerlo precisamente con Vince, que no quería bailar con nadie en este sitio que no fuese él, que no conocía la canción, que era demasiado lenta, que... No pude seguir dándole vueltas, puesto que ya estábamos en medio de la gente que bailaba. Casi todo el mundo se había emparejado con alguien o arrimado más. Vince y yo nos miramos, pero a diferencia de mí, él parecía relajado. Sin dejar de mirarme, me cogió las manos y me las llevó hasta su cuello. Lenta y prudentemente, como si quisiera ofrecerme la posibilidad de echarme atrás. Pero lo dejé hacer, sentí su torso contra el mío al entrelazar mis dedos. Cuando fue a rodearme la cintura con las manos, me rozó la piel desnuda de la espalda. Se estremeció de un modo casi imperceptible, como si no fuese consciente de lo escotado

que era el vestido por detrás. Empezamos a movernos al compás de la música, un ritmo reggae lento.

—No conozco esta canción —comenté para romper el incómodo silencio.

—Es *Love I*, de un grupo de aquí.

Su aliento me acarició la mejilla. Olía a limón, como el té helado que se había bebido.

—Jamás habría pensado que te gustara bailar. —«Ni que lo hicieras tan bien», añadí para mis adentros. Vince seguía con facilidad el ritmo.

—¿Por qué?

—No sé. Quizá porque Laurie dijo que las fiestas no eran lo tuyo.

—Las fiestas con mucha gente no son lo mío. Prefiero tener a mi alrededor a tres buenos amigos que a —miró a su alrededor— treinta que ni siquiera saben cuándo es mi cumpleaños.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 7 de septiembre.

—¿El 7 de septiembre? —repetí sorprendida.

Me miró con gesto interrogativo.

—Es la final del US Open.

—Entonces no se te olvidará.

—No —susurré, y sentí muy dentro de mí una pequeña punzada de dolor al ser consciente de que ese día ya no estaría aquí. Dentro de poco más de tres semanas estaría volando a Nueva York.

Su mano bajó mínimamente, y ese movimiento inconsciente me devolvió al ahora.

—¿Qué tienes tatuado en la muñeca?

Si lo desconcertó mi repentino cambio de tema, no se le notó. Me enseñó la cara interna de la muñeca. En efecto, era una tortuga

poco más grande que una moneda de dos euros y del mismo estilo que los tatuajes de Gabe.

—¿Es tu... *auma*...? —No recordaba la palabra—. ¿Tu espíritu protector?

Vince se rio, pero no era una risa burlona.

—No, yo no tengo *aumakua*. No me tomaría esa libertad. Me gustan las tortugas, nada más.

—¿Alguna vez has visto alguna? Aquí, me refiero.

Se sorprendió.

—Claro. ¿Tú no?

Negué con la cabeza.

—Pues tenemos que hacer algo al respecto, y deprisa.

El «tenemos» de la frase hizo que el corazón me diese un vuelco.

—Hay algunas playas en las que siempre se ve alguna. A veces incluso salen del agua.

—Vaya. Tiene que ser increíble.

—Te... —Se paró un instante—. Laurie te puede enseñar algún sitio bueno.

—Genial —contesté, sin que se me notara que su recular me había desilusionado un poco.

Seguimos bailando, y nuestros movimientos se volvieron más relajados y fluidos. Como si nos hubiésemos acostumbrado al otro.

—Vaya, hoy sí que están aguantando. —Vince ladeó la cabeza hacia la derecha, donde Pili y Milo seguían besándose.

—Al principio pensé que Pili y tú estabais... ya sabes...

—Solo somos amigos.

—Sí, eso fue lo que Laurie... —No terminé la frase y apreté los ojos.

Vince se lo tomó con humor.

—¿Y tú y Chip? ¿Te arrepientes de no haberle dado el teléfono?

—Qué va, no. Chip no es mi tipo.

—Y ¿cuál es tu tipo?

La pregunta me pilló desprevenida, a pesar de que había sido yo quien se lo había puesto en bandeja. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos, pero lo que vi en ellos fue demasiado desconcertante para poder sostener su mirada.

—Creo que no tengo uno. O por lo menos no uno que pueda describir con tres adjetivos.

Acaricié la idea de hacerle esa misma pregunta, pero no sabía si me gustaría la respuesta, así que lo dejé estar. Para entonces, además, la canción había terminado y entre nosotros, en el aire, flotaba otra pregunta: cómo continuaría el resto de la velada. Retiré las manos de su cuello y miré el reloj. Ya eran las nueve y media.

—Puedo llevarte a casa.

Mis labios se abrieron para protestar, pero en el último momento decidí no hacerlo. Era más sensato marcharse ahora. Mañana me esperaba un largo día de entrenamiento.

—Sí, te lo agradecería.

Mientras dejábamos la pista de baile, sentí su mano en mi espalda un instante. Un gesto fugaz, quizá casual, que hizo vibrar todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

20

En el camino de vuelta a casa no hablamos mucho, pero el silencio era agradable, cómodo. Escuchamos el álbum del grupo hawaiano cuya canción habíamos bailado mientras el oscuro paisaje desfilaba ante nosotros. Siluetas de palmeras y montañas que se recortaban ante el cielo como gigantes.

A medida que nos acercábamos a Pūpūkea, me debatía con los sentimientos más contradictorios. No quería que la noche terminase, pero notaba hasta qué punto mi cuerpo estaba exhausto, lo urgentemente que necesitaba descansar y dormir. Al mismo tiempo intuía que estaría bastante agitada como para pegar ojo. Eran demasiadas las preguntas que me inquietaban, demasiadas las cosas que me preocupaban. Estaba tan absorta en mis pensamientos que me di cuenta con retraso de que Vince enfilaba el camino de entrada del Ohana en lugar de dejarme en casa de mi madrina.

—Ahora te acompaño a casa.

—Ah... vale.

Me bajé del coche con el ceño fruncido. Aquí abajo hacía unos cuantos grados más, y me llegó en el acto el olor del océano. Una leve brisa se colaba entre las hojas de las palmeras, me acariciaba gratamente los brazos desnudos. Caminamos por el borde de la carretera en silencio. Me preguntaba si Vince diría algo más antes de que llegáramos a la casa de Kay cuando de pronto se detuvo. Incluso con la tenue luz que arrojaba la luna vi que su desenfado había dado paso a la tensión. Que algo le preocupaba.

—Antes te he mentido.

Contuve el aliento, vi cómo le subía y le bajaba la nuez al hacer un esfuerzo para continuar.

—La verdad es que no quería ir a esa fiesta.

Su confesión trajo consigo silencio. Y palpitaciones aceleradas. Tardó por lo menos diez segundos en decir algo más.

—Pero de repente apareciste en la terraza de casa. —Cogió aire, temblaba un poco—. Con este vestido. —Profirió un sonido que rozaba la desesperación.

Mi palpitar acelerado se tornó desbocado. Quería decir algo, pero no sabía qué. Era como si tuviese la cabeza hueca. ¿O demasiado llena? Se pasó una mano por el pelo y musitó algo que sonó sospechosamente a «joder». A inseguridad y arrepentimiento.

Y comprendí de una vez por todas que debía reaccionar.

—Me alegro de que cambiaras de opinión.

Me enfadó que en la última parte de la frase mi voz subiera media octava. Que no se me ocurriera nada mejor que decir. Pero él ya había dado un paso hacia mí y había pegado sus labios a los míos. Se me escapó un suspiro, que él aprovechó para rodearme el rostro con las manos e intensificar el beso. El corazón se me descontroló por completo, como si hubiese satisfecho un deseo que anhelaba desde hacía tiempo, que yo ni sabía que abrigaba. Extasiada, le eché los brazos al cuello y lo estreché contra mí. Me apreté contra él. Su cuerpo irradiaba calor y era firme, y olía increíblemente bien. A verano y a sol, a jabón y a ropa limpia. No era la primera vez que me fijaba, tan solo la primera que lo hacía mientras lo besaba. Su mano subió hasta mi nuca, se enredó en mi pelo y provocó un incendio que se propagó a toda velocidad por mi cabeza. Abrí un poco los ojos y vi que me estaba mirando, como si tuviera que convencerse de que esto estaba pasando de verdad. Sonrió al ver

que lo había pillado y fue irresistible. Cerré los ojos y dejé que decidiese si quería mirarme mientras me volcaba cada vez más en ese beso. En él. Sus manos se deslizaron por mis hombros desnudos, por mi espalda, me rodearon la cintura. Durante un instante, creí que me iba a levantar, a llevarme a alguna parte lejos de esa carretera, pero solo me sostuvo con firmeza y me besó de un modo que hizo que perdiese la noción del tiempo y del lugar... Al menos hasta que un coche se aproximó y nos cegó con la luz de los faros. Nos separamos hasta que pasó de largo y nos sonreímos con timidez cuando la oscuridad engulló los pequeños puntos de luz. Se hizo patente que, con el coche, había desaparecido parte de la despreocupación. Fue como si se hubiese pinchado la burbuja que durante unos segundos nos había mantenido al margen del mundo exterior.

—Tienes que irte a la cama —musitó.

No era eso lo que quería oír, y sus ojos me dijeron que tampoco era lo que él quería decir. Pero tenía razón: se había hecho tarde.

—Buenas noches. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Yo me permití respirar una vez más su olor.

—Buenas noches —dije, y suspiré, sintiéndome un poco embobada. Y bastante confusa.

Constaté con alivio que Kay ya estaba durmiendo. No me haría preguntas. Preguntas a las que todavía no tenía respuestas. O preguntas que había que analizar. En cuanto los oídos dejaran de zumbarme, las mejillas dejaran de arderme, el corazón dejara de dar botes. En cuanto en mi cabeza volviera a haber sitio para poder pensar con claridad. Para que no todo girase en torno a Vince Greenfield. A sus labios, tan puñeteramente suaves. Sus manos, con

esa aspereza tan agradable. Su olor, tan embriagador. ¿Cuándo había sido la última vez que me había sentido así? Tan acelerada y nerviosa, tan eufórica. Como si hubiese estado bebiendo champán y no agua durante toda la tarde.

Subí a mi habitación, me desmaquillé y me cepillé los dientes. Me salpicó un poco de pasta en el vestido, pero me dio demasiada pereza quitar las manchas. Preferí recordar la mirada de Vince cuando me había visto con el vestido. Me había percatado de cómo me miraba, pero no pensé que fuera por el vestido, por verme con ese vestido. Quizá porque hasta ahora Vince no había dado a entender en ningún momento que veía en mí a alguien más que a la ahijada de su latosa vecina. Y eso que... quizá fuera eso lo que veía. Me asaltaron las dudas. ¿Y si había sido solo cosa del momento? ¿Y si hacía esto con regularidad? Ir a fiestas, bailar con chicas, hacerles cumplidos y morrearse con ellas al despedirse. «No, él no es así», objetó una voz en el fondo de mi cabeza. «Pero entonces, ¿cómo es?». Escupí la pasta de dientes, hice gárgaras con agua y me fui a la cama con esa pregunta.

21

Aunque todavía estuve pensando un rato en Vince y en el beso que nos habíamos dado, al día siguiente me levanté sintiéndome sorprendentemente fresca. Salí a correr por la playa a la hora de siempre, y me noté relajada y ligera. Me vino de perlas que, al volver, Kay ya hubiera salido para ir a Honolulú, donde tenía hora en la peluquería. Aún no había averiguado cómo abordaría el hecho de que la noche anterior me hubiera besado justo con el chico que encabezaba su lista negra. De que desde entonces no pudiera pensar en otra cosa que no fuesen sus labios en los míos.

Mientras estuve en la pista jugando contra Malia conseguí hacer a un lado mi caos emocional. Cuando paraba para beber, sin embargo, volvía a sentirme tentada de echar un vistazo al móvil. Pero Vince no me había escrito. Mi parte racional me recordaba que no tenía mi número, pese a lo cual el corazón me dio un vuelco, esperanzado, cuando después del partido vi que tenía un mensaje. Pero era de Laurie.

> Perdona otra vez por lo de ayer.
> Se torció todo de mala manera. 😥
> Me alegro de que a pesar de todo fueras a la
> fiesta. Espero que Vince
> se portara bien. (Él dice que sí).

Leer su nombre bastó para que el corazón me latiera más deprisa. Al mismo tiempo, me vino a la cabeza un montón de preguntas, que

se sumaron a las muchas otras que se habían alojado en ella desde la noche anterior. ¿Le habría contado Vince a Laurie que nos habíamos besado? Posiblemente no, ya que de lo contrario ella no le habría preguntado a su hermano si se había portado bien. Sin embargo, era evidente que habían hablado de la fiesta. Me picaba mucho la curiosidad.

No contesté a Laurie hasta después de ducharme y tumbarme en el sofá de Kay para relajarme. Me había estado dando el sol de lleno en la cabeza durante toda la mañana, y aunque a esas alturas ya me había acostumbrado a las altas temperaturas, el aire acondicionado fue un auténtico alivio.

> No pasa nada. Tendría que haber mirado el móvil. Y no te preocupes:
> tu hermano tenía el día bueno. 😉

«Muy bueno, incluso», pensé, y seguidamente le escribí: «¿Tú qué tal estás?», porque de pronto me pareció que mi respuesta tenía doble sentido. Ella me contestó en el acto:

> Otra vez el dichoso síndrome premenstrual, me afecta un montón... Quiero echarle la bronca a alguien
> y un minuto después comer churros con azúcar y canela.

Con una sonrisa en los labios, busqué un gif que pegase y se lo envié. En ese mismo instante oí que alguien introducía el código en la puerta.

—Ah, ya has vuelto. —Kay entró con dos bolsas de la compra.

—Terminé un poco antes. Te queda genial —dije al verle el pelo, que tenía unos centímetros más corto.

Halagada, se quitó las alpargatas, que se había puesto con un pantalón de lino amarillo mostaza y un top lencero blanco.

—¿Ya has comido?

—Me hice dos tostadas con aguacate.

—Suena bien. Creo que yo también quiero eso. —Fue descalza a la cocina—. ¿Qué tal ayer? —Oí que abría el cajón de los cubiertos—. ¿Hacen honor las fiestas de Griffin Chipman a la fama que tienen?

—¿A la fama que tienen?

—De ruidosas, multitudinarias, desenfrenadas.

—Ruidosa fue, sí. Y multitudinaria también, pero ¿desenfrenada? —Ladeé la cabeza—. La verdad es que no. Aunque tampoco me quedé mucho.

No pude evitar pensar en la vuelta a casa. En el beso. Y, por desgracia, el aire acondicionado de Kay no pudo contrarrestar el calor que sentí por dentro.

—Seguro que fue lo más sensato —comentó.

—Mmm.

Oí que sacaba de un cajón una tabla de cortar. Mientras partía el aguacate en finas láminas, me distraje contándole cómo me había ido la mañana. El partido que había jugado contra Malia. Que me había dado guerra y en qué aspectos me notaba segura. Entre medias miré de reojo otra vez mi teléfono, pero no tenía ningún mensaje de Vince.

Como ese día no entrenaba por la tarde, me fui a la playa a nadar un rato. Me convencí de que les sentaría bien a mis fatigados músculos. De que ello no tenía nada que ver con que quisiera ver a Vince. Con el hecho de que no me hubiese escrito.

Los sábados siempre había mucho movimiento en Sunset Beach. En la arena se veían toallas de todos los colores que se mezclaban con sombrillas, neveras portátiles y refugios de playa. En el mar reinaba una gran actividad. La gente se deslizaba hasta la orilla en colchonetas hinchables y *bodyboards*. Tubos de buceo de colores flúor asomaban del agua y más al fondo se veía a surfistas en las olas. Demasiado lejos para poder distinguir a Vince entre ellos.

—No está ahí.

Me volví en redondo. Chip se hallaba frente a mí como un dios recién salido del mar. Había visto el vídeo de su récord del mundo, lo había visto surfear una ola de 26,5 metros de altura, domarla con su cuerpo. Y así y todo casi me quedé boquiabierta al verlo tan de cerca, con el torso desnudo y un bañador de surf azul. Más bueno que el pan. Como si a partir de este concepto una inteligencia artificial hubiese creado a una persona. Durante un primer instante no supe si resoplar con sorna o reír tontamente.

—No está ahí —repitió Chip, y entonces fui consciente de que seguía mirándolo. En realidad... no a él. Solo era su cuerpo perfecto el que me tenía embobada.

—¿Quién no está ahí?

Arqueó las cejas y su cara dijo algo como: «Estás de coña, ¿no?».

—Solo quería ir a nadar —afirmé, pero mi voz no sonó tan firme como me habría gustado.

—Ya, claro. —La suya rezumaba ironía—. Ayer desaparecisteis de repente.

—Quisimos despedirnos de ti, pero nadie sabía dónde estabas.

Una arruga se marcó en su entrecejo, aunque no supe a ciencia cierta si de verdad lo estaba valorando o si solo fingía hacerlo.

Su sonrisa era descarada, casi obscena.

—Y entre tú y el chico del hostal... ¿qué hay? —me preguntó mientras me miraba fijamente.

—Nada.

Chip se metió la tabla de surf debajo del brazo.

—Nunca había traído a nadie a mi casa.

—Me invitaste tú —le recordé.

—Pero llegasteis juntos y... os fuisteis juntos.

—Porque somos vecinos. —Me encogí de hombros y confié en que mis mejillas no estuvieran tan rojas como yo me las notaba.

—Hace dos semanas ese habría sido un motivo para no traerte —aseguró risueño.

—Que no me invitó él —refunfuñé.

Solo ahora caí en la cuenta de que lo había seguido hasta el agua.

—Mmm —repuso Chip, y se agachó para afianzar el invento. Solo que no rodeó con él su tobillo, sino que me lo puso a mí en el mío.

—Eh, ¿se puede saber qué haces?

—Tú y yo nos vamos a hacer surf.

—¿Qué? ¡No! No sé hacer surf.

—Te daré un cursillo intensivo.

Sacudí primero la cabeza y después el pie, y Chip se rio.

—Vamos, será divertido.

—Claro, porque me estaré cayendo todo el rato.

—Como nos pasó a todos. —Deslizó la tabla en el agua—. Arriba, Harry.

—¿Harry?

—Herzog-Riggs se me hace demasiado largo.

Lo miré sin entender lo que quería decir.

—Herzog-Riggs. ¿He-Ri? —Se dio unos toquecitos en la frente—. ¿Ya...?

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar una sonrisilla. En ese mismo instante Chip dijo:

—¡Aquí está nuestro chico del hostal!

Saludó haciendo el gesto *shaka* a Vince, que estaba en su tabla de surf ni a cinco metros de nosotros y nos miraba. Acto seguido, volvió a mirar hacia delante y empezó a remar. ¿A qué venía eso? Solo fui consciente de que lo había dicho en voz alta cuando Chip dijo:

—Creo que hubiera preferido enseñarte a surfear él.

En un primer momento quise rechazar el comentario de Chip poniendo los ojos en blanco, pero entonces me di cuenta de lo que sin duda pensaría Vince al ver la situación. Yo había rechazado de plano su ofrecimiento de enseñarme a surfear aduciendo el riesgo de lesionarme, el miedo. Y ahora tenía un invento alrededor del tobillo y tonteaba con Chip... un día después de que nos hubiéramos besado. Me solté el velcro sin vacilar y me metí en el agua hasta que pude nadar sin golpearme las rodillas.

—¡Vince! ¡Espera! —le grité, y di unas cuantas brazadas enérgicas hacia él.

Pero ya estaba fuera de mi alcance, y el oleaje era demasiado fuerte. El agua me azotaba en la cara. Hacía que los ojos me escocieran, la nariz me cosquilleara. Resoplé, frustrada.

—¿Quieres que le diga algo a tu vecino? —me preguntó Chip, que justo entonces pasaba junto a mí remando—. O... ¿que le aclare algo?

—No, ya lo haré yo.

Levantó la mano derecha para decirme adiós y siguió remando mientras yo volvía a la orilla.

Vince tardó casi una hora en salir del agua. Me había sentado en la arena para secarme al sol. Tenía la piel tirante, y cuando me pasaba la lengua por los labios, me sabían a sal.

—Chip sigue dentro —me dijo Vince, y dejó la tabla en el suelo.

—Te estaba esperando a ti.

—¿Estás segura? —Parecía cabreado.

—Pues claro que estoy segura. —Me levanté y di unos pasos hacia él—. Escucha, lo que viste antes no es lo que parece.

Se sacudió el agua del pelo y unas gotas salieron volando hacia mí.

—Así que no has querido ir a hacer surf con Chip después de que a mí me dijeras que no querías porque es demasiado «arriesgado». —Un tonillo burlón revestía sus palabras.

—Eso solo era un pretexto —exclamé.

—¿Qué era un pretexto?

—Lo del riesgo de lesionarme —farfullé mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro.

Parecía confuso, y no se lo podía reprochar.

—Tuve un... sueño. Fue un sueño muy desagradable. O bueno... no, la verdad es que desagradable no era. —Las mejillas empezaron a arderme—. Pero sí daba... un poco de miedo.

—¿Una pesadilla?

—Eh... no. No fue una pesadilla.

Me miraba ceñudo.

—Fue... otra... clase de sueño —dije, evasiva—. Bueno, da lo mismo. El caso es que fue como si el sueño pudiera hacerse realidad y, no sé, me entró el pánico.

Vince levantó las manos, no entendía nada.

—No te sigo.

Cerré los ojos abochornada.

—Esto me da mucha vergüenza.

—¿Qué?

No sabía si soltarlo, aunque no tenía escapatoria.

—En mi sueño estábamos surfeando. Tú y yo. —Lo miré bajando un poco los ojos—. Y pasó... algo.

—Pasó —repitió, y lo distrajo momentáneamente un surfista que salió del agua detrás de él y lo saludó con un gesto *shaka*.

—Entre tú y yo —grazné cuando volvió a prestarme atención.

Durante unos segundos siguió perdido. Después su rostro me dijo que lo entendía.

—Oh. —Abrió los ojos como platos.

—No nos... O sea, que no tuvimos... —Enterré la cara en las manos—. Me voy a morir de la vergüenza.

—Oye... que no es ni la mitad de vergonzoso que mi pequeño ataque de celos, por si te sirve de consuelo.

Lo miré entre los dedos.

—¿Ataque de celos?

—¿Tú cómo lo llamarías? —Se frotó el caballete de la nariz y se le quedó pegado un poco de arena en la húmeda piel—. Soy un auténtico idiota.

—No, no eres idiota. Me refiero a que claro que dio la impresión de que no quería hacer surf contigo.

—Ya, pero después de lo de ayer... —No terminó la frase, y yo contuve el aliento—. Lo siento —se limitó a decir, y pareció tan sincero que no vi ningún motivo para seguir dándole importancia al tema.

En vez de eso, tuve una idea.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo estás de cansado?

—Pues... No sé. ¿Siete?

—¿Significa eso que ya no te quedan fuerzas para darle una clase de surf a una novata?

Su rostro se iluminó.

—Creo que el siete acaba de bajar a cuatro.

22

—Por Dios, tendría que haberme dado cuenta mucho antes de que solo era un sueño —protesté después de resbalar de la tabla de surf. Hice mi segundo intento, pero la tabla resbalaba demasiado y, además, dio un salto hacia delante.

—Esto también pasa un poco porque hace mucho que no encero la tabla.

No sabría decir si quería animarme o si iba en serio, pero la tabla que me había buscado deprisa y corriendo pertenecía al tal Jim y no había visto el agua durante esos últimos años.

Con la ayuda de Vince conseguí subirme y tumbarme en la tabla. El agua chapoteaba contra la parte inferior.

—Tenemos que remar un poco. Mejor échate más hacia atrás, o tendrás siempre la nariz metida en el agua. —Señaló la parte delantera de la tabla—. Puedes tomar como referencia el logo. Ahí más o menos debería estar tu barbilla.

—El logo..., vale —musité, y seguí su consejo.

—Sé que al principio parece más natural dejar los pies colgando en el agua, pero si lo haces no tendrás en el cuerpo la tensión que necesitas para estabilizar la tabla. Así que, las piernas juntas, el culo apretado y los pies fuera del agua.

Intenté procesar toda esa información y no ponerme roja como una niña pequeña porque Vince había dicho «culo».

—Bien. Y ahora mueve los brazos como si nadaras a crol. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. —Él empezó a avanzar.

Sus brazos en ángulo parecían deslizarse sin esfuerzo por el mar, y Vince se alejaba de mí. Traté de imitarlo, pero me distrajo un momento el bonito brillo que arrancaba el sol a su espalda mojada.

—Si no quieres tener unas buenas agujetas en los hombros, deberías doblar en ángulo los brazos —me aconsejó.

Dejé de moverlos. En las agujetas no había pensado. Reprimí las dudas que me asaltaron y seguí remando. Era más duro de lo que esperaba, y me costaba mantener la tabla quieta. La espuma me salpicaba en la cara y el sol me daba con fuerza en la piel. Cuando me uní a Vince, estaba sentado en su tabla, moviendo las piernas, como si el océano fuera el salón de su casa.

—¿Todo claro? —preguntó, completamente relajado.

—Sí —jadeé.

—Ha estado muy bien.

Me pareció que lo decía de coña y refunfuñé para mis adentros.

—No, en serio. La mayoría de la gente tira la toalla mucho antes cuando rema por primera vez. Se ve que estás en forma.

No me esperaba el cumplido, me pareció demasiado bueno para ser verdad. Quizá por eso me vine arriba y le pregunté:

—Entonces..., ¿vamos a surfear ahora?

Soltó una carcajada.

—Ahora te enseñaré a sentarte en la tabla a esperar la ola adecuada. Y después aprenderás a caerte. Y a subirte otra vez. Y a volver a caerte.

Vince no exageraba. Nos quedamos sentados sin más durante un buen rato en nuestras respectivas tablas, esperando. El agua golpeteaba alrededor de nuestras rodillas y a lo lejos las olas rompían en la orilla. En el cielo revoloteaban las gaviotas y en el

horizonte se distinguía un petrolero o un crucero. Cuando por fin llegaron olas buenas, Vince me explicó la técnica: cómo ponerse de pie, mantener el equilibrio y caer. Al principio, no era capaz de hacer nada. Dejé pasar por lo menos veinticinco veces el momento adecuado para ponerme de pie. Cuando lo conseguía, perdía el equilibrio en el acto y caía al agua. Era frustrante. Aunque Vince afirmaba que lo estaba haciendo bien y que el surf era uno de los deportes más difíciles del mundo, mi ego se resentía al ver que no lograba hacerlo mejor. Me estaba quejando de nuevo cuando Vince vociferó:

—¡Ahora!

Al oír su orden, me levanté, y esta vez lo hice en el momento adecuado. Flexioné ligeramente las rodillas cuando la ola arrastró la tabla y extendí los brazos. Se me escapó un grito de alegría e incredulidad cuando me dejé llevar por ella. Deslizándome con el agua. Era una sensación embriagadora, que me colmó de tal modo que habría podido estallar. Radiante de alegría, me volví hacia Vince, y en ese mismo instante me di cuenta de que era un error. Me ladeé acto seguido y caí de cabeza al mar. Aparecí en la superficie, jadeando, y escupí agua.

—¿Lo has visto? —exclamé, eufórica.

Se rio y se bajó de la tabla.

—Lo he visto, sí.

—¡He surfeado!

—Has surfeado.

No me pude contener más, y le eché los brazos al cuello. Se balanceó ligeramente, me rodeó la cintura con una mano y me pegó a él. La repentina cercanía era abrumadora. Sentir su cuerpo junto al mío. Nuestra piel desnuda. Su pecho, que cada vez que respiraba se pegaba al mío. Su forma de mirarme. Un tanto insegura, un tanto

impaciente. Le pasé el pulgar con suma suavidad por la nuca y profirió un sonido gutural que el rugir de las olas engulló. Su cuerpo se tensó, apretó la mandíbula. Como si se resistiese, luchara contra algo. Me pregunté qué pasaría justo cuando noté algo duro en el vientre.

—Lo siento —se disculpó, cohibido, y esas dos palabras resonaron entre nosotros.

Sentí que me acaloraba, con la clase de calor que quería más. Más proximidad, más contacto corporal. Mi autocontrol se alejaba aleteando como una servilleta de papel con el viento. Me incliné hacia delante y lo besé. Fue un beso enérgico, pero él me lo devolvió con la misma vehemencia. Nuestras lenguas se enredaron, nuestros dientes entrechocaron. Gimió cuando enterré las manos en su pelo, pegué más aún su cabeza contra la mía. Le rodeé las caderas con las piernas cuando me cogió, sentí todavía más lo mucho que él deseaba lo que estaba pasando. Lo mucho que su cuerpo me deseaba a mí.

—Para —pidió mientras respiraba pesadamente, y separó sus labios de los míos.

Todo en mí protestó, pero al mismo tiempo supe por qué emprendía la retirada. Y que era lo que teníamos que hacer. Nos encontrábamos en una playa pública, no lo bastante dentro del agua para cruzar esos límites.

—Deberíamos...

—Sí —convine.

Durante un par de segundos ninguno de los dos dijo nada, después nos echamos a reír. Un poco avergonzados, un poco tímidos.

—Creo... eh... me temo que necesito un rato. —Bajó la vista y no se me ocurrió nada mejor que seguir sus ojos.

El agua era tan transparente que vi con suma claridad el bulto que tenía en el bañador y, por algún motivo desconocido, me excitó a más no poder. Aunque claro que sabía cuál era el motivo: lo tenía justo delante.

Cuando por fin salimos del agua, sentía cada músculo de mi cuerpo. Quizá debiera haberme inquietado, pero lo único que sentía era dicha. Solo esa sensación de felicidad que hacía que las mejillas me ardieran y los ojos me brillasen. O al menos eso me parecía.

—¿Lo repetimos en otro momento? —pregunté, y me solté más bien de mala gana el invento del tobillo.

Vince esbozó una sonrisa pícara.

—¿Qué exactamente?

—Surfear. —Me dejé caer en la arena.

—Te puedes pasar a verme siempre que quieras... surfear.

La teatral pausa me hizo sonreír. Él se sacudió el pelo empapado y se sentó junto a mí.

—No imaginaba que fuera así —comenté, algo más seria. Me puse a buscar la palabra adecuada—. Tan...

—¿Alucinante?

—¡Sí! —exclamé—. Es... alucinante.

—Creo que hace que uno se sienta tan bien porque... durante unos segundos la energía del océano pasa a ti. —Vaciló, como si no estuviera seguro de si quería compartir conmigo lo que pensaba—. Cuando haces surf, te mueves con el agua, no contra ella. Te fundes con el elemento.

Lo miré fijamente y a sus ojos asomó cierta turbación.

—Perdona, son cursiladas de surfista.

—¡No! —repuse con vehemencia—. Es... precioso. —La última palabra fue un susurro—. Gracias por enseñarme.

La mirada turbada desapareció y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—De nada.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos. Por desgracia, mis tripas no recibieron la información de que ese era un momento romántico. Rugió con tal fuerza que Vince rompió a reír.

—Deberías darle algo de comer a la bestia que tienes en el estómago —aconsejó sonriente, y se levantó y me tendió la mano. Una mano grande, bronceada y con un vello dorado que tenía arena pegada.

Cuando la cogí y me ayudó a ponerme de pie, sentí un hormigueo en todo el brazo.

—Y ponerte ropa seca —añadió al ver mi piel erizada. Y eso que no tenía nada que ver con el biquini mojado. Solo fui capaz de asentir, y crucé los brazos porque, sin lugar a dudas, mi pecho estaba revelando más de lo que debería—. Bueno, pues... —Con un gesto casi cohibido, se pasó una mano por el pelo—. Hasta la próxima.

«¿¿¿Hasta la próxima???». Antes de que mi cara se pusiera del color de una langosta cocida, di media vuelta y apreté los ojos. Justo cuando eché a andar, un «Ehhh...» me hizo detener. Me giré hacia él: no se había movido del sitio. Con su pelo mojado y alborotado, las manos con arena y esa mirada algo turbada.

—¿Te gustan las gambas?

23

—Aunque la mayoría de la gente dice que las mejores son las de Giovanni's, a mí me gustan más las de aquí —dijo Vince, y acto seguido mojó una gamba frita en salsa picante.

Estábamos sentados a una mesa de madera pintada de vivos colores delante de un *food truck* en Kahuku. O al menos así pensaba yo que se llamaba el sitio. A partir del momento en que contesté a la pregunta de Vince con un «Sí», mis recuerdos eran un poco borrosos. Como si mi cuerpo estuviese concentrado únicamente en normalizar mis palpitaciones. Recordaba que Vince me había dado el casco de Laurie y nos habíamos subido a una moto desvencijada, que habíamos ido durante un rato junto al mar, que el viento me azotaba el pelo mojado, me hinchaba la camiseta y me había secado el biquini. Me acordaba de rodear la cintura de Vince con mis brazos, sentir sus firmes músculos bajo mis dedos.

—¿Lou? —su voz se abrió paso en mi cabeza.

Lo miré. El casco le había aplastado el pelo y el viento se lo había ondulado en los lados. Estaba muy mono.

—Que si prefieres comer otra cosa.

—¿Otra cosa?

Miró mi ración de gambas, que yo apenas había tocado.

—Ahí enfrente hay tacos y burritos. —Seguí su dedo índice hasta un *food truck* pintado con los colores de la bandera mexicana—. Y en el rosa del fondo hay boles de *poke*, por si...

—No, no —lo interrumpí—. Las gambas están superricas. Solo estaba pensando. —Para demostrárselo, cogí una gamba y le di un mordisco—. Hace siglos que no comía esto.

—¿Gambas?

—Comida rápida —contesté con la boca llena—. Tengo que seguir una dieta bastante estricta.

—¿Tienes o quieres?

—Las dos cosas —aseguré tras un breve titubeo—. Por desgracia, el camino a lo más alto del deporte no está para chuparse los dedos, que digamos.

—Y ¿quieres llegar ahí? ¿A lo más alto?

—Claro —aseguré.

—¿Por qué?

Puse cara de sorpresa.

—¿Por qué quiero llegar a lo más alto?

Se encogió de hombros de un modo casi imperceptible.

—Bueno —seguí—, porque es... mi objetivo. Algo para lo que llevo trabajando desde siempre.

—Mmm. —Mordió una gamba.

—¿Qué?

—Nada.

—Es normal que uno quiera estar en lo más alto cuando es deportista de élite. Si no, ¿por qué hacerlo?

—¿Porque a uno le gusta el deporte? —Su tono y su forma de mirarme hicieron que me sintiese acorralada.

—También me puede gustar el deporte y querer cosechar éxitos.

—Sí, desde luego. —Levantó las manos delante del pecho, a la defensiva—. No quería cabrearte.

—No me has cabreado —repliqué con cierta aspereza. Quería dejar el tema, pero no fui capaz—. Creo que es algo que no se

entiende cuando... se vive como vives tú.

—Y ¿cómo vivo yo?

—¿Sin pensar en el mañana?

No dijo nada, se limitó a mirarme.

—No es nada malo. Me refiero a que haces lo que te divierte.

—Pensaba que a ti el tenis también te divertía.

—Pues claro que me divierte, pero también quiero ser la mejor.

—¿Y cuando lo seas?

—¿Cómo que cuando lo sea?

—¿Qué pasará después?

Una risa teñida de desconcierto me abrasó la garganta.

—Después... ya veré. —Pareció una pregunta, y mi propia falta de seguridad me enfadó por lo menos tanto como sus comentarios.

—Yo te diré lo que pasará. —Su voz parecía cínica—. Nada. Absolutamente nada.

Me puse tensa.

—Esperarás a que caiga un telón, pero no caerá. Tu vida seguirá, sin más. No le impresionará lo más mínimo que hayas conseguido tu objetivo. Al revés: se limitará a ponerte el siguiente. Y el siguiente. Y el siguiente.

Me quedé mirándolo con cara de perplejidad. Durante unos segundos reinó un silencio absoluto.

—Ahora ya sabes en qué estoy yo en lo más alto —masculló.

—¿En qué?

—En ser un cortarrollos.

—Pues sí, la verdad.

Me miró compungido.

—¿Podemos rebobinar?

—¿Hasta dónde? ¿Hasta donde te cuestionas mis objetivos o hasta donde pones en duda mi amor al tenis?

Su mirada dijo algo así como «Me lo merezco». Con cierto retraso, Vince contestó:

—Hasta donde estoy muy contento de que estés aquí conmigo.

Esbozó una sonrisa tan irresistible que me mantuve firme como mucho dos segundos antes de sonreír a mi vez. Seguimos comiendo sumidos en un silencio cómodo.

—Voy a tirar esto —dijo Vince, y se levantó.

Mientras se ocupaba de retirar nuestros desperdicios, eché una ojeada al teléfono y constaté, espantada, que ya casi eran las siete. Le mandé un mensaje a Kay diciéndole que llegaría más tarde a casa. Después me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y miré a ver dónde estaba Vince, pero no lo vi por ningún sitio. ¿Habría ido al servicio? ¿Habría aquí servicios? Me levanté y me di cuenta de que iba a tener agujetas en los brazos y las piernas. Eso no era bueno. Nada bueno. Al día siguiente me costaría entrenar y me tocaría oír un sermón de Kay si se enteraba de cuál era el motivo: el surf. La comida grasienta. Y encima había hecho esas dos cosas con Vince Greenfield. Que en ese preciso instante daba la vuelta a la esquina con dos vasos de zumo.

—¿Mango, papaya y piña o fresa, kiwi y se me ha olvidado lo otro? —Levantó alternativamente los vasos—. Pensé que quizá quisieras compensar lo negativo de los hidratos de carbono con algo sano.

Fue un gesto tan tierno que el corazón me dio un vuelco.

—Me quedo con el primero. Cuando como kiwis, la lengua me hormiguea.

Me dio el vaso y nuestras manos se rozaron al cogerlo. Y de pronto era como si mis dedos hubieran comido kiwis.

—Mmmm —suspiré, encantada, al beber un sorbo; el zumo estaba buenísimo. Era refrescante y aromático.

—Por cierto... hay algo de lo que deberíamos hablar —dijo Vince. De pronto su voz era seria, e intuí que quería hablar del beso. Los besos. Noté que me ponía roja como un tomate y bebí sorbitos de zumo—. ¿Qué hacíamos exactamente en tu sueño?

Me atraganté y él rompió a reír a carcajadas.

Cuando volvíamos a casa ya había oscurecido. Después de disfrutar un rato del viento en la moto, pegué la mejilla a la espalda de Vince y aspiré el olor de su camiseta: crema solar, sal y un olorcillo a sudor que no era desagradable. No había mucho tráfico, pese a lo cual Vince iba despacio, y me pregunté si lo haría porque, al igual que yo, desearía que esa carretera no terminara nunca. Pero entonces terminó. Al menos para nosotros. Vince puso el intermitente y entró en el camino de acceso de su casa. La luz que había sobre la puerta se encendió cuando nos bajamos de la moto y nos quitamos el casco. Una leve brisa que soplaba del mar se enredó en el pelo de Vince y se lo alborotó un poco. Me asaltó la absurda idea de que había personas que se pasaban horas delante del espejo para conseguir ese aspecto.

—Gracias. Por la clase de surf. Y por la comida.

Asintió y repuso:

—Repetimos cuando quieras.

Me pregunté si se refería al surf o a la comida. O... a algo muy distinto. Algo que hasta el momento habíamos conseguido evitar. Eché atrás los hombros y cogí aire.

—Bueno...

—¿Louisa?

Nuestras cabezas giraron hacia la puerta, donde Laurie nos miraba como si hubiese tenido una visión.

—Oí voces y... —Dejó la frase a medias y puso cara de sorpresa—. ¿Es el mío?

Comprendí con cierto retraso que se refería al casco que colgaba de mi muñeca. Vince fue más rápido.

—El que yo te compré, sí.

—No lo decía en ese sentido —aseveró deprisa, y la creí.

Incluso con la tenue luz vi que no estaba enfadada, sino tan solo confusa. Y no se lo podía reprochar. A fin de cuentas, para ella su hermano y yo únicamente nos soportábamos.

—Hemos ido a una gastroneta —conté.

Pareció tan elocuente como «He traído una sandía», pero por lo menos explicaba lo de la moto y el casco. Lo que no explicaba, en cambio, era...

—¿Juntos?

Eso exactamente.

—Estuvimos surfeando y nos entró el hambre —adujo Vince.

—Estuvisteis surfeando. —Laurie nos señaló con el dedo índice a Vince y a mí—. ¿Tú no decías que no sabes surfear?

—Y no sé. —Lo dije demasiado deprisa y me salió con una voz demasiado bronca.

—Le he enseñado yo —apuntó Vince, que seguía hablando con todo el aplomo del mundo.

Laurie tenía cara de estar perdida, y me dio pena. A ella la situación debía de parecerle de lo más extraña, pero en ese momento a mí no se me ocurría nada que pudiera cambiarla. Difícilmente podía decirle: «Mientras tú estabas en la cama con dolor de cabeza, yo me estaba enrollando con tu hermano. Y como fue increíble, hoy hemos repetido».

—¿Eso significa que ya has cenado? —preguntó Laurie, y sonó más a afirmación que a pregunta.

Vince asintió, y yo deseé que dentro no le esperase una mesa puesta. Durante unos segundos desagradables reinó el silencio.

—Bueno, pues... yo ya me voy.

Iba a darle el casco a Vince, pero en el último segundo cambié de opinión y fui hacia Laurie.

—Te llamo cuando llegue a casa —le dije en voz baja, y le di el casco.

Con la misma expresión de desconcierto que antes, lo cogió y asintió apenas.

—Te acompaño —se ofreció Vince, pero le di a entender con un gesto con la cabeza y una mirada más que significativa que hoy lo último que quería era que me acompañase.

Durante un instante me dio la impresión de que iba a protestar, pero, para mi sorpresa, aceptó mi decisión. Me despedí de los dos y me fui. El breve trayecto hasta la casa de Kay no bastó para que pudiese interpretar el comportamiento de Laurie. Aunque entendía que le desconcertara ver que Vince y yo nos llevábamos bien, en su mirada había algo más. Alerta. Como si la idea de que entre Vince y yo hubiese algo la inquietara. Pero ¿por qué? Absorta en mis pensamientos, introduje el código en el portón y entré.

Kay estaba en la terraza con el portátil. En la mesa tenía encendida una vela de citronela y al lado había una copa con un poco de vino tinto.

Al verme abrió mucho los ojos.

—Madre mía, ¿por qué llevas esas pintas?

Miré la imagen que me devolvía el cristal de la puerta de la terraza. «Uy». Tenía el pelo aplastado en la cabeza hasta por debajo de las orejas, de donde salía completamente desgreñado. Como si no hubiese visto un cepillo en días. ¿Por qué no había dicho nada Vince? ¿Por qué no había dicho nada Laurie?

—Es de ir en moto. —Me pasé como pude los dedos por los mechones.

—¿En moto?

—Llevaba casco —le aseguré.

—Eso ya lo veo. Pero ¿de dónde has sacado la moto?

Titubeé.

—La conducía Vince.

Sus cejas se arquearon.

—¿Vince Greenfield?

Sabía que no esperaba en serio que respondiese a esa pregunta.

—Solo fuimos a comer algo a una gastroneta.

La información no hizo que cambiase su expresión, que oscilaba entre el desconcierto y la incredulidad.

—¿Los dos?

Asentí.

—Así que no estuviste en la playa. —Sus palabras destilaban cierto reproche. La acusación de no haber sido sincera.

—Sí que estuve. Vince y yo coincidimos en la playa por casualidad y después —algo me decía que era mejor no mencionar que había probado suerte con el surf— fuimos hasta una gastroneta.

Su mirada era de alerta cuando me preguntó:

—¿Te lo propuso él?

—Sí —admití, y durante un nanosegundo sentí alivio al poder cargar con la responsabilidad a Vince. Pero entonces recordé lo que había dado a entender Kay la última vez que habíamos hablado: que posiblemente Vince me estuviera utilizando para aprovecharse. Algo que, igual que entonces, yo no creía—. No te preocupes, no hablamos de ti.

—No estoy preocupada por mí, Lou.

—De verdad que no tienes por qué preocuparte.

—De eso no estoy tan segura, porque veo cómo se te iluminan los ojos cuando hablas de él.

—¿Qué? —solté.

—Es bonito que lo vuelvan a hacer. —Dejó escapar un suspiro—. Pero preferiría que no tuviera que ver con un chico que se muestra tan hostil conmigo.

—Solo lo hace porque estás en contra del hostal.

—Y tengo buenos motivos para estarlo.

Suspiré, porque nuestra conversación era circular. Y estaba empezando a marearme.

—Quizá deberías hacerte a la idea de una vez por todas de que ese hostal va a salir adelante —repuse, de un modo más enérgico del que pretendía—. Y encontrar la manera de vivir con ello.

Kay me miró como si le hubiese dado una bofetada, y en ese mismo instante me arrepentí de decir lo que había dicho. Noté que me dolía la tripa.

—No —empecé—. No debería... —No terminé la frase, y torcí el gesto porque de pronto sentía en el estómago los mismos calambres que cuando tenía un dolor de regla fuerte.

—¿Lou? —Kay se había levantado de golpe y me miraba con cara de preocupación.

—Solo es... ¡Ay! —gemí, y me doblé sobre mí misma. Noté un ligero mareo.

—¡Lou! Por el amor de Dios, ¿qué pasa?

Sentí la mano de Kay en el brazo. Y acto seguido... vomité a sus pies.

24

Esa noche el camino desde mi cama hasta el inodoro se convirtió en mi pasillo aéreo personal. Hubo unas cuantas veces que no conseguí llegar a tiempo y tuve que recurrir al cubo que la previsora Kay me dejó al lado de la cama. Después de que vomitara en la terraza, me llevó primero al cuarto de baño y luego a mi habitación. De un momento a otro me había sentido tan débil, temblaba de tal forma, que no habría podido subir la escalera yo sola. Cuando me arrolló la siguiente oleada de náuseas, me apartó el pelo de la cara y me acarició la espalda para tranquilizarme mientras yo echaba todo lo que tenía en el estómago mezclado con bilis. Un poco más tarde, hecha una pena, conseguí meterme en la cama, pero los constantes retortijones no me dejaron conciliar el sueño. Como me deshidraté, no tardé en tener también un tremendo dolor de cabeza. Con un paño húmedo en la frente acabé quedándome dormida, y no desperté hasta que por la mañana Kay me llevó un vaso de agua a la cama.

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal.

Tenía la voz bronca y la garganta me dolía con cada palabra que pronunciaba.

Me ofreció el vaso, pero sacudí la cabeza.

—Si bebo, lo vomitaré.

—Tu cuerpo necesita líquidos.

Levanté de mala gana el brazo para coger el vaso e hice una mueca.

—¿Te duelen las articulaciones?

Asentí, y en ese mismo instante caí en la cuenta de que debían de ser las agujetas que me había pronosticado Vince. «Vince». Antes de que pudiera pensar en él, en todo lo que había pasado entre nosotros el día anterior, Kay dijo:

—Le pediré a la doctora Chen que venga a verte. Es mi médica de familia. Deberíamos excluir que tengas una intoxicación alimentaria o salmonelosis.

—¿Salmonelosis? —repetí, presa del pánico.

—A saber adónde te llevó Greenfield —adujo, y suspiró.

—Era una gastroneta de lo más normal. —Me llevé el vaso a la boca. El brazo me temblaba, y Kay me ayudó. El agua les hizo bien a mis resecos labios—. Tengo una gastroenteritis que puedo haber cogido en cualquier sitio.

Aunque debía reconocer que hasta este momento algo así nunca me había afectado tanto.

—Despacio —me aconsejó al ver que bebía con avidez de nuevo.

Me dejé caer demasiado deprisa en la almohada y tuve la sensación de que me golpeaba la cabeza contra el hormigón. Con un quejido, apreté los ojos.

—Ay, pobre. —Kay me acarició la mejilla, un gesto cariñoso que hizo que me remordiese la conciencia. Lo que le había dicho el día anterior no era mentira, pero me había pasado tanto en el tono como en la elección de las palabras.

—Kay, siento mucho...

—Chsss —me interrumpió—. De eso ya hablaremos cuando estés bien. Ahora lo importante es que recuperes las fuerzas.

Iba a protestar, a decirle que lo sentía de verdad, pero no pude hacerlo, porque de repente el estómago se me revolvió de tal forma que se me nubló la vista. Kay reaccionó a la velocidad del rayo, cogió el cubo del suelo y me lo pasó. Devolví el agua que acababa de beber.

—Ya te dije que la vomitaría.

Del resto del día no me enteré mucho. Dormía a ratos y me despertaba a ratos. Miraba el techo de la habitación o tenía sueños extraños que olvidaba en cuanto abría los ojos de nuevo. Estaba demasiado mal para ver la tele, y tampoco había tocado el móvil, que descansaba en la mesita de noche. A media tarde, cuando eché un vistazo por primera vez a la pantalla, tenía un mensaje de Laurie. Lo había mandado algo después de comer.

¡Hey! He oído que estás enferma.
¿Te encuentras mejor?

No mucho... 🤢

Mierda. La gastroenteritis es lo peor. 😥
¡Mejórate!

Iba a dejar el teléfono cuando se me pasó una cosa por la cabeza.

Por cierto, ¿cómo sabes
que estoy mala?

Vince se encontró a Gabe,
fue quien se lo contó.

Traté de pasar por alto la punzada de decepción que sentí al pensar que Vince no se había puesto en contacto conmigo, aunque

sabía que me encontraba mal. Cierto, no le había dado mi número, pero podría habérselo pedido a Laurie. O a Gabe.

«Perdona por no escribirte ayer», le dije a Laurie, y añadí el emoji de la carita vomitando a modo de explicación.

No pasa nada. Ya me dijo Vince
que ahora os lleváis mejor.

Me sorprendí. Leí el mensaje otra vez. Esperé a que llegara un emoji con un guiño o un gif, pero no recibí nada. ¿Vince le había dicho a Laurie que ahora nos llevábamos mejor? ¿Le había dicho eso después de besarnos dos veces y enrollarnos en el agua? Vaya.

Por cierto, me pide que te dé saludos
y que te diga que te mejores.

Vaaaya. La cosa incluso mejoraba.

Gracias.

Lo escribí desilusionada, y dejé el móvil al lado y decidí que dormir era lo mejor que podía hacer.

25

A la mañana siguiente, como seguía sin encontrarme mejor, vino a verme la médica de Kay. La doctora Chen diagnosticó una infección gastrointestinal e indicó que guardara reposo absoluto, lo que hizo que me sintiera peor aún. Perdería unos valiosos días de entrenamiento y volvería debilitada a la pista. Posiblemente tardara una semana en recuperar la forma física y poder darlo todo. Una semana que no tenía. La idea hizo que me entrase auténtico pánico. Un peso invisible me oprimía el pecho, aumentó al contar los días que quedaban para que empezase el US Open.

—No será suficiente —musité sombría, mirando al techo.

Compadeciéndome de mí misma, las lágrimas se me saltaron cuando me aovillé en posición fetal. «Como una gamba», apuntó una voz en mi cabeza, y perdí la batalla contra las lágrimas. Porque Vince no se había puesto en contacto conmigo. Por lo que le había dicho a Laurie. Pero, sobre todo, por un motivo: porque todo ello me importaba demasiado. Me tapé la cabeza con la sábana y me regodeé en mi miseria hasta que me quedé dormida.

Cuando me desperté, la luz rojiza del crepúsculo entraba por la ventana. Kay me había dejado junto a la cama una tetera y bizcocho. Me estaba sirviendo una taza de infusión cuando el móvil me vibró en la mesita. En la pantalla había un número desconocido. Nunca lo cogía cuando no sabía quién me llamaba, así que hice caso omiso. Dejé la tetera y bebí un sorbo de manzanilla fría. Había estado infusionando demasiado tiempo y amargaba, pero a mi

garganta le alegró la entrada de líquido, y a mis labios resecos también. Aparté la taza cuando el teléfono vibró de nuevo. Esta vez era un mensaje, del mismo número.

¡Hey! Te acabo de llamar.
Espero que estés mejor...

Fruncí el ceño y envié un signo de interrogación. La respuesta no se hizo esperar.

Perdona. Soy yo, Vince. 😉

El corazón me dio un vuelco, y eso que debería sentirse ofendido.

Nunca lo cojo cuando
no sé quién llama.

Es comprensible. ¿Segundo intento? 😉

Dudé. ¿Quería llamarme por teléfono? ¿Ahora? Clavé la vista en la iluminada pantalla, sin saber qué hacer, y al final envié un pulgar levantado. Escasos segundos después, Vince me llamó, y por algún motivo absurdo me pasé la mano por el pelo antes de cogerlo.

—Hola —dije, esforzándome por poner un tono neutro.

—Hola. ¿Qué tal estás?

No podía negar que me alegraba oír su voz.

—Bueno, ya no vomito la manzanilla. Creo que se puede considerar un avance.

Por la línea me llegó un sonido como de pesar.

—Espero que no fuesen las gambas.

—Solo es una gastroenteritis normal y corriente —me limité a decir.

Se extendió un silencio extraño.

—Te habría llamado antes, pero no tenía tu número y no se lo quería pedir a Laurie.

—Y eso que ahora tú y yo nos llevamos mejor.

—¿Qué?

—Bah, nada. ¿Quién te lo ha dado?

—Gabe. Espero que no te importe.

—Claro que no.

De nuevo el silencio.

—Eh... —Titubeó—. Oye, sé que no es el mejor momento, pero hay algo de lo que quería hablar contigo.

Oh. Vaya. Conque ese era el rumbo que iba a tomar la conversación. Precisamente lo que me faltaba hoy. Un chico que me iba a rechazar o me iba a soltar un montón de palabrería barata que se podía traducir como: «Pero vamos, que entre nosotros no hay ningún problema, ¿no?». Decidí adelantarme a él.

—No pasa nada. No tenemos por qué hacer un mundo de esto. Lo que pasó estuvo bien, pero...

—¿Bien? —me interrumpió, y parecía ofendido.

Era increíble. ¿Es que ahora quería que le regalara los oídos? ¿Que le dijese lo bien que besaba?

—Sí, bien —repetí con cierto despecho—. Pero no te preocupes, que no he creído que hubiese algo más ni nada por el estilo.

De pronto en la línea se hizo un silencio sepulcral. Durante al menos cinco segundos. Cinco segundos durante los que celebré mi seguridad y mis dotes de actriz, pero en los que también me vino a la cabeza la pregunta de si Vince no parecía más dolido que ofendido. Pero ¿por qué iba a...?

—Vaya, pues yo sí que creí que había algo más.

Contuve la respiración y mis pulsaciones se dispararon hasta un siete en la escala de Richter.

—Por eso te quería preguntar si te apetecía ir el sábado conmigo a una playa en la que se puede nadar con tortugas.

Hasta un nueve. Tragué saliva tan ruidosamente que él tuvo que oírlo por el teléfono.

—Pero como, en tu opinión, lo que pasó solo estuvo bien, pues...

—¡No! —solté.

—¿No? ¿No quieres ir conmigo a esa playa?

El tono de guasa de su voz me dijo que sabía a qué se refería mi «no», que solo quería oírmelo decir.

—Estuvo más que bien —admití rechinando los dientes.

—Vale. —Pareció que lanzaba un suspiro de alivio—. Porque a mí también me lo parece.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Por qué has dicho lo contrario?

—Bien no es lo contrario de bueno —objeté.

Se rio.

—Es verdad. Bien es peor.

Suspiré.

—Tenía la impresión de que ibas a rechazarme y sencillamente quise adelantarme a ti.

—¿Por qué?

—Porque estoy de mal humor y...

—No —me interrumpió—. ¿Por qué tenías esa impresión? Yo no he dicho nada.

—Exacto. No has dicho nada —resoplé, y noté que la frustración que tenía acumulada buscaba una válvula de escape—. Durante casi dos días.

—No nos hemos visto y, además, no tenía tu número. ¿Cómo iba a...?

—Podrías habérselo pedido a tu hermana. Pero en vez de hacer eso le dijiste que ahora, a ver cómo era... —bufé— «nos llevamos mejor».

Oí un suspiro, pero no pareció enervado, sino... arrepentido.

—Solo lo dije para que no sospechara nada.

—¿Que no sospechara nada? ¿Qué habría de malo en ello? Me refiero a que seguro que no soy la primera con la que... —vacilé— te enrollas.

—Pero nunca me he enrollado con una amiga suya. Además, Laurie es supercotilla y yo no tengo ningún interés en hablar de mi vida amorosa con mi hermana pequeña.

Un cosquilleo nervioso me recorrió el cuerpo al oír de su boca las palabras «vida amorosa».

—Y tampoco sabía que te iría con la noticia fresca —rezongó.

—Y no lo hizo —la defendí—. Por la tarde, cuando llegamos a vuestra casa, le dije que la llamaría para explicárselo todo, pero la gastroenteritis me impidió hacerlo. Y cuando quise disculparme por no haberlo hecho, lo mencionó.

—Y ¿qué le habrías dicho?

Mi boca se abrió, pero se cerró un nanosegundo después. Se me ocurrió que no me había parado a pensar ni una sola vez cómo le habría descrito a Laurie lo que había entre Vince y yo.

Él habría podido considerar mi prolongado silencio una victoria, pero en lugar de eso, me preguntó con mucha suavidad:

—Entonces, ¿te apetece? ¿Ir conmigo a esa playa?

Aunque me había decidido hacía un buen rato, vacilé un poco más antes de contestar.

—¿Seguro que veremos tortugas?

—Seguro.

Tuve que frenar a mi saltarín corazón cuando fui consciente de que había pasado por alto un detallito.

—Y ¿a qué hora querrías ir? No me puedo permitir perder otro día de entrenamiento.

—¿Hasta cuándo entrenas los sábados?

—Normalmente solo hasta mediodía, pero como he perdido unos días con esto... diría que hasta después de comer.

—Pues saldremos en cuanto puedas —respondió relajado—. No está lejos de aquí. A una media hora en coche.

Puede que a él le pareciera poco, pero a mí me subió la temperatura la idea de pasar media hora con él en el coche.

—¿Tienes gafas y esnórquel? —me preguntó.

—Pues... no.

—No pasa nada. Los llevo yo.

—¿Me hace falta alguna otra cosa? ¿Un traje de neopreno para las medusas que salen con la luna llena?

Se rio.

—Unas buenas zapatillas, eso sí. Hay que ir por unas rocas para llegar a la playa.

Sonaba a aventura. Y a lugar apartado.

—No te preocupes, el camino es corto. Tendremos cuidado con ese tobillo tuyo.

Lo dijo con un guiño en la voz, pero también con evidente solicitud, y eso tuvo su efecto en mí. Quizá también fuese el «tendremos», en plural, de la frase.

—Entonces, ¿es una cita? —preguntó algo después, y mi corazón saltó de alegría.

—Es una cita.

26

A finales de semana por fin me sentí lo bastante en forma como para volver a la pista. La primera sesión de entrenamiento fue moderada. Entrenamos saques y restos, golpes para los que no había que hacer un esfuerzo excesivo. Además, pulimos tácticas y estrategias y repasamos situaciones de juego. Aunque hubiera preferido ir a por todas, tuve que admitir que mi cuerpo no habría sido capaz de más. Debido a la gastroenteritis, había perdido peso y masa muscular y, además, todavía no me había rehidratado del todo. También seguía teniendo sensibilidad a la comida, así que Kay me preparaba cosas que pudiera digerir bien, sobre todo por la tarde. Sentía que tuviese que hacer tantos esfuerzos y cocinar verduras con poca sal, casi siempre al vapor, pero ella decía que no le importaba, que su salud se lo agradecía.

Durante esos últimos días habíamos evitado mantener la conversación que teníamos pendiente, pero yo sabía que debíamos hablar. Aunque solo fuera porque el sábado había quedado con Vince para ir a hacer esnórquel. Pero también porque me seguía remordiendo la conciencia, y el hecho de que Kay me hubiese cuidado con tanta abnegación no hacía sino aumentar esos remordimientos.

El viernes, cuando nos sentamos a cenar juntas, aproveché la oportunidad.

—¿Podemos hablar? —pregunté cuando en nuestros platos ya solo había un resto del caldo de verduras que habíamos tomado.

—¿No hablamos todo el tiempo? —contestó, risueña, Kay. Pero yo sabía que me había entendido. Me preparé mentalmente.

—Vince me va a llevar a hacer esnórquel mañana después de comer. —Sin esperar a que me respondiese, continué—: Vamos a ir a una playa en la que hay tortugas. No he visto ninguna desde que estoy aquí. —Perdí el hilo de mi verborrea durante un instante, pero Kay no dijo nada—. Sé que no estás de acuerdo, pero no te lo quiero ocultar, porque eres importante para mí. Y porque sé apreciar todo lo que haces aquí por mí. —Sentí la necesidad de coger aire—. Y por eso también siento lo que te dije. La otra tarde, en la terraza. No estuvo bien.

Kay guardó silencio durante por lo menos veinte segundos. Y veinte segundos podían hacerse largos. Muy largos. Cuando ya no contaba con que fuese a decir algo, dijo:

—Podrías habérmelo preguntado a mí.

—¿Qué?

—Que también podrías haberme preguntado a mí dónde hay tortugas.

No era la respuesta que me esperaba.

—A Vince no se lo pregunté. Solo mencioné que me gustaría verlas y él se ofreció a enseñármelas. —Antes de que Kay pudiera replicar, añadí—: Y lo hizo no porque te quiera jugar una mala pasada, sino porque —vacilé— nos llevamos bien.

Enarcó ligeramente las cejas.

—Y, ya que estamos, me ofende que creas que la gente solo quiere pasar tiempo conmigo porque busca llegar hasta ti de ese modo.

Me miró turbada.

—¡Lou! Yo no he dicho eso en ningún momento.

—Pero lo has pensado.

Abrió la boca para objetar, solo que yo fui más rápida.

—Un poco sí, si eres sincera.

Fue a decir algo, aunque cambió de opinión.

—Lo único que no quería es que te hiciera daño.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero —ladeé la cabeza y esbocé una sonrisilla— ya no soy una niña.

—Es verdad —afirmó Kay, alegre—. Y, además, eres inteligente y preciosa y una triunfadora.

Ladeé de nuevo la cabeza y arrugué la frente.

—Bueno, en lo del triunfo aún estoy trabajando.

—Bobadas. —Su mirada era suave, casi tierna—. Ya has conseguido muchos logros en tu vida. Y conseguirás muchos más.

Conmovida, tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Sin ti no habría recuperado tan deprisa la confianza en mí misma durante estas últimas semanas.

—Qué va, también lo habrías logrado sin mí, créeme. —Alargó el brazo, me cogió la mano y me la apretó—. Y en lo que respecta al desagradable tema de Vince Greenfield —continuó, y durante un breve instante me asusté—, es posible que tengas razón.

Puse cara de sorpresa, como si hubiera oído mal.

—Quizá deba aceptar que he perdido. —Clavó la vista en la mesa con aire pensativo.

—No tiene nada que ver con perder, sino con confiar. Dale una oportunidad a Vince. No permitirá que ahí —señalé con el pulgar a la derecha— se hagan fiestas salvajes. —Se me escapó una risilla—. Ni siquiera le gusta ir a fiestas. Estoy segura de que habrá una manera de convivir en paz.

Kay respiró hondo.

—¿Hasta qué punto es serio?

La miré sin entender lo que quería decir.

—Lo que dije de tus ojos, que se iluminan cuando hablas de él, era verdad.

El nudo volvió a la garganta.

—¿Estás enamorada de él, Lou?

—¡No! —exclamé, sin pensarlo—. Si apenas lo conozco.

—No hace falta saber qué número de calzado gasta alguien para enamorarse de esa persona.

—Vale, pero uno debería conocerse algo más de dos semanas —fue mi pobre respuesta.

Kay no dijo nada. Ni que me daba la razón ni que estaba equivocada. Y eso hizo que empezara a desvariar.

—No estoy enamorada de Vince. Es majo y muy guapo y se le da bien —me frené y añadí— el surf. —Me puse roja—. Me gusta, pero no hay nada más. Y, de todas formas, tampoco tendría tiempo para algo más serio.

Kay me miró.

—*En tenis «love» significa cero*. Conozco a alguien que incluso tituló así su autobiografía. —Guiñé un ojo e intenté esbozar una sonrisa desenfadada.

—Cierto —musitó Kay, y se levantó para quitar la mesa—. Pero en realidad nunca me gustó.

—¿Qué?

—Que en tenis «love» signifique cero puntos. No sé, creo que la palabra no se merecía eso, ¿no te parece?

27

Con el pelo mojado y la bolsa de tenis al hombro, el sábado después de comer salí de la escuela y fui al aparcamiento. Vince me había mandado un mensaje para decirme que me iría a buscar allí. Durante el entrenamiento había conseguido no pensar en nuestra cita, pero cuando estaba tendida en la camilla de Gabe mis pensamientos se habían calmado... para después volver a girar en torno a Vince durante media hora entera. A la pregunta de qué pasaría hoy. Si nos volveríamos a besar y, de hacerlo, si sentiría lo mismo que las dos primeras veces.

Al ver el jeep blanco, el corazón me dio un vuelco. De alegría anticipada, pero también de nervios. De mi última cita hacía ya algún tiempo. Y, para colmo, había sido un chasco. Alex y yo nos conocimos en el centro de rehabilitación de Bad Wiessee. Lo acababan de operar de la rodilla y estaba trabajando duro para poder volver a participar en el relevo alemán de biatlón. Eso no fue lo único que hizo que tuviésemos algo en común de inmediato. La suya también era una familia de deportistas, y él conocía la presión y las expectativas que eso lleva aparejado. Su padre había sido un biatleta de éxito y su madre había ganado una medalla de plata olímpica en *bobsleigh* a dos. Cuando terminamos la rehabilitación seguimos en contacto y quedamos en Múnich para ir a comer. Sin embargo, no tardamos en constatar que era distinto estar frente a frente en la máquina de remo a hacerlo en un restaurante italiano de lujo. Aparte de nuestros progresos con la rehabilitación, no

teníamos ningún tema de conversación y enseguida caímos en una cháchara insustancial. Al cabo de menos de una hora puse como pretexto que me dolía la cabeza y me despedí. Desde entonces no había vuelto a saber nada de él. Hoy era evidente que no me podría escabullir con la misma facilidad, pensé cuando Vince se bajó del todoterreno. Aunque no sabía exactamente adónde íbamos, supuse que una estación de cercanías no habría.

Vince dio unos pasos hacia mí, y me percaté de que miraba a derecha e izquierda. Como si se sintiera observado. Como si contara con que Kay fuese a doblar la esquina con una escopeta de perdigones. La imagen era tan absurda que no pude evitar sonreír. Quizá más tarde le contase la conversación que habíamos mantenido. O por lo menos la parte en la que Kay había admitido que tendría que empezar a aceptar la existencia del Ohana. En cuanto al resto de la charla, primero debía rumiar yo unas cuantas cosas.

—Para haber estado entrenando todo el día pareces bastante relajada —fue su desenfadado saludo, y metió las manos en los bolsillos del bañador. Era de color caqui, y todavía no se lo había visto, a diferencia de las zapatillas Reebok, que eran las que había llevado a la fiesta de Chip.

—Las manos de Gabe son mágicas. Media hora en su camilla y te quedas como nuevo.

Me cogió la bolsa de tenis y a todas luces le sorprendió lo que pesaba.

—¿Cuántas raquetas llevas aquí dentro?

—Ocho.

Pensó que era una broma, pero le di a entender con una mirada que lo decía completamente en serio.

—Los cordajes son distintos. Dependiendo de la superficie de la pista y del tiempo que haga se requiere una tensión u otra.

—Mmm —contestó, y asintió.

Abrió el maletero del jeep y metió en él mi bolsa. Vi una caja con lo necesario para hacer esnórquel y una nevera portátil.

—¿Quieres beber algo? He cogido agua, cola y té helado.

—Agua, por favor.

Sacó una botella de agua mediana para mí y una lata de cola para él de la nevera. Le di las gracias y la abrí mientras me dirigía al asiento del acompañante.

—¿A qué clase de playa vamos?

—No te lo puedo decir.

Fruncí el ceño y subí al coche.

—No aparece en ninguna guía de viaje y queremos que siga siendo así.

—No se lo diré a nadie.

Vince arrancó el coche y dio marcha atrás.

—Eso es lo que dices ahora, pero dentro de unos años darás una entrevista y te acordarás del chico de Hawái con el que te enrollaste y fuiste a esa playa...

Le di un cachete en el brazo y se rio.

—¿Qué es lo que tanto te fastidia de esa palabra?

Me miró.

—¿De qué palabra?

—«Enrollarse». Siempre la dices con retintín.

—¿Sí? —Se encogió de hombros, pero no añadió nada. Puso el intermitente y se incorporó a la carretera de la costa, en dirección a Hale'iwa.

—¿Sueles ir a esa playa?

Negó con la cabeza.

—No es buena para hacer surf. —Sin apartar la vista de la carretera, alargó la mano y cogió la lata de la consola central. Se la llevó a los labios y bebió un trago, y no fui consciente de que le estaba mirando la boca hasta que continuó—: Mi padre nos llevaba a menudo.

La mención de su padre —su difunto padre— fue como un jarro de agua fría para mis pensamientos.

—Era visitador en una gran empresa farmacéutica y casi nunca estaba en casa, pero cuando veníamos aquí de vacaciones, todos los días hacía algo con Laurie y conmigo. Salíamos a navegar, dábamos paseos en barca, hacíamos esnórquel, senderismo. —Su voz se había teñido de un dejo de nostalgia—. Fue Jim quien nos habló de esta playa. Laurie y yo no parábamos de darle la brasa a mi padre con que queríamos ver tortugas. Por desgracia, a Jim se le olvidó mencionar que hay que caminar por rocas para llegar hasta allí, y no te imaginas las pestes que echó mi padre. —El recuerdo lo hizo sonreír—. Es como si lo estuviera viendo, subiendo por las rocas en chanclas y cargado con la bolsa de la playa, la sombrilla y la nevera.

Sonreí.

—Pero por lo visto valió la pena, si después os llevaba allí a menudo.

—Ah, sí. La playa es muy pequeña y solo la conoce la gente de aquí. Casi siempre está uno solo.

«Solo», resonó en mi cabeza, y lo que llevaba implícito se encargó de que las mejillas se me acaloraran. Miré deprisa por la ventanilla con la esperanza de que Vince no viese hasta qué punto me agitaba ese dato. Junto a la carretera, una señal indicaba la playa de Laniakea. Había un montón de coches aparcados por todas partes. Justo detrás el Pacífico lamía la playa de arena blanca. Vince levantó el pie del acelerador y dejó cruzar la carretera a una familia que iba

con bolsas de playa. Me pregunté si le dolería ver esa estampa. Si alguna vez dejaría de dolerle. Durante un instante eché mucho de menos a mis padres. Me saqué el móvil del bolsillo del pantalón y escribí un mensaje a nuestro chat. Posiblemente les extrañara ver dentro de unas horas, cuando se despertasen, mi inconexo «Os quiero», pero en ese momento quería que lo supieran.

Seguimos unos minutos más por la carretera de la costa, hasta que poco antes de llegar a Hale'iwa Vince puso el intermitente y torció a la derecha. Después de cruzar muy despacio durante un rato una zona residencial, aparcó al final de un callejón sin salida. Miré desconcertada por el parabrisas: allí nada daba la menor pista de que hubiese ni una playa ni tortugas. Más bien parecía un buen lugar para enterrar cadáveres. Iba a bromear al respecto cuando distinguí el estrecho sendero que atravesaba unas matas.

—Tenemos que andar un poco —dijo Vince cuando nuestras miradas coincidieron.

—Creía que íbamos a ir por rocas.

—Eso es después. —Sacó la llave—. Vale la pena, créeme.

Al bajarme del coche, ya no dudé ni un segundo que estábamos junto al mar. El aire era húmedo y olía a sal, y se oía el murmullo de las olas. Vince dio la vuelta al coche y abrió el maletero. Mientras sacaba las cosas, yo abrí mi bolsa y cogí mis cosas de playa, que básicamente eran una toalla de microfibra, protector solar y un biquini para cambiarme.

—La crema la puedes dejar en el coche, yo también llevo. —Señaló la abultada bolsa de deporte Nike que tenía al lado, en el suelo—. Puedes meter tus cosas dentro, hay sitio de sobra.

Acepté su ofrecimiento y abrí la cremallera.

—Eh... lo que quizá debiera haber mencionado —empezó con cierta turbación, y levanté la vista y me preparé para lo peor—. No

hay ningún sitio para cambiarse. Te lo digo por si prefieres ponértelo —apuntó a mi biquini— aquí.

—No pasa nada. Llevo uno debajo. —Me tiré de un tirante de mi biquini de triángulo azul turquesa y él se quedó mirando un segundo más de lo necesario el punto en el que la tela chascó contra mi piel.

—Ah... sí. Claro. También podría haberlo visto —farfulló, y cogió la nevera.

Yo cerré la cremallera y me eché la bolsa de deporte al hombro.

—Espera, que pesa —advirtió en ese mismo instante.

—No cuando sueles cargar con bolsas en las que hay ocho raquetas —contesté alegremente, y me puse en movimiento.

El sendero nos condujo hasta las rocas que había mencionado Vince. Eran escarpadas, pero no resbaladizas, así que no tuvimos ningún problema en llegar hasta la playa con las zapatillas que llevábamos. En efecto, era minúscula, no mediría ni diez metros, y en ella no había ni un alma. En la fina arena blanca no se veían pisadas. Como si allí no hubiese ido nadie desde hacía siglos.

—Vaya —musité cuando contemplé el agua, que brillaba con espectaculares tonalidades de azul.

Veía lo cristalina que era incluso a lo lejos. Cuando me volví hacia Vince, se estaba quitando la camiseta. La garganta se me secó de golpe. Y eso que en realidad ya le había visto el torso a menudo. El vientre plano, la definida V, la fina línea de vello que desaparecía en el bañador. Desbordada, agarré la camiseta por el borde inferior y me la quité a mi vez. Cuando me abría el botón de los shorts vaqueros, me di cuenta de que Vince me miraba. No fijamente, pero estaba claro que me miraba. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando nuestras miradas se cruzaron. Durante un segundo, como máximo. Después Vince pestañeó y miró hacia otro lado.

—¿Me pasas la crema? —le pedí al ver que revolvía en la bolsa, durante lo que me pareció un buen rato.

—Voy. —Dio la impresión de que lo decía con voz ahogada, pero quizá fueran imaginaciones mías. Sin girarse, me dio el tubo alargando el brazo por encima del hombro. Al cogerlo, nuestros dedos se tocaron, y sentí uno más de esos escalofríos a los que por lo visto me había abonado hoy.

—Gracias —dije con un hilo de voz.

Vince siguió hurgando en la bolsa mientras yo me daba una buena cantidad de crema.

—¿Estás buscando algo?

—No tardo nada —musitó.

—¿Me das crema en la espalda cuando termines?

Vi que se quedaba parado.

—Claro —afirmó tras un breve titubeo—. Pero primero tengo que...

El resto fue un murmullo ininteligible. Cuando se dio la vuelta, parecía tenso.

—¿Pasa algo? —pregunté, confusa.

—Mmm.

Me quitó tan deprisa el tubo de la mano que solo pude poner cara de perplejidad. ¿Qué mosca le había picado? Hasta hacía unos minutos entre nosotros todo era de lo más relajado. Vale, nos habíamos mirado, pero ese no era ningún motivo... Pegué un respingo al sentir la fría crema en la piel.

—Perdona —masculló.

Después sus manos descansaron en mis escápulas. Intenté no proferir un sonido ahogado cuando se pusieron en movimiento, acariciando mi piel y extendiendo el protector. Aunque sus manos eran ásperas, me tocaba con gran delicadeza. Cuando me levantó

ligeramente el cierre del biquini para poder darme crema por debajo, contuve el aliento mientras rezaba para que no se me erizara la piel. Sus manos pasaron del centro de mi espalda a los dos lados, me bajaron por los flancos y se deslizaron hasta la zona lumbar. Al tocar más bien por casualidad el borde de la braguita del biquini, perdí de una vez por todas mi batalla contra los escalofríos. El vello de los brazos se me erizó y noté que los pezones se me endurecían. Por lo menos Vince, al estar detrás de mí, no vio nada.

—¿Está bien así? —me preguntó cuando terminó.

Como las palabras se me habían quedado atascadas en la garganta, me limité a asentir y, por si acaso, crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Quieres que te dé yo crema en la espalda?

—No —contestó a la velocidad del rayo. Luego carraspeó y musitó —: Ya me la he dado.

Le dirigí una mirada inquisitiva.

—¿De verdad que no pasa nada?

—Claro que no. ¿Qué iba a pasar?

—Estás muy raro.

—Yo no...

—Sí —aseguré mientras lo escudriñaba—. ¿Tiene algo que ver —vacilé— con tu padre?

—¡¿Qué?! —Abrió mucho los ojos, sin dar crédito.

—¿Porque relacionas este sitio con él? —aduje con timidez.

Vince respiró hondo y se rio cuando exhaló.

—No tiene nada que ver con mi padre, créeme.

Ahora sí que estaba desconcertada.

—Entonces es que tiene que ver conmigo —deduje—. ¿He hecho algo mal...?

—No —negó con determinación, pero también en tono de disculpa —. No tiene nada que ver contigo. Al menos no tienes la culpa..., no directamente —suspiró y se frotó el puente de la nariz—. Vaya, esto sí que es hacer una montaña de un grano de arena.

En el último momento decidí no bromear haciendo un juego de palabras.

—¿De qué no tengo la culpa directamente? —Busqué su mirada.

—De... —Levantó las manos para hacer un gesto, pero las bajó de nuevo—. De que seas tú.

No contaba con que fuese a contestar eso. Y tampoco lo entendí.

—De que estés así. Con... ese biquini. —Lo dijo atormentado, un tanto cohibido—. Y de que a mi puñetero cuerpo no se le ocurra nada mejor que animarse en cuanto te veo.

—Animarse —repetí tontamente antes de caer—. Oh.

Sin querer, mis ojos salieron disparados hacia su bañador, lo que no hizo sino triplicar lo embarazoso de la situación. Y es que con lo que sabía ahora, distinguí sin lugar a dudas un ligero... bulto. Desvié la mirada deprisa, sentí que las mejillas empezaban a arderme.

—Mierda, qué vergüenza —se lamentó, y echó la cabeza hacia atrás.

—¡No! —me apresuré a exclamar. Aunque estaba abrumada, Vince me daba pena.

—Me siento como un capullo salido.

—¡Que no!

—De verdad que este no era el motivo por el que quería traerte a este sitio. O sea, quería que vieras tortugas, no... —Dejó la frase a medias y negó con la cabeza—. Si ahora te sientes incómoda, podemos...

—Mi cuerpo también ha reaccionado al verte —solté.

Se sorprendió. Parpadeó.

—Ahora mismo, cuando me dabas la crema. —Respiré hondo, bajé los brazos y dirigí la mirada a la parte de arriba de mi biquini. A mis pezones, que se marcaban con claridad en la fina tela—. Gabe no es el único que tiene manos mágicas, por lo visto.

La nuez le subió y le bajó cuando tragó saliva.

—De verdad que este no era el motivo por el que he venido aquí contigo —empecé, con aire travieso—. Quería ver tortugas. Así que, si ahora te sientes incómodo, podemos...

Sonrió también, y en cuestión de segundos sus rasgos se relajaron.

—Bueno... y ahora que se ha acabado la parte embarazosa, podríamos ir a hacer esnórquel, ¿no? —propuse.

28

—¿Tenemos que meternos muy adentro para verlas? —pregunté mientras, con el agua a la altura de las caderas, estábamos frotando con un poco de saliva el interior de las gafas y aclarándolas con agua.

Una sonrisa indescifrable se extendió en su rostro.

—¿Qué?

—Bueno, bastaría con que miraras un momento a tu lado.

Volví la cabeza automáticamente hacia la derecha.

—Hacia el otro lado.

Supe a qué se debía la sonrisa cuando, al mirar hacia la izquierda, vi unos ojos almendrados, oscuros. No había palabras que pudieran describir lo que sentí en ese instante. Lo atónita, abrumada, asustada y alucinada que me quedé.

—Ahí... ahí... —balbucí mientras señalaba el punto del mar en el que hasta hacía nada asomaba la cabeza de una tortuga. Ya se había sumergido de nuevo y avanzaba hacia Vince bajo la superficie —. ¡Viene hacia ti, viene hacia ti! —chillé, y sentí que la adrenalina me corría por las venas.

Aunque mi dedo índice apuntaba a la tortuga, Vince me miraba a mí. Y me dedicaba una sonrisa tan irresistible que incluso me olvidé durante un segundo de lo que estaba pasando aquí: que por primera vez en mi vida veía una tortuga en libertad.

—Ahí hay otra —anunció, y me pregunté cómo era posible que me sonriese y al mismo tiempo viera el caparazón que sobresalía en el

agua detrás de mí—. Las *honus* pueden medir casi un metro y medio.

Abrí los ojos como platos, estupefacta. El ejemplar que acababa de pasar a mi lado mediría, a lo sumo, medio metro y ya intimidaba bastante.

—¿Tengo que... o sea, hay algo que deba hacer? —pregunté mientras nos poníamos las gafas para nadar tras ellas.

—Mantener la distancia. Son animales tranquilos, pero deberíamos tratarlos con respeto.

—Claro.

Nos miramos una última vez antes de sumergirnos. Vince movió la cabeza para indicarme hacia dónde iríamos y yo asentí y lo seguí. Aunque nadábamos muy pegados a la superficie, reinaba una calma absoluta. Sosiego. Como si el tiempo se detuviera. Miraba alucinada todo lo que sucedía a mi alrededor: los peces de colores que pasaban por delante de mis ojos, algas y plantas acuáticas que se mecían rítmicamente a un lado y a otro, la arena que levantaba con mis movimientos. Y a Vince, que daba brazadas largas y vigorosas a mi lado y no paraba de señalarme cosas. Sus ojos eran más avezados que los míos, lo captaban todo más deprisa. También me señaló la tortuga que nadaba unos metros por debajo de mí. Primero me asustó la sombra, a continuación se impusieron la curiosidad y la fascinación. Manteniendo una distancia prudencial, nadé a su lado, observé su caparazón y esas patas que parecían aletas. Su cabeza, que irradiaba algo ancestral y sabio. Durante un instante quise retener y conservar la sensación de dicha que amenazaba con hacer estallar mi pecho. Con una sonrisa de felicidad, dejé que el animal se alejase y subí a la superficie. Vince me siguió.

—¿Estás bien? —se interesó.

Debido a las gafas, su voz me llegó algo distorsionada. Para no sonar igual, me quité las mías.

—Mejor, imposible —contesté, un tanto sin aliento—. Esto es impresionante.

—Sí que lo es. —Apuntó hacia la playa—. ¿Descansamos un poco?

Asentí y volvimos a la orilla. Al salir del agua constaté que habíamos estado haciendo esnórquel casi tres cuartos de hora. Mojada y exhausta, me senté en la toalla y vi que Vince abría la nevera.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Sí —respondí sin vacilar.

Desde la comida ligera que había hecho al acabar el entrenamiento no había comido nada más, y en el agua el estómago me había rugido de tal modo que no me habría extrañado que las tortugas hubieran huido.

—Tengo *wraps* y también galletas saladas y queso fresco. Y —oí un leve crujido— dados de queso. ¿Qué quieres?

—¿Todo?

Él se echó a reír.

—Los deportes acuáticos dan hambre, ya me di cuenta con el surf.

Apenas terminé de pronunciar la frase, mi cabeza se llenó de imágenes y recuerdos. Besos, caricias, suspiros, piel mojada, piel desnuda. A Vince debió de pasarle lo mismo. Al menos a sus ojos afloró una expresión muy concreta, antes de que carraspease y me preguntara si quería agua. Asentí y cogí la botella que me pasó. Él sacó otra lata de cola, que chisporroteó al abrirla, y se sentó a mi lado en la toalla. Aunque nuestros muslos no se tocaban, estaban lo bastante cerca como para que me llegase el olor de la crema solar que le quedaba en la piel.

—¿Los has hecho tú? —quise saber mientras desenvolvía del papel de estraza uno de los *wraps*.

—Pues... no. —Esbozó una sonrisa pícara—. Pero los daditos de queso los hice yo, por si eso me da puntos positivos.

Arqueé una ceja.

—¿Es que los necesitas?

—Bueno, con lo accidentado que ha sido el comienzo, es posible que no estén de más. —Mientras hablaba abrió el paquete de galletas saladas y se metió una en la boca. Comimos en un silencio cómodo—. En cualquier caso, me alegro de que te hayas quedado —afirmó, y me miró a los ojos.

—Y yo me alegro de que tú te hayas quedado —repuse con guasa, y después le di un mordisco a mi *wrap*.

Él bajó la mirada, contento.

—Pero, ya que estamos, ¿qué tiene este de distinto? —le pregunté, e introduje el dedo índice por debajo del tirante del biquini y lo hice chascar—. Ya me has visto muchas veces en biquini.

La nuez le subió y le bajó, y su voz casi era bronca cuando dijo:

—Este es... más pequeño.

Fui a objetar, pero tuve que reconocer que era así. En comparación con los otros dos que tenía, el de color turquesa era el más sexi, cierto. Sobre todo porque la braguita era de atar a los lados y me quedaba más baja. Pero ese no era el motivo por el que lo había elegido.

—Es del mismo color que las paredes del Ohana, por eso me lo he puesto.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire de un modo significativo. Las había elegido a propósito. Mientras lo miraba a propósito. Y tampoco fue ninguna casualidad que mi rodilla se ladease y rozara la suya. Permanecimos así durante unos segundos

angustiosos. Allí no había nada salvo el murmullo de las olas, sus ojos azules y el calor que se extendió entre nosotros. No supe decir con exactitud cuál de los dos dio el primer paso, quién se movió hacia quién. Solo que de pronto nuestros labios se unieron y que la sensación fue perfecta. Mi boca en la suya. Su lengua deslizándose por mis labios, introduciéndose entre mis dientes con suavidad, pero con decisión. Sabía a galletas saladas y cola, a mar y sol. Divino. Se me escapó un suspiro cuando su mano me acarició la barbilla, subió hasta mi oreja y acercó más mi rostro al suyo. Ladeé la cabeza para invitarlo a besarme con más intensidad, a que tomara más de mí, y él reaccionó de inmediato. Su mano se hundió en mi pelo mojado mientras nuestras lenguas se enredaban con desenfreno.

Era un beso más impaciente que el último. Yo era más impaciente. Un suspiro grave escapó de su garganta cuando me subí a horcajadas sobre él, le eché los brazos al cuello y seguí besándolo. Sus manos bajaron por mi espalda y me acariciaron la piel, ásperas y arenosas. De pronto, estaban en mi culo. Noté que la braguita del biquini se me movía cuando me estrechó más contra él. Su erección me presionó el vientre y empecé a frotarme contra él. Vince dijo entre jadeos algo que pareció mi nombre y que me estimuló. Durante un instante, me asaltó la inoportuna idea de que no deberíamos hacer lo que estábamos haciendo en público, pero no fui capaz de escucharla. Lo que hice fue cerrar los ojos y dejar que mi cuerpo tomara el control. Nuestros labios temblaban de excitación mientras yo movía las caderas adelante y atrás. Sus dedos se introdujeron por ambos lados bajo la mojada tela del biquini, se clavaron en mis nalgas y apretaron justo lo que necesitaba en ese momento, con firmeza, sin ser brusco. Continuamos besándonos, cada vez con más desinhibición. Más lengua, más dientes. Había rebasado el límite en el que mi cabeza aún tenía algo que decir. Solo

así podía explicarme que mi mano bajase hasta la cintura de su bañador.

—¡Espera! —pidió Vince entre jadeos, y me agarró la muñeca.

Me quedé quieta.

—No podemos hacer esto. No aquí.

Asentí de mala gana.

—Porque podría venir alguien.

—Exacto.

Su pecho seguía subiendo y bajando, y al ver su piel morena, la ligera película de sudor que la recubría, me costó no convencerlo de que corriésemos el riesgo.

—Como sigas mirándome así, me correré en el bañador como un adolescente —gruñó, y su rostro reflejó una mezcla de deseo y frustración.

Me reí, y aunque era exactamente lo contrario de lo que quería hacer, me separé de él y me bajé de su regazo. Eché de menos en el acto el calor que desprendía su cuerpo. Yo aún temblaba, porque me habían prometido algo que no me habían dado. Por lo menos no ahora. No hoy. O... ¿quizá sí? ¿Nos iríamos de ese sitio para continuar en otra parte? ¿Nos quedaríamos y lo dejaríamos para otro momento? ¿No continuaríamos nunca? Todo en mí se opuso a esa idea; había sido demasiado bueno para no retomarlo, ¿no? Miré de reojo a Vince, que había echado la cabeza hacia atrás y exhalaba ruidosamente. No pude evitar que mis ojos se desviasen hasta su bañador. El bulto todavía estaba ahí. Normal. No había pasado ni un minuto desde que me había subido encima de él, y como siguiera pensando en lo estupendo que había sido, tampoco desaparecería la humedad que sentía entre las piernas.

—Vale... —empezó a decir, titubeando, y buscó mis ojos—. ¿Por qué no...?

«¿Nos vamos? ¡Ahora mismo!».

—¿Hacemos un poco más de esnórquel? —terminó la frase.

—¿Esnórquel? —repetí con voz rasposa.

Bajó la vista a su bañador un tanto angustiado.

—Creo que necesito quitarme el calentón.

Para alivio mío, cuando salimos del agua no estuvimos raros o tensos. También esa segunda vez vimos un montón de tortugas, incluso una mantarraya con una envergadura de más de dos metros. Fue alucinante y aterrador a la vez verla tan cerca, aunque Vince me explicase que las mantarrayas no tenían aguijón venenoso.

El sol ya se estaba poniendo mientras nos secábamos.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos llegar al coche antes de que haya oscurecido.

Hice un gesto afirmativo, aunque durante una décima de segundo me dio pena no ver la puesta de sol desde la playa. Con el rabillo del ojo vi que Vince se ponía la toalla a la cintura y se quitaba el bañador, que cayó a la arena mojado y pesado. A mí no se me ocurrió nada mejor que hacer que imaginar qué habría debajo de esta toalla. «Adiós a lo de quitarme el calentón», pensé mientras suspiraba para mis adentros y sacaba de la bolsa el biquini que había traído para cambiarme. Dándole la espalda, me quité la parte de arriba y me puse rápidamente la seca. Con la braguita hice igual que Vince, me la quité con ayuda de la toalla, y me puse el pantalón corto y la camiseta. Cuando terminé, vi que él me miraba y me pregunté si habría estado mirando mientras me cambiaba, y por qué me gustaba tanto la idea. Dio un paso hacia mí, se quedó lo bastante cerca para que le viese las gotas de agua en las pestañas. La menguante luz del sol que se refractaba en ellas.

—Te lo lavo yo, ¿vale? —se ofreció al tiempo que se agachaba y cogía mi biquini, que estaba tan rebozado de arena como el bañador que sostenía en la mano.

Solo fui capaz de asentir. Cogí nuestras cosas y me calcé las zapatillas. Después echamos a andar hacia el coche. No hablamos mucho mientras íbamos por las rocas, ya que estábamos concentrados en no resbalar o hacernos alguna raspadura. Cuando llegamos al sendero, me detuve para contemplar el sol, que se hundía en el mar.

—Nunca entenderé por qué no chisporrotea cuando hace eso —observó Vince a mi lado.

Sonreí.

—A lo mejor es que tú no lo oyes.

Mientras el cielo se volvía de un violeta oscuro continuamos andando para salvar el último tramo hasta el jeep. Abrimos todas las puertas para ventilarlo bien y que se fuese el calor acumulado. La temperatura seguía siendo insoportable cuando nos abrochamos el cinturón. Vince puso el aire acondicionado y enlazó el móvil con el sistema de sonido.

—Si quieres, también podemos oír tu música.

—¿Mi música?

—Ese grupo alemán que tanto te gusta. Anna... Mary... no sé qué.

No tardé en caer.

—¿AnnenMayKantereit?

—Lo que yo he dicho.

Me reí, pero admití:

—Es bastante impronunciable. —Fruncí el entrecejo, alucinada—. Soñé con esto.

—¿Con... Anniemaycantarais?

Me reí de nuevo, no lo pude evitar.

—En mi sueño me contabas que me habías gugleado y habías averiguado que me gustaba este grupo.

Sonrió.

—Eso no fue un sueño.

—Créeme si te digo que lo fue —contesté con un tonillo significativo.

Él entornó los ojos y acto seguido al parecer lo entendió.

—Oh. Ese sueño. Todavía no me has contado lo que hicimos en él —dijo con voz risueña.

—Ni te lo pienso contar.

—¿Por qué no?

—Porque me da vergüenza.

—Me parece un poco injusto.

—¿Por qué injusto?

El asiento crujió cuando se volvió hacia mí.

—Porque tú ya conoces la sensación.

Tragué saliva a duras penas.

—A eso todavía no hemos llegado.

El «Mmm» que soltó resonó en mi pecho.

—Y dime, ¿hasta dónde llegamos? —Me regaló una sonrisa que hizo que el pulso se me disparara.

—Ya te he dicho que no te lo voy a contar.

—¿Más lejos que hoy?

La mano me temblaba cuando hice como si me cerrase la boca con una cremallera.

—¿Estábamos desnudos?

Negué con la cabeza, pegué la espalda al asiento y confié en que lo dejara estar, pero no lo hizo: siguió insistiendo durante todo el camino de vuelta.

—¿Qué llevábamos puesto? —quiso saber cuando nos detuvimos ante un semáforo.

En lugar de contestar, puse los ojos en blanco.

—¿El bañador?

Me miró fijamente y no conseguí mostrarme impasible.

—¡Ajá! ¡Conque íbamos en bañador! —exclamó con una sonrisa triunfal, y aceleró de nuevo—. ¿Llevabas el biquini de hoy? ¿El de color turquesa?

Me notaba las mejillas cada vez más acaloradas.

—Así que estábamos en la playa —dedujo—. ¿En el agua?

—¡Ya basta! —solté con una voz demasiado aguda.

—Apuesto a que en tu sueño no me decías eso.

—No, en él quería que siguieras. —Me mordí el labio—. Mierda.

Con cierto retraso me di cuenta de que él había pronunciado esa misma palabra. Después todo fue muy deprisa. Puso el intermitente y torció a la derecha para enfilar una especie de camino de tierra o un desvío. Estaba demasiado oscuro para distinguirlo.

—Pero ¿qué...? —grazné agobiada cuando el coche se detuvo bruscamente.

Durante uno o dos segundos el silencio fue tal que solo oía nuestra respiración. Acto seguido, Vince se inclinó sobre mí y me besó. Apasionada, descontrolada, posesivamente. Mi cuerpo reaccionó en el acto a ese beso. Me recorrió una atroz descarga de calor que fue directa a mi bajo vientre. Me desabroché deprisa el cinturón de seguridad y fui a su encuentro; al hacerlo, me golpeé la rodilla contra el salpicadero e hice una mueca, pero el dolor quedó olvidado en cuanto noté sus labios en mi cuello. Su aliento cálido. Se me erizó la piel cuando me besó el cuello centímetro a centímetro.

—Quiero... —gimió—, tengo que..., eh... ¿puedo?

Asentí con vehemencia, aunque no sabía para qué acababa de darle permiso. Y me era indiferente, porque quería más. Más de él. De todo. Su mano se deslizó por debajo de mi camiseta y buscó mi pecho. Subió el triángulo del biquini y me acarició con el pulgar el sensible pezón, que se contrajo con sus caricias. Todo en mí se contrajo. Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un sonido que podría haberme parecido embarazoso, pero que a él lo animó a cogerme por las caderas y sentarme en su regazo. Me di con la espalda contra el volante y a él se le enganchó la mano en la palanca de cambio y soltó un taco.

—Ahora recuerdo por qué no he vuelto a hacer esto desde que estaba en el instituto.

—Y yo por qué no lo he hecho nunca —gemí, y busqué una postura que no me dejara moratones.

—Aun a riesgo de volver a parecer un capullo salido, ¿qué te parece si pasamos al asiento de atrás?

Su sugerencia hizo que me atravesara un escalofrío acompañado por las imágenes y las fantasías que acudieron de repente a mi cabeza. Asentí sin pensarlo y, en un abrir y cerrar de ojos, ya habíamos cambiado de sitio. La breve interrupción no afectó en modo alguno a nuestra fogosidad. Igual que en la playa, me acomodé en su regazo con las rodillas a ambos lados de sus caderas, las manos en su pelo. Que estuviésemos completamente vestidos no importó nada, al contrario, fue de lo más sexi que sus pulgares se deslizaran en los bolsillos traseros de mi pantalón corto mientras nos besábamos como si no hubiera un mañana.

—Explícame otra vez por qué dejamos de hacer esto —dije entre beso y beso, y proferí un suspiro.

—Porque nos habríamos metido en un lío si alguien nos hubiera sorprendido. Y porque seguro que no son esos los titulares que

quieres.

Me quedé quieta. Constaté, asustada, que no había pensado ni una sola vez en eso.

—No te preocupes, por aquí nunca pasa nadie. Y aunque pase —me guiñó un ojo—, los cristales son tintados.

Esbocé una sonrisilla, pero por dentro seguí dándole vueltas a lo descuidada que había sido.

—Oye —musitó, y me levantó un poco la barbilla para poder mirarme a los ojos—. ¿Estás bien?

—Sí —respondí en voz queda.

—Podemos parar si...

Lo hice callar con un beso.

—No quiero parar —musité contra sus labios—. Quiero que me enseñes cómo habría continuado mi sueño.

Vi el efecto que causaban en él mis palabras. Que tragaba saliva a duras penas, que respiraba entrecortadamente en el silencio que se hizo, que sus pupilas se agrandaban y se oscurecían. Y, a continuación, me cogió sin contemplaciones por las caderas y me levantó como si fuese ligera como una pluma. Antes de que supiese lo que estaba pasando, me vi tendida boca arriba en el asiento trasero. Había algo intimidatorio y al mismo tiempo excitante en el hecho de verlo encima de mí, mirándome. Situándose entre mis piernas y colocándose sobre mí. Cada una de las células de mi cuerpo reaccionó a él, a su peso, a su olor, a su forma de asumir el control y de introducir su lengua en mi boca y chuparme el labio, a su erección, que noté contra mi vientre. Mi respiración era irregular, el corazón me iba a mil. Vince dejó un rastro de besos por mi garganta, me mordisqueó la piel. Me arqueé, me pegué a él, pero una mano abierta me obligó a tenderme; suavemente, pero con firmeza. Exhalé un suspiro y me dejé hacer, disfrutando de la

sensación que me producían sus dedos en mis pechos. Deseé que bajaran más, pero Vince se tomó su tiempo. Prefirió besarme la clavícula. Yo enterré la nariz en su pelo, olí el mar, el sol y el viento en él. Cuando su pelvis se separó de la mía y su boca descendió por mi torso, intuí lo que pretendía y me arrolló una mezcla de nerviosismo, alegría anticipada y deseo. Se detuvo y me miró con unos ojos oscuros que parecían asegurarse de que de verdad yo quería esto. Sin apartar la vista de mí, buscó a tientas el botón de mis vaqueros. Al hacerlo, me rozó la piel desnuda de la cintura y me estremecí, y las comisuras de su boca se elevaron. Me bajó despacio la cremallera hasta que apareció la tela amarilla. Levanté de buena gana la pelvis, le indiqué que ambas prendas me parecían innecesarias, pero él me quitó solo el pantalón, también con parsimonia. Durante unos segundos insoportables se quedó mirando el triángulo amarillo que yo tenía entre las piernas, y me habría gustado saber en qué estaría pensando. Cuando bajó la cabeza, mi respiración se descontroló. El pulso se me aceleró cuando me besó la cara interna de los muslos y me invadió un deseo apremiante. Vince se acercó a mi centro, pegó los labios a la fina tela y me echó el aliento. Se me escapó un gemido gutural y él me miró y sonrió. Después apartó la tela y su boca descansó en mis palpitantes nervios. Se me contrajo la pelvis y, como por acto reflejo, enterré las manos en su pelo. Mientras deslizaba la lengua por mis puntos más sensibles, tuve la sensación de que los ojos me hacían chiribitas, tal era el deseo de mi cuerpo. Tal era el deseo de sentirlo todavía más. Su lengua entró cada vez más en mí y yo cada vez le tiraba con más fuerza del pelo, pero no pareció molestarle lo más mínimo; al contrario, era como si eso lo excitase. Cuando de repente su pulgar me estimuló el punto más sensible, la tensión hizo que sintiera los músculos a punto de estallar. Y, acto seguido, hice eso mismo:

estallar. El grito que proferí se me quedó en la garganta cuando mi bajo vientre empezó a contraerse de la manera más deliciosa. Temblaba, palpitaba, vibraba. Lo que había ido *in crescendo* tan lentamente me embistió con toda su fuerza. Me privó de cualquier pensamiento lúcido.

Cuando abrí los ojos —solo entonces fui consciente de que los había cerrado—, su rostro estaba justo encima del mío. Vince sonrió y me dijo al oído:

—¿Qué? ¿Te ha gustado el sueño?

29

Tenía la piel tirante debido al sol y me notaba el pelo seco y áspero. Se me había metido arena en las orejas y en la ropa se dibujaban cercos de sal. Y, pese a todo, nunca me había sentido más deseable. Tal vez fuera por las miradas disimuladas que no paraba de lanzarme Vince desde que nos habíamos puesto en marcha. Por la expresión de su rostro, que me devolvía en el acto al asiento trasero del jeep. Todavía lo sentía allí. Entre mis piernas. Era como si estuviese oyendo los sonidos que profería cuando yo cerraba los ojos.

—¿Todo bien? —me preguntó, con una mano apoyada en el volante y una sonrisa indolente en los labios. Tenía el pelo revuelto, y debía de ser culpa mía.

—Muy bien. —Bajé la mirada, risueña, y a continuación percibí un movimiento con el rabillo del ojo: su mano, que buscó la mía por encima de la consola central.

Como si fuese lo más natural del mundo, entrelazó los dedos con los míos. Permanecimos así hasta que entramos en el camino de acceso de su casa. Hacía tiempo que ya no me extrañaba que no me dejase en la de Kay, y acepté sin rechistar su ofrecimiento de acompañarme. Caminamos sumidos en un silencio agradable. Nuestras manos se rozaban todo el rato, puede que por casualidad o puede que no. Sin embargo, ese roce fugaz siempre bastaba para hacer que un cosquilleo me recorriese el cuerpo hasta la punta de los dedos de los pies.

Antes de que llegáramos al portón de Kay me detuve. No quería que se activara el sensor de movimiento. Todavía no.

—Gracias por acompañarme.

—Lo hago encantado siempre que quieras.

Había un doble sentido en sus palabras, pero quizá fueran imaginaciones mías. O quisiera oír eso.

—Que tengas dulces sueños —me susurró al oído, y esta vez, sin lugar a dudas, el doble sentido no era cosa mía.

Acaricié la idea de darle un beso de despedida, pero en el último instante decidí no hacerlo. Vince levantó la mano y echó a andar hacia la noche. De repente se detuvo y se dio la vuelta.

—Por cierto, ya sé lo que me molesta de la palabra.

—¿De qué palabra?

—«Enrollarse». —Se encogió de hombros—. Es como si no fuera importante.

Me quedé mirándolo con cara de sorpresa y el corazón desbocado.

30

«Es como si no fuera importante». Lo último en lo que pensé antes de quedarme dormida. Lo primero en lo que pensé al despertarme. Solo que mis pensamientos tuvieron un final brusco cuando eché una ojeada al móvil y vi que ya eran las ocho. «¡Mierda!». ¡¿Por qué no me había sonado el despertador?! ¿Por qué no me había despertado Kay? Podía olvidarme de ir a correr por la playa, y como no metiera el turbo, también llegaría tarde al partido de entrenamiento que tenía que jugar contra Malia. Me levanté de un salto, entré corriendo en el cuarto de baño, agradeciendo a mi yo del pasado que el día anterior me hubiese duchado, y me metí el cepillo de dientes en la boca. Mientras me lo pasaba por la lengua, me miré en el espejo. Parecía apurada pero espabilada. Fresca. «Satisfecha», canturreó una voz en mi cabeza, que acto seguido se llenó de imágenes y recuerdos. Vince y yo en el todoterreno, yo en su regazo, él entre mis piernas. Me acaloré. Lo vi en el espejo y lo sentí. Mierda. ¿Se me notaría todo el día lo que había pasado el anterior? ¿Volvería a ser capaz de mirar un jeep sin pensar en lo que habíamos hecho en el asiento trasero? ¿En lo que había hecho Vince? Con sus manos, su boca, su lengua. Antes de que mis mejillas se pusieran del color del salmón crudo, escupí la pasta de dientes y me eché agua fría en la cara.

Poco después, cuando bajé corriendo con una falda de tenis azul marino y un top blanco y rosa, recordé por qué no me había despertado Kay: había ido a Honolulú a ver a su asesor fiscal. Este

también era el motivo de que yo hubiese quedado para jugar el partido de entrenamiento con Malia, que —miré de soslayo el reloj— llegaría a la escuela de tenis dentro de diez minutos como mucho. Me bebí un vaso de agua de un trago, cogí un plátano y salí de casa.

En el cielo había unas cuantas nubes esponjosas que ocultaban de vez en cuando el sol mientras me dirigía hacia las pistas. Aproveché el breve trayecto para comerme el plátano y leer los mensajes que tenía en el móvil. Mi madre me había mandado selfis de mi padre y ella mientras hacían senderismo en las montañas. Me invadió cierta melancolía al pensar que no nos veríamos hasta dentro de tres semanas. En los últimos metros, leí por encima los demás mensajes que tenía. Uno era de Milan, que me preguntaba por mis progresos; el otro, de Laurie. Quería saber si hoy por la tarde tenía tiempo. Exactamente la misma pregunta que me formulaba su hermano en el mensaje que me había enviado. Todo un dilema. Laurie y yo no habíamos hecho nada desde nuestra tarde de cine, y había pasado más de una semana desde la última vez que nos habíamos visto. No quería que sintiera que la estaba dejando de lado, pero también quería ver a Vince, no lo podía negar. «Es como si no fuera importante». Seguía preguntándome qué había querido decir con eso. En qué sentido lo había dicho, ¿en general o... refiriéndose a nosotros? ¿La palabra no le parecía suficiente por lo común o solo en nuestro caso? Al igual que anoche, la frase entrañaba todo un abanico de emociones: nerviosismo y alegría, desconcierto y... preocupación. Por mucho que mi lado romántico quisiera derretirse, al sensato lo inquietaba en la misma medida que Vince pudiera sentir por mí algo que fuese más allá de la atracción física. Porque era imposible. Daba igual que yo quisiera o no, sencillamente era imposible, porque yo no había venido aquí para quedarme.

Kay estaba en la cocina, pelando un mango, cuando volví de entrenar a media tarde. Ese día todavía no nos habíamos visto. Después de jugar el partido contra Malia me había puesto a hacer remo para bajar pulsaciones. A continuación, la máquina lanzapelotas me había estado arrojando bolas a 120 kilómetros por hora durante sesenta minutos. Gabe lo había dado todo, pero sentía los brazos y las piernas pesados como el plomo. El sofá me llamaba, y ese día no haría nada más que cenar y caer muerta en la cama. A Laurie ya le había dicho que no la vería. A Vince le quería escribir un mensaje más largo luego, todavía no había tenido un momento de calma para hacerlo.

—Tienes visita.

Durante un instante abrigué la absurda esperanza de que pudiera ser Vince, pero él jamás se habría presentado en casa de Kay sin avisar.

—Le dije a tu amiga que te podía esperar aquí.

«¿A mi amiga?». Seguí el dedo índice de Kay hasta la terraza, donde estaba Laurie, tecleando algo en su móvil.

—¿Has dejado entrar en tu casa a alguien apellidado Greenfield? —le tomé el pelo a Kay. Dejé en el suelo mi bolsa de tenis.

Ella puso los ojos en blanco solo medio en serio y troceó la fruta, que era de un amarillo anaranjado. Me quité las zapatillas y los calcetines y salí descalza.

—¡Hola! —saludé a Laurie.

Levantó la vista del teléfono y me sonrió. Con menos efusividad que de costumbre, me pareció.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Cinco minutos, como mucho. —Me indicó con un gesto que no me preocupase—. Tu madrina me dijo que te podía esperar aquí.

—Claro. —Me senté a la mesa con ella—. ¿Te apetece beber algo?

—Gracias, ya me lo ha ofrecido tu madrina. Ha sido muy maja.

Laurie parecía sorprendida, y no pude evitar reírme.

—Para ser la bruja del vecindario, quieres decir, ¿no?

Esbozó una sonrisilla.

—Bueno, no estaba segura de que me fuera a abrir la puerta.

—No te pareces lo suficiente a tu hermano para que no te la abra.

De nuevo su sonrisa se me antojó más contenida de lo que estaba acostumbrada en ella. Echó una ojeada al sitio.

—La verdad es que es una casa preciosa.

—Sí, es un buen lugar para vivir —aseguré, y guiñé un ojo.

—Pero —sus ojos volvieron a mí— tus planes no han cambiado, ¿no?

—¿Mis planes?

—Bueno, irás al US Open, ¿no?

—Claro. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué iba a cambiar eso?

Laurie vaciló.

—Es solo que... Vince y tú, vosotros... os lleváis muy bien.

—Pues... bueno... sí. Eso creo. —Las mejillas se me encendieron cuando me vinieron a la cabeza las imágenes del día anterior. Una imagen en particular. Su cabeza entre mis piernas. Su lengua en...

—Por mí no hay ningún problema —aclaró, y se apresuró a añadir —: Y tampoco es asunto mío. Pero —me miró fijamente— no le des falsas esperanzas, por favor.

Me sorprendió.

—¿Qué quieres decir con eso?

Se tomó unos segundos antes de contestar.

—Vince lo pasó mal hace un tiempo —se mordió el labio inferior, como si ya hubiese hablado demasiado—, está empezando de nuevo aquí. En O'ahu, el hostal. Hacía mucho que no era tan feliz.

Puse cara de sorpresa, porque no la seguía.

—Lo último que necesita es que alguien le rompa el corazón.

Me quedé helada.

—¿Que le rompa el corazón? Laurie, no... Entre nosotros no hay lo que piensas. —Arrugué la frente—. Alguna vez... nos hemos... enrollado. —«Es como si no fuera importante». Hice a un lado la voz de Vince—. Pero no hay nada más. —Me detuve—. O... ¿ha dicho Vince otra cosa?

—No ha dicho nada de nada —contestó, y exhaló un suspiro—. Porque se sube por las paredes en cuanto saco el tema. Hizo lo mismo cuando volvisteis de Kahuku.

—Bueno, puede que no le apetezca hablar de su vida amorosa con su hermana pequeña —aduje con cautela. ¿Acaso no había empleado él esas mismas palabras cuando le hablé en el camino de entrada de lo rara que se me hacía la situación con Laurie?

—Ni yo le pedí que hiciera nada semejante. Pero tengo la sensación de que le gustas. Mucho. Y esta vez no me quedaré de brazos cruzados viendo cómo... —No terminó la frase, apretó los labios—. No le hagas daño, ¿vale?

Asentí maquinalmente, porque seguía sin entender nada. Si Laurie me pedía que no le rompiera el corazón a su hermano, eso significaba... quería decir que ella creía... Y ¿podía ser verdad? «Es como si no fuera importante». Fruncí el ceño.

—Oye, también es posible que me equivoque y que él se tome esto igual que tú, que no lo vea como algo serio —admitió—. En ese caso todo será superfácil.

—Mmm —repuse con aire pensativo, porque no se me iba de la cabeza la voz de Vince: «Es como si no fuera importante».

—Pero si no es así...

—Ya, te entiendo.

Pareció aliviada.

—No se lo cuentes, ¿vale? Me refiero a que te haya hablado de esto. No sé cómo reaccionaría. —Su mirada expectante buscó la mía, e hice un gesto afirmativo y musité que estaba de acuerdo.

Me dedicó una sonrisa de agradecimiento y durante unos segundos nos quedamos absortas cada una en nuestros pensamientos. Después Laurie preguntó:

—Por cierto, ¿tú cómo estás? Pareces muy cansada.

—Creo que hoy me he excedido un poco —confesé—. Por culpa de la gastroenteritis he perdido mucho tiempo, y eso me somete a cierta presión. De la mala.

—¿Es que la hay buena?

Laurie lo dijo por decir, y pese a ello la pregunta resonó un momento en mi cabeza.

—¿Se te puede ver? ¿Mientras entrenas? O sea, ¿está permitido? —Al ver mi cara de sorpresa, añadió—: Es que me encantaría verte jugar.

—Claro, pásate cuando quieras.

Laurie señaló hacia dentro con un gesto vago.

—¿Crees que ella estará de acuerdo?

—¿Después de dejarte entrar en su casa y ofrecerte algo de beber?

Laurie se rio del tono de exagerado asombro que utilicé.

—No sé qué podría tener en contra de que lo hagas. Pero, si lo prefieres, se lo pregunto antes.

Una vez me quedé sola, volví a leer el mensaje que me había mandado Vince por la mañana:

> Hey, ¿tienes planes para esta tarde? Todavía te debo una puesta de sol en la playa... 😉

¿Y si Laurie tenía razón? ¿Y si yo de verdad le gustaba mucho a su hermano? ¿Y si esperaba que esto fuera algo más? Miré a lo lejos y recordé todas y cada una de las conversaciones que habíamos mantenido. Cada mirada, cada gesto, cada caricia. Después mis dedos se pusieron en movimiento.

Lo siento, pero hoy no puedo.

31

Vince me escribió dos veces más. El martes me hizo saber que había escuchado en Spotify una lista de reproducción de Anniemaycantarais. Aunque me interesaba mucho saber qué opinaba de la voz ronca de Henning May, me conformé con mandarle un pulgar hacia arriba. Al día siguiente me escribió para decirme que había quedado con Laurie, Chip y los demás para ir a comer una hamburguesa, que si quería ir. Puse como pretexto el cansancio y le deseé que se lo pasara bien. A fin de cuentas, no era del todo mentira. Había tenido una sesión de cardio tenis, había entrenado el remate y había pasado parte de la tarde en el gimnasio. Mi cuerpo estaba necesitado de descanso y sueño. Pese a ello, mi corazón hizo cosas extrañas cuando envié el mensaje. Se encogió y se quedó apesadumbrado. Y mi dedo índice cobró vida propia, fue bajando por mi lista de reproducción preferida y se quedó suspendido unos segundos sobre la canción que había añadido después de ir a la fiesta de Chip: *Love I*, de The Green. En el último momento decidí no ponerla, no regodearme en la melancolía y la nostalgia, así que cerré Spotify y pasé un rato navegando por las redes sociales. Como siempre, el tenis protagonizaba mi Instagram: vídeos de los puntos más largos, los golpes más rápidos, los discursos de agradecimiento más emotivos; fotos con citas, memes o estadísticas. Como la mayoría ya lo conocía, me pasé a TikTok, vi unos cuantos que se habían hecho virales y, por último, acabé en el canal oficial del US Open. Habían

fijado el vídeo de la pelota de partido de Coco Gauff del año anterior y ya tenía once millones de visualizaciones. Acompañado de sonidos de gran dramatismo la vi caer al suelo y romper a llorar de alegría, y en mi corazón se dieron cita los sentimientos más contradictorios: admiración, anhelo, envidia, insatisfacción, inquietud, ambición. Quería lo que ella tenía. Quería estar exactamente en ese sitio. Y al mismo tiempo sabía que aún debía trabajar con ahínco si quería alcanzar ese objetivo. Y me quedaban apenas tres semanas. Ese era otro argumento para dejar que lo mío con Vince quedase en nada. Él era una distracción, y las distracciones eran peligrosas.

Asentí para mí misma y musité un «Sí» a la nada.

Como si mi cabeza quisiera ponerme a prueba, en ese momento mi móvil empezó a vibrar. En la pantalla vi el nombre de Vince y me senté acto seguido un poco más recta. ¿Por qué me llamaba? Y ¿qué más podía querer? Ya le había dicho hacía una hora que no iría con ellos. Ahora ya eran —miré hacia arriba a la derecha— las siete y media. Lo más probable era que Laurie y él hubiesen salido para ir a esa hamburguesería hacía un buen rato. Lo más probable era que ya estuviesen allí. El teléfono siguió vibrando al menos veinte segundos más. Veinte segundos durante los cuales me saltó el aviso de que solo me quedaba un cinco por ciento de batería. Vince acabó dándose por vencido. Debatiéndome entre el alivio y el pesar, me puse a buscar el cargador. Mientras revolvía en los compartimentos de mi bolsa de tenis continué dándole vueltas a la pregunta de por qué me habría llamado Vince. Cuando encontré el cargador, lo conecté al teléfono y al enchufe. El teléfono vibró de nuevo en ese preciso instante. Esta vez en la pantalla vi que era Laurie. Fruncí el ceño. ¿Sería una casualidad? La cogí sin vacilar y contesté con un vacilante «¿Sí?».

—Hola.

Contuve la respiración, porque esa voz no era de Laurie. Y parecía avinagrada.

—¿Vince? —No esperaba que me contestase—. ¿Va... todo bien? ¿Por qué me llamas desde el teléfono de Laurie?

—Porque a mí no me lo coges.

Tragué saliva. Sopesé darle alguna excusa, pero algo en su tono me dijo que era demasiado tarde para eso.

—Laurie aún estará unos diez minutos en la ducha, así que ese es el tiempo que tengo para averiguar qué demonios te he hecho. —Sonaba no solo enfadado, sino también frustrado.

—No me has hecho nada.

—Entonces, ¿por qué estás tan rara?

—No estoy rara —objeté, pero incluso yo tuve que admitir que era una pobre excusa.

—Sí que lo estás, desde el sábado por la tarde. Si tiene algo que ver con lo que pasó en el jeep, si no querías que pasara o de alguna manera fui demasiado lejos...

—¡No! —exclamé deprisa, y parpadeé para librarme de las imágenes que se me pasaron por la cabeza.

—Entonces, ¿qué pasa? —Ahora su voz estaba teñida de perplejidad.

No sabía qué respuesta darle. Una que no me pusiera en un aprieto. Que no pusiera en un aprieto a Laurie.

—¿Es otra vez por tu madrina...?

—Kay no tiene nada que ver con esto —lo interrumpí mientras buscaba a la desesperada algún pretexto plausible—. Es solo que ahora mismo tengo mucho que hacer y no tengo tiempo para...

—¿Divertirte? —resopló.

—¡Sí! —afirmé—. He venido aquí para pulir mi regreso, no para tener un... rollo de verano.

—¿Un rollo de verano?

—Sí, Vince, un rollo de verano. —Proferí un suspiro—. Entre nosotros no puede haber otra cosa. Estoy en...

—Pues claro que no —respondió con una naturalidad que hizo que me frenara en seco.

Parpadeé. ¿Acababa de decir que...?

—Eh... ¿es que tú... opinas lo mismo?

—¿Qué?

—Que entre nosotros... en fin, que entre nosotros no puede haber nada. Nada... serio.

—Claro.

Durante un momento incómodo, embarazoso, angustioso se hizo el silencio en la línea, y a la cabeza me vino la pregunta de si habría algo peor aún que el hecho de que Vince me dijese lo que sentía por mí: que no sintiera nada en absoluto.

—Espera, ¿es que creías...? —Me llegó un sonido de incredulidad y apreté los ojos tanto que me dolió—. ¿Creías que estaba... enamorado de ti?

Su forma de pronunciar «enamorado», en realidad de escupirlo, lo empeoró todavía más.

—¡No! —solté, con una voz demasiado alta y con demasiado pánico, mientras las mejillas me empezaban a arder.

—¿Por eso me...? —Dejó la frase a medias, como si se parase a pensar—. ¿Porque creías que yo...?

—¡Que no! —Hice otro patético intento de salir del apuro.

—Vaya. —Dejó escapar una risotada carente de humor que se me alojó desagradablemente en el estómago—. Esto no me había pasado nunca.

Sentí que se estaba riendo de mí y poniéndome contra las cuerdas.

—¿Qué? ¿Que alguien no se quiera casar contigo en el acto?

—Más bien que alguien se imagine que le van a proponer matrimonio.

—Yo no me imagino nada —me defendí—. Laurie me... —Me callé deprisa, pero el daño ya estaba hecho.

—¿Laurie? ¿Qué tiene Laurie que ver con esto?

—Nada —repuse en voz queda. Me mordí el labio inferior y recé para que lo dejara estar.

—¿Qué te dijo mi hermana?

Guardé silencio.

—Muy bien, pues entonces se lo preguntaré a ella.

—¡No! —supliqué.

—Pues entonces dime ahora mismo qué está pasando.

De mi boca salió un sonoro suspiro.

—Estaba preocupada.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

Vacilé.

—Dijo que... lo habías pasado mal hacía algún tiempo. Y que no quiere que alguien te —me trabé— rompa el corazón.

A la espera de lo que seguiría, contuve el aliento.

—Y supongo que ese alguien eres tú —resopló—. ¿Por qué no le dijiste que eso era una chorrada? O sea, nos hemos enrollado un par de veces, nada más.

—Fuiste tú el que dijo que esa palabra era como si no fuese importante —le recordé, y me arrepentí nada más hacerlo.

—Ya, pero no dije que enrollarme contigo fuese importante.

Tragué saliva y me recompuse.

—Ahora mismo te estás portando como un capullo.

—¿Yo me estoy portando como un capullo? ¿Quién de los dos ha hablado a mis espaldas con mi hermana y después me ha hecho

ghosting en lugar de hablar conmigo?

—¡No te he hecho *ghosting*! Solo he mantenido las distancias, y estoy en mi derecho.

—Desde luego que estás en tu derecho. Pero hazlo por los motivos adecuados, joder, no porque mi hermana vaya contando mentiras sobre mí. —La voz le temblaba—. ¿Sabes lo mal que me he sentido estos últimos días? ¿La cantidad de veces que me he preguntado si me habría pasado?

—No te pasaste —repetí, con cierto remordimiento de conciencia.

Ni una sola vez se me había ocurrido que él pudiera atribuir mi distanciamiento a lo que habíamos hecho en el jeep. En realidad, tampoco le había dado ningún motivo para que lo pensara. En el camino de vuelta el ambiente había sido distendido y alegre. Pero sí, esa sensación se podía presentar después. Reconcomerlo a uno. Por esa parte, me daba mucha pena que se hubiese sentido mal.

—Pero Laurie sí se pasó de la raya.

—Solo estaba preocupada por ti. Y si hubiese dependido de ella, tú no te habrías enterado. —Nada más decirlo, fui consciente de lo espinosas que eran mis palabras—. Lo que quiero decir... a ver... —Balbuciendo, intenté salvar la situación—. Por favor, no te enfades con ella. Acudió a mí en confianza y la he fastidiado.

—Bueno, pues quizá tendría que haber acudido primero a mí.

—Y eso hizo, pero siempre te subías por las paredes.

No me sentí bien utilizando las palabras de Laurie. Al mismo tiempo, me acometió la fuerte necesidad de protegerla.

—Ya te dije en su día que no tengo ningún interés en hablar de mi vida amorosa con mi hermana pequeña. Porque-no-es-asunto-suyo.

—Pero tú sí eres asunto de ella. Eres importante para Laurie, Vince. Solo te tiene a ti.

—Tú qué sabrás. ¿Cuánto hace que nos conoces? ¿Tres semanas? No sabes nada de nuestra vida. —Sus palabras fueron duras, ásperas. Y al parecer él también se dio cuenta. Exhaló un suspiro y, suavizando un poco el tono, añadió—: ¿Por qué no me preguntaste a mí qué había entre nosotros?

Antes de que pudiera contestar, percibí un ruido de fondo. Era Laurie, que quería saber qué hacía Vince con su móvil. Vince le soltó que hiciera el favor de no meterse donde no la llamaban. Lo que contestó ella solo lo oí amortiguado. Quizá Vince hubiera dejado el teléfono a un lado. O Laurie se lo hubiese quitado y no supiera que yo estaba hablando con él. Las voces de ambos fueron en aumento. Discutieron, se pelearon, gritaron. Y yo acabé colgando y lanzando mi móvil a la cama.

«Mierda».

32

Cuando me desperté, me asaltaron en el acto los remordimientos de conciencia. Escribí un mensaje a Laurie y le pregunté cómo estaban las cosas. Me contestó cuando yo ya iba camino de entrenar.

> No me habla. Pili me va a pasar a buscar. Nos vamos de compras.

En otras circunstancias, su respuesta entrecortada me habría dado que pensar, pero el día anterior me había mandado un mensaje en el que me decía que no me comiera la cabeza. Y que su hermano había reaccionado de un modo desproporcionado y primero debía tranquilizarse. Pese a todo, me sentía culpable. Como me había ido de la lengua, ahora Vince estaba enfadado con su hermana, y eso que ella solo se preocupaba por él. Por el motivo que fuese. Probablemente lo más lógico fuese una relación que había acabado mal y a él todavía le pesaba. O al menos así había interpretado yo lo que había dicho Laurie. Sin embargo, estaba claro que interpretar no era uno de mis puntos fuertes. De lo contrario no habría entendido tan mal las señales, no me habría convencido tan deprisa de que yo era para Vince algo más que un rollo de verano. «¿Creías que estaba... enamorado de ti?».

—¿Lou? —La voz de Kay me arrancó de mis pensamientos.

—¿Mmm?

—Que si ya estás lista.

Asentí, hice rotar los hombros una última vez y terminé de calentar. El resto del día me volqué en el entrenamiento y disfruté de la tregua que supuso al caos que reinaba en mi cabeza. Corrí de línea lateral a línea lateral, subí hasta la red y volví a la línea de fondo, fui detrás de pelotas a las que sabía que no podría llegar y me dejé la piel en los saques. Jadeé, resollé y sudé y, sencillamente, no tuve tiempo de pensar en lo que había pasado entre Vince, Laurie y yo.

—Laurie no está —dijo Vince cuando me abrió la puerta, a media tarde, con una camiseta gris en cuyo pecho ponía algo en letras desvaídas. Iba descalzo y llevaba un bañador de surf que le llegaba hasta la rodilla.

—Lo sé. He venido a verte a ti.

No se movió un centímetro, pero eso no me alteró lo más mínimo.

—¿Puedo pasar?

Se hizo a un lado sin decir nada, lo justo para que pudiera pasar por delante de él. Durante un instante me distrajeron los numerosos colchones plastificados que se amontonaban a la entrada.

—Quería...

Para mi desconcierto, me dejó con la palabra en la boca y salió corriendo.

—Eh... ¿hola? —dije.

—Estoy haciendo pasta —aclaró él.

Lo seguí hasta la cocina, donde, en efecto, en una cazuela hervía agua a borbotones. De espaldas a mí, levantó la tapa, removió el contenido y lo tapó de nuevo. Después se dio la vuelta, se apoyó en la encimera y cruzó los brazos.

—¿Querías...?

En un primer momento me quedé en blanco. Luego entendí que Vince estaba retomando la conversación.

—Disculparme. Fue una estupidez por mi parte poner distancias sin explicarte por qué lo hacía.

No dijo nada, con lo que me dio la impresión de que todavía no estaba satisfecho con mi disculpa.

—Tendría que haber hablado contigo primero, en lugar de sacar conclusiones precipitadas. Y siento que te cuestionases lo que —carraspeé— pasó en el jeep.

Tras él la tapa empezó a golpetear, y Vince bajó el fuego. Cuando se giró hacia mí, su expresión ya no era tan inflexible como antes.

—¿Tienes hambre?

Puse cara de sorpresa, como si hubiese oído mal.

—¿Significa eso que ya no estás enfadado conmigo?

—Significa que he hecho pasta de más.

Una sonrisa vacilante asomó a mis labios. A continuación asentí.

—La pasta me encanta.

—Bueno, pues ahora te doy un táper. Ya me lo devolverás cuando puedas.

Me quedé helada.

—Era broma —se rio entre dientes—. Tendrías que haberte visto la cara.

Noté que me sonrojaba y puse los ojos en blanco. Mientras tanto Vince levantó la tapa de nuevo y sacó una espiral de pasta del agua. Se la llevó a la boca y yo me quedé mirando sus labios como embobada.

—Lista —decidió mientras masticaba, y vertió el agua en un colador que ya tenía preparado en el fregadero.

—¿Pongo la mesa o hago algo? —pregunté, sobre todo para no quedarme allí como un pasmarote.

—Puedes sacar el pesto de la nevera.

Hice un gesto afirmativo y abrí la nevera. Perdida, mis ojos recorrieron los alimentos, los envoltorios y las marcas que me eran desconocidos, pero nada me recordaba ni remotamente a los tarros de pesto de Barilla que teníamos nosotros en el frigorífico en Múnich.

—Eh... ¿estás seguro de que...?

—Es un tarro de cristal que está en la bandeja del centro.

Pegué un respingo, porque no lo había oído acercarse. Porque su boca estaba tan cerca de mi oreja que sentía su aliento en mi piel. Acto seguido, cometí el error de mirar hacia el lado. Le rocé la mejilla con la punta de la nariz. El inesperado contacto me hizo dar un paso hacia atrás. Me di con la cabeza contra la puerta de la nevera y apreté los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó, y dio un paso minúsculo hacia mí.

Noté el frío en la espalda, pero, sobre todo, su proximidad. Conseguí asentir. Él alargó el brazo y, durante una décima de segundo, pensé que quería acariciarme la mejilla, pero lo que hizo fue sacar de la bandeja del centro un tarro de cristal que contenía algo verde. Aunque estaba tapado con papel film, me llegó el aroma a ajo y albahaca.

—Espero que te guste el *genovese*.

Me impresionó la facilidad con que le salió la palabra. Cuando mi padre pronunciaba palabras en italiano, mi madre y yo siempre nos partíamos de risa.

—Claro —aseguré con cierto retraso—, pero nunca lo he probado casero.

—Será tu perdición, ya lo verás.

—Vaya, veo que alguien está muy convencido de su pesto.

—Es una antigua receta familiar.

—¿Esto no es muy de peli de Hollywood?

—De peli de Hollywood y de los Trevis de Bolonia. Mi madre era italiana.

—Oh, así que... ¿tú también eres bilingüe? —pregunté sorprendida.

—En realidad, no. Mi madre lo intentó... pero prefería hablar inglés. Cuando su padre aceptó el empleo que le ofrecieron en Estados Unidos y emigró con su familia, ella solo tenía cinco años. Creo que siempre se consideró más estadounidense que italiana.

—¿Cómo se llamaba?

—Luciana. —Entornó los ojos—. ¿Qué pasa?

Solo entonces fui consciente de que mis labios se habían curvado en una sonrisa.

—Nada. —Al ver su desconcierto, aclaré—: A la mayoría de los estadounidenses les cuesta el italiano, pero pronunciado por ti suena... bien.

Mi cumplido al parecer le produjo turbación. Esbozó una sonrisa inusitadamente tímida antes de retirar el papel film. Todo el aroma del pesto se desplegó, y proferí un sonido de placer.

—¡Huele de maravilla!

Él se encogió de hombros y su cara dijo poco menos que: «Ya te lo dije». Vi que sacaba dos platos de un armario de la cocina y servía en ellos una generosa porción de *fusilli* y una cucharada de pesto. Me miró para asegurarse de que me parecía bien la cantidad. Juntos salimos a la terraza con nuestro respectivo plato. Sobre el suelo de madera aún titilaba el calor del día, pero una leve brisa que soplaba del mar hacía que fuese soportable. El sol estaba bajo en el horizonte y bañaba el cielo en espectaculares tonos rojizos. Me quité las sandalias y me senté a su lado en el sofá. Él se colocó el plato en el regazo y apoyó los pies en la mesa, cruzados. Lo imité sin vacilar.

Los dos teníamos los pies grandes, pero los míos estaban bastante más blancos que los suyos. Alrededor de los tobillos yo tenía marcas del moreno, y el esmalte verde menta de las uñas estaba descascarillado, pero al menos ahora no tenía ampollas o rozaduras, algo que durante la temporada de tenis estaba a la orden del día.

—Perdona, no te he preguntado si quieres beber algo. —Se fue a levantar, pero le agarré el brazo para impedírselo.

—Voy yo luego a por algo.

Los ojos se le iluminaron, y fui consciente de lo que implicaban mis palabras.

—Uy, eh... Con eso no quería decir... Me refiero a que si tienes planes, pues...

—No tengo planes —zanjó mis titubeos.

—Vale.

En mis labios se dibujó una sonrisilla, y bajé la vista a mi plato de pasta.

—Pero Laurie debe de estar al caer, y es posible que el ambiente sea un poco... gélido.

—Sigues enfadado con ella.

No era una pregunta, puesto que ya conocía la respuesta. Posiblemente por eso Vince no dijese nada, mezcló la pasta y el pesto y se metió unas cuantas espirales en la boca.

—Es un poco injusto que a mí me perdones y a ella no, ¿no te parece? —me atreví a decir.

—¿Quién dice que a ti te he perdonado? —replicó, con la boca ya vacía. Su expresión permaneció seria tan solo un segundo.

—Es verdad, solo habías hecho demasiada pasta. —Entorné los ojos—. Y dime, ¿por qué?

—¿Por qué he hecho demasiada pasta? —Se encogió de hombros —. ¿Para mañana?

—O... ¿para Laurie? —Su cara me dijo que había dado en el clavo —. Dime la verdad: no quieres pelearte con ella.

—Pues claro que no quiero —admitió sin rodeos—. Odio discutir. Y se me da fatal.

—Dudo que Kay dijese lo mismo. —Y con mayor seriedad añadí—: Pues ponle fin. Habla con Laurie cuando llegue a casa.

Se paró a pensar y en el entrecejo se le dibujó una arruga.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —sondeé.

Vince me miró con expresión expectante.

—¿Qué quiso decir Laurie con lo de que... lo pasaste mal hace algún tiempo?

No respondió en el acto.

—Tuve algunos problemas en mi antiguo trabajo, antes de venirme aquí.

Me costó disimular la sorpresa. Por una parte, había dado por sentado que tenía que ver con una mujer; por otra, hasta ese momento no me había preguntado en qué trabajaba Vince. A qué se dedicaba antes. ¿Se seguía dedicando a ello? No, había dicho su «antiguo trabajo».

—¿Qué... eh... qué trabajo?

Titubeó.

—Informática.

—¿Informática? —repetí con asombro.

Soltó una risita.

—No es lo que esperabas, ¿eh?

—Bueno, es que no eres el típico friqui.

—Puede que eso fuese parte del problema. —Su sonrisa más bien fue un suspiro—. A largo plazo no era para mí.

Estaba claro que esa era la versión corta, pero no quise insistir.

—Pensé que tenía que ver con una exnovia —admití.

Enarcó las cejas con una mezcla de asombro y regocijo.

—Bueno, como Laurie tenía miedo de que te hubieras... de que pudieras haberte... quizá... enamorado de mí. —Mi voz ya no era tan firme como me habría gustado—. En cierto modo era lógico, no sé.

—Mmm. —Bajó la vista al plato—. Hace bastante que no tengo una relación.

—Igual que yo. Las relaciones son complicadas cuando uno se pasa todo el año viajando, cuando está cada dos semanas en un país distinto. En la habitación de un hotel distinto. En un huso horario distinto. Y las relaciones a distancia no son lo mío. Quiero tener cerca a las personas a las que quiero. Suena egoísta, lo sé.

—No, a mí no me lo parece. Y te doy la razón en lo de las relaciones a distancia. Están condenadas al fracaso.

—¿Alguna vez has tenido una?

Asintió.

—Cuando terminé el instituto. En verano la que era mi novia entonces se fue a la Costa Este para ir a la universidad. Todo fue bien durante tres meses exactamente, y caro de narices.

—¿Tú a qué universidad fuiste?

Tras un instante de vacilación que no se me escapó, repuso:

—A ninguna.

Dejé escapar un «Oh» de sorpresa que en el acto me resultó embarazoso, porque pareció esnob.

—Yo tampoco fui a la universidad —me apresuré a decir, y a continuación me metí en la boca unas cuantas espirales—. Y tenías razón, por cierto: ya no podré volver a disfrutar del pesto que se vende en los supermercados. —Mastiqué—. Así que, o me das la receta o vete contando con que a partir de ahora me plantaré en tu puerta cada dos por tres.

—Prefiero que te plantes en la puerta.

Algo en su tono me azoró.

—Porque las recetas de familia no se pueden revelar —aclaró en voz baja.

—Cierto. —Fue solo un susurro trémulo, que en ese momento lo dijo todo sobre mi estado de ánimo.

Nos miramos a los ojos.

—Oye... sé que todavía no hemos hablado de cómo va a ser esto a partir de ahora, pero... por mi parte me encantaría besarte. —Me miró con tal intensidad que solo fui capaz de asentir—. ¿Es eso un sí? —preguntó, para asegurarse, con una pequeña sonrisa, y se acercó.

En lugar de contestar, salvé los últimos centímetros que nos separaban y pegué mis labios a los suyos. Estaban aceitosos del pesto, pero no nos importó. Entreabrió los suyos y acepté la invitación adelantando la lengua. Se me escapó un suspiro cuando me topé con la suya y la rodeé con delicadeza.

—Sabes bien —musitó contra mi boca.

Arqueé una ceja.

—¿Otra vez poniendo por las nubes tu pesto?

—Mi... *pesto alla genovese*.

El brillo de sus ojos me dijo que lo había recalcado a propósito, ahora que sabía lo mucho que me gustaba oírle decir cosas en italiano. Pese a ello, su plan funcionó: me derretí como la nieve al sol. Él aprovechó la breve interrupción para dejar los platos en la mesa, pero en lugar de volver a besarme, se levantó. Desconcertada, lo miré primero a él y luego a la mano que me tendía.

—Todavía te debo una puesta de sol.

—Vaya —musité mientras el firmamento se coloreaba con las más bellas tonalidades rojas, anaranjadas y doradas.

Me figuré que veríamos la puesta de sol desde la playa, pero Vince señaló el árbol que se alzaba hacia el cielo en medio de la terraza. Subimos por unos peldaños hasta el mirador y nos quedamos allí de pie, acodados en la barandilla y con la mirada fija en el espectáculo que la naturaleza nos ofrecía en el horizonte.

—¿Subes aquí a menudo?

Vince hizo un gesto afirmativo.

—Creo que este es uno de los sitios que más me gustan de esta isla.

Me tomé unos segundos y lo miré de reojo, pero él seguía contemplando el horizonte.

—Gracias por enseñármelo —susurré.

Vimos en silencio cómo se hundía el sol en el océano y subía el crepúsculo. En el cielo despertaron las primeras estrellas y la luna se presentó para encargarse del turno de noche.

—Deberías poner un telescopio.

Arrugó la nariz.

—No sé mucho de estrellas. Sé dónde está la Osa Mayor y de milagro. —Sus ojos recorrieron el firmamento—. O no. No.

Me reí, le cogí la mano y tracé con su dedo índice las siete estrellas. Mis conocimientos de astronomía también se reducían a dos o tres constelaciones, pero la Osa Mayor la distinguí en el acto. Cuando fui a soltarle la mano, él entrelazó sus dedos con los míos. Contuve la respiración, por lo íntimo que resultaba el momento. Lo cercano. Vince me dirigió una mirada penetrante.

—Bueno, y ahora ¿qué? ¿Cómo seguimos? —Su voz era queda, un poco ronca.

—Ni idea. —Era la respuesta más sincera que le podía dar.

Dejó pasar unos segundos y dijo:

—Así es como lo veo yo: me gusta mucho estar a tu lado. —Me acarició con el pulgar el mío—. Estoy a gusto. Y creo que juntos... nos divertimos.

—Sí —dije con un hilo de voz, ya que todavía no sabía qué rumbo tomaría la conversación.

Miró nuestras manos entrelazadas mientras proseguía:

—Soy consciente de que solo estarás aquí tres semanas. Y de que tienes mucho que hacer. Y yo tengo el hostal. Pero... —cogió aire y levantó la vista— no creo que pase nada porque de vez en cuando... veamos juntos una puesta de sol, ¿no? —La sonrisa que añadió era ambigua, descarada y dulce. Además de contagiosa.

—¿Me estás preguntando oficialmente si quiero ser tu rollo de verano?

—Mi rollo de verano con el que enrollarme, sí.

Hice un gesto con la mano y él me la soltó, agachando la cabeza mientras se reía. Eché de menos su calor en el acto. Ya más serio, puntualizó:

—Tampoco pasa nada si no te apetece. —Y, bajando la vista, añadió—: *Assolutamente*.

—¡Oye! Que eso es manipulación.

—Yo lo llamaría técnica de persuasión —objetó con una sonrisa pícara.

Nuestra charla me envalentonó.

—¿Qué hay de las salidas de sol?

Vince pareció sorprendido.

—Solo has hablado de las puestas de sol —musité, y le regalé a mi estómago un aleteo nervioso—. ¿También están incluidas?

—Eso... serás tú quien lo decida.

Sentí de nuevo su mano en la mía, y solo entonces fui consciente de lo cerca que estábamos. De lo bien que me sentía.

—Vale —me oí decir.

—Vale... ¿te lo pensarás? —Su voz sonaba esperanzada.

—Ya me lo he pensado —repuse con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas.

33

—Creo que tú saliste bastante mejor parada que yo —afirmó Vince, y añadió otro leño al fuego. Las llamas se avivaron y lanzaron chispas al cielo nocturno.

—Y yo creo que deberías dar gracias a que tu madre se decidiera por Vince en lugar de Vincenzo.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Laurie apareció de repente en la terraza, con varias bolsas en la mano. Su vestido, de color claro, resplandecía en la oscuridad.

—Nada, solo estábamos comentando que a los dos nos pusieron el nombre de nuestros abuelos —conté con una sonrisa.

—A Laurie también —observó Vince.

—Sí —contestó algo después, y frunció el ceño.

—¿Qué tal con Pili? —preguntó su hermano en el silencio que se hizo a continuación.

—Guay. —Laurie seguía pareciendo escéptica, pero yo no supe decir con claridad si se debía al hecho de que yo estuviera allí o a que su hermano le volviera a hablar como si tal cosa.

—Veo que se te ha dado bien —dije, mirando las bolsas—. Enséñame lo que has comprado.

Durante un instante vaciló, pero después hizo un esfuerzo, vino hacia nosotros y se sentó a mi lado, doblando una pierna debajo del trasero con desenfado. Su perfume se mezclaba con un ligero olor a sudor que, sin embargo, no era desagradable. Acto seguido, me enseñó con orgullo sus adquisiciones: un biquini *bandeau*, unos

pendientes dorados que eran sendas plumas y un colorido vestido con estampado de flores de hibisco. Nos habló alegremente del día que había pasado en Honolulú. De calles comerciales abarrotadas, centros comerciales enormes y los megahoteles de la playa de Waikiki. Del restaurante vegano al que la había llevado obligada Pili y del Starbucks que servía cafés con flores hawaianas en la espuma.

—No sé si conseguiré ver Honolulú antes de marcharme —confesé.

—No te pierdes nada —refunfuñó Vince—. Es ruidoso y caótico y está lleno de gente. Y tiene muy poco que ver con Hawái.

Laurie se detuvo a pensar un momento, pero le dio la razón.

—¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho? —dijo cuando reparó en los platos sucios de la mesa.

Vince y yo nos miramos.

—Vine a disculparme y Vince me invitó a quedarme a comer. Y hemos estado hablando.

—Vale —contestó ella, alargando la palabra, y me miró con expresión expectante, como si intuyera que todavía no había terminado, pero fue Vince quien continuó.

—Tanto Lou como yo sabemos que solo se quedará aquí tres semanas, y que lo nuestro no puede ser más que un rollo de verano, pero a nosotros no nos supone ningún problema.

Laurie fue a decir algo, pero Vince se le adelantó.

—Solo queremos pasárnoslo bien. Nada más.

—De todas formas, ¿puedo decir algo? —preguntó Laurie.

Él se encogió de hombros.

—Siento haberme entrometido. Me pasé.

Vince pareció sorprendido para bien. Yo también contaba con encontrarme más resistencia.

—Bueno, y ahora tengo que ir a darme una ducha urgentemente. —Laurie se levantó—. ¿Te vas a quedar un rato más?

—Pues... —Miré a Vince. La luz del fuego se reflejó en sus ojos—. Creo que sí.

Su sonrisa me dijo que le gustaba la respuesta.

—Ah, por cierto. —Laurie señaló hacia atrás con el pulgar—. He visto que han llegado los colchones.

—Ya iba siendo hora —repuso Vince, y lanzó un suspiro—. No va a dormir la gente en el somier.

—Entonces ya solo faltan las colchas, ¿no?

Él asintió.

—Y las almohadas. Pero, si hiciese falta, podría improvisar.

—Todavía faltan unas semanas —afirmó Laurie con confianza antes de ir dentro.

—Pues ha ido bien —le dije a Vince.

—Ven aquí. —Me estrechó contra su pecho y me pasó un brazo por los hombros.

Yo aspiré el olor de su piel, que era más intenso en la oquedad de la clavícula.

—¿De verdad que no te importa que dentro de poco tengas que compartir este sitio con tanta gente?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que en cuanto abras el hostal la terraza ya no será solo tuya.

—Así es como debe ser.

—¿Mmm?

—El Ohana siempre fue un sitio que acercaba a las personas. —Su voz destilaba un afecto que me llegó hondo—. Me gusta la idea de que vuelva a ser así —musitó, y me abrazó un poco más fuerte.

34

A partir de entonces pasé cada tarde en casa de los Greenfield. La mayoría de las veces iba nada más terminar de comer, me sentaba con Vince y Laurie junto al brasero y hablaba con ellos del día. Les contaba cómo me había ido en el entrenamiento y escuchaba las novedades del hostal. Me enteré de que ya habían llegado las almohadas y las colchas y de que las habitaciones ya estaban listas para ser ocupadas. De que cada vez recibían más solicitudes de reserva y Laurie y Vince no daban abasto contestando correos electrónicos.

A veces escuchábamos música mientras tanto, en ocasiones Vince echaba mano de su guitarra. Laurie y yo tarareábamos o nos contentábamos con escuchar los suaves acordes que envolvían la terraza. Los graves bajos, que vibraban en el vientre. Y eran muchas las veces que me sorprendía el deseo de quitarle a Vince la guitarra de la mano y subirme a su regazo. Soltarle los dedos de las cuerdas y ponérselos alrededor de mi cintura. Pegar mi boca a la suya y besarlo. Que no es que no hiciéramos esas cosas constantemente; siempre que Laurie entraba en la casa para ir a por algo de beber o al cuarto de baño, nuestros labios se fundían en besos furtivos, nuestras manos buscaban suaves caricias. El disimulo no era necesario, pero nos gustaba lo que hacíamos, escondernos un poco. Lo que, sin embargo, no me impedía apoyar la cabeza en el hombro de Vince cuando estaba cansada. Acurrucarme contra su pecho cuando el viento soplaba más fuerte. A veces notaba que Laurie nos

observaba. No era una mirada crítica, pero sí vigilante. Atenta. Pese a lo cual siempre era la primera en irse a la cama cada noche, dejándonos a solas en la terraza con todos los sentimientos acumulados y la tensión que había entre nosotros, que la mayoría de las veces no tardaba mucho en descargarse. Nos besábamos en el sofá abrazados, nuestras manos se deslizaban por debajo de la ropa y exploraban centímetro a centímetro nuestra piel desnuda. Cambiábamos de sitio y nos íbamos a la habitación de Vince. Nos acariciábamos, nos tocábamos y excitábamos. Era emocionante este conocerse. Prometedor. Aunque con cada día que pasaba necesitase más fuerza de voluntad para dejar sus brazos a una hora razonable e irme a casa. Dormir en mi propia cama y conseguir las por lo menos ocho horas de sueño que mi cuerpo necesitaba urgentemente.

—¿Seguro que ya es la hora, Cenicienta? —farfulló Vince cuando hice amago de levantarme. Tenía la sensación de que la cama era tan vieja como la casa y crujía cada vez que nos movíamos.

—Son las diez y media. Tendría que estar en la cama hace por lo menos una hora.

—Hace una hora que estás en la cama.

A mis labios asomó una sonrisilla.

—Sí, pero no en la que debo.

—Eso según se mire. —Se apoyó en el antebrazo, con aire travieso.

La luz era tenue, pero bastaba para ver lo alborotado que tenía el pelo. Era culpa mía. Las causantes habían sido mis manos.

—¿Nunca tienes la sensación de perderte algo?

Puse cara de sorpresa.

—Solo es curiosidad —aclaró Vince—. Creo que yo tendría un FOMO de narices si todos los días estuviera en la cama a las nueve.

—No estoy en la cama todos los días a las nueve, pero es cierto que un descanso reparador es importante si uno quiere rendir al máximo en el deporte.

Por favor, parecía que lo había citado de un manual. Casi me extrañó que no me tomara el pelo. En lugar de hacer eso, dio la impresión de que se paraba a pensar en algo.

—A la semana pasas despierta unas quince horas menos que yo. Es muy fuerte.

Aunque, al igual que antes, lo decía más alucinado que como una crítica, me sentí un poco acorralada.

—No creo que durante esas horas me pierda mucho.

Vince subió y bajó las cejas.

—¿Quieres que te demuestre lo contrario?

Resoplé mientras ponía los ojos en blanco y saqué las piernas de la cama. Cuando me fui a levantar, Vince me retuvo con suavidad.

—Podrías quedarte a dormir aquí.

—Pues...

—A dormir de verdad, digo. —Esbozó una sonrisilla—. Dará lo mismo que estés en una cama u otra a las nueve.

—No me meto en la... —Cuando me di cuenta de que me estaba picando, no terminé la frase—. También es importante la calidad del descanso.

—¿Es que mi colchón no satisface tus exigencias?

—El problema no es el colchón. —Me incliné hacia delante y le di un sonoro beso—. Sino la persona que lo ocupa.

—No soy de los que te dejan sin sábana, si es lo que temes.

—No es eso lo que temo.

—Y no ronco.

—Eso dicen todos.

—No hablo en sueños.

—¿Eso te lo ha dicho la mujer que duerme contigo por las noches? —Arqueé las cejas de broma y se rio. Me reí con él, y de pronto tuve la sensación de que nos conocíamos desde hacía una eternidad. Como si fuese lo más natural del mundo tomarnos el pelo el uno al otro. Era bonito, pero también asustaba un poco—. Si estuviese contigo en la cama, no querría dormir. —Me salió sin pensarlo—. Querría...

Dejé la frase en puntos suspensivos, pero la cara que puso me dijo que lo entendía perfectamente. «Acostarme contigo». Hasta ahora no habíamos dado ese paso. El gran paso. El último. Sabía que dependía de mí. Que Vince dejaba que fuese yo la que decidiese si quería darlo. Y que no pasaba nada si no quería, si no quería sexo sin un futuro. Acostarme con alguien que dentro de dos semanas habría desaparecido por completo de mi vida. Eso era algo que también me gustaba de él, que aceptaba mis decisiones, respetaba mis límites.

—Te acompaño a casa —dijo, y se incorporó.

Fuimos por la playa, como el día anterior y el otro. Quizá porque el camino era más romántico. O más largo. Retrasaba la despedida. La luna solo era un pequeño gajo rodeado de miles de estrellas que iluminaban el cielo, bañando el océano en una luz plateada. El agua se hallaba en calma, era como una balsa. Solo un leve murmullo revelaba que estaba ahí.

—Por cierto —empezó cuando estábamos cerca de la escalera por la que se subía a la casa de Kay—, mañana por la tarde he quedado con los demás para hacer surf.

—No pasa nada. Tampoco tenemos por qué estar pegados como lapas todas las tardes. —Hice una mueca, aunque debía admitir que me gustaba bastante estar pegada a él.

—En realidad, te quería preguntar si te apetece venir con nosotros.

—Oh —dije, sorprendida.

—Podrías mirar o, si te apetece, probar otra vez.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué? ¿Hay algún motivo por el que no debería estarlo?

—Bueno, es que hace tiempo que no haces nada con tus amigos, y no me quiero interponer.

—No te interpones.

—Y ¿ellos opinarán lo mismo?

Nos quedamos parados junto a la escalera. La arena aún conservaba el calor del día, pero cuanto más hondo se enterraban en ella los dedos de mis pies, tanto más fría estaba. Me gustaba esa sensación.

—Claro —repuso con naturalidad—. Además, saben que solo te... —No terminó la frase, y sentí un pequeño pellizco en el corazón—. Que te irás pronto.

—¿Cuándo habéis quedado? —pregunté para no pensar en las contradictorias emociones que me asaltaron: el miedo, la alegría anticipada, el nerviosismo, la tensión, la preocupación, la melancolía.

—A las tres y media. Así aún tendremos unas cuantas horas hasta que se ponga el sol.

—Lo veo un poco justo. —Arrugué la nariz—. Pero podría ir después, si no está muy lejos.

—Un cuarto de hora, como mucho. Te envío la ubicación.

—Guay.

—Puede que a Laurie le apetezca, sabiendo que vas tú.

—La verdad es que sería perfecto, porque quería ver cómo entreno. Podríamos ir juntas cuando termine.

—¿Laurie te quiere ver entrenando?

—Sí, lo hablé hoy con ella en la terraza.

—Mucho habláis vosotras —afirmó, y exhaló un suspiro.

Cogí aire, haciéndome la ofendida, y fui a darle un empujón de broma, pero me interceptó la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Debería ir yo también a verte? —musitó.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por tu madrina?

Negué con la cabeza con una sonrisilla.

—Porque sería incapaz de concentrarme.

Acto seguido me estrechó entre sus brazos. Nuestros labios se unieron en un beso tierno, y me invadió una sensación de calidez. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro. Aspiré con fuerza su olor.

—Bueno, entonces, ¿nos vemos mañana? —preguntó cuando nos separamos, después de un buen rato.

—Mmm —musité, embobada.

Satisfecho, Vince hizo un gesto afirmativo.

—Pues buenas noches, Cenicienta.

—¿Por qué Cenicienta?

—Porque siempre te vas en el mejor momento —Sonrió, y en ese instante no habría podido dejar de mirarlo aunque el cielo se hubiese iluminado con fuegos artificiales—. Y porque después tengo la sensación de que mi carroza se vuelve a convertir en calabaza.

—Así que, en realidad, Cenicienta eres tú —afirmé pícara, y le di un último beso en la boca.

Poco después, con una sonrisa extasiada y las rodillas flojas, subí la escalera que conducía a la casa. En el último escalón oí voces y me

detuve. Solo me llegaban retazos, pero no cabía duda de que era una discusión. Y, si no me equivocaba, la segunda voz era de Gabe. Fruncí el ceño. ¿Qué estaba haciendo ahí a esa hora? Cuando llegué al final de la escalera, me dio tiempo a ver que entraba en la casa. Kay estaba sentada a la mesa, con la vista clavada en una copa de vino casi vacía. Justo al lado había otra. Me tomé un momento para analizar la situación, pero acto seguido me sentí como una mirona. Carraspeé para hacer notar mi presencia, y Kay levantó la vista.

—Hey —la saludé, con vacilación.

Ella esbozó una sonrisa forzada.

—Hola.

—¿Ese era Gabe? —pregunté con cautela.

—Sí, se... pasó sin avisar.

—¿Os estabais peleando?

Pareció sorprendida.

—Lo siento, os oí sin querer —añadí.

En lugar de contestar, Kay se sirvió en su copa el poco vino que quedaba y se lo bebió de un trago.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí —musité, sin saber si debía dejarlo estar o no—. ¿Por qué estabais discutiendo?

—Bah —hizo un gesto con la mano para restarle importancia—, por nada.

Aunque sabía que no era asunto mío, no fui capaz de callarme.

—No lo parecía.

—Lou —dijo, y lanzó un suspiro.

—¿Por qué te cierras tan en banda?

Entornó ligerísimamente los ojos.

—¿Con qué?

—Está claro que entre vosotros hay algo. Entre Gabe y tú.

—No hay nada. —Miró hacia un lado.

—¿Por qué no? Cuando está él sonríes mucho más. Y cuando te mira...

—¡Lou! —me cortó Kay con una aspereza inusitada—. Tú y yo no vamos a ponernos a hablar de mi vida amorosa ahora. —Su mirada me dejó claro que era todo cuanto diría, y no insistí más—. Me voy a la cama —añadió, y echó mano de las copas de vino vacías—. Buenas noches.

—Buenas noches —farfullé, pero ella ya se había metido en casa.

35

—Que sepas que me he informado: para ganar un partido de tenis tengo que ganar dos sets. Para ganar un set —Laurie se atascó— tengo que llevarme por lo menos seis juegos. —A sus labios asomó una sonrisa de orgullo—. Pero, además, puede haber un *tie break*, que es cuando... —se interrumpió—. ¿Qué?

—Nada. —Sonreí—. Que es un detalle que lo hayas buscado.

Me agarré a la red con la mano derecha y balanceé una pierna hacia delante y hacia atrás para activar la cadera.

—¿Hola? No iba a venir sin saber nada a mi primer partido de tenis.

Dejé de moverme.

—Pero sabes que hoy solo voy a entrenar, ¿no? No tengo rival.

Frunció la frente.

—Pensaba que tu madrina era tu rival.

Repetí el ejercicio con la otra pierna.

—No, ella solo me tira las pelotas.

No tuve claro si Laurie se sentía confusa o desilusionada.

—De vez en cuando entreno jugando contra mi compañera, Malia, pero hoy no está.

Me situé de cara a la red y volví a hacer el ejercicio con movimientos laterales. Laurie sacó el móvil y me hizo una foto.

—Se lo prometí a Vince.

Enarqué las cejas.

—¿Que me harías una foto mientras calentaba?

—Que te sacaría una foto con ropa de tenis. —Me guiñó un ojo. Después su mirada se desvió y se tensó un poco—. Hola, señora Diamond —saludó educadamente.

Yo estaba convencida de que Kay la corregiría, le diría que era «señorita», ya que no estaba casada, pero me sorprendió y se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza cordial. Kay no tenía nada en contra de que Laurie viese el entrenamiento. Lo único que había pedido era que fuese después de comer, cuando yo ya había terminado la mayor parte del trabajo diario. A Laurie y a mí nos pareció perfecto, porque después de entrenar queríamos ir con Vince y los demás.

—¿Empezamos? —preguntó Kay tras dejar su bolsa debajo de la sombrilla, junto al banco en el que se había sentado Laurie protegida por una gruesa capa de crema solar.

Salté un poco y asentí.

Durante la siguiente hora, entrenamos reveses cortados desde la línea de fondo, que combinamos devolviendo pelotas con efecto cortado que me obligaban a subir a la red para acumular puntos con mis voleas. Estuve bien, jugué con fuerza y precisión. Miraba sin parar a Laurie, que seguía embobada todo lo que sucedía en la pista. En una ocasión incluso me grabó en vídeo, y me pregunté si se lo enviaría a su hermano.

Excepcionalmente, me salté la sesión de fisioterapia. Ya lo había hablado con Gabe. Para compensar, estiré bien y además hice unos cuantos ejercicios con el rodillo miofascial.

Laurie y yo nos fuimos sobre las cuatro. Vince nos había dejado el jeep, a él lo iría a buscar Pili. En lo que duró el trayecto, Laurie me acribilló a preguntas sobre tenis, lo que me dijo con absoluta certeza que se había divertido viéndome.

—¿Crees que también estará Chip? —me preguntó cuando, según el navegador, estábamos a solo cinco minutos de nuestro destino.

—¿Me lo preguntas a mí?

—Pensé que quizá lo hubiese mencionado Vince.

—¿Por qué no se lo preguntaste sin más?

—¿A Vince o a Chip?

—A Vince.

Arrugó el entrecejo.

—Ni de coña le voy a preguntar a mi hermano si va a ir su colega cañón. Y menos todavía cuando ya me ha hecho alguna insinuación rara.

—¿Alguna insinuación?

—Sobre Chip y sobre mí, sí.

—Pero si entre vosotros no hay nada. —Le dirigí una mirada escrutadora—. ¿O sí?

—No —refunfuñó—. Solo nos hemos mandado algunos mensajes, pero es todo puramente platónico. Además, no creo que tenga ninguna posibilidad con él.

—¿Por qué no?

—No soy su tipo —adujo, compungida.

—Menuda chorrada...

—Le gustan las clásicas tías surfistas. Como Pili. Y como Millie.

—Su ex.

Me detuve ante un semáforo.

—Bueno, probablemente no sea el mejor momento para enrollarte con él, ¿no? —Lo dije sobre todo para animarla—. Tampoco te vas a quedar aquí mucho tiempo.

—No lo sé. Ya veremos.

La miré con cara de sorpresa.

—¿No tienes que volver a la universidad?

Exhaló un hondo suspiro.

—Pues sí, pero... en cierto modo todo en mí se resiste a ello.

—Cuando se está de vacaciones es normal que uno no quiera volver a la rutina.

El semáforo se puso en verde y aceleré.

—Puede, sí.

Poco después llegamos a nuestro destino. Daba la impresión de que la playa era conocida, a juzgar no solo por las numerosas furgonetas con soportes para las tablas de surf que estaban aparcadas junto a la carretera. También el mar estaba lleno de surfistas que zigzagueaban por el agua. En la arena había gente mirando, que los jaleaba y aplaudía.

—¿Es una especie de pasarela del surf? —bromeó Laurie.

Me encogí de hombros. Fuimos juntas hasta la orilla. Laurie llevaba una nevera portátil en la que había metido bebidas, fruta y algo de comer para todos. El biquini ya lo llevábamos puesto debajo de la ropa. Me había decidido por el de color turquesa y tenía muchas ganas de ver la reacción de Vince.

—¿Tú los ves? —Hice visera con la mano para atenuar el sol.

—Lo más probable es que estén en el agua, pero Vince ha traído la sombrilla de Tommy Bahama, que es bastante llamativa, seguro que la vemos.

No se equivocaba. Enseguida nos tumbamos en un paisaje de vistosas toallas. Laurie había reconocido no solo la sombrilla, sino también el balón fosforito de vóley playa, que al parecer era de Vince.

—Esa podría ser Pili —dijo al tiempo que señalaba a una chica de pelo oscuro que lucía una camiseta de surf amarilla de manga larga.

Estaba subida en la tabla con las rodillas flexionadas, surfeando una ola imponente.

—Vaya —musité mientras observaba alucinada cómo se mantenía en la tabla. Más y más tiempo.

—Es brutal —observó Laurie mientras Pili llegaba hasta donde el agua era poco profunda y saltaba ágilmente de la tabla.

Alguien aplaudió, lo que hizo que Pili mirase hacia donde estábamos nosotras. Al reconocernos, nos saludó con la mano. Al poco, cuando se dejó caer en la arena delante de nosotras, parecía agotada y feliz.

—Hoy las olas son flipantes —afirmó jadeando.

—Ha sido brutal —aseguré—. ¡Menudo control de la tabla con esa ola! Medía por lo menos diez metros.

Ella se rio.

—Puede que dé esa impresión, sí, pero serían, como mucho, cuatro.

—¿Qué? —Miré el océano sin dar crédito.

—Tal cual. Quizá ahora te hagas una idea de las olas que suele surfear Chip.

Me acordé de los 26,5 metros y noté que se me erizaba la piel de los brazos.

—Gigantes dormidos —dijo en voz queda Pili.

—¿Está en el agua? —preguntó Laurie, procurando parecer impasible—. ¿Chip?

Pili negó con la cabeza.

—Ha quedado con su hermano. Puede que venga más tarde.

La decepción se reflejó en el rostro de Laurie.

—¿Chip tiene un hermano? —me extrañé.

Pili hizo un gesto afirmativo.

—Tristan. Es socorrista.

—Como el padre de Chip —recordé.

—Sí, los Chipman son algo así como los Buchannon de O'ahu —respondió con una risita.

—¿Los Buchannon? —preguntamos al unísono Laurie y yo.

—*¿Los vigilantes de la playa?* —Pili nos miró con expresión expectante—. La protagonizaba Mitch y también aparecía Hobie, su hijo. ¿Los dos socorristas...?

—Ah, es verdad. —Laurie asintió vagamente. A mí, en cambio, esos nombres no me dijeron nada.

—Bueno, da lo mismo. La cosa es que tanto el padre como el hermano de Chip son socorristas porque es su pasión. —Algo le llamó la atención en el agua—. No está mal, Greenfield —musitó, y amusgó los ojos.

Seguí su mirada hasta un chico con un bañador rojo coral que estaba surfeando una ola y en ese momento permanecía suspendido en el aire. En cuestión de segundos, realizó un giro de ciento ochenta grados en la tabla y se deslizó por el agua. Vimos la espuma blanca y Pili se levantó de un salto, eufórica, y exclamó:

—¡Sí!

A nuestro alrededor se oyeron gritos de júbilo. Por mi parte estaba demasiado conmocionada para poder hacer otra cosa que no fuese mirar. No era consciente de que Vince podía hacer algo así. De que podía surfear así. «Por favor, qué sexi», pensé mientras seguía deslizándose, luego retrocedía un tanto y giraba. Era veloz como una flecha. Me recorrió un cosquilleo que me llegó hasta las entrañas. Mi cuerpo se llenó de calor. ¿Era excitación? ¿Me ponía que Vince surfease tan bien? No. Era otra cosa, constaté un tanto asustada: orgullo. Me sentía orgullosa de él. Y de que fuese mío. En cierto modo.

36

Vince siguió surfeando con soltura diez olas más. Algunas se le dieron mal y cayó de la tabla, pero en la mayoría tuvo mucha maña.

—Rara vez lo he visto así —comentó Pili cuando Vince salió del mar con Milo y Brody. Los tres eran la imagen de la perfección, con su bronceado cuerpo de surfista y su pelo ondulado—. Seguro que es por ti.

Me volví hacia ella.

—¿Por mí?

Pili ladeó la cabeza.

—Yo diría que le motiva que estés aquí.

—Pero si no sabe que estoy. —Mi voz tembló de forma sospechosa —. Me refiero a que no ha visto que hemos llegado.

—Ya te digo yo que sí —aseveró con un tono que no supe interpretar bien.

—Si antes no te ha visto, ahora está claro que sí —comentó Laurie.

A tan solo unos metros de distancia ya, Vince me dedicó una sonrisa deslumbrante a más no poder, que yo atribuí al subidón de dopamina. Pero, para mis adentros, temía que hubiese otro motivo. Y era un motivo bonito, de un bonito que aceleraba el corazón. Pero también peligroso. Y delicado. Y malo. Tan malo como el orgullo que había sentido yo antes al ver a Vince haciendo surf.

—Hola —me saludó con la más preciosa de sus sonrisas con hoyuelos, como si quisiera distraerme de mis pensamientos

negativos.

Y funcionó. Mi corazón se inundó de un agradable calor. Vince se dejó caer de rodillas delante de mí y me dio un beso tan apasionado que nos caímos los dos hacia atrás en la arena. Tenía el cuerpo mojado y frío, y me proporcionó un alivio que necesitaba con urgencia.

Uno de los chicos se puso a decir burradas, y vi con el rabillo del ojo que Vince le hacía una peineta sin dejar de besarme.

—Me alegro de que hayas venido —musitó contra mis labios, que ahora sabían a sal.

Nos sentamos y ni siquiera nos molestamos en sacudirnos del cuerpo la arena con la que estábamos rebozados. Pili y los chicos se abalanzaron sobre la comida como si estuvieran desfallecidos. Laurie y yo nos conformamos con agua mientras escuchábamos sus opiniones de surfistas profesionales. Utilizaron tantas palabras que no conocíamos —*airdrop* y tubo y *kick out* y aéreo— que desconectamos relativamente deprisa y nos pusimos a hablar de otras cosas.

—¿Qué tal el entrenamiento? —preguntó Vince algo después, y me abrazó por detrás y apoyó la barbilla en mi hombro.

—¡Ha sido flipante! —respondió por mí Laurie—. No es coña, tendrías que haberlo visto. Cómo lanza a todo trapo las pelotas al otro lado de la red. —Lo imitó con un enérgico movimiento de la mano y le dio en la mejilla a Vince—. Uy, perdona.

Halagada y un poco cohibida, bajé la vista.

—Puede que algún día yo también tenga ocasión de verte jugar —me susurró al oído, y se me erizó la piel a lo bestia en los brazos.

—Joder... a vosotros dos no hay quien os aguante —se lamentó Pili, e hizo una mueca como de asco.

—Tú porque no quieres —repuso Vince lo bastante alto para que lo oyera ella, pero no Milo.

Pili puso los ojos en blanco. En ese mismo momento, Brody saludó:

—Chip, ¡hola!

Chip venía hacia nosotros con la tabla de surf debajo del brazo, el torso al aire y un bañador estampado que le caía por las caderas. Algunas personas que estaban a nuestro alrededor lo reconocieron y empezaron a cuchichear entusiasmadas. Conocía a Chip y lo mucho que le gustaba recibir esa clase de atención.

—¿Me habéis dejado alguna ola buena?

Pili hizo una especie de reverencia.

—El escenario es todo tuyo.

Él asintió satisfecho, dejó la tabla en la arena y se quitó la mochila que llevaba al hombro.

—¿Cómo le va a Tristan? —se interesó Vince.

—Bien. —Chip se encogió de hombros—. Se ha presentado a capitán del equipo. —Y añadió a continuación, con guasa pero sin malicia—: Mi padre está que no cabe en sí de orgullo.

—Hablando de tu padre... —Brody señaló la desatendida torre de vigilancia que teníamos cerca—. ¿Se puede saber qué pasa? ¿Desde cuándo terminan de trabajar tan pronto?

Chip se miró el reloj.

—Pero si son las cinco y media.

—Cuando llegamos ya no había nadie —adujo Milo.

—Mmm. Puede que vuelva a haber falta de personal —aventuró Chip.

Milo arrugó la nariz.

—Solo era un comentario. Es peligroso, con estas olas.

—Se lo diré. —Chip miró a sus amigos—. Bueno, ¿qué? ¿Viene alguien conmigo o ya os habéis cansado?

Pili y Milo negaron con la cabeza, Brody se paró a pensar.

—Y tú, ¿qué me dices? —me preguntó Vince en voz baja—. ¿Quieres probar otra vez?

Lo miré como si estuviese mal de la cabeza.

—Ni de coña me meto yo ahí. Casi me da algo de pensar que esas olas gigantes os pudieran engullir a alguno de vosotros.

—¿Estabas preocupada por mí? —preguntó con excesiva autocomplacencia.

Puse los ojos en blanco.

—He dicho «vosotros».

—Yo me quedo, ya he tenido bastante por hoy —decidió Vince.

Chip y Brody cogieron sus respectivas tablas y fueron hacia el mar.

—Voy con vosotros —dijo Laurie, que se levantó de un salto de su toalla—. Necesito refrescarme.

—Pero ten cuidado, el oleaje es fuerte —advirtió Vince.

Poco después, Pili y Milo cogieron el balón de vóley playa y se pusieron a darle toques relajadamente.

—¿Jugamos? —me preguntó Vince.

Iba a asentir cuando Pili dijo:

—Yo he traído unas palas.

—Ni de coña —soltó Vince—. No pienso jugar al tenis playa contra alguien que compite en Wimbledon.

—¿Tienes miedo? —le tomó el pelo Milo.

—No sabes cuánto —fue la sincera respuesta de Vince, y nos echamos a reír.

—Seré buena —prometí, y le guiñé un ojo.

—Ya, ya, ¿y lo de «lanzar a todo trapo las pelotas al otro lado de la red»?

—Yo aquí no veo ninguna red —aduje, con una sonrisa inocente.

—No te pongas así, Greenfield —se cachondeó Pili.

Bajó las orejas refunfuñando y aceptó la pala verde fosforito que le di.

—Por si te tranquiliza: hace siglos que no juego a esto.

Lancé al aire la pelota rosa y la cogí con una mano.

—No me tranquiliza lo más mínimo.

Me reí y puse entre nosotros la distancia suficiente para poder empezar a jugar.

—Juego, set y partido —anuncié con placer malicioso cuando Vince estaba tendido de espaldas en la arena menos de un cuarto de hora después.

—¿Desde cuándo cansa tanto jugar a esto? —jadeó.

—Desde que juegas contra alguien que compite en Wimbledon. —Le hice un guiño al tiempo que le tendía la mano, pero en lugar de dejar que lo ayudase a levantarse, me hizo caer—. Te veo las intenciones —me quejé solo medio en serio cuando me vi encima de él.

—Tú también te has puesto este biquini con «intenciones» —musitó contra mi boca.

Iba a besarlo cuando un grito hizo que me detuviera. Levanté la cabeza y la volví deprisa hacia el agua. Desorientada, entorné los ojos porque el sol me cegaba y entonces oí otro grito. Una chica pedía ayuda.

—¡Mierda, es Laurie! —exclamó Pili.

Tras un instante de conmoción, Vince y yo nos levantamos de un salto y clavamos la vista en el mar: en efecto, era Laurie. El agua la había arrastrado bastante dentro, movía los brazos como loca y

gritaba despavorida mientras a su alrededor se alzaban olas de varios metros. De un segundo a otro el miedo me paralizó. Alguien pidió que acudiera el socorrista, pero yo sabía que no había ninguno. Con cierto retraso me di cuenta de que Vince ya se había puesto en marcha y salí corriendo detrás de él hacia el agua. Una ola enorme rompió encima de la cabeza de Laurie. Alguien pegó un grito y tardé un momento en darme cuenta de que era yo.

—¿Es ese Chip? —oí que decía Pili mientras Vince se tiraba al agua.

Seguí su dedo índice. Alguien nadaba hacia Laurie. Desde donde estaba no distinguía si era Chip, pero iba hacia ella dando potentes brazadas de crol. Contuve el aliento y ahora percibí a mi alrededor el murmullo teñido de preocupación.

—Ya casi está con ella.

Pili se había situado a mi lado, sin dejar de mirar el mar. Estaba claro que se refería a Chip, ya que Vince aún seguía muy lejos de Laurie y le costaba resistir el embate de las indómitas olas.

—No te preocupes, lo tiene controlado —me aseguró Pili, y una parte de mí deseó que se refiriese a Vince.

Y es que, mientras que ahora Chip ya casi había dado alcance a Laurie, imponentes olas engullían una y otra vez a Vince. El miedo me atenazó el estómago, y no me pareció bien que una voz desconocida lanzara un suspiro detrás de mí y dijese: «Gracias a Dios». Chip estaba con Laurie, le decía algo. A continuación la cogió por las axilas. Una persona gritó de alegría; otra aplaudió. Yo todavía no sentía ningún alivio. Al contrario. Tenía el corazón como si alguien lo hubiese estrujado mientras la cabeza de Vince aparecía y desaparecía en medio de olas gigantes. Volvía a aparecer y desaparecer. Me aterrorizaba tanto mirar como no mirar.

—¡Vince! —exclamé—. ¡Vuelve! —Era consciente de que no me podía imponer al rugido de las olas, pero no me di por vencida—. ¡Vince! —Presa del pánico, me giré hacia Pili y Milo—. ¡Tiene que salir de ahí!

—¡Vince! —gritó ahora también Milo, y me uní a él.

Entre tanto, Chip y Laurie avanzaban bien y se acercaban a la orilla.

—Voy a por él —decidió Milo, pero Pili lo intentó retener agarrándolo del brazo.

Fue solo un segundo, aunque bastó para ver el miedo reflejado en su cara. Temía por Milo.

A lo largo de los minutos que siguieron pasaron tantas cosas a la vez que me costó verlo todo. Chip trajo a Laurie sana y salva, la ayudó a salir del agua pasándole un brazo por la cintura y la envolvió bien en la toalla que tenía lista Pili. Milo informó a Vince de que Laurie estaba bien y volvió a nado con él. Cuando vi que salía del agua, no me pude contener más y salí corriendo a su encuentro.

—Eh, eh, eh —dijo cuando le eché los brazos al cuello—. No pasa nada —me susurró al oído, pero noté que temblaba. Que su corazón martilleaba veloz contra el pecho. Y el mío contra el suyo—. ¿Estás bien?

Comprendí con cierto retraso que no me lo preguntaba a mí, sino a su hermana. Laurie estaba en medio de nosotros, tiritando y pálida. Sus ojos azules decían que todavía estaba un poco conmocionada.

—Se metió en una corriente —explicó Chip.

No se le notaba el esfuerzo que había realizado, pero en su mirada había algo. Oscuridad. Como si algo sombrío se hubiese apoderado de su alma. El vello de los brazos se me erizó.

—¿Necesitas que te vea un médico? —preguntó Vince a su hermana con suavidad, preocupado.

Laurie negó con la cabeza con cierta apatía.

—Solo tengo frío. Y estoy cansada.

—Nos vamos a casa —decidió.

37

—¿Está dormida? —preguntó Vince cuando salí a la terraza.

Sentado junto al brasero, avivaba el fuego con un botellín de cerveza en la mano. Estaba pálido y tenía la mirada perdida.

—Sí —contesté en voz baja, y me senté a su lado.

Cuando llegamos a casa, ayudé a Laurie a ducharse y después me quedé un rato junto a su cama, escuchando su respiración acompasada.

—Estaba muerto de miedo por ella.

—Lo sé —musité, y me apoyé en su hombro.

—Si le hubiera pasado algo. Si... —No siguió hablando y echó la cabeza hacia atrás—. Mierda.

—Hey —busqué su mirada—. Todo ha salido bien, a Laurie no le ha pasado nada. Y a ti tampoco.

Ladeó ligeramente la cabeza.

—¿A mí?

Puse cara de asombro.

—A ti, sí. Casi me muero de la preocupación cuando estabas en el agua.

Durante un momento pareció sorprendido, y me pregunté por qué.

—Soy buen nadador.

—Y yo soy buena tenista, y a pesar de ello a veces fallo alguna pelota.

—Pues esta tarde no se te pasó ni una.

—No cambies de tema.

—¿De qué tema?

—De que te has librado por los pelos.

—No me he librado por los pelos. Yo no.

—Tú sí —insistí, fuera de mí.

Apreté los labios y noté que me miraba.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras las crepitantes llamas devoraban la leña.

—Tenía miedo por ti, Vince. Tenía miedo de que te ahogaras y no te volviera a ver. —Mi voz era bronca—. De que lo último que te dije fuese una chorrada sobre un biquini.

A sus labios afloró una sonrisilla.

—Ese fui yo.

—¿Qué?

—Que lo del biquini te lo dije yo a ti.

Tenía razón. Yo le había dicho otra cosa, pero ya no me acordaba.

—Y ¿qué te habría gustado decirme? —me preguntó con voz aterciopelada.

Nos miramos a los ojos. Y lo que vi en los suyos me llegó al alma: para él esto era algo más. Más de lo que debería ser. Más de lo que habíamos hablado. Y no le pasaba solo a él. La certeza caló en mí con toda su fuerza.

—Lou —musitó—. ¿Qué me habrías dicho?

Alargó la mano y me metió un mechón de pelo detrás de la oreja. Su aliento me acarició la mejilla cuando su rostro se acercó al mío. Lenta y cuidadosamente. Tragué saliva y me mordí el labio inferior.

—Estás nerviosa —observó.

—Sí, pero no sé por qué.

El corazón se me aceleró cuando Vince se acercó aún más. Tanto que la punta de nuestra nariz se rozó. Nos quedamos quietos,

mientras entre nosotros la tensión iba en aumento.

—Yo sí.

Un segundo después me besó. Sus labios ahogaron mis jadeos y me vi impotente contra la intensidad del beso y los sentimientos, que me arrollaban por todas partes. El cariño, el deseo, el miedo y el agobio me desbordaban, tenía la cabeza tan saturada que dejé que fuese mi corazón el que decidiera. Y mi corazón sabía exactamente lo que quería desde mucho antes de que yo fuese consciente de ello. Me senté a horcajadas sobre él y le rodeé el cuello con los brazos. Le pasé los dedos por el pelo antes de buscar sus labios y besarlo profunda, ávidamente. Palpó el borde inferior de mi camiseta y deslizó las manos por debajo del fino algodón. Me acarició la espalda. La áspera yema de sus dedos sobre mi piel suave. Me estremecí de la mejor manera posible. Dejé que me abrazara con más fuerza aún, hasta que noté con suma claridad lo que me esperaba. Estaba excitado, dispuesto. Y yo también. Esa mera certeza bastó para que un alegre cosquilleo me recorriese el pubis. Solo despegó sus labios de los míos para quitarme la camiseta, que tiró a un lado sin mirar. Me desabrochó con facilidad el cierre de la parte de arriba del biquini y se deshizo de la prenda. Me miró los pechos, firmes y delicados. Casi era insoportable que se parase a mirarlos en lugar de acariciarlos.

—Nada que no hayas visto antes —le recordé con cierta impaciencia.

—No es algo que suela pasarme —musitó, y, para mi sorpresa, no pareció que lo dijera por decir, sino más bien absorto, concentrado.

Como si me acariciase los pechos con los ojos. Su dedo índice empezó a seguir la fina marca del moreno que me había dejado el biquini. Bajó de la clavícula al pecho derecho, de ahí pasó al izquierdo y subió. Un cosquilleo me estimuló la piel y catapultó mi

deseo. Empecé a moverme con impaciencia en su regazo, haciendo que Vince profiriese un gemido bronco. Pese a ello, no se dejó apurar, comenzó a trazar el mismo recorrido con sus labios y me derretí de deseo.

—Vince —jadeé—. Me...

El resto de la frase la sofocó con un beso que fue todo menos delicado. Su lengua se abrió paso en mi boca con avidez. Nuestros dientes entrechocaron con fuerza. Prácticamente le arranqué la camiseta y la tiré hacia atrás sin miramientos. Más o menos en ese mismo instante, Vince exclamó:

—¡No!

Pero ya era demasiado tarde: la camiseta fue a parar al brasero y se prendió. Con los ojos como platos, vi cómo el fuego devoraba la prenda. Durante un segundo reinó un silencio inquietante. Nuestras miradas coincidieron. Un segundo, dos. Después estallamos en carcajadas hasta que se nos saltaron las lágrimas.

—Te compraré otra —prometí cuando logré calmarme un poco.

—Qué dices, si era supervieja.

—Pero, por lo visto, te gustaba ponértela.

—Para ir a la playa. De verdad que no es para tanto.

Me besó y, para mi sorpresa, conseguimos con facilidad pasar de las risas al romanticismo. Me levantó con suavidad, me tumbó boca arriba en el sofá y se inclinó sobre mí.

—Hola —musitó, y la mirada que me dedicó habría derretido la cera de una vela.

—Hola —repuse, temblorosa.

Empezó a darme besos por el torso desnudo. Por la clavícula, el escote, entre los pechos. Su boca fue bajando y el fino vello dorado de mi vientre se erizó. Me recorrió un escalofrío cuando se acercó a la cintura del pantalón corto.

—¿Quieres que vayamos dentro? —me preguntó en voz baja.

—Quiero que no pares.

Su expresión me dijo que la respuesta le gustaba. Sin dejar de mirarme, me desabrochó el botón de los shorts vaqueros, bajó la cremallera y me los quitó junto con la braguita del biquini, que se fue con ellos sin querer. Completamente desnuda delante de él, debajo de él, experimenté dos clases de calor distinto: uno se me extendió por el bajo vientre y otro subió a mis mejillas. Pero el deseo que sentía era lo bastante intenso para imponerse a la vergüenza.

—Te toca.

Con un movimiento rápido se libró del bañador, y yo cogí aire mientras temblaba.

—Nada que no hayas visto antes —bromeó.

Sonreír me costó, y eso que tenía razón. Conocía el vello oscuro de su vientre y las marcas del moreno en las caderas, sabía cómo era cuando estaba excitado. Y, pese a todo, era distinto de los últimos días. Distinto de los momentos que habíamos pasado en su habitación.

—Oye —musitó, y buscó mis ojos—. No tenemos que...

—Es importante.

Me miró con cara de sorpresa y mi dedo índice nos señaló a mí y a él y otra vez a mí.

—Esto de aquí. Es importante.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Sí que lo es. —Y con un hilo de voz añadió—: Lo ha sido desde el principio.

38

Estábamos tendidos de lado, con su pecho contra el mío. Abrazados. Las piernas y los brazos enredados. Notaba su erección entre mis muslos mientras nos besábamos, y solo de pensar que dentro de poco lo sentiría dentro de mí, el corazón me dio un vuelco de expectación y nervios. Sus manos me acariciaron la nuca, la espalda, la cintura, antes de dirigirse hasta mi punto más sensible. Mientras me tocaba, mis dedos exploraban su cuerpo.

Cuando las caricias dejaron de bastarnos, y después de excitarnos casi de más con los preliminares, Vince entró en la casa a por un condón. Me quedé mirándolo con el corazón desbocado, sonriendo al ver cómo destacaba su blanco trasero en la oscuridad. Cuando volvió, oí un crujido prometedor. Vi que abría el envoltorio cuadrado, se ponía el condón y volvía conmigo.

—Te quiero encima —pidió con voz bronca—. ¿Te parece bien?

Asentí, porque no tenía preferencias. Todas las posturas eran buenas si la pareja era la adecuada. Y él, sin duda, lo era. Profirió un sonido gutural cuando me coloqué a horcajadas. Acto seguido me deslicé sobre él. La presión era tan maravillosa que me quedé quieta en lugar de moverme. Lo miré a los ojos. Me gustó cómo me miraba: expectante y con deseo. Estiró el brazo y sus dedos me recorrieron el torso desnudo. Exhalé un sonoro suspiro cuando dio con mi punto más sensible, lo acarició y describió círculos encima. Todo el calor de mi cuerpo se concentró en ese sitio. Lo disfruté tanto que solo fui consciente de que ya había empezado a moverme

cuando lo oí gemir. Me agarró la cintura con una mano, ejerciendo una ligera presión, y yo aumenté la velocidad al tiempo que sentí que mi orgasmo estaba cerca con cada embestida adelante y atrás.

—Increíble —oí que decía entre jadeos, e intuí que él también estaba a punto.

Durante un instante sopesé bajar un poco el ritmo para prolongarlo, para saborear la sensación más tiempo, pero ya no había tiempo para parar y tampoco conseguí ejercer el autocontrol necesario para lograrlo, así que me dirigí con todas mis fuerzas hacia ese clímax en el que quería fundirme. Lo alcanzamos prácticamente a la vez. Ahora sus dos manos estaban en mis caderas, me sostenían. Permanecimos así unos instantes, sintiendo el temblor, las contracciones y el palpitar. Sus ojos se clavaron en los míos y tuve la impresión de que quería decir algo, pero también entendí que no encontraba las palabras para describir lo que acababa de pasar.

—Mi primera vez al aire libre —conté cuando estábamos abrazados, tapados por una fina tela. De cuando en cuando salía algo de arena de las fibras, porque en realidad era una toalla de playa, pero me daba lo mismo.

—Y la mía.

—¿Qué?

Se rio.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No lo sé. Como que te pega.

—Eso me lo vas a tener que explicar —pidió con una sonrisa.

—Pues que me pareces un chico al que le gusta el aire libre. Alguien que prefiere estar fuera que dentro.

—Y prefiero estar fuera que dentro.

—Entonces, ¿cómo es posible que acabaras precisamente en el sector informático?

Se tensó de un modo casi imperceptible.

—Se me daban bien los ordenadores.

Creí que iba a añadir algo, pero lo dejó estar.

—¿Y tú? ¿Prefieres estar fuera o dentro?

—¿Con relación a...? —En lugar de terminar la frase le dirigí una sonrisa significativa—. Fuera —respondí al cabo—. En todos los sentidos.

—Ha estado bien, ¿no? —musitó, e hice un gesto afirmativo, absorta.

Iba a darme un beso en la punta de la nariz, pero yo fui más rápida y estampé mi boca en la suya, le abrí los labios con la lengua y la entrelacé apasionadamente con la suya. Vince se dejó llevar, pero poco después se separó de repente y me miró.

—Tengo que confesarte algo, Lou.

—Vale —repuse en voz queda, desconcertada por la repentina seriedad que traslucía su tono.

Un silencio significativo nos envolvió.

—Esto —se señaló y me señaló—, lo que hay entre nosotros, para mí ya no es un rollo de verano.

Tragué saliva. Intenté ganar tiempo. Pero no fue necesario, porque Vince todavía tenía cosas que decir.

—Puede que nunca lo haya sido. —Hizo una pausa, como si quisiera poner a prueba el efecto que causaban en mí sus palabras —. Quizá Laurie tuviera razón.

Una leve brisa me acarició el hombro desnudo y me hizo tiritar. Él lo vio y lo interpretó mal.

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómoda.

—No —negué—. Es solo... que...

—Solo quiero ser sincero contigo. Aunque...

—Yo también siento algo por ti —solté.

Él se quedó de piedra. Entornó los ojos.

—Es lo que me habría gustado decirte. Hoy, en la playa. Antes de que fueras corriendo al agua para ayudar a Laurie. —El pulso se me aceleró—. Que siento algo por ti.

Le temblaron los párpados.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque creo que no fui plenamente consciente de ello hasta que temí por ti. Además... no fue en eso en lo que quedamos, ¿no?

—No —repuso con aire pensativo, y miró a lo lejos—. Es verdad que quedamos en otra cosa.

Durante unos segundos reinó un silencio absoluto.

—¿Te quieres ir a casa? —me preguntó en voz queda.

Me incorporé un poco.

—¿Por qué me iba a querer ir a casa?

—No lo sé. —A su rostro asomó una sonrisa triste—. Quizá sea menos doloroso quitar la tirita de golpe que hacerlo un poco cada día.

Lo miré a los ojos.

—¿Quieres que lo dejemos?

—No, no quiero. —Se le demudó el gesto—. Lo que quiero es repetir esto. Quiero besarte. Y acariciarte. Y sentirte. Quiero dormirme a tu lado y despertarme a tu lado. Ver ponerse el sol y salir el sol. Contigo. —Me pasó una mano por la mejilla—. Pero eso no es posible, porque tú tienes que irte y yo me quedaré aquí. No tenemos futuro.

—O quizá sí. —El pensamiento pronunciado en voz alta me sorprendió a mí por lo menos tanto como a él—. Me refiero a que, ¿por qué no lo intentamos? —añadí, no sin algo de reserva.

—¿Una relación a distancia? —Una sonrisa dubitativa le curvó las comisuras de la boca—. ¿Entre Alemania y Hawái?

—Bueno, de todas formas yo solo estoy en Múnich entre torneo y torneo.

—No es que eso facilite mucho las cosas.

Su objeción estaba justificada, pero yo quería desarrollar del todo la idea.

—Gran parte de los torneos se celebran en Estados Unidos: San Diego, Austin, Indian Wells... —me paré a pensar—, Miami, Washington, Cleveland... Cincinnati.

—Aun así, son vuelos largos desde aquí. —Su mandíbula se tensó —. ¿De dónde sacaría el dinero?

—Seguro que habría una solución. —No le propuse que podía pagar yo los billetes.

—Y ¿cómo lo compaginaría con el hostal? —Frunció el ceño—. No puedo cerrar cada dos por tres, y menos durante el primer año.

Aunque tenía razón, me dolió que pusiera tantas pegas.

—Lou. —Su mirada no podía ser más triste—. No veo que pueda funcionar...

—¿Y si me viniera a vivir aquí? —planteé. Durante un instante me asustó el rumbo que habían tomado mis pensamientos, pero la sensación dio paso rápidamente a la euforia—. Podría vivir aquí en lugar de en Múnich. Entrenar aquí. Con Kay.

—¿Lo dices en serio?

—Que vuelva a Múnich entre torneo y torneo o que venga aquí da un poco lo mismo.

—En lo que respecta al vuelo, es posible, pero... toda tu vida está en Múnich; casi no verías a tus padres.

—Mis padres me acompañan durante los torneos, y cuando ellos se vuelvan a Múnich, entonces yo me vendré contigo.

No se me pasó el escepticismo que reflejaba su mirada, y me llevé un chasco.

—Solo estoy intentando encontrar la manera de que podamos estar juntos —musité, procurando no parecer ofendida.

—Lo sé, lo sé —dijo Vince en tono conciliador, y me acomodó delicadamente la cabeza en su pecho—. Es solo que... no contaba con que eso pudiera ser una opción.

—Yo tampoco —tuve que admitir.

No lograba entender que en tan pocas semanas pudiese estar tan comprometida con Vince. Que pudiera haber llegado a sentir algo tan fuerte por él. Pero era así, y no podía negarlo. Si a él le sucedía lo mismo, seguro que había alguna forma de que pudiésemos estar juntos.

39

Con los primeros rayos de sol de la mañana abandoné nuestra improvisada cama y me puse a buscar mi ropa. Vince no se había despertado, solo suspiró con suavidad cuando me zafé de su abrazo. Cuando separé nuestros cuerpos sudados, pegajosos. Anoche lo hicimos otra vez. A diferencia de la primera, esta había sido rápida e intensa. Después estuvimos un rato mirando juntos las estrellas antes de quedarnos dormidos con el murmullo de las olas.

El mismo sonido que me acompañaba mientras iba a casa de Kay. La arena todavía estaba fría, en la playa no había nadie. Me apetecía salir a correr, como todas las mañanas, aunque la noche se dejaba sentir. Tenía un tirón en la ingle y los párpados me pesaban de puro cansancio, pero había valido la pena. Posiblemente la noche que había pasado con Vince incluso fuera la más bonita de mi vida. Nunca había sentido nada parecido. Tantas cosas al mismo tiempo. Nunca había habido nadie por quien quisiera poner mi vida patas arriba. Y es que, en ese sentido, no había sido del todo sincera con él. Sería mucho, muchísimo, lo que cambiaría para mí si decidía llevar una relación a distancia con alguien que vivía en Hawái. Alguien que no tenía nada que ver con el mundo del tenis. Sí, podía cambiar mi base de entrenamiento, pero para ello tendría que separarme de Milan. No era muy probable que se fuera a vivir a la otra punta del mundo con su mujer y los gemelos porque yo me había enamorado. Y tampoco sabía cómo reaccionarían mis padres. Estábamos muy unidos y no solíamos pasar mucho tiempo

separados. Y a todo ello había que añadir el innegable hecho de que Hawái se hallaba a miles de kilómetros de cualquier sitio del mundo. Se tardaban cinco horas en avión solo para llegar al continente americano. Once a Nueva York. Y, pese a todo, ahí estaba esa voz en mi interior que me decía que era factible, que podíamos conseguirlo. Vince y yo. Lo decía bien alto mientras iba por la playa. Y algo más bajo cuando subí la escalera que llevaba hasta la casa de Kay. Sin embargo, ahí estaba, y no desapareció.

—¿Qué tal está Laurie? —se interesó Gabe—. ¿Ya se ha recuperado un poco del susto?

Estaba tendida boca abajo en la camilla y me costaba no dormitar. La jornada de entrenamiento había sido dura, me había exigido mucho.

—Sí, durmió catorce horas. —Le había mandado un escueto mensaje a la hora de comer—. ¿Tú cómo lo sabes?

—Me lo contó Holden Chipman esta mañana.

Holden Chipman. Chipman.

—¿Es...?

—El padre de Griffin y Tristan, el director de Ocean Safety.

—Ah, es verdad. —Recordé lo que me había contado Chip de su padre en la barbacoa. Y el día anterior también lo habían mencionado al comentar que en la torre de vigilancia no había nadie.

—Y mi vecino —añadió Gabe.

—¿Los Chipman son tus vecinos? —No pude disimular mi sorpresa.

—Sí.

—Y ¿hablas con ellos? —le pregunté, y nada más hacerlo me arrepentí.

—¿Por qué no iba a hablar con ellos?

Tragué saliva.

—Bueno, porque pensé que... como Kay dijo...

—Holden y Dana son buena gente —Gabe puso fin a mi balbuceo —. Mis hijos pasaban mucho tiempo con los suyos. Su casa era como un segundo hogar para Keiko y Millie.

Era la primera vez que lo oía pronunciar el nombre de su hijo, Keiko.

—Lo que pasó no fue culpa de ellos —añadió en voz baja.

«Pero ¿sí de Chip?». No lo dije, en parte porque en ese momento Gabe me llevó el talón del pie derecho hacia el trasero y lancé un grito de dolor.

—Hoy estás muy tensa. ¿Qué pasa?

Gracias a Dios, estaba tumbada boca abajo y esquivé que me viera la cara como un tomate.

—No lo sé —mentí.

—Ayer no deberías haberte saltado la fisioterapia.

—Probablemente, ya —admití, porque tenía razón.

Repitió el ejercicio con el talón del pie izquierdo, con la misma intensidad.

—Por cierto, antes de ayer no nos cruzamos por poco. —No sé por qué lo mencioné—. Te acababas de ir cuando yo volví de casa de Vince.

Él se detuvo un instante, pero no dijo nada. Reuní todo mi valor.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Gabe?

—Mmm.

—¿Por qué no estáis juntos? ¿Kay y tú?

Oí que cogía aire y lo soltaba despacio.

—Es evidente que entre vosotros hay algo —continué con vacilación.

—¿Tú crees? —murmuró, y no supe muy bien a qué se refería.

—Para mí sí.

—Ya te puedes dar la vuelta.

No contaba con que fuese a decir algo más del tema, así que me llevé una buena sorpresa cuando lo hizo. Con una expresión a medio camino entre meditabunda y pesarosa.

—Entre Kay y yo... es complicado.

—Complicado no tiene por qué ser malo —aseguré, y pensé en Vince y en mí.

Me miró con aire pensativo.

—No, no tiene por qué. Pero... hay que estar dispuesto a ello.

40

—Bueno, ¿y a qué debo este honor? —preguntó Kay cuando por la tarde estábamos juntas en la terraza, cenando la lasaña de verduras que yo había preparado—. Por cierto, está muy buena.

—Gracias. —Mi sonrisa fue un poco tensa—. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo.

Profirió un suspiro.

—Si vas a empezar otra vez con lo de Gabe...

—No —la interrumpí—. Es otra cosa.

—Vale —dijo, alargando la palabra, y me escudriñó con curiosidad.

Me preparé mentalmente e intenté acordarme del discurso que había ensayado.

—Estas últimas semanas... o más bien desde que estoy aquí he mejorado muchísimo.

Kay asintió en señal de conformidad.

—He recuperado la confianza en mí misma y he ganado seguridad. He vuelto a ser quien era —proseguí—. Y creo que eso se debe, sobre todo, a que las cosas han funcionado bien. Entre tú y yo, me refiero.

—Me alegro de que lo veas así.

—Sí, al menos así es como lo veo yo. —Me aclaré la garganta—. Por eso te quería preguntar si te verías siendo mi entrenadora. A largo plazo.

—¿A largo plazo? —repitió, como si hubiese oído mal.

Hice un gesto afirmativo.

—Este último año Milan y yo ya no nos entendíamos. Me he dado cuenta ahora. Nos quedamos estancados, no avanzábamos.

Kay fue a decir algo, pero me adelanté.

—No es culpa suya. Al menos no solo. Después de lesionarme, yo era una persona distinta —aseguré—. Tendríamos que habernos dado cuenta los dos de que necesitaba empezar de nuevo. En todos los sentidos.

—Bueno, quizá solo hiciera falta una pausa —apuntó Kay.

—No. —Negué con la cabeza con determinación—. Es más que eso. —La miré a los ojos—. Bien, ¿qué me dices? ¿Quieres ser mi entrenadora?

—Lou. —Exhaló un suspiro de pesar—. Por mucho que me honre que pienses en mí para ello... me temo que no puede ser.

—¿Por qué no?

—No quiero dar más tumbos por el mundo, pasarme la vida en aviones y hoteles.

—No tendrías que hacerlo. Puedo ir sin ti a los grandes torneos. Podríamos contratar a una coentrenadora que te sustituyera.

Kay arrugó la frente.

—Entonces, ¿cómo sería tu entrenadora?

—Me entrenarías entre torneo y torneo y cuando termine la temporada.

—Pero, Lou, no puedo volar constantemente a Múnich para...

—¿Quién ha hablado de Múnich?

Kay se sorprendió.

—¿Entonces?

El pulso se me aceleró un poco.

—En el futuro me gustaría entrenar aquí.

De pronto el silencio era tal que oía los latidos de mi propio corazón.

—¿En O’ahu? —preguntó Kay, sin dar crédito.

Asentí, y vi que se paraba a pensar.

—Así que para ti no cambiaría nada —comenté.

En su entrecejo se formó una arruga.

—Pero para ti cambiaría todo.

—El cambio es bueno —aseveré, para infundirme confianza.

—Puede ser bueno. —Miró hacia un lado antes de volver a centrarse en mí—. ¿Lo has hablado con tus padres?

—No, todavía no. Primero quería hablar contigo.

La expresión de su rostro reflejó cierto alivio.

—Lou, no sé muy bien qué decir.

—¿Que lo harás? —Quería que el tono fuese desenfadado, pero la voz me salió rasposa. Y la sonrisa demasiado afectada, ya que cada vez me sentía más insegura.

—Si te soy sincera, no me parece buena idea, por mucho que me alegre que estés tan satisfecha con el trabajo que estamos realizando. Necesitas a alguien que sea flexible y se pueda adaptar a tu vida.

—Con los niños, Milan ya no lo tendrá tan fácil —aduje.

—Bueno, pero habrá otras opciones.

—Es que no quiero otras opciones. —Mi voz se había teñido de un ligero resentimiento—. Quiero entrenar aquí. Quiero vivir aquí.

La preocupación se reflejó en sus rasgos.

—Es por Vince Greenfield, ¿no? —En ese momento, que siguiera utilizando el nombre y el apellido al hablar de él me puso más de los nervios que de costumbre—. Él es el motivo.

—También —reconocí.

—Lou, no hace ni cinco semanas que conoces a ese chico.

—Eso no importa.

—Ya lo creo que sí. Uno no sacrifica su vida por alguien a quien apenas conoce.

—Pero ¡si no la estoy sacrificando! —exclamé—. Solo estoy trasladando mi lugar de residencia aquí.

—Si lo haces, pondrás en peligro todo aquello por lo que has trabajado tanto.

—Pero ¿por qué?

—Todo tu equipo está en Múnich.

—Puedo reunir otro.

Kay exhaló un suspiro profundo.

—Hawái es el archipiélago más aislado del mundo. Uno no vuela aquí para marcharse a los tres días.

—Nadie dice que esa sea mi intención.

—Entre torneo y torneo muy rara vez hay más de una semana. Te pasarías la vida en un avión.

—Eso ya lo hago ahora —objeté.

Kay negó con la cabeza.

—Es una locura, Louisa.

—¿Que quiera encontrar la manera de jugar al tenis y ser feliz?

—Creía que el tenis te hacía feliz.

—Sí, pero... Vince también me hace feliz.

—Lou. —Me dirigió una mirada insistente—. Me encantaría decirte que es posible tener las dos cosas. Que puedes ser la número uno del mundo y disfrutar al mismo tiempo de una vida personal plena, pero... no es posible.

—Desde luego que sí. Mi madre lo ha conseguido.

—Quiero a tu padre, y lo sabes, pero la carrera de tu madre terminó en cuanto él apareció en su vida.

—Menuda chorrada.

—Después ya no ganó ningún título importante. Ni volvió a ser la número uno.

«Porque lo fui yo». No lo dijo, ni tenía necesidad de decirlo.

—De eso hace casi veinticinco años. Los tiempos han cambiado. Ahora hay muchos ejemplos positivos de lo contrario. Jugadoras que cosechan éxitos y tienen pareja y familia: Serena Williams, Victoria Azarenka, Elina Svitolina, Caroline Wozniacki...

—Ninguna de esas jugadoras está empezando su carrera. Hasta que pudieron permitirse el lujo de tener una vida personal, les tocó hacer sacrificios. —Levantó la mano como para dejar claro algo—. Eso no significa que me parezca bien, solo digo que así son las cosas.

—Así que no me crees capaz de ser la número uno del mundo si tengo novio, ¿es eso?

—Creo —hizo una pausa teatral— que no te puedes permitir una distracción tan grande si quieres volver al ataque con todas las consecuencias.

—Vince no es una distracción.

—Si es el causante de que supedites tus objetivos a estar cerca de él, claro que lo es.

Cogí aire.

—Él no es el causante. Esto fue idea mía.

—Una mala idea.

—Dejar que el amor entre en tu vida nunca es mala idea —insistí —. Pero tengo claro que eso tú no lo entiendes. Ni siquiera eres capaz de verlo cuando lo tienes delante.

Kay pegó un respingo.

—No estamos hablando de mí. Además, creo que te precipitas un poco al utilizar la palabra «amor». Casi no conoces a Vince Greenfield.

—Pero me conozco a mí. —Adelanté la barbilla—. Y sé lo que siento.

—Lo lamento, pero no puedo apoyar algo así.

Me levanté hecha una furia. La silla se cayó hacia atrás cuando salí corriendo.

—Lou, ¡no te vayas! —me gritó.

41

El olor a carne a la parrilla y cebolla frita me llegó cuando subía la escalera. Vince estaba junto a la barbacoa con un botellín de cerveza en la mano izquierda y unas pinzas en la derecha, tarareando la melodía de una canción que yo no conocía.

—Hola —me saludó, un tanto sorprendido al verme—. Pensaba que no ibas a venir hasta... —Dejó la frase a medias—. ¿Qué ha pasado?

—Kay y yo hemos discutido.

—Mierda. —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

Antes de que pudiera contestar, Laurie salió de la casa con una ensaladera.

—Ah, ¡hola! —saludó alegremente—. Vince dijo que vendrías después de cenar.

—Ya he cenado.

—Menos mal. —Laurie hizo una mueca—. Porque aquí no hay suficiente ensalada.

Con un sonoro chisporroteo la barbacoa llamó nuestra atención e hizo que yo mirara de nuevo a Vince. Que me miró. De nuevo. O no había dejado de hacerlo. «¿Va todo bien?», me preguntó con esa mirada. Esta vez negué con la cabeza.

—¿Te ocupas tú un momento? —le preguntó a Laurie—. Las patatas necesitan otros diez minutos. La carne hay que sacarla, como mucho, dentro de cinco.

—Claro. —Extendió el brazo y su hermano le dio las pinzas. O no se había enterado de nuestro mudo intercambio de palabras o estaba teniendo tacto.

—Vale, ahora cuéntame lo que ha pasado —se interesó Vince cuando estuvimos a solas.

—Le pregunté a Kay si sería mi entrenadora si me instalaba aquí y —gesticulé con las manos— dijo que no.

Vince se quedó pasmado.

—¿Se lo has contado?

—Sí. A fin de cuentas necesitaré una entrenadora si hacemos esto.

—Pero... dijimos que primero lo pensaríamos tranquilamente.

—Ya, pero no tenemos tiempo. Mi vuelo sale dentro de una semana.

—Lou... no... —La luz de la luna, en cuarto creciente, no bastaba para poder verle la cara, pero su voz rezumaba inquietud—. No puedo.

—¿Qué?

—No puedo estar contigo.

Mi cerebro trabajaba a marchas forzadas, pero no entendía lo que estaba pasando.

—No he sido sincero contigo.

—¿No has sido sincero? —pregunté con voz trémula.

Un silencio plúmbeo se instaló entre nosotros.

—Te dije que... antes me dedicaba a la informática, y es verdad, pero... esa solo es una parte de la verdad.

De pronto me crispó de mala manera que tuviera que conformarme con su voz. Quería llevarlo a la luz. Verle la cara. Y, sobre todo, quería respuestas. Ahora.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—Vale —oí que musitaba, e intuí que ese era el principio de una historia que lo cambiaría todo entre nosotros—. Cuando estaba en el instituto desarrollé con mi mejor amigo, Lance, una aplicación de finanzas. La llamamos Vinance, un cruce entre Vince, Lance y *finance*, o sea, finanzas. —A juzgar por su tono de voz, hoy le resultaba embarazoso—. Con la aplicación se podían agrupar las cuentas. Cuentas bancarias, depósitos, criptocuentas, cuentas de pago... todo. Estábamos tan convencidos de lo buena que era que fuimos a *Negociando con tiburones*.

—¿Qué es *Negociando con tiburones*?

—Una serie de telerrealidad de la ABC en la que los participantes intentan conseguir inversores.

—Ah —repuse, y me vino a la cabeza la versión alemana, *Tu oportunidad*.

—Uno de los tiburones creyó en nuestra aplicación e invirtió en ella. Fundamos una Fintech, atrajimos a más inversores y demás... Lo petamos y un año después vendimos la app por dos millones y medio de dólares.

Abrí mucho los ojos.

—No teníamos ni dieciocho años. —Respiró hondo y soltó el aire —. Yo quería invertir el dinero en una nueva empresa emergente, una plataforma de pago, una idea que tenía desde hacía algún tiempo. —A pesar de la oscuridad, vi que hacía un gesto con la mano como para indicar que no quería entrar en detalles—. Lance tenía otros planes. Todo aquello lo había sobrepasado y quería bajar el ritmo e ir a la universidad. —No lo decía en tono de reproche—. Así que él fue a Harvard y yo a Silicon Valley. Fundé VinTech y con diecinueve años era el director de mi propia *startup* de finanzas.

—VinTech —repetí como para mí misma, pero Vince pensó que me burlaba.

—Ya, me van los juegos de palabras.

—¿Qué te dijeron tus padres?

—Hubiesen preferido que fuese a la universidad, como Lance, que destinase todo ese dinero a formarme.

—Pero tú no querías.

—Sí, en cierto modo. Es lo curioso. —Parecía pensativo—. En el fondo sabía que habría sido más sensato ir a una universidad prohibitiva a la que iba la élite y adquirir todos los conocimientos que necesitaba para jugar en primera línea. Pero era impaciente. Sentía... urgencia. Como si no tuviese tiempo que perder. Como si se me escapara.

Tragué saliva y volví a tener la sensación de que Vince malinterpretaba mi reacción.

—Sé lo mal que suena. Un chico de diecinueve años con miedo a perder oportunidades. Pero había probado un pastel que estaba demasiado bueno como para guardarlo para más adelante. Quería comer más. —Dejó escapar un sonoro suspiro—. Mis padres no tuvieron más remedio que aceptarlo. Yo era mayor de edad y, además, económicamente independiente de ellos. —Volvió a hacer una breve pausa—. De modo que me fui de casa y me instalé en Palo Alto. Hacía un minuto estaba en mi habitación de cuando era pequeño, y de pronto era vecino de Mark Zuckerberg.

Lo miraba alucinada. No me podía creer lo que me estaba contando.

—Debió de ser muy fuerte.

—Lo fue. O sea, tenía diecinueve años, era la primera vez que estaba lejos de casa y de repente tenía empleados. Todos ellos con un gran talento y muy cualificados, habían estudiado en las universidades de más renombre del mundo. Y ahora trabajaban para mí —suspiró—. Tenía la sensación de que era un impostor. De que

no merecía estar allí, porque el currículum y las aptitudes de los demás eran mucho más impresionantes.

—Pero, a fin de cuentas, era tu *startup*.

—Ya, lo sé. Y sin embargo, ahí estaba constantemente esa sensación de tener que demostrar mi valía. De tener que trabajar más que todos los demás. —Se interrumpió, e intuí que todo lo que me había contado hasta ahora no era más que la punta del iceberg —. De la noche a la mañana me vi sumido en la cultura del esfuerzo. Trabajaba sin descanso. Noventa, a veces cien horas a la semana, de lunes a domingo.

—¿Cómo aguantaste ese ritmo? —pregunté, aunque creía conocer la respuesta.

—Tomando según qué cosas, no supone ningún problema —contestó con amargura—. De todas formas, tampoco dormía bien. Tenía pesadillas, trastornos de ansiedad, ataques de pánico. A veces me despertaba en plena noche empapado en sudor y echaba las tripas.

Se me erizó la piel en los brazos y los crucé.

—¿Tus padres no se dieron cuenta?

—Seguro que se habrían dado cuenta. —Exhaló un hondo suspiro —. Si todavía formaran parte de mi vida.

—¿No estabais en contacto? —pregunté, y no pude ocultar mi estupor.

—En ese momento apenas, no. Cuando estás volcado solo en el trabajo, en el rendimiento y el éxito, no queda sitio para lo personal. Sencillamente es una pérdida de tiempo. Porque siempre parece haber algo más importante que mandarle un mensaje a tu madre, hablar por teléfono con tu padre, ir a verlos en Acción de Gracias y Navidad. —La voz se le quebró—. Cuando murieron mientras

navegaban, llevaba casi dos años sin verlos. Hacía meses que no hablaba con ellos.

Tragué saliva.

—¿Y Laurie?

Su silencio fue elocuente.

—Mi trabajo no era solo el centro de mi mundo, Lou. Era mi mundo.

—¿Nunca te planteaste pedir ayuda? ¿Ir a terapia?

—Para eso habría tenido que admitir que tenía un problema.

—Pero no podías dormir. Tenías trastornos de ansiedad —exclamé —. ¡Ataques de pánico!

—Sí, como todos a mi alrededor —afirmó con indisimulado desencanto—. Casi formaba parte del estilo de vida rebasar los límites físicos y psicológicos. Y no olvides lo joven que era —musitó —. Y lo solo que estaba.

Una parte de mí quería acercarse a él para abrazarlo; a otra le habría gustado echarle en cara que fue él solito quien se metió en aquello.

—Cuando mis padres murieron, me vi obligado a tomarme un descanso. Tuve que regresar inmediatamente, ocuparme del entierro, el papeleo, la casa. De Laurie, que estaba fatal.

Me mordí la cara interna de la mejilla, porque la idea de perder de pronto a mis padres, a los dos, me parecía insoportable.

—Intenté estar a su lado, pero me costó. Por lo menos al principio. Entre nosotros había una especie de... abismo. Nos habíamos distanciado. Y tenía claro que el responsable era yo. Yo era el único culpable de que fuese como un desconocido para mi hermana, de que no pudiese ayudarla a superar la muerte de nuestros padres. Eso hizo que algo cambiara en mí. —Al final de la frase su voz era entrecortada—. Cuando volví a Palo Alto, busqué un

terapeuta. Ya con las primeras sesiones comprendí que mi trabajo no solo me consumía mi tiempo y mi energía, sino también mi identidad. Que esa ya no era la vida que quería llevar. Que esas no eran las personas de las que quería rodearme. —Hizo una pausa—. Vendí VinTech e invertí todo el dinero en una fundación, la Fundación Tim y Luciana Greenfield, que promueve iniciativas para fortalecer la salud mental.

Se instaló un silencio ensordecedor.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunté en la calma que reinaba.

—No es algo que se mencione mientras uno se está comiendo unas gambas.

—Entre esas gambas y hoy las cosas han cambiado un poco entre nosotros, ¿no te parece?

—Sí, y eso ha hecho que me resultara más difícil aún.

—¿Por qué?

Oí que suspiraba.

—Porque a nadie le gusta parecer débil delante de alguien a quien quiere impresionar. Y menos delante de alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Irradias pura fuerza, Lou.

Me miré.

—Esto es solo un cuerpo, el resultado de un duro entrenamiento.

—No es verdad. Eres fuerte por fuera y por dentro. A ver, el año pasado fue duro de narices para ti. No sabías si podrías volver a jugar al tenis al mismo nivel de antes. Y, a pesar de todo, no te rendiste. No dejaste de creer en ti en ningún momento.

Fui a decir algo, pero él se me adelantó.

—Es impresionante, Lou. Pero también intimidante.

Me esforcé por no parecer demasiado ofendida.

—¿Que yo te intimido?

—Intimida el espejo que me pones delante.

—Pero ¡si no te pongo ningún espejo!

—Sí que lo haces. Sencillamente... siendo tú.

Me sentí atacada y levanté mi escudo protector.

—En ese caso, quizá habría sido mejor que te mantuvieras alejado de mí.

—Pues sí.

Tragué saliva.

—Y quería hacerlo. Por lo menos al principio. Cuando me enteré de quién eras... y a qué te dedicas, decidí evitarte.

—«¿A qué me dedico?». Lo dices como si fuese un señor de la guerra.

Pasó por alto el retintín.

—No era tanto relacionarme contigo lo que me asustaba, sino el hecho de que vienes de un mundo en el que yo no quería volver a poner un pie. Uno en el que lo único que cuenta es el rendimiento. En el que la presión no es algo malo, sino un privilegio.

Me quedé helada, y él se percató. «La presión es un privilegio» es una frase que está grabada en una placa a la entrada del estadio Arthur Ashe, el lugar en el que se disputa el US Open. La cita al completo es: «La presión es un privilegio, solo llega a quien se la merece».

—Ya, sé que la frase es de Billie Jean King. Tenía un póster de esa frase colgado en mi despacho. Lo veía todos los días. Durante años. Pero no me enteré hasta hace poco de que su autora era tenista.

—Es una leyenda —aseguré con un hilo de voz.

—Aun así, no estoy de acuerdo con lo que dice. La presión no debería ser algo que se gana o se merece. Y desde luego uno no debería estar orgulloso de sentirla.

—Pero ella no lo dice en ese sentido —objeté—. Solo intenta sacar el lado positivo de la presión.

—Ya, pero es que la presión no tiene ningún lado positivo.

—Desde luego que sí —aseveré—. Puede hacer que rindas al máximo si la sabes sobrellevar.

—Sí, pero solo unos pocos son capaces de hacer eso. La mayoría se hunde en el empeño. —Y añadió en voz queda—: Como yo.

—Pero tú no te hundiste. Tú abriste a tiempo el paracaídas y ahora estás aquí y... vives la vida que quieres vivir. Y eso es estupendo.

—Lo es. —En su voz se coló una tristeza que me preocupó—. Y por eso tengo que protegerla. Tengo que protegerme.

Puse cara de sorpresa.

—¿De qué?

—De ti, Lou. De todo lo que representas.

Me quedé de piedra.

—Estuve a punto de palmarla en ese mundo en el que lo único que cuenta es el rendimiento y el éxito, y no quiero volver a él. Nunca.

—Ni tienes por qué hacerlo.

—Tú vives en ese mundo. Estar contigo significaría volver a formar parte de él.

De pronto se me cayó la venda de los ojos. Conque eso era. Por eso me había abierto la puerta a su pasado.

—Pero tú no tienes por qué formar parte de él. No tienes por qué acompañarme a los partidos o sentarte en mi palco. No tienes por qué hacer nada. —Inspiré con fuerza y casi me ahogué con mi propio aire, que me llegó demasiado deprisa a los pulmones—. Ni siquiera tenemos que hablar de tenis. Podemos...

—Lou —me cortó con suavidad—. Tú misma lo has dicho, que tu objetivo es llegar a lo más alto y que lo darás todo para conseguirlo. Necesitas a tu lado a alguien que te apoye.

—Tengo bastante gente a mi lado que me apoya. Tu papel no tiene por qué ser ese.

—Pero entonces, ¿qué queda? Toda tu vida gira en torno al tenis. El deporte determina cuándo te levantas, lo que comes, adónde vas, cuánto tiempo te quedas, dónde duermes...

—Eso ya lo sabías antes. Antes de la otra noche. ¿Por qué no dijiste nada en ese momento? Cuando hablamos del tema... ¿Por qué...?

—Te dije que no creía que tuviésemos futuro.

—Sí, porque no te gustan las relaciones a distancia. No porque detestes mi forma de vida.

—No la detesto.

—Pero la juzgas.

—¡No! —Se pasó una mano por el pelo en un gesto que dejaba traslucir su agotamiento—. No juzgo tu vida, Lou, es solo que no puedo formar parte de ella.

Esas palabras y lo definitivo de su carácter se me clavaron con miles de garras en el corazón. Un corazón que había entendido hacía rato que Vince lo estaba rechazando. Que no lo quería retener.

42

«Es solo que no puedo formar parte de ella. Es solo que no puedo formar parte de ella. Es solo que no puedo formar parte de ella». Sus palabras resonaban en mi cabeza mientras echaba a correr para refugiarme en mi habitación. Las lágrimas hacían que me escociesen los ojos. Lágrimas de decepción, de rabia.

—Lou.

Me detuve y me volví hacia Kay, que estaba al pie de la escalera y me miraba con una mezcla de preocupación e inquietud. Iba en bata y llevaba el pelo recogido en un pañuelo de seda.

—¿Qué ha pasado?

Seguí subiendo sin contestarle. Oí que venía detrás de mí y me volví en redondo.

—Que lo de Vince se ha resuelto. Puedes volverte a la cama.

—Todavía no me había ido a la cama —repuso con suavidad—. ¿Qué ha pasado?

—Que ha puesto fin a lo nuestro. Eso ha pasado —resoplé con amargura—. Y mira que en realidad no se puede poner fin a algo que ni siquiera ha empezado.

—Lo siento, Lou.

—¿Por qué? Si eso era lo que querías.

—Te aseguro que no quería verte llorar.

Me sequé las lágrimas de la cara.

—Bueno, quizá no soy tan fuerte como todos pensáis.

Gruesas lágrimas me rodaban por las mejillas. Y de pronto me pareció insoportable seguir donde estaba, en esa escalera. Con ella. Estaba demasiado triste, demasiado desilusionada, demasiado enfadada. Con la vista borrosa, me di la vuelta y subí los escalones que me quedaban. Ya en mi habitación, me dejé caer en la cama, enterré el rostro en la almohada y di rienda suelta a las lágrimas. Sollozaba de tal modo que me dolía la tripa. Tan ruidosamente que me asusté cuando sentí la mano de Kay en mi espalda. Se había sentado en el borde de la cama sin que me diera cuenta y me decía en voz baja frases como «No pasa nada» y «Ya verás como todo se arregla». Una parte de mí no quería escuchar, no quería que Kay estuviera conmigo; quería culparla de todo lo que había pasado ese día. Otra sabía que no era así: sabía que Vince habría tomado la misma decisión aunque yo no hubiese discutido con Kay, que me habría rechazado y habría rechazado un futuro juntos de todas formas.

—En su día me vi en una situación muy parecida a la tuya —contó Kay en el silencio que se hizo.

Levanté la cabeza de la almohada y la miré sorprendida.

—No me mires como si no me creyeras —comentó con una sonrisa triste—. Se llamaba Joseph. —Acentuó su nombre casi con melancolía—. Nos conocimos en una fiesta que organizaron los patrocinadores durante el torneo de Charleston. Era el segundo año que asistía. Debía de tener veintipocos. Joseph era unos años mayor que yo. Guapo, había estudiado en Princeton, quería hacer carrera en la política. Nos presentaron y creo... que fue lo que llaman amor a primera vista.

Enarqué las cejas, sorprendida.

—Hasta entonces yo tenía poca experiencia con los hombres. Ya sabes que mi madre me había mantenido apartada de esas

«distracciones». —Entrecomilló la palabra en el aire—. Pero esa noche mi madre no estaba. —Las comisuras de la boca de Kay se curvaron mínimamente hacia arriba—. Joseph y yo conectamos desde el primer instante. Estuvimos hablando, riendo, bailando. —Sonrió como si se abandonase a un recuerdo—. Fue bonito. —Tras una breve pausa continuó—: Cuando la fiesta terminó, fuimos a dar un paseo por Waterfront Park. Fuimos cogidos de la mano todo el tiempo. Joseph solo me la soltó una vez. —Una sonrisa algo cohibida se extendió en su rostro—. Para besarme.

Me puse de lado y apoyé la cabeza en la mano.

—Compramos un helado y nos sentamos en un banco. Me abrazó y contemplamos el mar juntos. Y después dijo algo que no se me ha olvidado nunca. —Su mirada se volvió ausente—. Dijo: «Si fuésemos dos personas distintas en un momento distinto, podríamos sentarnos aquí cada noche, mirar el mar y comer helado».

Los ojos se me humedecieron de nuevo.

—¿Qué fue de él? ¿De Joseph?

—No lo sé. Después de esa noche no lo volví a ver.

—¿No lo buscaste en Google? ¿O en Facebook?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Pues por curiosidad. Yo querría saber qué hace ahora. Si cumplió su sueño de dedicarse a la política. Dónde vive, si está casado, si tiene hijos.

Durante un instante me pregunté si dentro de unos años yo querría saber esas cosas de Vince. Qué había sido de él. Sin mí, sin nosotros.

—Creo que prefiero que siga siendo un recuerdo —opinó Kay—. El recuerdo de ese hombre maravilloso con el que pude pasar una noche mágica en Charleston. Que por desgracia no encajaba en esa etapa de mi vida.

—¿Nunca te has parado a pensar en lo que pudo ser? ¿Nunca te has arrepentido de no haber escuchado a tu corazón?

—Pues claro que lo he pensado. Siempre que me eliminaban de un torneo y estaba en la habitación del hotel de turno, frustrada. Cuando ganaba copas y no podía compartir mi alegría con nadie. Cuando en mi corazón se abrió ese vacío de soledad. Pero arrepentirme no me he arrepentido nunca, porque al fin y al cabo claro que escuché a mi corazón. —Sonrió—. Solo que de manera distinta.

Durante unos segundos reinó el silencio.

—Y ¿qué quieres decirme con eso? ¿Que Vince es mi Joseph?

La expresión de su rostro se dulcificó.

—Que a veces conocemos a las personas adecuadas en el momento menos oportuno.

43

Los días que siguieron fueron una montaña rusa emocional que logré superar poniendo el piloto automático y volcándome en el entrenamiento. Dejé de correr por la playa por la mañana para hacerlo por la carretera, que era peor para mis articulaciones, pero mejor para mi corazón. Mis entrenamientos eran más largos, más duros y más intensos aún, y solo me marchaba de la cancha de tenis cuando creía sentir cada uno de mis músculos y tenía la sensación de poder bañarme en mi propio sudor. Llevé a mi cuerpo hasta el límite, me dejé la piel para no comerme la cabeza. Para no tener que pensar en Vince. Durante el día la cosa funcionaba sorprendentemente bien, pero en cuanto salía de la escuela de tenis, el carrusel de pensamientos empezaba a girar de nuevo. Me arrastraba en un remolino de tristeza, añoranza y desilusión. Por la noche me atormentaban sueños descabellados y episodios de insomnio en los que miraba a la nada o la pantalla del móvil. Leía mensajes que tenía y escribía otros que no enviaba. Una vez casi se me paró el corazón al ver que Vince estaba en línea de madrugada. Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para no enviarle un mensaje. Para que no me aterrorizase la pregunta de por qué estaba despierto a las tres de la mañana. Si sería por los mismos motivos que yo o por otros que prefería no saber. Sin embargo, la intuición me decía que Vince no era de los que combaten el dolor de la separación con polvos de una noche.

El cuarto día me pasó factura el modo en que había abusado de mi cuerpo. Cuando entrenaba voleas, sentí un repentino mareo y me pude agarrar a la red en el último momento.

—Vale, no pienso seguir viendo esto —oí que decía Kay—. Ahora mismo te vas a casa a descansar.

—Pero si solo...

—¡Nada de peros! —Kay nunca me había levantado la voz durante esas semanas—. Las ojeras te llegan al suelo y pareces un muerto viviente.

—Solo es el calor —rezongué mientras el sudor me bajaba por las corvas.

—Estás agotada, y no es de extrañar. Llevas días entrenando como una posesa, casi no comes y duermes mal.

Abrí la boca, pero Kay no me dejó hablar.

—Sé que tienes el corazón roto, y ni me imagino cómo te sientes, pero como sigas así cuatro días más, tendrás que ver el US Open desde la cama de un hospital.

Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos.

—Vete a casa, Lou —repitió, ahora con más suavidad—. Le diré a Gabe que no venga hoy.

Acababa de introducir el código de la puerta cuando vi que mi madre me estaba llamando. En Alemania ya eran más de las once de la noche, razón por la cual cogí el teléfono con cierta inquietud.

—¿Ya te has enterado? —me preguntó con un tono que no supe interpretar.

—¿De qué? —repuse, conteniendo el aliento.

—Díaz se ha retirado. Acaba de salir el comunicado de prensa.

—¿Se ha lesionado? —quise saber mientras entraba con mi bolsa de tenis.

Me recibió un agradable aire acondicionado.

—No, probablemente siga arrastrando las secuelas de una gripe de verano.

—Mmm —fue todo lo que logré decir, y eso que debería haberme animado que la actual número uno del mundo estuviese fuera antes incluso de que hubiese empezado el US Open. Un obstáculo menos.

—Es una buena noticia —añadió, y con razón, mi madre.

Dejé en el suelo la bolsa.

—Sí, desde luego.

Incluso yo tenía que admitir que no lo dije con mucha convicción. Se hizo una breve pausa.

—¿Va todo bien, Lou?

Iba a contestar «Claro», pero me oí decir otra cosa:

—Pues la verdad es que no. —La voz se me quebró, y acto seguido los sollozos me sacudieron el cuerpo.

—Respira, respira —dijo mi madre mientras de mi garganta escapaban espantosos sonidos.

Con la espalda pegada a la puerta, me deslicé hasta el suelo y dejé correr las lágrimas. Lágrimas de pena, de añoranza, de agotamiento. Lloraba por Vince y por nosotros, por todo lo que habíamos tenido y lo que podríamos haber tenido. Lloraba por la parte de mí a la que le bastaba con ser una tenista de élite. Que había permitido que mi corazón pusiera en peligro todo aquello por lo que había trabajado tan duro.

Cuando las lágrimas ya solo me corrían mudas por las mejillas, me confié a mi madre. Le conté cómo nos habíamos conocido Vince y yo, que habíamos conectado. Que un inofensivo rollo de verano se había convertido en mi primer gran amor. Que había estado

dispuesta a poner mi vida patas arriba por ese amor y él no. A pesar de lo tarde que era, me escuchó con atención, de vez en cuando decía un «Mmm», y echó de la habitación a mi padre cuando quiso saber qué pasaba. Cuando terminé de contárselo todo, mi madre no dijo nada durante unos segundos, y empecé a preguntarme si estaría demasiado conmocionada. Demasiado decepcionada por no haberle pedido consejo.

—No estoy de acuerdo con Kay.

Agucé los oídos, sorprendida.

—Puedes tener ambas cosas, Lou. Amor y éxito. Pareja y una carrera. Es el doble de duro y exige el doble de trabajo, pero es posible.

Algo me dijo que en el aire flotaba un «Pero...».

—Pero creo que Vince tiene razón cuando dice que necesitas a tu lado a alguien que haya crecido en este circo. Y creo que dice mucho en su favor que admita abiertamente que él no es ese alguien.

—Lo sé —musité. Era la primera vez que no solo lo pensaba, sino que también lo decía—. Pero aun así me duele.

—Pues claro que te duele, cariño. Cómo no te va a doler.

44

Mi último día de entrenamiento quedó en agua de borrajas. Literalmente. Cuando salí a correr, ya me cayeron las primeras gotas en la cabeza y el resto de la mañana llovió a cántaros. Las pistas de tenis estaban encharcadas, así que no me quedó más remedio que ir al gimnasio. Mientras estaba sentada en la máquina de remo y en la bicicleta le mandé un mensaje a Gabe para anular la sesión de fisioterapia. Era poco probable que hoy pudiera pisar la pista. Aunque dejara de llover en breve, no estaría seca. Haría pesas un rato, me ducharía y me iría a casa para terminar de hacer el equipaje con calma. Gabe respondió con un pulgar hacia arriba y dijo que se pasaría más tarde para despedirse. Solo entonces fui consciente de que nuestra sesión de hoy también habría sido nuestra despedida. Una sensación de apatía se extendió en mi vientre al comprender que a partir del día siguiente Gabe ya no estaría a mi lado. A lo largo de esas semanas se había convertido en un buen amigo, y deseé que algún día Kay y él se dieran cuenta de lo que podían ser el uno para el otro.

Aproveché un momento en el que escampó para ir corriendo a casa. La carretera desprendía vapor. Los baches del asfalto se habían llenado de un agua pardusca. Los charcos alentaban a algún que otro coche a pasar por encima a toda velocidad. No había avanzado ni cincuenta metros cuando el rugido de un trueno me hizo dar un respingo. Miré al cielo y acto seguido la lluvia cayó sobre la tierra de tal modo que en cuestión de segundos estaba calada hasta los

huesos. Eché a correr, pero frené en seco cuando un rayo iluminó el firmamento. Salvo palmeras y banianos, cerca no había ningún lugar donde guarecerse. Maldiciendo para mis adentros, seguí adelante. La lluvia me daba en la cara y el peso de la bolsa de tenis me tiraba hacia atrás, como si un chimpancé se me hubiese agarrado a los hombros. La casa de Kay ya se veía cuando otro trueno me hizo estremecer. Justo entonces metí el pie en un bache y tropecé. Caí de bruces en el asfalto, medio sepultada por mi bolsa. El tosco firme me hizo arañazos en las rodillas. No lo veía, pero sentía un dolor abrasador. Escasos segundos después le siguió un pánico en estado puro. ¡El tobillo! «No. Nononononono». Con gran nerviosismo, intenté levantarme y lancé un grito de dolor cuando mis rodillas tocaron el suelo. Estaban ensangrentadas y llenas de porquería de la carretera. Sentí náuseas y tuve que cerrar los ojos. Cuando los abrí, ya no estaba sola.

—¡Lou! ¿Estás bien?

Vince había aparecido como de la nada. Se arrodilló delante de mí y me miró con cara de preocupación mientras la lluvia le azotaba el rostro. Durante unos segundos me quedé mirándolo sin hacer nada, sobrepasada por la situación, abrumada por los recuerdos que me asaltaron de pronto.

—¡Lou! —Me sacudió el brazo—. ¿Te encuentras bien?

—El tobillo —grazné, pero el fuerte golpeteo se tragó mis palabras.

—¿Qué? —vociferó.

El dedo índice me temblaba cuando me señalé el tobillo. Los ojos de Vince siguieron el movimiento. Y se abrieron como platos del miedo.

Ese fue el momento en el que se me vino encima el desconsuelo de los últimos días. Empecé a sollozar de mala manera. Un temblor

descontrolado se apoderó de mí y se negaba a cesar.

—Hey, hey —oí que me decía—. Verás como todo va bien. —Sus manos me rodearon las mejillas, sus ojos buscaron los míos—. ¿Me oyes? Verás como todo va bien.

Apreté los labios y sacudí la cabeza, pero su mirada me decía: «Que sí, créeme».

—¿Puedes... puedes moverlo?

—No lo sé.

Parpadeó debido a la lluvia.

—¿Todavía no lo has intentado?

—No me atrevo —admití, atemorizada—. ¿Y si me lo he roto? ¿Y si me he vuelto a romper los ligamentos? ¿Y si no...?

—Chsss. —Me cerró la boca con un dedo y, por algún motivo, eso me tranquilizó. Aunque una parte de mí expresara el deseo de que lo hubiera hecho con los labios—. Lo primero que tenemos que hacer es ponerte a resguardo de la lluvia.

Se apartó de la cara el mojado pelo y se paró a pensar. Con gesto de determinación, se echó al hombro mi bolsa, se agachó y me deslizó una mano por debajo de las rodillas y la otra por la espalda. Me puse rígida de golpe y porrazo.

—¿Qué haces?

—Te voy a llevar a casa. —Abrí la boca para protestar, pero él ya me había levantado. Tras proferir un leve gemido, dijo—: Aquí solo tengo la moto. —Apuntó con la cabeza hacia el arcén—. Y la casa está ahí mismo.

Tenía razón. La casa de Kay no estaba ni a cincuenta metros. Y, pese a ello, todo en mí se resistía a que me llevara en brazos.

—Esto ya lo has vivido —observó con cierta guasa.

—Sí, pero la otra vez por lo menos estaba inconsciente.

Se rio y me estrechó más contra él. Al hacerlo, me rozó las raspadas rodillas.

—¡Ay! —exclamé, e hice una mueca de dolor.

—¿Tanto te duele?

—Me escuece muchísimo.

—Eso es bueno. Dice que lo del tobillo no es nada.

Fruncí el entrecejo.

—Ya sabes, el dolor más fuerte hace que el menos fuerte desaparezca.

Asentí, aunque no estaba segura de que fuese así. En los últimos metros vi con claridad lo mucho que le costaba cargar conmigo. La expresión de su rostro era tensa y las venas del cuello se le marcaban cada vez más.

—Lo siento —me disculpé cuando Vince tuvo que parar un momento para coger aliento.

Me dirigió una mirada tan profunda como el océano.

—Yo no.

La respiración se me aceleró y noté el martilleo del corazón hasta en las costillas. Solo un rayo que iluminó el cielo hizo que apartase los ojos de él.

Poco después, con mi ayuda, abrió el portón de seguridad. Miró a su alrededor mientras subía conmigo a cuestas el camino de acceso. Fui consciente de que era la primera vez que estaba aquí. La lluvia había aflojado mínimamente cuando llegamos a la puerta. Vince introdujo aquí también el código que le di.

—Qué frío hace —fue lo primero que dijo.

—Es el aire acondicionado. Lo puedo... lo puedes apagar. A la izquierda de la puerta.

—No soy yo el que tiene que vivir aquí —farfulló.

El ruido que hacían sus encharcadas zapatillas de deporte era lo único que se oía cuando me llevó al sofá y me tendió en él. Con delicadeza y cuidado.

—Hay que desinfectar eso. —Me miró las rodillas, que me sangraban—. Y tienes que quitarte esa ropa.

—Tú también.

Tenía la camiseta tan mojada que se le transparentaba y dejaba a la vista la piel, y el pantalón corto de algodón se le pegaba a los muslos.

—Y tenemos que echarle un vistazo a ese tobillo —añadió, pasando por alto mi comentario.

El «tenemos» de su frase mantuvo a raya durante unos segundos el pánico que yo sentía. Después se hizo notar con toda su furia.

—Tengo miedo, Vince.

—Lo sé. —Me tendió una mano—. Parece que el tobillo no está hinchado, y no te duele —afirmó con serenidad—. Creo que solo te has llevado un susto. O... has sufrido una especie de *flashback*.

—¿Tú crees?

Solo era un graznido esperanzado, pero él hizo un gesto afirmativo.

—Cógeme la mano.

La agarré con aire vacilante.

—Y ponte de pie muy despacio.

Noté sus ojos clavados en mí mientras, con su ayuda, me levantaba del sofá. Primero apoyé el peso del cuerpo en el pie izquierdo y después en el derecho. No sentí el dolor que esperaba. Ningún pellizco, punzada o palpitar. Tan solo un ruidito ridículo. Aliviada a más no poder, me llevé una mano al corazón y proferí en voz queda un: «Dios mío». Bajé la cabeza, y la tensión desapareció de mi cuerpo. Estaba a punto de volver a echarme a llorar cuando

Vince me abrazó. Tenía el cuerpo mojado, pero caliente, y yo me había quedado sin energía para luchar contra los recuerdos que me arrollaron por todas partes. Contra el deseo de abandonarme a él y aspirar su olor. Así que lo hice directamente, y él me dejó. Me apartó de la cara los mechones mojados y me estampó un beso en el pelo. Permanecimos así un rato.

—Dime la verdad: ¿cuánto te duele que hayas dejado que te traiga en brazos sin motivo?

Aunque me di cuenta de que con esa pregunta solo pretendía escabullirse de la situación tensa, esbocé una sonrisilla. Cuando me separé de él, vi las manchas de sangre que le había dejado mi mano en la camiseta.

—Lo siento. —Arrugué la nariz con pesar—. Puede que la sangre se quite si la lavo ahora mismo.

—Qué dices, si es supervieja.

Con expresión dubitativa, respondí:

—Es lo que dices siempre que me cargo una de tus camisetas.

Se suponía que era una broma, pero ninguno de los dos se rio porque la frase iba acompañada de recuerdos muy preciados. Nosotros dos. Nuestra primera noche. Nuestra última noche.

—Venga, dámela, deprisa —pedí en el incómodo silencio que se hizo—. La lavadora de Kay tiene un programa corto y de todas formas yo necesito lavar esto. —Tiré del vestido de tenis que llevaba puesto, en el que se distinguían no solo manchas de sangre, sino también salpicaduras de barro. Casi me sorprendió que no se negara. Cuando se quitó la camiseta y se quedó desnudo de cintura para arriba delante de mí, lamenté mi ofrecimiento. Más aún cuando fui consciente de que en casa de Kay no había ningún hombre y, por lo tanto, tampoco nada que él pudiera ponerse mientras tanto.

—¿Qué pasa? —preguntó desconcertado.

—Nada —me apresuré a responder mientras le cogía la prenda empapada—. Ahora mismo vuelvo.

Sentí su mirada fija en mi espalda hasta que llegué al cuarto de baño. Cerré la puerta, me quité el vestido y la ropa interior y me puse el albornoz de Kay. Luego cogí la ropa sucia, salí del servicio y me metí en el cuarto de al lado, el de la colada. Lo metí todo en la lavadora y me debatí entre el programa corto de doce minutos y el de treinta. ¿Doce minutos más con Vince o treinta? Sabía que no era eso lo que debería pensar. Que la duración del lavado no cambiaría nada el hecho de que no teníamos un futuro común. Y, sin embargo, mis dedos fueron como por arte de magia al programa de treinta minutos. Esperé hasta que oí el habitual pitido y, cuando me di la vuelta, vi que Vince estaba en el umbral. Su forma de mirarme me hizo suponer que me observaba desde hacía un rato. Me puse roja.

—Solo es por la sangre —empecé a balbucir—. No sabía si el programa corto... Creo que doce minutos no habrían bastado. Por eso he puesto... treinta. ¿Tienes tiempo? Si no... te la llevo a casa. O te...

—Tengo tiempo —me interrumpió con una pequeñísima sonrisa—. Y también creo que mejor treinta minutos que doce.

Conseguí asentir, no sé cómo.

—Mientras tanto deberíamos ocuparnos de esas rodillas. ¿Tenéis algo para desinfectarlas?

—Sí —contesté, un tanto perpleja—. En el cuarto de baño. —Apunté hacia la derecha con el pulgar, y eso que el cuarto de baño estaba a la izquierda. Gracias a Dios, Vince no conocía tanto la casa como para darse cuenta.

Unos minutos después estaba sentada en el borde de la bañera de Kay mientras un agua tibia me corría sobre las rodillas. Tenía peor la derecha que la izquierda. Solo cabía esperar que la herida hubiese

cicatrizado medianamente para cuando jugase mi primer partido, dentro de seis días.

—¿Quieres una tirita? —me preguntó Vince, que revolvía en el botiquín, detrás de mí.

—Para la rodilla derecha necesito una, sí.

Apareció a mi lado con un espray desinfectante y una caja de tiritas y se puso manos a la obra. Me curó con cara de concentración las heridas abiertas de las rodillas, solo levantaba la vista de vez en cuando para asegurarse de que no me dolía demasiado. Y cada vez que lo hacía, el corazón se me aceleraba un poco más.

—Perdona —musitó cuando alisó la tirita y di un respingo—. A ver esa mano.

—Bah, esto no es nada.

Hice un movimiento como para restarle importancia, y él me cogió la mano y examinó la palma. Solo tenía unos arañazos y ya no sangraba. Roció con el espray la parte afectada e hice una mueca.

—Lo siento, Lou.

—No es culpa tuya —afirmé, y fui a retirar la mano.

—No me refería a esto.

Me quedé helada y levanté la cabeza. Lo miré a los bonitos ojos azules, que ahora parecían apagados y tristes.

—Ojalá hubiese podido darte más que el programa corto.

Bajé la vista hasta nuestras manos. Su pulgar descansaba en mi pulso, y me pregunté si se daría cuenta del modo en que se aceleraba. Me sostuvo la mano durante un rato, como si quisiera seguir unido a mí, aunque las circunstancias nos separasen.

45

—Machácalas —dijo Laurie con vehemencia cuando nos dimos un último abrazo.

Nuestra despedida fue más emotiva de lo que esperaba, y las dos teníamos lágrimas en los ojos. Tal vez porque temíamos que fuese un adiós para siempre, aunque Laurie había dicho que quería asistir por lo menos a uno de mis torneos en Estados Unidos. Estaba por ver si de verdad iría. De todas formas, primero yo tenía que superar el bautismo de fuego del US Open. Terminar el torneo sin lesionarme y, con suerte, alzándome con la victoria.

Después de hacer prometer a Laurie que no volvería a meterse en el mar si había mucho oleaje —o por lo menos no sin Chip—, la abracé una última vez.

Me quedé mirándola mientras subía por la escalera que llevaba hasta su casa y permanecí allí un poco más sentada en la arena caliente. El sol ya estaba bajo en el cielo, se fundiría con el océano dentro de unos diez, quizá quince minutos. Sería mi última puesta de sol en Hawái. Al día siguiente a esta hora estaría aterrizando en Nueva York. Mis padres me habían dicho que irían a buscarme al aeropuerto. Tenía muchas ganas de verlos. Pese a ello, en ese momento se me antojaba muy difícil imaginar que iba a cambiar el Pacífico por un *skyline*; el rugido de las olas por sirenas de policía; el olor a sal por el de los tubos de escape y la fritanga. «A ver, que vas a Nueva York», me recordó una voz en mi cabeza, y tuve que admitir que, en efecto, lo estaba pintando todo muy negro.

Más tarde —Kay y yo acabábamos de cenar— Gabe vino a casa y me dio un regalo de despedida. No pude evitar reírme a carcajadas cuando, al abrirlo, vi la blusa con estampado de flores de hibisco y un nudo a la altura del ombligo.

—La llevaré con orgullo —prometí con exagerada solemnidad.

Kay lo invitó a tomar una copa de vino, y él le dio las gracias, pero rehusó.

—He quedado para cenar.

Solo entonces me di cuenta de que se había engalanado. O por lo menos yo nunca había visto a Gabe con una camisa. Y también estaba más peinado y olía a un perfume masculino acre.

—¿Tienes una cita? —le preguntó Kay con marcado desenfado.

Él no contestó en el acto, y cuando lo hizo, la miró a los ojos.

—¿Y qué, si así fuera?

Durante una décima de segundo a Kay se le cayó la máscara de indiferencia que lucía, pero se la volvió a poner de inmediato.

—Si así fuera, te diría que te diviertas.

La comisura derecha de la boca de Gabe se le crispó de un modo que revelaba que contaba exactamente con esa reacción y, sin embargo, lo desilusionaba.

—Cuídate, pequeña —dijo, y me dio un cariñoso abrazo.

—Tú también —musité—. Y avisa si quieres venir a algún torneo. Para ti siempre habrá un sitio en mi palco.

Puso cara de conmoción.

—Pero para eso tendría que salir de la isla.

Sonreí.

—Ahí fuera el mundo no es tan malo, créeme.

Levantó la mano para despedirse.

—*Aloha*, Louisa.

—*Aloha*, Gabe. Y *mahalo* por todo.

46

Aunque no había puesto el despertador, me desperté a las seis de la mañana. Noté las rodillas tirantes cuando bajé las piernas. Eché un vistazo a los raspones, que por la noche habían supurado un poco, y fui directa al vestidor. Al verlo vacío, me quedé sorprendida, pero entonces recordé que ese día no saldría a correr. Eché una ojeada a la habitación, confusa, antes de ir hasta la cama para meterme otra vez en ella. Para mi propio asombro, volví a quedarme dormida y no me desperté hasta que Kay llamó a la puerta. Según mi reloj, eran las ocho pasadas.

—¿Lou, estás despierta? Deberíamos salir dentro de una hora como mucho si queremos ir con un poco de margen.

Sentí un desagradable revoltijo en el estómago. Conque había llegado el día. Me iría y regresaría a mi antigua vida.

—Estoy despierta —exclamé, y me froté la cara con las manos.

Me levanté y fui a darme una ducha. El agua hizo que las rodillas me escocieran y me despertó de una vez por todas. Me cepillé los dientes y, por primera vez desde hacía seis semanas, me di una crema que no era de sol. Me puse hidratante, corrector bajo los ojos y rímel en las pestañas. Me vestí con unas mallas largas negras y una camiseta gris oscura. En el avión añadiría la sudadera de cremallera a juego de mi patrocinador.

Kay se estaba sirviendo una taza de café cuando llegué abajo, pero me la dio a mí directamente.

—Gracias —musité, y bebí un sorbo.

Ella sacó otra taza del armario y la llenó de café.

—¿Cómo te encuentras?

—Las heridas me tiran un poco al andar, pero no es para tanto.

—Y ¿en general?

Levanté la vista y me dirigió una mirada escrutadora.

—Muy bien —le aseguré con una sonrisa vacilante.

Me apretó con suavidad un hombro.

—En la nevera ya no hay gran cosa, así que será mejor que desayunemos algo por el camino.

Asentí, aunque no tenía hambre.

—¿Ya has hecho el equipaje?

—Lo dejé listo ayer por la noche —dije por encima del borde de mi taza—. Solo me queda cerrar la maleta.

—Bien. —Dejó pasar un momento y a su rostro asomó una expresión más dulce—. Que sepas que echaré de menos tenerte aquí.

Enarqué una ceja.

—¿No tienes ganas de poder volver a bailar desnuda por la casa?

—¿Cómo sabes que no lo he hecho? —repuso, y me guiñó un ojo.

Sonreí. Con más seriedad, dije:

—Gracias, Kay. Por todo.

—¿Esta no es la conversación que deberíamos tener en el aeropuerto?

Me encogí de hombros.

—Creo que es la clase de cosa que se puede decir dos veces.

Sonrió y me abrazó con cuidado para que no derramásemos el café.

Ni veinte minutos después salía con mi maleta de la casa en la que había pasado las últimas seis semanas. Aspiré por última vez el

perfume que desprendían las flores de las plumerias, el olor a sal del océano. E hice el firme propósito de grabarlo en mi memoria.

Antes de que el avión virase sobre O'ahu, miré por la ventanilla y vi el cráter Diamond Head, según Vince, lo único que valía la pena ver en Honolulú. No sabía si tenía razón. Aparte del aeropuerto, no había visto nada de la capital, ni siquiera la playa de Waikiki, famosa en el mundo entero. «Quizá la próxima vez», me dije, aunque intuía que tardaría en volver a Hawái.

Un pañuelo se interpuso en mi campo visual. Miré perpleja a mi compañero de asiento, al que hasta ahora no había prestado mucha atención. Un tipo fornido, de entre cuarenta y cincuenta años. El corte de pelo a cepillo y la chapa de identificación decían que era militar.

—No lo he usado —aseguró al verme dudar, y eso que no tardé más de unos segundos en darme cuenta de que estaba llorando. De que las lágrimas me rodaban silenciosas por las mejillas y me caían en la sudadera.



MENSAJE DE VOZ

«Hola... Probablemente estés volando desde hace un buen rato y... sé que no debería hacer esto, pero... acabo de ver un avión en el cielo y no he podido evitar pensar en ti, en ayer... Y solo quería decirte... Mierda, pero qué estoy haciendo...».

BORRAR MENSAJE

47

Una semana después
US Open, primera ronda

Estaba en el túnel de jugadores del estadio Arthur Ashe, trotando en el sitio para que no se me enfriaran los músculos. A unos metros de distancia mi rival, Kim Bird, comprobaba el ajuste de su vestido de tenis. Era de mi edad, pero casi una cabeza más baja que yo y bastante más delgada, con lo que físicamente yo tenía ventaja. Pensé en el consejo que me había dado Kay el día anterior por FaceTime: «Procura tenerla siempre ocupada, no le des respiro. Si le complicas el juego, cometerá errores». Al igual que yo, Kim llevaba puestos auriculares. En una entrevista previa al partido había declarado que escuchaba hip hop para motivarse. Yo más bien utilizaba la música para evadirme del alboroto que había en la zona de juego. Para aislarme y concentrarme.

—Cinco minutos —nos informó un integrante de la organización del US Open mediante un gesto con la mano.

A su lado esperaba un miembro de seguridad para acompañarnos hasta la pista. Era la misma pista en la que me había torcido el tobillo, hoy hacía un año. Ningún guion del mundo podría haberlo escrito mejor. Imaginé que los comentaristas deportivos en sus cabinas no se cansarían de comentar esta burla del destino. Y eso que no tenía nada que ver con el destino que hoy me encontrase

donde me encontraba. Tenía que ver con haber trabajado duro y creer en mí misma.

Al ver la señal que nos hacía el miembro de la organización, Kim y yo nos pusimos en movimiento. A tres pasos por detrás de ella, dejé atrás los grandes retratos de excampeones del Open: Serena Williams, Roger Federer, Rafa Nadal, Naomi Osaka, Novak Djokovic. Cuántas historias había detrás de cada una de esas imágenes. Noté que la temperatura subía a medida que nos acercábamos a la salida. Con treinta y dos grados y la humedad de Nueva York, la pista parecía una sauna, pero después de pasar seis semanas en Hawái no podía estar más aclimatada.

Kim salió primero del túnel. Como número cincuenta y nueve del mundo, era de las jugadoras más bien desconocidas del cuadro, pero el público la recibió con vítores entusiastas, aunque ella no se percató de gran cosa. Con la mirada baja y los auriculares, fue directa a su banco. Por mi parte, yo me había colocado en el cuello los míos conscientemente, porque quería oírlo todo. Los avisos por megafonía, la música, los gritos de júbilo y los aplausos. El ruido que podían meter los veintitrés mil asistentes. Un ruido que aumentó cuando salí a la pista y fui hacia mi banco. Sentí que resonaba en mi cuerpo, vibraba bajo la suela de mis zapatillas. Acallaba mis pensamientos, el zumbido que tenía en los oídos. Me arriesgué a dirigir una mirada rápida a mis padres, que estaban en mi palco y me aplaudían rebosantes de orgullo, y sonreí al ver entre el público los letreros en los que ponía BIENVENIDA. Me invadió una felicidad vertiginosa.

Lo que siguió me era tan familiar como mi propio nombre. El breve calentamiento, el lanzamiento de moneda que decidía quién sacaría primero, la fotografía de rigor y el educado saludo entre nosotras, las rivales.

Cuando me situé tras la línea de fondo y sostuve la pelota en la mano, con el corazón acelerado, en el estadio se hizo un silencio absoluto. Concentrada, acaricié el fieltro amarillo, la costura de goma blanca. Antes me había asaltado el miedo de que al verme allí me arrollaran los recuerdos, pero ahora lo único que sentía era la alegría expectante de poder crear otros nuevos por fin.

Al cabo de dos horas escasas gané el partido con un *ace*, levanté las manos y lancé un grito de alegría. El público estaba entusiasmado. Me había estado apoyando durante todo el encuentro. No porque estuviese en contra de Kim, ni tampoco porque yo fuera la jugadora más conocida, sino porque eran historias como la mía las que distinguían el deporte del tenis. Historias de personas que caían y se volvían a levantar.

—Lou, hace justo un año que la sacaron de esta pista en silla de ruedas. ¿Qué se siente al volver a estar aquí? —me preguntó el gran extenista y comentarista televisivo Jim Courier en la entrevista que se realizaba en la pista tras el partido.

—Es una sensación maravillosa. Sin duda uno de los mejores días de mi vida. El último año fue muy duro. No sabía si podría volver a jugar al tenis, si conseguiría regresar. Y ahora estoy aquí, en este maravilloso estadio, con un público increíble.

El final de la frase se perdió entre el atronador aplauso.

—Y todos nosotros nos alegramos de que haya vuelto —observó Courier, abarcando con un gesto al público. Cuando este se hubo calmado un tanto, preguntó—: ¿Qué es lo que más echó de menos el año pasado? ¿Qué es lo que le faltaba?

—La competición, la adrenalina... Me encanta, la verdad —contesté feliz, y me encogí de hombros.

—Se rompió seis ligamentos, la operaron del tobillo. ¿Hubo algún momento en el que dudase de que pudiera volver a los grandes torneos?

—Me gustaría decir que no, pero mentiría. Cuando se sufre una lesión tan grave como la que sufrí yo, hace falta tener paciencia, que no es precisamente mi fuerte. El año pasado tuve a menudo la impresión de que no avanzaba, de que no hacía progresos. Hizo falta un cambio de aires para librarme de esa sensación.

—Tengo entendido que al final fue a entrenar a Hawái.

—Sí, y fue lo mejor que me pudo pasar. Allí aprendí muchas cosas de mí misma, sobre todo —me detuve un momento y sonreí— que las líneas de la pista de tenis no son los límites de mi mundo.



MENSAJE DE VOZ

«Hey. Quería... eh... felicitarte. Por... tu victoria. Ha sido impresionante, de verdad. O sea... Puf, mierda...».

BORRAR MENSAJE



MENSAJE DE VOZ

«Hey. Acabo de ver tu partido. En realidad no quería, porque pensé... Bueno, pensé que no soportaría verte. Tan lejos. De mí. Pero después lo vi y... Dios, no sé qué decir, Lou. Has estado impresionante. Impresionante. Lo que has hecho... cómo has peleado cada punto... Y lo feliz que parecías... Ha sido... Me... Verlo ha sido bonito. Te has esforzado tanto, y yo... yo...».

BORRAR MENSAJE

48

Tenía muchos mensajes cuando eché un vistazo al móvil de camino al hotel. Tras la breve entrevista con Courier, me puse a disposición de los medios de deportes internacionales, hice un poco de remo, fui con el fisioterapeuta y, después de darme una ducha, aparecí en la rueda de prensa. Era el protocolo habitual que teníamos que seguir los jugadores profesionales después de cada torneo.

Fui viendo los nombres de quienes me daban la enhorabuena, entre ellos Kay, Laurie y Gabe, tenistas alemanas, Milan y representantes de la Federación de Tenis de Alemania. En ese preciso instante vi que me entraba un mensaje. Lo abrí conteniendo la respiración.

¡Enhorabuena! Te lo mereces.

El corazón me dio un vuelco. Leí el mensaje una segunda vez y una tercera, pero las letras se quedaron donde estaban.

—¿Lou? —La voz de mi padre me devolvió al presente.

Levanté la vista de la pantalla de mala gana.

—Que si quieres que reservemos mesa en ese italiano tan agradable de Chelsea. El que tiene esos *cannelloni* que te gustan tanto.

—Pues... creo que preferiría pedir algo en la habitación.

Frunció el ceño.

—¿No te apetece celebrar un poco tu victoria?

—Bueno, espero que esta no sea la única.

—Aun así: hoy has jugado de un modo espectacular —afirmó mi madre.

Mi padre coincidió con ella.

—Un tenis fantástico, sí.

Sonreí antes de que mis ojos volvieran a la pantalla. Vince ya no estaba en línea. Así y todo, mis dedos empezaron a teclear. Un «Hey» que borré acto seguido. Un «Gracias» al que añadí un emoji sonriente... y que también borré.

—¿Malas noticias? —preguntó mi madre.

—No, solo... inesperadas.

No había vuelto a saber nada de Vince desde que me había ido de Hawái. Había cruzado algún mensaje con Laurie, pero habíamos sido consecuentes y evitado el tema Vince.

—Inesperadas... ¿buenas?

Indecisa, clavé la vista en la pantalla.

—No lo sé.

Una parte de mí se alegraba enormemente de que Vince me hubiese mandado el mensaje, quería imprimirlo y enmarcarlo. Otra sabía lo peligroso que era. Porque representaba el pasado. Y yo ahora tenía que concentrarme por completo en el futuro. En el aquí y ahora. Y de repente, como si cobraran vida propia, mis dedos se pusieron en movimiento, se deslizaron veloces por las teclas.

Te echo de menos.

No lo envié, pero tampoco lo borré. Y cuando dejé el móvil en el regazo y miré por la ventanilla, me pareció que aquello era el doble de difícil.

EL CUENTO DE HADAS DEL REGRESO CONTINÚA

Nueva York: Louisa Herzog-Riggs pasa a la tercera ronda del US Open. Contra la británica Danielle Smith, la alemana de 22 años necesitó no solo tres sets, sino también espíritu combativo. Tras perder el primer set (1-6), ganó el segundo con clara ventaja (6-2). El tercero volvió a estar ajustado, hasta que venció por 7-5. «Naturalmente, habría preferido terminar en dos sets, pero mi rival mostró su mejor tenis», afirmó Herzog-Riggs, que tras sufrir una grave lesión de tobillo ha vuelto a la competición.

HERZOG-RIGGS EN OCTAVOS DE FINAL: «DIVERTIRME Y DAR EL MEJOR TENIS»

Nueva York: ¡Menudo partido! En el duelo entre generaciones, la alemana de 22 años Louisa Herzog-Riggs se impuso a la danesa Agnes Brisson, doce años mayor que ella, por 7-5, 1-6 y 6-4. Brisson, la actual número nueve del mundo, sufrió unos calambres que le dieron problemas en el segundo set, pero en el tercero se recuperó. Sin embargo, acabó perdiendo contra una fuerte Louisa Herzog-Riggs. En octavos de final, la alemana se las verá con Ana Bozovic. La serbia derrotó a la suiza Lara Gisin en dos sets.

Según sus propias declaraciones, Louisa Herzog-Riggs va relajada al partido contra Bozovic. «Sencillamente estoy

disfrutando mucho de volver a estar aquí. Lo único que quiero es divertirme y dar el mejor tenis».



MENSAJE DE VOZ

«Hey. Probablemente este solo sea un mensaje más que no envíe, pero, en caso de que no sea así, espero que tengas el teléfono en silencio. En Nueva York ahora serán las... dos de la mañana, y sé de sobra lo importante que es para ti el descanso. Además, no quiero que te quedes dormida y te pierdas los octavos de final porque este chico que no puede dejar de pensar en ti te ha mantenido despierta. Y eso que tu próximo partido no es hasta pasado mañana. O al menos eso creo. No, dejémonos de chorradas. Lo sé perfectamente. Con absoluta seguridad».

BORRAR MENSAJE

49

Después de pasar a octavos de final, disfruté de un día en el que no disputaría ningún partido. Dormí a pierna suelta, por la mañana entrené y pasé con mi madre unas horas en el spa del hotel. Sudamos en la biosauna, nos dimos un masaje y dormitamos en la tumbona de la zona de descanso. Por la tarde quedamos con mi padre en un restaurante japonés del SoHo y comimos sushi y ramen. Pagamos —no eran ni las ocho— y cogimos un Uber para volver al hotel. Poco después de las nueve estaba en la cama, repasando mentalmente por última vez la estrategia que iba a emplear en octavos de final. El partido se jugaría a las once y me enfrentaría a la número cuatro del mundo, la serbia Ana Bozovic. Mi balance contra ella era bueno: había ganado cinco de siete encuentros. Sin embargo, debido al descanso que me había visto obligada a tomar, las circunstancias habían cambiado. Todo era posible. Quizá al día siguiente pasara a cuartos de final. Quizá quedase eliminada del torneo. Llegué a la extraña conclusión de que ambas cosas me parecían bien, siempre que jugara dando lo mejor de mí. Siempre que me divirtiera mientras lo hacía.

El móvil me vibró en la mesita de noche. Eché mano de él y miré la pantalla. Kay me había mandado un mensaje:

> ¡Mucha suerte mañana! Mantén
> un juego agresivo y aprovecha las oportunidades
> sistemáticamente para subir a la red. Tienes que

imponerle
tu juego y controlar el partido.

Con una sonrisa en los labios, iba a dejar el teléfono a un lado cuando vi que tenía otro mensaje. De hacía media hora, cuando me preparaba para irme a la cama. Era un selfi de Laurie y Brody. Estaban juntos en el sofá y sostenían en alto un cartel en el que ponía: ¡A POR ELLA, LOU! Me emocioné, el corazón se me encogió, aunque Laurie ya me había contado que Brody y ella habían visto todos mis partidos (y Brody había reconsiderado su opinión sobre el tenis femenino). Contesté con un corazón y salí del chat. Durante un instante me quedé mirando otros mensajes. Mi dedo índice permaneció suspendido uno o dos segundos encima de su nombre. De las cinco letras. En el último momento lo retiré, puse el móvil en silencio y lo dejé a un lado.

50

US Open, octavos de final

El primer set lo gané con facilidad. Era como si la pelota obedeciese mis órdenes y cayera siempre donde yo quería. Mi juego agresivo dio guerra a Bozovic, que no conseguía coger ritmo. En el segundo también llevaba la delantera, pero entonces pasó algo: Bozovic cambió de táctica. Colocaba las pelotas con más precisión en la línea de fondo y sus golpes eran más veloces. Intenté seguir con mi juego, pero a menudo ya no era capaz de puntuar directamente. Tras perder el segundo set, me senté en el banco, vertí agua en la toalla y me la pasé por la cabeza. Tenía que ganar el tercer set. Si no lo hacía, el torneo habría terminado para mí. Mi regreso habría sido un fracaso. Y eso que... no, eso no era verdad. Había jugado lo mejor que había podido, y quedar fuera en octavos de final no era ninguna deshonra. Al contrario.

Me levanté y volví a darlo todo en el tercer set, seguí jugando con agresividad e intenté cerrar los puntos desde la red. Por desgracia, mi valor no se vio recompensado. Primero tuve mala suerte con la cinta, después Bozovic devolvió con un increíble *passing shot* una volea bien colocada. Después de más de tres horas, la serbia puso fin al partido con un *ace* y cayó al suelo de la alegría. Mientras el público la aplaudía, yo esperaba la pena que pensé que sin duda llegaría. El dolor. La vergüenza por haber fracasado. Sin embargo, no sentí nada de eso, sino una profunda satisfacción. Una especie de

paz. Había perdido, pero no pasaba nada, porque había jugado bien. Porque había vuelto más fuerte que nunca. Y habría ocasiones más que de sobra para demostrar mi valía.

Con el pelo húmedo después de darme una ducha y la bolsa de tenis al hombro, abandoné el estadio por la salida trasera, donde ya me estaba esperando una furgoneta. Mis padres habían ido directos al hotel al finalizar el partido. Yo había bajado pulsaciones en la máquina de remo, había ido a ver al fisioterapeuta, me había duchado y había participado en la rueda de prensa.

—¡Hey, campeona!

Me detuve y ladeé la cabeza deprisa. Durante un momento pensé que los ojos me engañaban. Me quedé de piedra en el sitio mientras Vince venía con parsimonia hacia mí, con las manos hundidas con desenfado en los bolsillos de los chinos beis. Era la primera vez que lo veía con un pantalón largo —¡con un polo!—, lo cual parecía confirmar que el subconsciente me engañaba. Pero cuando se detuvo delante de mí, nos miramos a los ojos y sonrió, se me antojó bastante real. Clavé la vista en él y no fui capaz de decir una sola palabra. Durante al menos diez segundos. Diez segundos en los que la determinación y el nerviosismo se alternaron en su rostro.

—¿Y esa ropa?

Vince se sorprendió, pero acto seguido se echó a reír.

—Esa no era la pregunta que esperaba oír. —Se miró un tanto cohibido y se encogió de hombros—. Nunca había ido a ver un partido de tenis y no sabía si había un código de vestimenta.

Fui consciente de lo mucho que había echado de menos su voz.

—¿Un código de vestimenta? ¿Para el público? —contesté sonriente.

—Bueno, Bradley Cooper iba con camisa.

Arqueé las cejas.

—¿Bradley Cooper?

—Lo vi entre los asistentes. En tu primer partido.

—Oh —exclamé sorprendida.

—Y Justin Bieber estaba en el segundo. Y una de las Kardashian en el tercero.

—Mmm —asentí, impresionada, aunque no era ningún secreto que el US Open era un auténtico imán para los famosos. Cada año, las gradas del estadio Arthur Ashe se llenaban de actores de Hollywood, cantantes y estrellas del deporte—. ¿Has visto mis partidos?

—Todos.

El corazón me dio un vuelco.

—La forma de contar los puntos me sigue pareciendo un misterio, y tampoco entiendo qué es un *tie break*, pero...

—¿Por qué?

—¿Por qué... no entiendo lo que es un *tie break*? —Hacia el final de la frase su voz era un poco más bronca.

—Por qué estás aquí, Vince.

Una sonrisa tímida tiró hacia arriba de las comisuras de su boca.

—Creo que porque no hay nadie a quien prefiera oír pronunciar mi nombre. —Cogió aire. Casi como si necesitase infundirse valor—. Y porque te quiero. Porque nunca debí dejarte marchar sin decírtelo.

No fui capaz de pronunciar un solo sonido, simplemente me quedé mirándolo mientras mi corazón hacía las cosas más extrañas del mundo: primero dio un vuelco, luego se detuvo y al final siguió latiendo tres veces más deprisa.

—Te quiero y quiero estar contigo, Lou, aunque eso signifique que no podamos estar juntos.

Fruncí el entrecejo, confusa.

—En mi cabeza sonaba más guay —aseguró, compungido, y no pude evitar sonreír. Hizo un segundo intento—. Sé que no podemos tener una relación normal. O, por lo menos, una relación en la que nos veamos todos los días. Y sé que será complicado. Complicado de cojones. —Hizo una pausa—. Pero si algo he aprendido de ti es que «complicado» no es razón para darse por vencido. Es lo que me has demostrado esta última semana cada vez que salías a esa pista. —Esbozó una sonrisilla—. Tu amor al tenis no permitió que te dieras por vencida. Y —cogió aire y exhaló, temblando— mi amor por ti... no me permite darme por vencido.

—Pero... dijiste que no quieres formar parte de mi mundo. —Señalé con un gesto el estadio—. Que te quieres proteger y...

—Todo eso era una chorrada. O... no. No era una chorrada. Lo que pasa es que tenía miedo —suspiró—. Miedo de no estar a tu altura y a la de tu vida. De que esa vida me recordase demasiado a la que yo llevaba. A mis demonios. Y —vaciló— también tenía miedo de que siempre fuera a sentirme débil contigo.

—No...

—Pero contigo todo lo que soy es... feliz. —Me cogió las manos y me miró a los ojos—. Y alguien que está muy orgulloso. O sea, lo que haces en la pista, cómo juegas y peleas por cada punto es... muy fuerte. Tú eres muy fuerte.

—Fuerte e intimidante, quieres decir.

Su mirada dijo algo así como: «Me lo merezco».

—Fuerte en el sentido de que al cavernícola que hay en mí hoy le habría gustado salir corriendo a la pista cuando terminó el partido para contarle a todo el mundo que eres suya.

—Pero imagino que te habrás enterado de que he perdido.

—No has perdido. Es solo que no has ganado.

—¿Desde cuándo eres tan filosófico?

—Posiblemente desde que me pongo pantalones largos.

Me reí con ganas.

—Ya sin broma, no veo la hora de quitármelos. —Arrugó la nariz y se tiró del algodón elástico—. Durante el partido sudaba a mares.

—Ahora que lo dices, ¿cómo conseguiste la entrada? Estaban agotadas.

—Abordé a mi vecina. Tiene muy buenos contactos. —Sonrió y lo miré sin dar crédito.

—¿Kay te ayudó?

—Fui a verla y le dije que no estaba dispuesto a renunciar a lo que teníamos. Y que nunca te impediría vivir tu sueño.

—Y ¿eso la convenció? —Abrigaba mis dudas.

—Eh... no —se rio—. Pero acabó comprendiendo que no cejaría en mi empeño. Y tuve que prometerle que solo te confesaría mi amor cuando hubiese terminado el partido.

Su respuesta me recordó que incluso lo había hecho varias veces, y yo todavía no había contestado.

—¿Es la tuya? —me preguntó Ana Bozovic al tiempo que señalaba la furgoneta negra con el logotipo del US Open.

No la había oído llegar, y durante un momento me quedé demasiado perpleja para responder. Miré a Vince, cuyos hombros se tensaron. Como si supiese todo lo que dependía de lo que yo contestara.

—Sí, voy al hotel —dije.

La expresión de Vince cambió. Cuando me puse en movimiento, él se quedó donde estaba. Volví la cabeza, lo miré y le pregunté:

—¿Vienes? —Miré sus pantalones—. Conozco un sitio en el que te puedes librar de ellos.

—¿Mejor? —pregunté cuando salió del cuarto de baño y comprobó cómo le quedaba el pantalón corto. El polo lo había cambiado por una camiseta azul holgada, que resaltaba el color de sus ojos.

—Mucho mejor. Me he dado una ducha rápida. Espero que no te importe.

—Claro que no —aseguré, aunque imaginarlo debajo del agua me desconcentró brevemente.

—Menudo morro tienes. El cuarto de baño de mármol y la cama gigante bien que te los callaste cuando te quejabas de la cantidad de noches que pasabas sola en habitaciones de hotel —me tomó el pelo mientras echaba una ojeada a la habitación, que por el tamaño más parecía una *suite*. Era moderna y lujosa. En un jarrón había flores, y manzanas relucientes en un frutero.

—El hotel es cosa del organizador.

Vince enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Todos estáis en habitaciones como esta?

—Todos no —admití—. Solo a partir de cierto puesto en el *ranking*.

Se acercó al ventanal desde el que se veía el *skyline* de Nueva York. El sol se estaba poniendo y se reflejaba en los rascacielos.

—¿Tienes hotel para esta noche?

De espaldas a mí, negó con la cabeza, y mi corazón reaccionó con un nervioso aleteo.

—Me quedo en casa de unos amigos.

—Oh —exclamé, y me ruboricé al ser consciente de lo decepcionada que soné.

Y eso que decía mucho en su favor que no diese por sentado que pasaríamos la noche juntos solo porque... Eso, ¿por qué? ¿Porque había volado más de diez horas para verme? ¿Porque me había confesado su amor? ¿Porque había dicho todas aquellas cosas tan bonitas de mí? ¿Porque no me atosigaba? ¿Porque me dejaba

tiempo para que tuviese claro lo que sentía? De repente lo vi todo con suma claridad. Lo oí en mi cabeza. Lo sentí en el corazón. El sí.

Fui con él, le rodeé la cara con mis manos y lo besé. Apagué el pequeño suspiro que salió de su boca. Disfruté el calor que pasó de sus labios a los míos. Cerré los ojos y saboreé plenamente el momento. Cuando los abrí, lo miré a los suyos.

—Yo también te quiero, Vince.

Esbozó la sonrisa de la que me había enamorado desde el principio. Después me estrechó contra él y me dio un beso sentido, apasionado. Nuestros labios se abrieron y nuestras lenguas chocaron. Con cierta vehemencia, como si quisiéramos demasiado y demasiado deprisa. Los dos dejamos escapar una risita.

—Te he echado de menos —musité, y le rodeé el cuello con más fuerza, como si ya no fuese a soltarlo nunca.

—Yo también te he echado de menos. Mucho.

Empezamos a quitarnos la ropa con premura y nerviosismo. Tiramos con nuestros dedos de prendas, los pasamos por debajo, por encima.

—Alto —exclamó cuando le iba a quitar la camiseta.

Lo miré perpleja. Con un semblante cuya seriedad me desconcertó, Vince dijo:

—Solo he metido ropa para dos días. Así que, si pretendes prenderle fuego a esta camiseta o mancharla de sangre...

Lo hice callar con un empujón.

—Si no tienes nada más que ponerte, nos quedaremos los próximos días en esta habitación. No me importaría lo más mínimo.

—¿Hasta cuándo tienes tiempo?

En ese momento la pregunta fue como recibir un jarro de agua fría.

—Dentro de una semana tengo que estar en Guadalajara. —Al ver su cara de interrogación, añadí—: México. ¿Y tú?

—Por ahora, Laurie defiende el fuerte. Así que por lo menos unos cuantos días tengo.

Era una noticia estupenda.

—Si quieres, luego vemos juntos mi calendario de torneos —propuse, con cautela.

—Suena bien. Ahora que Laurie ha decidido quedarse, de vez en cuando yo podría...

—Espera, espera —lo interrumpí—. ¿Laurie se queda?

—Ah, pensaba que ya lo sabías. Sí, se quedará en O'ahu.

—¿Y la carrera?

—La deja.

—Vaya.

—Entonces, ¿va a llevar contigo el hostal o...?

—No, ha encontrado su verdadera vocación.

No se me pasó por alto el deje de ironía que destilaban sus palabras.

Al ver mi cara de interrogación, añadió:

—Ahora quiere ser socorrista.

—¿Socorrista? —repetí, sorprendida.

—Ajá —repuso él, y exhaló un suspiro—. Cuando Chip la sacó del agua, tuvo una especie de —entrecomilló en el aire la palabra— «revelación».

—¿Por qué eres tan escéptico?

—Siempre soy escéptico cuando por medio está Chip. —Hizo una mueca—. Pero lo que quería decir es que si se queda a vivir conmigo por ahora, Laurie se puede ocupar de que todo esté en orden cuando yo vaya a verte.

Sonreí y le rodeé el cuello con los brazos.

—O cuando yo vaya a verte a ti.

—Tengo entendido que dentro de tres semanas hay una fiesta de inauguración. Puede que consiga meterte en la lista de invitados. —Me guiñó un ojo.

En ese preciso instante llamaron a la puerta. Me separé de él a regañadientes. Cuando abrí la puerta, vi delante a mi madre. Llevaba un vestido de verano de lunares y la chaqueta de piel colgada del brazo.

—¿Cómo es que estás aquí todavía? Quedamos en que nos veríamos a las siete en... —No terminó la frase, y comprendí que había visto a Vince—. Oh, tienes... visita.

—Eh... sí. —Carraspeé y di un paso hacia un lado—. Mamá, este es...

—Vince Greenfield. —Vince fue hacia ella con una sonrisa y le tendió la mano—. Encantado de conocerla, señora Herzog.

Algo sorprendida pero con una sonrisa, mi madre contestó:

—Sabine, por favor.

—Sabine —repitió Vince, y se esforzó al máximo por pronunciarlo bien, lo cual fue un poco extraño. Y un poco irresistible.

—Bueno, pues... —Mi madre nos miró a uno y a otro—, no os quería molestar. Es solo que tu padre y yo estábamos preocupados.

Había pasado al inglés para no excluir a Vince.

—Lo siento. Se me olvidó por completo que habíamos quedado para cenar —me disculpé yo, también en inglés.

—No pasa nada. Iremos nosotros dos.

Asentí justo cuando Vince propuso:

—¿Quieres que vayamos con ellos?

Lo miré pasmada.

—¿Quieres ir a cenar con mis padres y conmigo?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No he comido nada aparte de un perrito caliente en el estadio que me costó un pastizal, y también me gustaría conocer a tu padre.

Mi madre me miraba con expresión expectante... y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale —me oí decir, y la situación me arrancó una sonrisilla. Los numerosos giros que había dado el día—. ¿Nos das diez minutos, mamá? Me cambio de ropa en un momento.

—Claro. Hasta ahora.

—Es la primera vez que te oigo hablar alemán —comentó Vince cuando nos vimos a solas—. Suenas muy distinto que el tío de Anniemaycantarais.

Me eché a reír. Ya con más seriedad le pregunté:

—¿Estás seguro de que te apetece? Me refiero a que no pasa nada si no vamos. Estamos juntos desde hace nada. Conocer a los padres viene más tarde.

—Bueno... el orden no es lo nuestro. —Me besó en los labios y guiñó un ojo—. No olvides que te cogí en brazos antes de que tuviéramos nuestra primera cita.

Agradecimientos

Siempre me resulta un poco agridulce el momento en el que tengo que despedirme de un libro. Por un lado, me siento orgullosa y un tanto aliviada. Por otro, me cuesta abandonar este lugar entre las páginas de la novela en la que he pasado tanto tiempo. En esta ocasión me consuela pensar que podré volver, ya que también vale la pena contar la historia de Laurie y Millie. Y al Ohana llegará más de un huésped al que no os querréis perder, os lo prometo (sí, en Green Valley y Palisade la gente también se va de vacaciones). Ya noto el cosquilleo en los dedos y espero con gran impaciencia todo lo que está por venir. Pero antes quiero darles las gracias a algunas personas que me han acompañado y apoyado en este camino, que han hecho que este libro sea posible y mejor.

Mi más sentido agradecimiento es para mi marido y mi hijo. Gracias por acompañarme en el que hasta la fecha ha sido nuestro mayor viaje. Por enamoraros de Hawái igual que yo y que no os sacara de quicio nunca —vale, casi nunca— que tuviese que realizar entrevistas, hacer fotos y grabar vídeos. Que buscara sin parar plantas en mi aplicación de botánica y cazara canciones en la radio con Shazam. Nunca olvidaré las cuatro semanas que pasamos juntos en Hawái y espero de verdad que podamos volver dentro de poco para visitar la isla de Kaua'i.

Sin embargo, mi marido no fue solo una gran ayuda en lo que respecta a la planificación del viaje, y es que por primera vez he escrito sobre algo en lo que el experto es él. Como tenista que en su

día iba a ser profesional y entrenador de tenis, fue la fuente a la que acudí para saber todo lo relativo a la evolución, la dieta y el entrenamiento de Louisa. (Por mi parte, desgraciadamente yo nunca he sido más que una aficionada). El tenista preferido de Louisa es Grigor Dimitrov; el mío, sin lugar a dudas, tú.

Gracias también a mi editorial, Droemer Knaur, y a todas las personas que se encargan entre bastidores de que mi libro llegue a las librerías. Sobre todo a mi maravillosa editora Sabine Ley, con la que trabajo desde hace ya seis años. Gracias por tu paciencia, tu confianza, tu oído atento y tu apoyo. Sé que puedo confiar en ti, y esa es una sensación maravillosa. Gracias también a Jess Czerner y Sarah Reimer. Sois fantásticos en lo que hacéis.

Desde hace doce novelas a mi lado está la estupenda revisora Anika Beer. He aprendido mucho de ti a lo largo de estos últimos años y aprecio mucho tu opinión. Gracias por ayudarme a pulir mis historias como es debido (y por prestar atención a que mis personajes no se salgan de tono al hablar).

Kyra Groh y Kathinka Engel, si algo he echado de menos durante las cuatro semanas que he pasado en Hawái ha sido hablar con vosotras dos. Doce horas de diferencia horaria son duras cuando uno está acostumbrado a saber constantemente del otro. Gracias a Dios que tú eres noctámbula, Kyra. La primera foto del Ohana te la envié a ti, porque sabía que estarías despierta.

Kristina Moninger y Angela Kirchner, ya solo por vosotras me alegro de haberme instalado en Wurzburgo en su día. Me alegro mucho de teneros cerca, aunque, pese a ello, no nos veamos a menudo. Gracias por estar ahí.

También me gustaría darle las gracias a Laura, mi hermana, que en todos mis libros siempre encuentra por lo menos un error que se les pasa a todos los demás. Esta vez fueron incluso dos. Gracias por

hacerme sentir siempre que escribo los mejores libros, sobre todo los días en los que necesito oírlo con desesperación.

Mi más sincero agradecimiento también a Stefan, mi fisioterapeuta de confianza, que respondió pacientemente a preguntas como: «¿A esto se le llama camilla o tiene otro nombre?».

Mi querida Franziska, después de doce proyectos en común, quizá ya no tenga ni que decir lo mucho que aprecio tu labor de agente literaria, lo importante que eres para mí y lo tranquilizador que resulta saber que estás a mi lado. Aun así, quiero mencionarlo porque deberías oírlo todos los días.

Gracias por tu mirada crítica a mi Hawái, mi querida Beatrix. Por las estupendas observaciones y el *feedback*. Y también por las palabras de elogio. Me hicieron mucha ilusión.

Gracias a todas las personas que me han enseñado Hawái, me han hablado de sus historias y sus creencias, así como al Polynesian Cultural Center y a Ocean Safety. Gracias, Io y Lani, por la agradable velada que pasamos en vuestra compañía. Es una lástima que no podáis leer este libro.

Y, por último: gracias, Hawái. Eres un precioso lugar en el mundo y confío en que volvamos a vernos algún día. *Mahalo*. Por todo.

This Could Be Love
Lilly Lucas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *This Could Be Love*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Alaska Artworks

© Knaur, 2024. Un sello editorial de Verlagsgruppe Droemer Knaur GmbH & Co. KG, Múnich
Derechos negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32238-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Lista de reproducción
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
Agradecimientos
Créditos